

AÑOS INOLVIDABLES

(The Best Times an Informal Memoir, 1966)

John Dos Passos

ÍNDICE

A modo de introducción-----	3
El Comodoro-----	4
Veinticuatro horas de servicio y veinticuatro de descanso-----	26
Sinbad-----	48
La Vie Littéraire-----	74
Compromiso político y desengaños-----	93
Bajo los trópicos-----	113
La Cucarachita-----	127

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Una tarde estábamos sentados en el restaurante de Moskowitz en el Lower East Side de Nueva York. Tuvo que ser durante la época de la prohibición porque bebíamos vino hecho con nabos.

Un muchacho pálido, de cabellos negros y aire tenso, se acerca desde otra mesa, se deja caer en el asiento frente al mío y nos hace saber que es un estudiante del último año de bachillerato. Me lanza una mirada de odio desde el otro lado de sus gafas.

«Le he estado observando toda la tarde».

«¡Cielo santo!»

«Lo que quiero saber es por qué no se comporta como un escritor».

«¿Cómo tiene que comportarse un escritor?»

«Usted sabe tan bien como yo cómo ha de comportarse un escritor».

Intenté tranquilizarle. «Supongamos que lo sé», contesté con la mayor amabilidad posible.

«¿Cómo sabes que quiero comportarme como un escritor?»

Me fulminó a través de sus gafas. Buscaba las palabras justas. Se puso de pie. «Déjeme que le diga una cosa», balbuceó casi sin aliento, «conocerle a usted me ha desilusionado completamente».

EL COMODORO

Desde hace años un cofrecillo de madera con las cartas de mi padre ha permanecido sobre la repisa de la chimenea en Spence's Point. Es un cofrecillo que hice en una clase de trabajos manuales cuando tenía once o doce años. No está demasiado mal; sin duda, no podría hacer ahora nada parecido. Es de madera de pino con esquinas biseladas, y está muy bien terminado y barnizado. Tiene incluso un cierre de latón. Ignoro cómo ha podido sobrevivir. Muchas veces he empezado a leer las cartas, pero siempre sentía como si una enorme mano me estrujara el corazón. No era capaz de seguir adelante.

Son cartas que mi padre me escribió durante los siete u ocho últimos años de su vida.

Ahora que he llegado a la edad que él tenía cuando las redactó quizá pueda reunir la fortaleza suficiente para reproducir algo de su contenido de manera que su figura se destaque entre las sombras.

Tal como le recuerdo, era un hombre bajo, ancho de hombros, muy calvo, con bigotes grises que se encrespaban como los cuernos de un toro de lidia. Su piel era tan transparente que se le marcaban las venas azules de la frente. Cuando salía llevaba un bastón de cerezo y andaba con unos pasos tan elásticos que resultaban casi truculentos. Había algo de alegre desafío en la manera en que se erguían las guías de su bigote. Reflejaban su estado de ánimo. Las pocas veces que las vi caídas me sentí profundamente desanimado.

Se levantaba siempre a las seis o incluso antes y se lanzaba sobre el nuevo día con la energía de un toro que entra en el ruedo. Primero se consagraba durante media hora a sus ejercicios gimnásticos. Después, se sumergía en cualquier clase de agua salada y fría que tuviera a mano. Cuando estaba a bordo de su yate en el Potomac se tiraba por la borda. En su casa de Nueva York echaba sal gorda en la bañera.

¡Cómo se fijan los olores en la memoria! Todavía hoy su imagen está asociada en mi recuerdo con el olor de los melones. En algún recóndito lugar de mi cabeza perdura el recuerdo infantil de una mesa con un mantel blanco junto a una ventana soleada –rayos de sol a través de visillos de encaje–; y veo su calva que brilla mientras se inclina para partir un enorme melón amarillo. Yo debía de ser muy pequeño, y ocupaba probablemente una silla alta, porque en la imagen todo es muy grande. El melón es enorme. Mi padre era miope y tenía una manera especial de quitarse los quevedos para ver algo de cerca. Está inclinado sobre las rajadas de melón para quitar las pepitas. Puedo ver las marcas rojas que los quevedos han hecho a cada lado de su nariz. Se está riendo de algo. El desayuno era su comida favorita. Le gustaba explayarse mientras duraba. El recuerdo está bañado de buen humor.

Mi madre sufrió una serie de leves ataques de corazón y quedó completamente inválida durante los últimos años de su vida. Un año antes de que ella muriera, John R. debió de verse de pronto asaltado por la idea de su propia muerte porque redactó con su enérgica escritura, que marcaba los dos puntos de la plumilla de acero en los trazos más vigorosos, las instrucciones para sus albaceas sobre cómo quería que se le enterrara. El documento sólo llegó a mi poder después de la muerte de mi hermanastro Louis. El sobre estaba dirigido a Joe Schmidt, el secretario de mi padre, que trabajó para él con entusiasta devoción durante muchos años. En el sobre, mi primo Cyril había escrito, «abierto después del funeral», lo que explica por qué John R. fue enterrado en Nueva York. Después de verlo lo puse en seguida con las otras cartas en el cofrecillo de madera.

«Para mis albaceas» comienza. No quiere que se le entierre en Nueva York; desea que se le coloque donde él enterraría a mi madre un año después, en el patio de la vieja Yeocomico Church en Tucker Hill, cerca de nuestra propiedad en Virginia.

«Como considero que la muerte es tan sólo parte de un perpetuo viaje y como estoy seguro de comenzar una vida mejor y más feliz, no quiero que haya luto en mi familia. Por el contrario, deseo que acepten mi muerte con alegría y que no sea una ocasión solemne, sino motivo de regocijo y de buen humor. El hombre es la cosa más insignificante sobre la faz de la tierra, la más baja en la escala de la vida animal o

vegetal. Los que mueren tienen que encontrar necesariamente algo mejor en la otra vida. El nivel o estado que ocuparán en su nueva existencia dependerá de su cultura intelectual y moral. De acuerdo con esto no me asusta la muerte, sino que la considero como una visita agradable y bienvenida. Si el tiempo lo permite quiero que se organice una fiesta en Sandy Point en la que se sirva cerveza, *punch* y alimentos sólidos. Y recuerden los que disfruten con la fiesta que no les envidio. Les ofrezco, por el contrario, mis simpatías.»

Nueva York, 19 de junio de 1914

John R. Dos Passos

Le encantaba hacer el papel de pródigo anfitrión. Westmoreland County, donde había comprado lo que terminó por ser la propiedad familiar, era entonces una zona apartada y completamente rural. Uno de sus placeres era invitar por Navidad a todos sus vecinos, blancos y negros, a un asado en Sandy Point o a la caza del zorro en sus tierras. A veces se asaba un novillo entero. Había una inagotable provisión de ostras para comerlas crudas o asarlas sobre planchas de hierro. Y barriles de cerveza venidos en barco desde Washington o Baltimore. También había *punch* para la gente acomodada. Ese era el tipo de celebración que había proyectado para su funeral.

Ni mi padre ni mi madre eran jóvenes cuando yo nací. Cada uno tenía un hijo unos dieciocho años mayor que yo. La familia de mi madre era de Maryland y habían elegido el lado de la Confederación en la guerra Civil. Cuando era niña mi madre vivió el sitio de Petersburg. Aunque la familia Sprigg no se ponía completamente de acuerdo sobre cuál de los hijos había sido izado por el general Lee sobre su caballo blanco, Traveller, yo estuve firmemente convencido durante mi infancia de que había sido mi madre.

Mi padre era un ferviente abolicionista y se escapó siendo un muchacho para servir en el ejército del Norte. Llegué a conocerle –no sin atravesar toda la turbulencia de las opuestas corrientes de amor y odio que marcan los sentimientos de tantos hombres hacia sus padres– al final de su vigorosa ascensión hacia la fortuna y la influencia.

John R. había nacido en Filadelfia en 1844. Su padre, Manoel dos Passos, era un emigrante que venía de la ciudad de Punta do Sol en la isla de Madeira, y su madre, Lucy Catell, procedía de una familia de cuáqueros de South Jersey. Mi padre la recordaba frecuentando la iglesia Metodista.

La partida de bautismo de Manoel dos Passos está fechada en 1812. Había nacido en Punta do Sol, un pueblo diminuto enterrado en una profunda cortadura en las montañas a pocas millas de Funchal, la capital de Madeira. Las barcas de los pescadores son descolgadas hasta la playa de cantos rodados que queda debajo del pueblo, y en las laderas que lo dominan crecen los viñedos y se extienden las tierras que alimentan a la población, bien regadas y distribuidas en terrazas. Durante mi infancia creí que la familia de mi padre era una familia de agricultores, pero en realidad parece ser que eran contables, burócratas y notarios; funcionarios públicos de segunda categoría. Había sacerdotes en las ramas colaterales. En la plaza mayor una mansión de reda arquitectura con las siete estrellas de la Osa Mayor esculpidas sobre la puerta, todavía recibe el nombre de Vila Passos.

Mi abuelo tuvo que marcharse de Punta do Sol a toda prisa siendo muy joven como consecuencia de una aventura en la que hubo puñaladas. Se embarcó para América y se dice que desembarcó en Baltimore. Trabajó como zapatero remendón y más tarde fabricó zapatos. Finalmente se trasladó a Filadelfia, se casó y tuvo hijos. Su sueldo era escaso. Mi abuela lo pasó mal tratando de vestir y alimentar a sus hijos. Mi abuelo era un hombre de gustos difíciles, sobre todo, en cuestión de comidas, y se enfadaba con mucha facilidad. Mi padre me solía contar que si al abuelo no le gustaba cómo había sido preparado un plato, abría la ventana y lo tiraba a la calle. Sus hambrientos hijos permanecían sentados mientras veían desaparecer su cena con los ojos dilatados por el horror.

Después de un fallido intento de escaparse a la mar, mi padre se empleó de botones en una oficina de abogados y pronto se convirtió en la persona que sacaba la familia adelante. Cuando estalló la Guerra de Secesión se alistó como tambor en un regimiento de Pennsylvania. Por lo que sé, nunca llegó a entrar en combate, pero desde Antietam, donde estaban concentradas las tropas de reserva, lo enviaron a casa con una grave afección disintérica. Abriéndose camino de acuerdo con el sistema de aprendizaje, estudió leyes en el despacho de un abogado llamado Price, y siguió los cursos nocturnos en la Universidad de Pennsylvania.

Cuando era aún niño conocí a Mr. Price. John R. le invitó a comer en su yate. Aunque tenía más de noventa años, subió con paso rápido la pasarela del *Gaivota*, anclado cerca de un club náutico de Filadelfia. John R., que siempre decía deber su primer empujón en la vida a las enseñanzas y a la amabilidad de Mr. Price, le trató con afecto y deferencia. Su hija, una mujer alegre y simpática de relampagueantes ojos negros, vino también. Los dos llamaban Jack a mi padre. Aquello me impresionó porque hasta entonces yo había sido el único Jack en la familia. Todavía me impresionó más el hecho de que la hija de Mr. Price fumara puros pequeños.

John R. se trasladó a Nueva York a la edad de veintitrés años y se instaló en una oficina que había sido ocupada en otro tiempo por Aaron Burr. Tuvo su primer éxito en los tribunales al conseguir que la sentencia contra un francés que había disparado sobre su mujer matándola en un ataque de celos, no fuera por asesinato, sino por homicidio. Como consecuencia de ello la familia Stokes le pidió que defendiera al joven Edward S. Stokes, cuando éste fue declarado culpable de haber asesinado a Jim Fisk.

Fue aquél el juicio criminal más famoso de los años setenta en Nueva York. La familia Stokes era rica y ocupaba un lugar destacado en todos los sectores de la vida de la ciudad. Jim Fisk era un viajante de comercio que había hecho una fortuna con el algodón, durante la Guerra de Secesión. Tenía una casa de cambio y había conseguido una dudosa reputación uniéndose con Jay Gould en la expropiación del ferrocarril de Erie y en un intento de acaparar el mercado del oro que provocó el pánico del Viernes Negro en Wall Street, en 1869. Poseía un hotel y un teatro de ópera, se llamaba a sí mismo Almirante de la «Fall River Line» y era el más llamativo de los bucaneros de las finanzas en aquel momento. Stokes disparó sobre él ante un buen número de testigos en el vestíbulo del Grand Central Hotel en Broadway. El motivo eran los favores de una actriz muy conocida. A John R. le pidieron que se incorporara a la defensa después de que Stokes fue declarado culpable de asesinato en su primer juicio, y se acepta generalmente que mi padre fue responsable de que se cambiara el veredicto.

Su éxito en el caso de Stokes le convirtió a los veintisiete años en uno de los abogados más célebres de Nueva York. Se casó con una mujer de fortuna y excelente situación social y se trasladó a un nuevo despacho en el edificio Mills, frente a la Bolsa. Allí llegó a hacerse un experto en el derecho mercantil relativo a las operaciones bursátiles. Tomó como socio a Benjamín, su hermano más joven, y aunque luego pasaron por la firma otros socios, siempre se la conoció a través de los años, incluso después de la muerte prematura de mi tío Benjamín, con el nombre de Dos Passos Hermanos.

Como John R. tenía una mente muy analítica, utilizó sus conocimientos prácticos para la redacción de un *Treatise on the Law of Stock Brokers and Stock Exchanges*, que pronto se convirtió en el texto más utilizado sobre ese tema en las facultades de Derecho del país.

Las leyes sobre el intercambio en la Bolsa llevaban a las leyes sobre corporaciones. Era el momento álgido de las fusiones y de los trusts. John R., además de sus conocimientos legales, tenía un extraordinario don de gentes, así como una gran habilidad para conseguir que otras personas se entendieran. Muy pronto se le consultaba cada vez que surgía un difícil problema de incorporación. Trabajó en la reorganización del ferrocarril de Erie, en el de Reading y el Texas Pacific. Sus honorarios por asesorar a los intereses Havemeyer en la formación del Trust del Azúcar, se consideraron como los más elevados de que se tenía noticia. De nuevo, llegando a conclusiones teóricas desde la práctica, compiló un tratado: *Commercial Trusts*.

De su íntima relación con financieros nació la oportunidad para hacer inversiones. John R. nunca llegó a desarrollar la total devoción por el dinero que se necesita para amasar una fortuna. Sus

especulaciones eran pintorescas y frecuentemente imprudentes o, al menos, prematuras. Rebosaba de planes grandiosos para los ferrocarriles mexicanos y se lanzó a una especulación de terrenos en la región del Parque de Chapultepec en la Ciudad de México. Vio muy pronto las posibilidades de los motores Diesel. Durante los años ochenta consagró mucho tiempo y dinero a un proyecto para construir un ferrocarril subterráneo bajo el río Hudson. En su autobiografía, William Gibbs McAdoo, que consiguió hacer lo que los neoyorquinos habían considerado siempre como un sueño imposible, agradece a John R. su ayuda y sus consejos. Como muchos buenos abogados, John R. tuvo más éxito enriqueciendo a otros hombres que creando una fortuna para sí mismo.

Gastaba pródigamente. Era uno de los invitados más solicitados en una época en la que la vida social de Nueva York todavía conservaba algo de la cordialidad de las ciudades pequeñas. Tenía grandes dotes de orador. No le faltaba una voz excelente, cosa importante en aquellos días en los que cantar era una de las distracciones habituales para después de la cena. Su canción favorita era *Larboard Watch Ahoy*, pero recordaba casi todos los números de *Pinafore*, *The Mikado*, *La Belle Hélène* o *Les Cloches de Corneville* de Offenbach. Se le conocía por su habilidad para recitar escenas completas de las obras de Shakespeare. Era un conversador incansable y muy raras veces perdía su sentido del humor.

Además era un hombre de gran corazón. Mantenía a parientes necesitados y siempre estaba dispuesto a pagar la fianza de algún amigo desafortunado. Extraordinariamente aficionado al mar, le gustaba decir que descendía de un mítico pirata portugués. Era un nadador infatigable. Le entusiasmaba navegar a vela. Durante algunos años fue propietario de una veloz goleta, transformada en yate, que se llamaba *Mary Wentworth*. En mis tiempos tenía un yate a vapor de cien pies, el *Gaivota*. Todo esto costaba mucho dinero, y en cierta ocasión uno de sus socios me dijo que, aunque Jack Dos Passos cobraba honorarios más altos que cualquier otro miembro de la firma, al final de cada año su contabilidad estaba siempre en números rojos.

Era comprensible que estuviera con frecuencia a punto de lanzarse a la política. Siendo un autodidacta, había llegado a profundizar en el derecho constitucional inglés y americano. Se empapó de los escritos políticos ingleses de los siglos diecisiete y dieciocho. Siempre tenía a mano las obras de Bacon y Montesquieu. Hijo de un emigrante, acariciaba el sueño de una república perfecta, basada en la tradición anglosajona de libertad individual y de justicia para los ricos y para los pobres. Este era el sueño que había traído a tantos hombres a las playas americanas. Era demasiado franco en sus opiniones para tener éxito como político y solía decirme riendo que, pensando como él pensaba, no le elegirían ni para lacero en ningún distrito del país.

Creo que originariamente era demócrata, del grupo de Grover Cleveland, pero en 1896 se pasó a McKinley, a quien admiraba personalmente, y cuya posición en cuanto al patrón oro aprobaba. Le conmovió profundamente la lucha de Cuba por su independencia y ayudó a conseguir préstamos para la república cubana. Aunque más tarde tuvo algunos escrúpulos en cuanto a la guerra con España, defendió de los ataques de los antiimperialistas la acción de McKinley contra Aguinaldo en las Filipinas. A Theodore Roosevelt no le soportaba.

En 1904 publicó un panfleto denunciando al partido republicano por toda su historia política. Le culpaba de haber cambiado la política de Lincoln de conciliación con el Sur; del proceso contra Andrew Johnson; de medidas anticonstitucionales respecto a la moneda; de manipulaciones en el Tribunal Supremo y del juego sucio que había privado a Tilden de la presidencia; y, más recientemente, del robo de Panamá a la República de Colombia. Acusaba a los republicanos de excesiva centralización del gobierno y de convertir el Congreso en una oligarquía en donde el poder legislativo estaba en manos de los ocho senadores y los diez representantes que presidían los comités importantes. Intervino enérgicamente en la campaña para la elección del juez Parker en 1904. La campaña electoral Roosevelt-Parker permanece muy vivida en mi memoria porque fue ocasión de mi primera pelea. Mi padre consideraba la educación inglesa mucho mejor que la americana. Como sus tiernas relaciones con mi madre siguieron siendo técnicamente irregulares mientras vivió su primera esposa, sólo podían viajar juntos públicamente en Europa. Como consecuencia de ello me enviaron a estudiar a Peterborough Lodge en Hampstead, al norte de

Londres. Durante algún tiempo fui allí el único americano. Más tarde, en el otoño de 1904 apareció otro. Nos presentó uno de los profesores, confiando en una instantánea amistad; sin embargo, ocurrió todo lo contrario. El nuevo se acercó a mí con una mirada recelosa y me preguntó a quién prefería como Presidente. Yo era más alto, pero él tenía más años y era más fuerte. Cuando dije que al juez Parker, me pegó inmediatamente un puñetazo en la nariz. Completamente desconcertado, sacudí el aire a ciegas. Fue una escena humillante. Necesité cuarenta años para poder apreciar a Theodore Roosevelt en su justo valor.

Debe de haber sido durante esta época cuando me llevaron a Madeira para recuperarme de una operación de hernia. Estuvimos en el hotel Reid situado sobre un magnífico promontorio que se introduce en el mar y desde el que se domina Funchal. El jardín estaba lleno de lagartijas. Yo me apasionaba ya por los animales pequeños y me dediqué a cazar lagartijas para domesticarlas. Era exasperante ver cómo se escapaban, dejando la cola entre mis manos cuando trataba de capturarlas.

También los olores de Funchal han permanecido en mi memoria. El transporte público se hacía por trineos tirados por bueyes sobre las carreteras adoquinadas. El conductor, descalzo, trotaba a un lado, engrasando de cuando en cuando los patines con un trapo mojado en un aceite que tenía un aroma muy peculiar. El mismo olor, un poco mezclado con el aroma de heliotropo y de rosas, impregnaba los pequeños coches con forma de cestos que tomábamos para bajar la pendiente adoquinada que serpenteaba desde la iglesia en la montaña hasta la plaza de la ciudad.

Recordaba al doctor Virgilio como viniendo a vernos al Hotel Reid, pero una carta de mi padre en la que me da la noticia de su muerte le sitúa en Lisboa. En cualquier caso yo estaba ya estudiando latín en el colegio y mi padre, decidido a que no me retrasara a causa de las forzadas vacaciones, convenció a este primo nuestro para que me diera clases particulares. Le recuerdo como un caballero pequeño y delgado, con barba, vistiendo una levita polvorienta, que aparecía todas las mañanas con un ramo de rosas muy apretadas para mi madre. Le llamábamos doctor Virgilio porque se sabía toda la Eneida de memoria. *Arma virumque cano* es casi todo lo que se me ha quedado de sus clases.

John R. se entendía muy bien con los británicos. Aunque estaba orgulloso de sus orígenes portugueses, nunca dejó de creer que la tradición en materia de legislación y de gobierno representativo anglosajón era la única base posible para desarrollar una civilización cristiana universal. Admiraba la integridad de los españoles y portugueses que conocía, pero los consideraba incapaces de trabajar juntos dentro de una estructura política. Sólo los ingleses llevaban los principios prácticos del arte de gobernar en la medula de los huesos.

En 1903 había publicado el único libro que encontró audiencia fuera de los profesionales del derecho. *The Anglo-Saxon Century* fue el resultado de años de conversaciones con Ted McFadden, un abogado de Filadelfia que era el amigo con quien tenía mayor intimidad. McFadden había escrito una obra de teatro en verso y ensayos al estilo de Addison y compartía el entusiasmo de John R. por la cultura clásica de las clases dirigentes en las islas Británicas.

El libro era un alegato solicitando que se llevara a cabo una inmediata unión aduanera entre todos los países de habla inglesa. Convenía a las provincias canadienses convertirse en estados de la Unión por medio del voto. Habría que nombrar inmediatamente un tribunal para que arbitrara en el caso de producirse disputas. Habría que unificar la moneda y hacer intercambiable la ciudadanía entre Estados Unidos, la Gran Bretaña y sus colonias. Veía esta unión como el único camino para contrarrestar la expansión rusa que le parecía ya una amenaza para las instituciones de los países libres. La unión política de los pueblos anglosajones aseguraría un siglo de paz.

El libro fue quizá mejor recibido en Inglaterra que en Estados Unidos; lo cierto es que John R. se convirtió en una celebridad en el West End de Londres.

En relación con esto guardo en mi memoria un extraño recuerdo. Estoy en una habitación de un hotel de Londres, posiblemente el Langham, al que solíamos ir de ordinario. Mi madre y yo hemos ido para ver a mi padre con su traje de corte antes de que sea recibido por el rey Eduardo. Un criado inglés le ayuda. El aire está saturado de agua de colonia y del olor a aguardiente de laurel que

desprendía la grasa de oso destinada a mantener erguidas las puntas de su bigote. Lleva pantalones cortos igual que yo, una camisa con encajes y medias negras de seda; y se pasea orgulloso frente a las altas ventanas golpeadas por la lluvia, recitando el discurso de Otelo al senado de Venecia. Yo le contemplo con encontrados sentimientos.

Para mí el traje de corte es definitivo. Papá va a convertirse en inglés y yo estoy luchando desesperadamente para que se me deje ir al colegio en América. No me importaba tener que estudiar mucho y no recuerdo ninguna novatada particularmente desagradable; pero era americano y mi reducida anatomía se rebelaba ante la idea de ir al colegio en Inglaterra. No recuerdo qué es lo que pasó en aquella ocasión, pero sé que, finalmente, conseguí lo que quería.

Fue una gran desilusión para John R. Estaba convencido de que la educación inglesa era mucho mejor que la americana. Confiaba en que pasara primero por un colegio privado para ir después a Oxford o a Cambridge. Su cultura, aunque se la había proporcionado él mismo a través de sus lecturas, era prácticamente la misma cultura clásica que sus amigos ingleses habían asimilado en sus años de estudiantes. En Inglaterra había encontrado hombres que podían hablar de Cicerón y Demóstenes sin afectación. Julio César y Lord Bacon eran parte de su mundo, y no rarezas soñadas por un abogado estafalario de origen extranjero. Había llegado a la conclusión de que la conversación de los ingleses era tan sólida y duradera como sus trajes.

No sabría decir hasta qué punto todo esto llegó a calar en mi mente infantil. Siempre retocamos los recuerdos de nuestra infancia. Lo que se me ha quedado grabado, con claridad de litografía, de la vida con mi padre en Inglaterra, es un día en que voy sentado en el techo de un carruaje tirado por cuatro caballos, que avanzan con gran tintineo de arcos a través de verdes senderos, y de un criado con librea que hace sonar una y otra vez la bocina de latón; de una gran cesta que se abre para que tengamos una comida campestre bajo un roble real en un parque donde pastan los ciervos. Hay un caballero que se parece mucho al rey Eduardo; la misma barbita, todo el mundo se lo dice. Responde que su nombre es mucho más antiguo en Inglaterra que el de la casa real. Hasta yo mismo reconozco que suena a normando: –Sir William Vavasour. No me resultó simpático. Y hay una dama muy hermosa con un sombrero en forma de canastilla de frutas y mangas de campana, llamada Mrs. Bonheur, pero no me acuerdo de nadie más. Mrs. Bonheur me resultó simpática hasta que empezó a preguntar demasiadas cosas. Se descorchaban pequeñas botellas de champaña y recuerdo que comí tantos pastelillos llamados Damas de Honor que me sentí un poco enfermo. Suena como algo que hubiera leído en un libro, pero los fragmentos de la escena evocada se destacan con gran claridad.

Luego conservo una imagen todavía más nítida de las manos de mi padre, marcándose mucho las venas azules mientras impulsa los remos de un bote. Estamos pescando salmón en un lago escocés. Se ha levantado una tormenta de lluvia y de viento y el bote está medio inundado, pero yo casi no estoy asustado porque las manos de mi padre me parecen la imagen de la tranquilidad y de la fuerza mientras impulsan los remos en dirección a la orilla.

La primavera que el cometa Halley apareció, yo estaba en la Choate School en Wallingford, en el estado de Connecticut. Recuerdo que contemplaba con cierto temor reverente el gran cometa –que era como un fragmento brillante de la Vía Láctea y llenaba un buen espado del cielo– a través de una claraboya en el desván de la casa donde estaba alojado. John R. me escribió desde Virginia que se había levantado antes del amanecer para ver el cometa y le había parecido magnífico, sin duda alguna. Se preguntaba si los cometas eran femeninos. Los periódicos estaban llenos de historias estremecedoras acerca de lo que les podía pasar a los habitantes de la tierra cuando nos cruzáramos con los gases quizá malsanos de la cola del cometa. John R. añadía que sería divertido que todo el mundo se pusiera a estornudar.

Bajo la dirección de un chico algo mayor que yo (por aquellos días yo era siempre el más joven en todas partes) que se llamaba Skinny Nordhoff, atravesé ese período de enorme interés hacia la taxidermia por el que parecen pasar todos los muchachos americanos. Debido a mi inutilidad para el atletismo en razón de una miopía que aumentaba rápidamente, cuando mi padre me regaló una canoa nos autorizaron a Skinny y a mí para que remáramos en el río Quinnipiac e incluso para que

saliéramos de acampada algunos fines de semana. También me dejaron tener un mapache en un corralillo hecho con tela metálica.

Sonábamos con explorar el río Mackenzie. Atrapábamos pequeños roedores y curtíamos las pieles. Pescábamos ranas mugidoras, les quitábamos la piel y asábamos las ancas en un sitio secreto en el bosque más allá del estanque. Llevábamos culebras en los bolsillos. Estudiábamos con apasionado interés la puesta de huevos de los sapos que tanto alborotaban en el estanque durante la primavera.

Con gran satisfacción de John R. yo había empezado a aprender griego con Mrs. St. John, la esposa del director del colegio, que me parecía una mujer adorable. Por ser la hija del profesor Seymour, de Yale, la lengua le era familiar desde niña. Papá también quería empezar con el griego; decía que nunca había tenido tiempo antes. Una gramática griega vino en seguida a añadirse al pequeño manual azul en rústica llamado *French Verbs at a Glance* que tenía junto a la cabecera de la cama para estudiar cuando se despertaba por la noche. En una de sus cartas me escribió. «Espero que hagas considerables progresos con Homero y que de cuando en cuando le des al mapache un poco de griego para cambiarle la dieta.»

Durante este período, madre vivía en su casa en el número 1.201 de la calle Diecinueve en Washington. Salía todos los días a pasear en una victoria de alquiler conducida por un cochero irlandés llamado Pat. Sus amigos más a la moda venían a visitarla en berlinas con tracción eléctrica. Yo no iba allí mucho, ya que pasábamos la mayor parte de las vacaciones en Sandy Point. John R. me hacía ir a Nueva York un fin de semana de cuando en cuando si tenía entradas para una obra de Shakespeare o para su opereta preferida de Gilbert y Sullivan; una vez fue para ver a Sarah Bernhardt en una de sus muchas turnes de despedida. Hacía que me alojara en el Murray Hill Hotel en Park Avenue, muy cerca de Grand Central Station, esplendorosamente nueva entonces. Insistía en que me vistiera para cenar e íbamos a Delmonico's, donde transcurrían con gran solemnidad unas comidas que a mí se me antojaban interminables. Hay una época en la infancia en la que nos avergüenza todo lo que hacen nuestros padres. Yo me encogía en la silla, presa de agudo malestar, cuando él bromeaba con los camareros o fanfarroneaba con algún amigo que se sentaba por un momento a su mesa.

Tengo un confuso recuerdo de haberle arrebatado un día el uso de la palabra. Había varias personas sentadas a la mesa. Alguien hizo una presunta sobre castores. Los castores eran una de mis especialidades. Aunque yo era terriblemente tímido, antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me había lanzado en una disquisición acerca de los castores, sus habitaciones y sus presas, sus costumbres y sus virtudes. Los amigos de John R. me contemplaban asombrados, pero él me escuchó atentamente y me animó a hablar –como a un testigo ante un tribunal– hasta que hube dicho todo lo que sabía.

Cuando nos despedíamos, aunque sabía que había traído mis propios libros –yo era un lector infatigable en aquellos días– me daba uno «para leer en el tren». Fue sólo muchos años más tarde, recordando el pasado, cuando descubrí lo bien que mi padre había orientado mis lecturas.

Tenía la costumbre de leer *El Paraíso Perdido* los domingos por la mañana durante el desayuno; decía que era mejor que ir a la iglesia. Milton no me decía mucho por entonces, aunque era capaz de recitar largos pasajes de *L'Allegro* e *Il Penseroso* con gran soltura. De hecho, fue solamente pasados los cuarenta, después de leer mucho sobre el período de la Commonwealth¹, cuando descubrí la magnificencia de *Samson Agonistes*. Quizá la semilla fue sembrada en aquellos desayunos en Washington, o a bordo del *Gaivota* o en la casa de Sandy Point. John R. solía decir que la mente es como un viejo baúl en el desván. No se pierde nada de lo que se pone allí. A veces no se encuentran las cosas, pero siempre acaban por aparecer.

Recuerdo que el primer libro que me regaló, cuando tenía ocho años, fue *Mr. Midshipman Easy* del capitán Marryat. Lo leí una y otra vez; después *The Coral Island* de Ballantyne, y todas las historias sobre el mar que caían en mis manos. Unos cuantos viajes en yate y el salir en canoa por la costa de Sandy Point despertaron mi gusto por el mar. Hasta que tuve la evidencia de que era

¹ El período republicano de Cromwell. Milton fue un defensor de la república. (*N. del T.*)

demasiado miope para pasar la inspección médica, planeaba ingresar en Annapolis² y hacerme marino.

De Dickens, mi padre leía, por supuesto, *The Christmas Carol* en voz alta todas las Navidades; recuerdo también la colección en rústica de los libros de Dueñas con pastas azules. John R. se esforzó toda su vida por llegar a dominar el francés. Insistía en que mantuviéramos nuestra correspondencia en francés, lengua que él escribía con soltura, si bien con faltas gramaticales. Como yo había aprendido francés de niño, en Bruselas, a veces me pedía que corrigiera sus equivocaciones. Por donde quiera que iba, dejaba un rastro de novelas históricas de Dumas, padre, que leía por la noche cuando no podía dormir y se cansaba de los verbos franceses. Yo las leía inmediatamente después de él.

Le horrorizaban las revistas y las novelas de éxito popular. No tenía sentido leer un libro del que no se pudiera aprender algo. El gusto por la historia que me inculcó cuando era niño no cabe duda de que echó en mí raíces profundas.

Cuando yo nací, los hombres que mi padre había tratado, como su amigo McFadden, al que consideraba una cabeza excepcional, habían muerto ya en su mayor parte. Pero sí llegué a conocer a Mark Twain, a quien me presentó cuando bajábamos por la Quinta Avenida una mañana de mucho aire, aunque todo lo que recuerdo es su cabello flotando al viento y su traje blanco que parecía completamente fuera de lugar en un día tan frío, y el hecho de que su nombre no era en realidad Mark Twain.

Esto ocurrió durante uno de los paseos de John R. por la mañana temprano. Hasta el final de su vida iba andando desde su casa en la calle Cincuenta y Seis hasta la oficina en el Commercial Cable Building en Broad Street. Las veces que anduve ese trayecto con él me quedé asombrado ante la variedad de personas que conocía –guardias urbanos, taxistas, empleados municipales, pasantes–. Siempre tenía algo personal que preguntarles: ¿Estaba mejor su esposa? ¿Qué tal iban los chicos en el colegio?

Entre las cartas que me escribió cuando estaba interno había una sobre Thomas Edison:

Hoy me ha pasado una cosa muy interesante. He ido a ver al gran inventor Edison en su laboratorio en Orange. Le conozco muy bien, es un buen amigo y un hombre interesante... Ha estado trabajando en un acumulador durante años y ahora está convencido de que el suyo es el mejor que existe. Es un personaje maravilloso porque, en esta época en la que el dinero parece «serlo todo y ser el fin de todo» él, aunque muy rico, relega la fortuna a un segundo puesto y considera el trabajo como su primer amor. Trabaja dieciocho horas al día y dice, calculando su edad sobre esa base, que tiene por lo menos cien años. No sale del taller y trabaja como cualquier empleado. Es un hombre de mi estilo. Quisiera que hubieras venido conmigo para conocerle.

Como yo odiaba el internado –porque me llamaban el Francesito, Cuatro Ojos y el empollón de la clase– me di toda la prisa posible por ir a la universidad. Cuando aprobé el examen de ingreso en Harvard todo el mundo pensó que era demasiado joven, de manera que me embarcaron con destino a Europa a cargo de un joven llamado Jones, que tenía una cierta educación clásica y pensaba hacerse dominico.

Aunque su carrera se desarrolló en torno a las finanzas y el derecho del siglo XIX, John R. tenía una mente del siglo XVIII. Su religión era el deísmo de Thomas Jefferson y de John Adams; me dijo que se había escapado una vez de casa cuando su padre le amenazó con hacerle sacerdote. Y se esforzaba por darme también a mí una educación del siglo XVIII.

De manera que Mr. Jones y yo hicimos el Gran Viaje. Visitamos museos, contemplamos catedrales –yo me apasionaba ya por la arquitectura–, repetimos pasajes de Gibbon en el Foro romano; leímos a Tucídides (traducido) en Atenas y evocamos a Julio César y a Napoleón mientras espantábamos a los pedigüños frente a la esfinge.

² Academia Naval, equivalente a West Point para el Ejército de tierra. (N. del T.)

Mi padre sentía una fuerte predilección por César. Después de leer el ensayo de Froude, César se convirtió en mi ídolo privado. Soñando despierto, me veía sentado en mi tienda dictando cinco cartas a la vez que llevarían mis órdenes a todo el mundo conocido. Vivía en el Foro de Roma y en la ática Stoa tanto como pudiera haberlo hecho cualquier colegial de Eton en el siglo XVIII. Mandé a casa una larga disertación –al estilo de Plutarco– sobre Alcibiades, sus defectos y sus locuras.

Mis cartas llegaron a ser tan elaboradas que John R. incluyó en varias de sus respuestas una humorística solicitud para que «renunciara al dogmatismo». Yo debía ser un pedantuelo de marca mayor. En casa, cuando sacaba a relucir una opinión sin fundamento, mi padre tenía una manera especial –que yo encontraba irritante en extremo para mi amor propio incipiente– de quitarse las gafas, mirarme con dulzura y preguntar: «Esa afirmación ¿es el resultado de la experiencia o de la observación?»

En el transcurso de nuestros viajes Mr. Jones y yo nos tropezamos repetidas veces con una simpática familia de neocelandeses que llevaban a cabo una expedición similar. En mis cartas no dije una palabra de lo desesperadamente enamorado que llegué a estar de la hija más joven, ni de lo mortificado que me sentí cuando, una noche de luna en el mar Egeo, la encontré en la cubierta de proa del vapor de línea flirteando en francés con un joven turco que se llamaba Talaat Bey.

Al volver a Washington desde Europa en la primavera de 1912 noté que John R. pasaba más tiempo del acostumbrado en el número 1.202 de la calle diecinueve. Si no estoy equivocado, defendía un caso ante el Tribunal Supremo. Su matrimonio con mi madre había sido hecho público y vivían como marido y mujer. No recuerdo cuáles fueron mis sentimientos al hallar que mi situación civil se había legalizado; las novelas históricas me habían llenado la cabeza con el atractivo romántico de los bastardos.

John R. seguía siendo políticamente un cimarrón. En 1908 trabajó por la candidatura de Taft para la Presidencia.

Trataba de que sus amigos políticos apoyaran su plan de reformas legales. Estaba convencido de que había llegado el momento de revisar y simplificar todo el sistema. Los años de práctica legal le habían convencido de que las complicaciones y las oscuridades de las leyes estatales y federales daban a los ricos una enorme ventaja sobre los pobres en los procesos civiles. Los ricos podían contratar mejores abogados. Al mismo tiempo, preconizaba un sistema de defensores de oficio para los indigentes. La reforma legislativa llegó a ser la empresa desesperada de sus últimos años.

Hacia junio de 1912 consagraba todo su tiempo a esta campaña. La Convención Democrática Nacional se reunía para elegir un candidato presidencial. En el Metropolitan Club resonaban las voces de todos los políticos influyentes. El ambiente era de reforma en los dos partidos. El gobernador de New Jersey, Wilson, antiguo catedrático de Princeton, considerado como probable candidato demócrata, era la encarnación del respeto por los derechos cívicos. Parecía una ocasión propicia. Equipado con una gruesa cartera de cuero en forma de perro tranvía, repleta de cuartillas cubiertas de apretada escritura, John R., muy esperanzado, tomó el tren para Baltimore.

La casa quedó a mi cargo. A mi pobre madre había que cuidarla como a una niña. Yo tenía que hacer la compra y pagar las cuentas de la casa. La cocinera, llamada Lizzie, se emborrachaba continuamente y hubo que despedirla. Yo mismo tuve que limpiar el cuarto de la criada, donde tuvo una vomitona antes de marcharse.

Aquel mes de junio fue terriblemente caluroso. Parecía que no había oxígeno en el aire de Washington. Mi madre estaba muy mal y yo quería llevarla a la granja. Además, me apetecía ir. Allí podía montar a caballo, nadar, trabajar en el jardín y navegar en mi canoa. En Washington no había absolutamente nada que hacer; mis primos, que eran las únicas personas de mi edad que conocía, se habían ido a pasar el verano a Bay Head.

Inquieto como sólo puede estarlo un adolescente de dieciséis años, más sofocado por el aburrimiento que por el calor, salía una y otra vez a dar breves paseos desesperados, atravesando calles adoquinadas y respirando una atmósfera saturada de olor a vegetación recocida. Aunque había una enfermera cuidándola, nunca podía alejarme mucho por temor a que mi madre me necesitara para algo.

La lectura se convirtió en una especie de anestesia. Devoré *La guerra de los mundos* y toda la serie de las historias fantásticas de H. G. Wells que encontré en un montón de números atrasados de *The Strand Magazine* en el desván. Aunque me parecían tan tediosas como las calles de Washington, me abrí camino a través de las novelas de George Eliot. Leí mucho a Poe: empezaba a considerarme a mí mismo como la víctima de una de sus historias de horror, encadenado al grillete de una serie de tareas insignificantes mientras llegaba desde Baltimore el rumor excitante del gran mundo. Incluso a través de las insulsas columnas de los periódicos me era posible detectar el lejano estrépito de la oratoria política, el choque de las armas de los secuaces que repartían tajos y mandobles sobre la tribuna. Los veía con cascos y petos. Estaba tan identificado con Homero que no podía dejar de imaginarme la tribuna como una estructura de madera que se asemejaba vagamente al caballo de Troya.

Una carta de John R. a su amigo, el abogado Eliot Norton, también interesado en la reforma legal, que apareció entre los papeles de Norton en la Biblioteca Houghton de Harvard, hace entrever lo que realmente pasaba en aquella sofocante armería. Estaba fechada en Baltimore, a 29 de junio de 1912:

...El resultado es completamente incierto. Si Bryan se alinea con Murphy la cosa sale. Si lo hacen los partidarios de Champ Clarks, Bryan se hundirá. Ahora se trata ya de una interesante partida de ajedrez donde todo está en las manos de muy pocos, y donde el sacrificado es el pueblo. No hay bastante patriotismo para bailar en la punta de una de las agujas con que tu madre te cosía las camisas. El espectáculo en la convención es realmente extraordinario, Llena como está de ordinario con unas quince mil personas, resulta de lo más impresionante. Pero todo está gobernado por las emociones y el público se aburre o se exalta. Los políticos actúan para la galería. Desde el principio al fin los discursos han sido peor que vulgares. El anfiteatro es tan grande que hay que gritar para hacerse oír y todas las bellas entonaciones y los grandes gestos brillan por su ausencia –*in necessitate rei*. Si un orador quiere decir algo –enunciar simplemente un hecho– tiene que gritar y acompañarse de gestos feroces, incluso para decir que es hora de levantar la sesión. Estamos aplastando la oratoria –quiero decir que estamos en las últimas etapas– nos hallamos al borde de su tumba. Pero qué se le va a hacer –una Convención auténtica debiera excluir al público–. ¡Excluir al público! ¡Santo Cielo! ¿Qué está usted diciendo, hombre?

Cuando John R. volvió a casa me llevé una amarga decepción. No dijo ni una sola palabra sobre la convención. No era un hombre que admitiera la derrota. Sólo mencionó lo tarde que le habían hecho acostarse. Teníamos por entonces un gato viejo que divertía a John R. con lo que él llamaba sus reprobables costumbres. El gato solía desaparecer durante días y después, cuando ya habíamos decidido que su ausencia era definitiva, le encontrábamos hecho un ovillo, durmiendo sobre la alfombra de la sala. John R. dijo que se sentía como el gato viejo y que iba a dormir; y eso fue exactamente lo que hizo.

Fue por entonces cuando Mrs. Harris hizo su aparición en nuestras vidas como la enfermera profesional que iba a ocuparse de mi madre. Mrs. Harris nos facilitó la existencia a todos. No sólo era una enfermera competente, sino que además se hizo cargo de la casa. Tocaba el piano y conocía muchas de las que llamábamos, en aquellos días, «canciones de universidad». Su compañía era muy agradable y pronto se convirtió en un miembro de la familia. Vino con nosotros cuando embarcamos en el *Gaivota*. Nos llevamos una caja de fuegos artificiales, para el 4 de julio, tan grande como un ataúd, íbamos a prenderlos en la playa de Sandy Point.

John R. tenía el don de dejar sus problemas detrás tan pronto como subía a bordo de su yate en el muelle de Washington. A los jóvenes les es difícil interesarse por las preocupaciones de los viejos – las suyas les parecen mucho más acuciantes– pero yo tenía vislumbres de los problemas económicos de mi padre, de sus luchas diarias para conseguir fondos con que proteger

especulaciones que creía podían producir en cualquier momento la fortuna que necesitaba para asegurarse un retiro confortable. Yo sabía que soñaba con instalarse en Sandy Point y dedicarse todo el tiempo a trabajar en la granja y en la reforma legal. Me daba cuenta mejor que nadie de la trágica frustración que significaba la enfermedad de mi madre. Creía que la entendía. Me parecía saber lo que era el amor romántico. Solía incomodarme muchísimo oírle decir a mi padre una y otra vez que ningún hombre de menos de cuarenta años podía entender lo que la palabra amor significa. Durante todos los años difíciles de su relación ilegal, mi madre y mi padre habían soñado con una tranquila vida familiar los dos juntos y ahora... No recuerdo haberles oído quejarse jamás.

En el instante en que subía a bordo y se ponía su gorra de marino quedaba convertido en el Comodoro. Y hablaba de madre como la princesa. Mi apodo era «Monsieur Singe». Como auxiliares teníamos a Tom, el cocinero, un individuo alto, delgado y muy negro, de cuyos panecillos de maíz me acuerdo todavía, y Old Ben, que era el ayuda de cámara de mi padre en tierra firme y a bordo oficiaba con gran solemnidad como mayordomo. Yo le tenía cariño a Old Ben. Su pelo crespo era de color gris; su ancha cara morena lucía la sonrisa llena de unción con que un diácono recibe a los fieles a la puerta de la iglesia. A bordo del *Gaivota* vestía chaquetas almidonadas de un blanco impecable. Como era más o menos del tamaño del Comodoro, cuando no estaba de servicio usaba los trajes que mi padre desechaba y especialmente sus viejos sombreros hongos. Los cuatro formábamos el reparto de una especie de charada que el Comodoro dirigía y que Mrs. Harris presenciaba en calidad de público indulgente.

Teníamos un fonógrafo a bordo, uno de aquellos con una gran bocina en los que, según los anuncios, el foxterrier solía escuchar extasiado «La Voz de su Amo». Mientras navegábamos río abajo lo colocamos en una mesa en la cubierta de popa. Monsieur Singe le daba cuerda y cambiaba los discos: la Princesa estaba tumbada en una hamaca, débil y algo ajena, pero con una dulce mirada perdida, llena de atractivo, que conservó hasta el final, mientras el Comodoro ejecutaba un zapateado de su invención con cualquier música que el fonógrafo le proporcionara. *Pinafore* era su favorita.

En cuanto dejábamos atrás Indian Head todo le gustaba. Conocía y amaba cada arroyo y cada arenal cubierto de pinos del río Potomac. Le encantaba tanto pescar como no pescar cuando salíamos en la barca con aparejos de mano; le encantaban los gritos de las gaviotas, el susurro de una bandada de fúlicas cuando alzaban el vuelo desde alguna bahía cristalina, el ver a un águila quitarle la cena a un quebrantahuesos; le encantaba el graznar de los cuervos volando en torno a alguna encina de la ribera.

Le gustaban los cuervos especialmente. Decía que la onomatopeya de su graznido era realmente «ja, ja, ja». Era una manera de reírse de nosotros. Por eso él ejecutaba su zapateado y al mismo tiempo recorría la cubierta del *Gaivota* respondiendo a las risas de los cuervos con fanfarronería de gallito: «ja, ja, ja».

Como estaba ausente mucho tiempo, las cosas en la granja andaban siempre mal, pero él se tomaba con imperturbable buen humor el fracaso de las cosechas y desgracias tales como la misteriosa desaparición de los pavos del corral o de los cerdos de la cochiguera. Le divertían los sinuosos procedimientos de la gente del campo; le gustaban los jornaleros negros porque siempre conseguía hacerles reír.

Los granjeros de Northern Neck estaban completamente aislados del mundo en aquellos días debido a las malas carreteras. Las comunicaciones se hacían enteramente por vía fluvial. Para alcanzar la capital del estado desde Sandy Point había que emplear todo un día en atravesar lechos de arena y ciénagas hasta el río Rappahannock y allí esperar el vapor; después, una noche para llegar a Fredericksburg; y finalmente cuatro horas en el tren hasta Richmond.

El Comodoro ayudó a instalar las primeras líneas telefónicas. A veces se preguntaba si no había sido una equivocación. Las noticias y los cotillees viajaban ahora casi demasiado deprisa. Le gustaba decir que su amiga Mrs. Griffith, que vivía a cinco millas de distancia, sabía lo que él tendría para comer antes de que escribiera el menú.

Un caso que venía a cuento era la historia del duque desnudo. Creo que fue en aquel mismo verano de 1912 cuando el Comodoro llegó acompañado de un francés en uno de sus viajes en el *Gaivota*. Se trataba de un cliente, un muchacho tostado por el sol, de modales nada pretenciosos. Su nombre, el duque de Richelieu, despertó todas las novelas de Dumas de que estaba llena mi cabeza. Mi padre y él tenían que ver con una especie de empresa internacional relacionada con México. Nunca se me hubiera ocurrido preguntarle al Comodoro nada sobre cuestiones de negocios, de manera que esto que digo no pasa de ser una conjetura. En cualquier caso, el duque provocó un escándalo. Resultó ser uno de los primeros nudistas. Pedía que se le llevara a la orilla y vagabundeaba por la playa de Sandy Point completamente desnudo. Tenía la impresión de que cuando abandonaba nuestro pequeño grupo de casas y granjas cerca de la fábrica de conservas se adentraba en el yermo inexplorado.

No se daba cuenta de que había una tal familia Taliaferro viviendo en una casa de madera algo más allá, en la playa. Los hermanos eran pescadores y nos proveían diariamente con un cesto de pescado, pero la hermana, Miss Mary, era soltera.

Miss Mary lo veía todo y lo oía todo sin salir de la casa. Aunque la familia había descendido de categoría, Miss Mary conservaba aún algunos muebles antiguos valiosos y un orgullo intacto en cuanto a las glorias de su nombre. Cuando vio al duque desnudo paseando no lejos de su ventana, amenazó con llamar al sheriff.

El Comodoro era muy amigo suyo y le gustaba pararse, en sus paseos por la carretera con árboles de mucha sombra que llevaba a Lynch's Point, a echar una parrafada con ella –una mujercita huesuda vestida con telas de algodón y un gorro para el sol que se ataba bajo la barbilla–, apoyado en las estacas que cercaban el jardincillo lleno de malas hierbas. Hablaban casi siempre de las familias reales europeas. Hasta el Comodoro tuvo dificultad para convencerla de que no llamara al sheriff. El hecho de que el hombre desnudo fuera un noble de alta alcurnia no le hizo ninguna impresión. La historia fue muy celebrada en toda aquella parte del condado.

Aquel otoño fui a la Universidad. El Comodoro vino conmigo hasta Boston con el pretexto de que tenía negocios que resolver allí. Hicimos una última comida juntos en Young's Hotel a base de lenguas de bacalao y callos asados, sus platos favoritos. Después salí en un taxi con mi equipaje en dirección a Cambridge. A pesar de estar preocupado con los escalofríos y las fiebres características del muchacho que se sumerge en un nuevo ambiente, no dejaba de sentirme penosamente consciente de su soledad –la soledad de un hombre que había sobrevivido a su generación. Cada vez se encontraba más y más del lado impopular en las cuestiones políticas. Se opuso al voto de las mujeres y a los esfuerzos del presidente Wilson por establecer la jornada de ocho horas. Desconfiaba del voto directo en las elecciones primarias. Pronunció discursos e hizo circular un panfleto en contra de la elección de los senadores de los Estados Unidos por votación popular, ya que le parecía perjudicial para la balanza de poder establecida en la Constitución.

Cerca ya de los setenta, todavía gozaba de una excelente salud aunque tenía a veces ataques de gota. Presumía de su salud y trataba de ocultar la gota. «No digas nada de mi ataque» me escribió una vez después de revelarme que había pasado una semana muy mala. «Aunque soy invulnerable como Aquiles, salvo en el talón, no me gusta que todo el mundo sepa que una flecha puede herirme ahí».

Me hospedaba en una pensión para langosteros de Placentia Bay durante los tórridos días de principios de agosto cuando llegaron las noticias de que había estallado la guerra en Europa. Era difícil creer en una guerra de tales dimensiones. Al volver a Sandy Point encontré que el Comodoro tenía opiniones contradictorias sobre el asunto. Admiraba a los británicos y el espíritu de trabajo de los alemanes. Le gustaba leer el francés pero no sentía aprecio por el pueblo francés ni por sus aliados rusos. Reconocía con admiración el valor demostrado por los alemanes al enfrentarse con medio mundo. Esperaba que la guerra se estancara y se llegara a una paz negociada. Y daba gracias a Dios por lo ancho que era el Atlántico.

Estaba trabajando en su último libro, *Commercial Mortmain*, en el que trataba de distinguir entre los monopolios que eran socialmente deseables y los que no lo eran. En cualquier caso argumentaba

que la ley anti-trust Sherman promovía las prácticas monopolísticas que trataba de suprimir en teoría. Trazaba la historia de la legislación contra la mano muerta en Inglaterra a través de Blackstone y Coke y mostraba cómo las leyes producen a menudo resultados opuestos a los que esperaban los legisladores. Veía crecer a los sindicatos obreros hasta contrapesar a las grandes corporaciones y proponía que el Gobierno, por el interés público, impusiera las mismas restricciones a los dos.

Desde que la conoció, el Comodoro había escrito todos los días a mi madre cuando estaban separados. Después de su muerte, me dijo, con su característico tono jovial, que yo iba a ser ahora la desafortunada víctima de sus cartas diarias. A veces las leía y a veces no. Durante mi último año en la universidad me consideraba una persona muy ocupada. Me había preparado un ingente programa de lecturas y de trabajo escrito y además ayudaba en la edición del *Harvard Monthly*. Mi padre leía religiosamente todo lo que yo publicaba. A veces se quejaba de la falta de humor en las páginas de nuestra revista. Los estetas de Harvard eran unos muchachos tremendamente serios. Creo que le hubiera gustado más verme colaborar en el *Lampoon* que en el *Monthly*.

Cuando me gradué en 1916 la guerra Europea era la gran preocupación nacional. Los muchachos de Teddy Roosevelt exigían a grandes gritos que nos preparásemos. La propaganda franco-británica redoblabla los tambores pidiendo la intervención americana. Los catedráticos perdían la cabeza; el odio a los Hunos se convirtió en una manía.

El sonido de los pies marcando el paso nos llegaba débilmente a través de las sacrosantas paredes de la Unión de estudiantes en Harvard donde editábamos el *Monthly*. Excepto Cummings, que estaba sumergido en el griego (se había graduado en griego con *summa cum laude* el año anterior) y en la invención de su tipografía poética particular, muchos de nuestro grupo preferían vivir hacia 1890. El *Yellow Book*, *The Hound of Heaven* y *Hill of Dreams* de Machen, nos parecían, hasta cierto punto, más importantes que las matanzas de Verdun.

En cuanto a mí, me estaba apartando ya de los estetas. Cummings y yo éramos amigos de Edward Nagel, hijastro del escultor Gaston Lachaise, que se había educado prácticamente en París. Nagel nos introdujo en el mundo de «lo moderno». Me hizo leer a los novelistas rusos en las ediciones francesas de portadas amarillas. Dostoievski combinado con *Sons and Lovers*, la novela de D. H. Lawrence, me hicieron sentir la necesidad de la «vida real».

Fue Nagel quien nos contagió a Cummings y a mí la excitación y la actitud experimental de la escuela de París. En arte todo había sido abolido. Había que volver a inventarlo todo desde el principio. Fue en la habitación de Nagel donde vi los primeros números de BLAST, con los primeros poemas de Eliot. El Ballet de Diaghilev, las novedades en la ópera de Boston y el *Armory Show* hicieron lo demás.

Estetas o «realistas» estábamos unidos en el desprecio por nuestros pobres condiscípulos que se preparaban a salir al mundo para vender bonos de guerra. Nosotros proclamábamos a todos los que querían escucharnos que la poesía era más importante que los submarinos, los delitos de guerra, los heroicos belgas y las cotizaciones de la Bolsa de New York.

Mi primer proyecto al salir de Cambridge fue encontrar un editor para una breve antología de lo que considerábamos lo mejor del *Harvard Monthly*. Cuando a finales de junio hice un cruce por el Potomac con el Comodoro, le encontré muy preocupado a causa de sus problemas económicos. Tenía más arrugas alrededor de los ojos. Su bigote era casi blanco. Nunca se me había ocurrido hasta entonces que era un anciano.

Como siempre, se entusiasmaba con cualquier signo de iniciativa por parte de los jóvenes. Sus preocupaciones nunca le impedían escuchar mis planes con interés. Cuando finalmente encontramos un inglés llamado Lawrence Gomme que estaba dispuesto, por una cierta remuneración, a arriesgarse a publicar *Eight Harvard Poets*, el Comodoro aportó la mitad de la garantía.

Los sofocantes días de julio, las carreteras polvorientas, los campos de maíz endurecidos por la sequía se me antojaron odiosos aquel caluroso verano en Virginia. Quería ver la guerra, remar corriente arriba por ríos inexplorados, escalar montañas que no venían en los mapas. Mientras devoraba volumen tras volumen del *Jean Christophe* de Romain Rolland, mi cabeza se llenó

durante algún tiempo de un entusiasmo muy «juventud contra el mundo». Eso y la *Song of the Open Road* de Walt Whitman. Estaba rabiando por marcharme.

El Comodoro observaba estos ardores adolescentes con sonriente comprensión. Le satisfacía el hecho de que además yo fuera trabajador. Cada vez que mi padre volvía a Sandy Point yo estaba preparando un nuevo artículo. Siempre contra algo, siempre la voz del que clama en el desierto. Era feliz viéndome escribir sin descanso, pero con paciencia ironía seguía insistiendo en que la literatura no era una manera de ganarse la vida. Había renunciado a la idea de hacerme estudiar leyes al descubrir que yo estaba completamente en contra, pero cuando mostré interés en la arquitectura me animó a elegirla como carrera. Acepté la idea de estudiar arquitectura pero primero quería ver el mundo. Y el mundo era la guerra.

Cuando apenas había acabado de leer *Jean Christophe* lo repudié y empecé un artículo para combatir el culto *Jean Christophe*. Informé por carta sobre mi actitud a un amigo de la universidad, Arthur McComb, que seguía en Cambridge.

Arthur era un muchacho muy cosmopolita: había nacido en París pero era británico. Su padre, ministro episcopaliano, siempre andaba de un lado para otro; él había vivido mucho en Italia. Era un pacifista convencido; se reconocía como reaccionario y ya por entonces admiraba a Metternich: yo consideraba a Arthur como ejemplo vivo de la civilización del siglo XIX que yo veía desangrarse en la tierra-de-nadie de Francia y Flandes. Me había hecho leer a Lowes Dickinson así como las declaraciones pacifistas de Bertrand Russell, que estaba demostrando la sinceridad de sus convicciones al ir a la cárcel como objetor de conciencia.

«Entre otras varias cosas que tengo en marcha» le escribía a Arthur desde Sandy Point «figura un artículo sobre ‘Shelley y la edad moderna’ deplorando la extraña cordura de los jóvenes americanos, su falta de idealismo, su fuerza bruta –y también una filípica contra *Jean Christophe* como institución.» Yo seguía montando mi brioso corcel y galopaba en todas direcciones.

Para entonces había presentado una petición de ingreso en el Socorro Belga de Herbert Hoover. «Me estoy muriendo por ir a Bélgica y dar rienda suelta a mi exceso de energía», le escribía a Arthur en agosto. «Quiero ir de un lado para otro, recorrer la tierra de arriba abajo. De verdad, Arthur, te lo digo en serio, las fuerzas de la razón tienen que reunirse, producir una gran sacudida – queremos un nuevo siglo de las luces, nuevos Byrons, nuevos Shelleys, nuevos Voltaires, ante los que la inercia del siglo XIX por una parte y el espíritu reaccionario del XX por otra, desaparezcan y sean completamente derrotados, ‘como si fueran almas que huyen de un hechicero’.»

A pesar de mis explicaciones sobre lo bien que sabía francés, el Socorro Belga me rechazó por demasiado joven.

En Nueva York, Eliot Norton, el amigo de John R., estaba reclutando voluntarios para el servicio de ambulancia de su hermano Dick. La idea de servir en el ejército francés me atraía. Los pobres franceses eran quienes defendían sus hogares contra el invasor. Cuando el Comodoro supo que había escrito a Eliot Norton ofreciendo mis servicios me negó su autorización. No quería que me mataran aún. Cuando cumpliera los veintidós años sería ya asunto mío.

Llegamos a un compromiso. El Comodoro me sabía demasiado impaciente para ponerme a hacer nada con calma; y creo que barruntaba vagamente que, sobre todo después de la muerte de Madre, yo había seguido en la universidad sólo por agradarle a él. Si renunciaba a alistarme en el servicio de ambulancia, me enviaría a pasar un invierno en España. En Madrid aprendería español y asistiría en la universidad a cursos que me prepararan para ingresar en una escuela de arquitectura. Encontré un amigo, Juan Riaño, profesor de español en West Point, que me proporcionó unas cuantas cartas de presentación.

Imagino que Arthur también deploraba mi deseo de intervenir en una guerra que los dos desaprobábamos desde un punto de vista ético, porque existe una agresiva carta mía, que le escribí desde Nueva York mientras gestionaba el pasaporte, iba al dentista y me ocupaba de otras varias cosas antes de salir para España: «La guerra es un fenómeno humano que no se hace desaparecer con discusiones. Sois como gente de la *Christian Scientists* que se vieran atacados por la fiebre amarilla. Todos vuestros rezos y vuestras prohibiciones no cambiarán lo que está pasando hoy.

Quizá cambien el futuro, pero sólo a través de una decidida y bien dispuesta comprensión de la realidad, y eso no se consigue cerrando las puertas.» Debí darme cuenta de que me estaba poniendo demasiado didáctico porque terminé la frase con: «habló el oráculo y la Pitia puede volverse a su casa, a su sopa de puerros y a su *vin ordinaire*...»

«Me olvidaba de contarte las últimas noticias», añadía con una explosión de vanagloria. «Me he convertido en un cambalechero, en un traficante de mi alma, en una prostituta intelectual... ¡me han pagado treinta dólares por un ensayo! (reconozco que en el momento presente aunque ya me los he gastado en vivir desenfrenadamente, me parecen una enorme suma.) ...y mi cabeza está tan hinchada como la garganta de un canario que gorjea...»

El día que *The New Republic* publicó mi artículo, el primer escrito por el que cobré realmente, inicié la travesía hacia Burdeos en el *Espagne*. El Comodoro me escribió aquella tarde. Desde la ventana de su oficina en Broad Street vio las rojas chimeneas del vapor mientras se abría camino desde el puerto hacia los *Narrows*. Había habido una nueva amenaza de submarinos. Aunque los entendidos insistían en que los barcos de la Línea Francesa no corrían peligro porque la familia imperial de Austria poseía un paquete de acciones, ochenta pasajeros habían cancelado sus pasajes en el último momento. Mi padre se figuraba que tendría un camarote para mí solo.

Mientras él me escribía yo me dedicaba a examinar, solo y loco de alegría, lo que me parecía un enorme y lujoso camarote. Mis cartas de presentación, la de crédito y mi pasaporte, estaban extendidos sobre la litera para examinarlos detenidamente.

«Tengo cartas para tres poetas y otras gentes divertidas», le escribí a Arthur. «Viviré en la Residence des Estudiantes (comoquiera que se deletree) y estudiaré arquitectura y la Biblia como loco –y también Cervantes y Calderón, Homero y las Geórgicas de Virgilio... Más adelante, en la primavera, iré a París y haré todo lo posible por marcharme al frente por las buenas o por las malas... Esperemos que sea el Rhin... Planes sujetos a cambio sin previo aviso», añadí para hacer mis baladronadas menos comprometedoras. Pero en cualquier caso, ya estaba yo camino de Europa, con todo el ancho mundo a mi alcance, olfateando con deleite el especial olor a agua de pantoque y a colchones mohosos de la Compagnie Générale Transatlantique, el aroma de pan reciente y ajo que salía de la cocina, así como el olor rancio de las pipas de los marineros en el viento de la bahía cuando abrí la portañola.

«Ya me he quedado solo», me escribió el Comodoro en su francés particular. Había descubierto un suelto sobre mi artículo en una columna del *Tribune*. «No es frecuente encontrar una crítica al día siguiente de publicarse un artículo... Te echo mucho de menos. Nadie para tomarme el pelo excepto Louis (mi hermanastro) que ya es un veterano. Nadie a quien reñir a excepción de Louis que también en eso es un veterano.»

El dieciséis escribió que había recibido una carta que yo había mandado con el barco del práctico. Evidentemente, yo le había escrito en un acceso de arrepentimiento al pensar en mi ingratitud de niño mimado, porque me explicaba muy por largo que nunca había estado enojado conmigo, nunca en la vida. Si me había parecido irritable durante los últimos días era porque su carácter (que, como yo sabía, era normalmente de lo más dulce) se estaba amargando por cuestiones de negocios que iban mal. Me había mandado un cable desde la oficina de Cape Race diciendo «Ja, ja». Era lo que el Comodoro y los cuervos se decían mutuamente. Esperaba que hubiera recibido el telegrama. «Ja, ja» era para nosotros un diccionario completo.

Otro día escribe desde el Club Manhattan que acaba de presentar un alegato ante la Corte Suprema de Nueva York y «que ha sido recibido con visible aprobación». Unos pocos días después se entera por la French Line que el *Espagne* atraviesa el Atlántico sin contratiempos. Está escribiendo un discurso a favor de Hughes para la campaña presidencial que está ya en sus dos últimas semanas. (Si no recuerdo mal, yo estaba totalmente a favor de Wilson. «Nos había mantenido fuera de la guerra».)

Al día siguiente escribe desde la casa de Washington que su último ataque de gota casi ha pasado ya. El y Mrs. Harris (que se había quedado como ama de llaves después de la muerte de Madre para ocuparse de Sandy Point y las casas de Washington) han comido ostras y una langosta excelente. Es

un maravilloso día de otoño. Ha sido perezoso y un inútil y no ha escrito una palabra. Las organizaciones laborales han dado su apoyo a Wilson. Quizá eso baste para que Hughes sea elegido. Ve al Trabajo alineándose en un bloque contra el Capital, una situación, le parece, llena de peligros.

A finales de octubre escribe que ha recibido mi cable. Quiere que le cuente todo el viaje. Cree que podrá colocar un artículo en el *World* sobre Burdeos en tiempo de guerra si se lo envío inmediatamente. No le gusta cómo marcha la campaña electoral. Adjunta otro recorte sobre el artículo en *The New Republic*. «Es curioso», escribe, «que una frase pueda revolotear como un pájaro.»

Acaba de terminar el ensayo de Lord Brougham sobre la importancia de la literatura griega. Está totalmente asqueado de los negocios. Quiere consagrarse a estudiar el griego. Quizá yo piense que es una locura, pero ¿no aprendió Catón el griego cuando tenía ochenta años?

El primero de noviembre escribe desde el *Gaivota*, frente a Blackiston's Island. Después de una tarde maravillosa brilla una diminuta luna nueva. Son las siete en punto. Su cena solitaria ha consistido en una tortilla, salchichas del país, muy hechas, y patatas asadas. Está trabajando en el discurso.

Va a tener un debate con Samuel Untermeyer sobre la jornada de ocho horas ante la Asociación de abogados del condado de Nueva York. Supe años más tarde que la vieja guardia del Colegio de abogados solían comparar la carrera de John R. con la de Untermeyer. Su trabajo profesional en derecho corporativo se había desarrollado paralelamente, pero Untermeyer terminó siendo multimillonario mientras que John R. nunca superó sus dificultades económicas. Siempre coceando contra el aguijón –ahora está contra la jornada de ocho horas y Untermeyer está a favor.

John R. me ha explicado muchas veces que no se opone a que la gente trabaje ocho horas en lugar de diez; se opone a que el gobierno fije las horas y los salarios. Anticipa una batalla muy reñida; escribe que Untermeyer es un hombre muy inteligente y que siempre se las arregla para que dos más dos resulten cinco.

La nota que sigue la escribió desde casa –la Casa Blanca, como mi padre la llama ahora– en Sandy Point. «... La época de la matanza de las aves ha llegado. Pobres codornices. Es una vergüenza matarlas. Son tan aristocráticas, tan bonitas... No ha helado. Tomates rojos por todas partes y en gran cantidad. La fábrica de conservas todavía no ha cerrado. Ya se ha sembrado casi todo el trigo...»

Hace divertidas observaciones sobre el aumento del coste de la vida. Si el precio del papel sigue subiendo tendrá que dejar de escribir. Si el precio de los alimentos sigue subiendo tendrá que dejar de comer. Bueno; ha comido mucho durante toda su vida. No le costará trabajo dejar esa costumbre.

Siete de noviembre. Ha llegado el gran día. Son las seis y media de la tarde. Los colegios electorales están cerrados. Espera los resultados flemáticamente. No encuentra sentimientos verdaderamente patrióticos en ninguno de los dos bandos. Tan sólo demagogia por todas partes. Es bien difícil para un hombre que piensa y que conoce la historia de nuestra Constitución ponerse a redoblar tambores por ninguno de los dos partidos. Las mujeres van a votar por primera vez en Illinois y se cree que lo harán por Wilson debido a su discurso en favor de la paz.

El ocho escribe que se acostó creyendo que Hughes había sido elegido. «Imagínate mi horror al despertar esta mañana y encontrarme con la elección todavía indecisa.» Ambos bandos claman victoria. Espera que no termine en una disputa como la de Tilden y Hayes. Ha contestado a una carta acerca de la antología. «Fíjate qué buen secretario soy.» Eliot Norton ha escrito dándome las gracias por un ejemplar de *The New Republic*.

Mi padre le ha contestado que Jack ha salido ya para Madrid. «Soy su amanuense y secretario, dos empleos llenos de responsabilidad que en los tiempos clásicos me hubieran dado derecho a una buena posición social y a un generoso sueldo.» Ha contestado a la crítica de Norton de que el artículo no profundizaba suficientemente en las palabras de Mercurio: que no era tan profundo como un pozo ni tan amplio como la puerta de una iglesia, pero que no estaba mal. Se burla de Norton que no fue a oírle discutir la jornada de ocho horas: «para que veas hasta qué punto todo ha

sido un desastre te bastará saber que se decidió con gran entusiasmo imprimir lo que yo dije»: Bromeando firma la carta Dos Passos Senior.

Mientras tanto, Dos Passos Júnior se ha establecido en la Pensión Boston, junto a la Puerta del Sol en Madrid. Lo encuentra todo delicioso: la cortesía española, los serenos con sus linternas y sus largas capas, que abren la puerta por la noche, los sonidos roncOS y los fuertes olores de la ciudad.

Las cartas que Juan Riaño había proporcionado a mi padre no podían haber estado mejor elegidas. Eran para periodistas y gente relacionada con la que empezaba a ser conocida como generación de 1898. A pesar de mi enorme timidez, fui a tomar el té con Juan Ramón Jiménez, que ya entonces parecía sacado de un cuadro de El Greco, y me presentaron al formidable Valle Inclán de barbas de chivo a las tres de la mañana en un café lleno de corrientes de aire.

Un fornido estudiante de derecho llamado Carlos Posada me llevó a escalar la sierra de Guadarrama, que se convirtió inmediatamente en mi cordillera favorita. Un individuo de escasa estatura y barba negra llamado José Giner, sobrino de Giner de los Ríos, el gran educador, apóstol de los liberales españoles, resultó ser amigo de todos los sacristanes y conocer todas las obras maestras olvidadas de los pueblos desperdigados por las llanuras de Castilla. Los dos éramos grandes andarines. Nos hicimos muy buenos amigos y no tardamos en llamarnos de «tú».

Nada más llegar empecé un curso magnífico sobre el idioma español con Tomás Navarro Tomás en el Centro de Estudios Históricos. Encontré un profesor de dibujo que casi me mató de aburrimiento poniéndome a copiar un busto florentino. Intercambié lecciones de español e inglés con un sociólogo en ciernes que estaba traduciendo un libro de John Dewey. ¡Cómo luchamos con aquel texto, tres veces por semana, por las tardes durante una hora! Yo era incapaz de entender a John Dewey en inglés y aún más incapaz de traducir al castellano sus frases, tan interminables como complicadas.

Pepe Giner era mi cicerone. Por la tarde, pasábamos a veces frente a la encantadora ermita de Goya a la que la expresión de Jefferson «arquitectura esférica» se aplica tan bien, y atravesando la llanura de encinas que constituye el fondo de los retratos de Velázquez, llegábamos hasta el antiguo pabellón real de El Pardo. El padre de Pepe, un médico retirado, era el conservador. Como Juan Ramón Jiménez, también él parecía pintado por El Greco. La madre de Pepe, siempre de negro, era una de las señoras devotas en los cuadros de monjas de Zurbarán. Tomábamos una especie de merienda-cena con ellos y regresábamos al oscurecer. El Madrid que veíamos alzarse en silueta contra el cielo del crepúsculo era todavía la ciudad que pintara Goya.

Los domingos nos levantábamos pronto para coger a las seis y media el tren de la Sierra. Me había incorporado a un grupo muy unido de montañeros. Pepe, que era un católico devoto, pero muy discreto, se levantaba una hora antes para ir a Misa.

«Mi mayor alegría» le escribí a Arthur, «es la Sierra de Guadarrama, la larga cordillera de montañas pardas hacia el norte y el oeste. El sol se pone del otro lado con deslumbrante gloria. Nunca he visto crepúsculos parecidos; remueven el alma como un cocinero remueve una sopera de caldo pero, ¡con qué cuchara de oro! Todos los domingos, en compañía de un perfecto caballero español y del Todo Madrid, equipado con atuendo alpino, mochila y todo el resto, me traslado allí y me dedico a escalar. Los paisajes más maravillosos surgen por todas partes. Desde la cumbre se ven las llanuras de Castilla la Vieja y Castilla la Nueva; hacia el norte, de un color amarillo rojizo; hacia el sur, de un amarillo color paja que acaba perdiéndose al pie de las montañas detrás de Toledo. La nieve de los picos toma formas extraordinarias de plumas y cuchillos debido al viento; y cuando el cielo es de un azul intensísimo y las rocas bordeadas de nieve brillan al sol, y cuando se puede ver desde Segovia hasta Toledo... ¿cómo extrañarse de que la musa enmudezca? Embarras de richesses.»

Por entonces ya leía yo la renovación de la picaresca hecha por Baroja. *Mala hierba, La busca, Aurora roja*. Las impresiones nuevas se acumulaban tan de prisa que ninguna jornada era lo bastante larga para albergarlas. El castellano suponía un reto continuo. Yo sufría todas las cómicas confusiones de un idioma nuevo. Todo me divertía. A medida que aprendía algo del idioma, las conversaciones en el comedor de la pensión Boston, donde me hospedé mientras aguardaba una

vacante en la Residencia de Estudiantes, resultaban más y más entretenidas. Era una asamblea políglota. «Mientras don Lorenzo, el propietario-camarero, nos sirve, uno tras otro, deliciosos platos españoles, un flujo incesante de conversaciones circula alrededor de la mesa. La Escritora y el Caballero Danés hablan en alemán. Yo hablo en mal castellano con el Caballero Danés que contesta en inglés a los americanos y en francés a las señoras portuguesas que a su vez hablan portugués entre ellas, en francés conmigo, en castellano con los españoles, que a su vez utilizan una considerable variedad de dialectos.» La calidad de los alimentos nunca terminaba de sorprenderme. El aire cortante del invierno me daba un perpetuo apetito. Escribí a casa que las comidas no se acababan nunca; los españoles se pasaban todo el tiempo comiendo, a excepción de los que se morían de hambre.

Cuanto leía y veía formaba parte de un mismo decorado. Toledo era la misma que aparece en las Novelas Ejemplares de Cervantes, y las escenas callejeras de la Puerta del Sol eran las que escribió Lope de Vega.

Yo estaba en esa época de la vida en que se hacen amigos. En un vagón de tercera clase, volviendo de Toledo, me encontré charlando con un estudiante de la universidad que quería mejorar su inglés. Nos entendimos tan bien que seguimos tratándonos hasta su muerte. Pepe Robles tenía una lengua más afilada que las de mis amigos liberales interesados en la educación. Se reía de todo. Su conversación se parecía más a la desenfadada manera de escribir de Baroja.

Presumí ante Arthur de haber hecho una amistad en la pensión Boston que él no dudaría en aprobar. «Don José Castillejo, un hombre de acuerdo con tus convicciones más profundas... Es un liberal a la antigua, del siglo XIX, jefe de una sección del Partido Educador en España, un hombre muy brillante y enemigo de toda forma de oscuridad, así como un pacifista al estilo de Lowes Dickinson... Tiene también» añadía yo maliciosamente, «ese sutil esnobismo humanitario de todos los Defensores del Género Humano (quiero decir que hay que odiar un poco para ser humano)...»

Pepe Robles y yo hicimos más viajes juntos. Sus cínicas historias eran un tónico después de las exhortaciones al bien de los liberales. En aquella época de su vida era un *aficionado* y dibujaba toreros. Entre mis amigos institucionalistas las corridas eran tabú.

A principios de diciembre mi vida se animó mucho con la inesperada aparición de Lowell Downes y Roland Jackson. Downes había sido el mejor amigo en la universidad de mi compañero Robert Hillyer. Yo le había tratado en su calidad de bebedor alegre y cordial. Roly era uno de mis compañeros de promoción, hijo de un juez de Colorado, que había decidido componer música en lugar de vender valores.

Una de las manifestaciones de la rebelión de Roly contra su padre y el mundo de los negocios era que insistía en ir con playeras a todas partes. Las playeras de Roly resultaban especialmente embarazosas porque en la España de aquellos días, por muy andrajoso que vistiera un hombre, siempre se las apañaba para calzar buenos zapatos y usar un buen sombrero. Cuando íbamos a los cafés, los camareros contemplaban las playeras de Roly sin ocultar su desagrado. En los conciertos, conseguían horrorizar a las madrileñas elegantemente vestidas.

Uno de los placeres de la compañía de Roly y Downes era que les gustaba beber. Ninguno de mis amigos españoles bebía más de un vaso de vino y muchos sólo bebían agua. Pasamos una noche memorable en una cervecería alemana llamada El Oro del Rhin. Comimos mucho durante la cena y después les llevé a ver a Pastora Imperio. Yo ya la había visto antes. La consideraba la mejor bailarina de todos los tiempos. Todos nos entusiasmamos. Enfervorizados con *lo flamenco*, volvimos al Oro del Rhin.

En aquellos días yo llevaba siempre en el bolsillo un volumen con los poemas de Jorge Manrique. Empecé a leer el poema de Manrique a la muerte de su padre. El castañeteo de los dedos de Pastora era tan inevitable como la muerte, gritamos por encima de las jarras de cerveza. Aquel poema y Pastora, proclamaba yo, eran las dos grandes experiencias de mi vida.

De pronto, nos dimos cuenta de que nos molestaba la melosa música alemana. Roly se fue a acostar, pero como era una fresca y clara noche bañada por la luna, Downes y yo decidimos que sería divertido ir andando hasta Toledo. Pasamos bajo los soportales de la calle de Toledo, cruzamos

la Puerta y avanzamos por la blanca carretera. El camino estaba animado con el sonido de los carros, tirados cada uno por tres, cuatro o hasta cinco recias muías. Siempre, precediéndolas, iba un borriquillo trotando con pasos menudos. Hablamos con los arrieros. Nos dieron a beber de sus botas. No estamos en el presente, nos decíamos el uno al otro, estamos en la España de Don Quijote y de Sancho Panza.

Escribí unas líneas entusiastas en mi cuaderno, repleto ya de *olés* a Pastora: «Una noche maravillosa con estrellas que brillaban débilmente y con la larga sucesión de las suaves laderas de Castilla, de un indeciso color marrón bajo la luna. Los gallos cantaban y los perros ladraban en la lejanía y parecía oírse el rozar de las faldas de las estrellas mientras interpretaban su danza ceremonial en el cielo. En las zonas más bajas había neblina y todo quedaba confundido en una tonalidad de plata bruñida. Finalmente la luna, que parecía una naranja arrugada y medio podrida, se ocultó cuando el primer brillo acerado de la aurora asomaba por Levante.»

Atravesamos zonas de neblinas a ras de tierra que parecían lagos en las cañadas, hasta que el sol empezó a calentar nuestras mejillas.

Por supuesto, nunca llegamos a Toledo. En Torrejón nos acercamos a la estación de ferrocarril para sentarnos a descansar. Nos dolían los pies y teníamos muchísimo sueño. ¿Debíamos continuar? El último arriero con el que hablamos nos dijo que aún quedaban veintisiete leguas, pero nos recomendó mucho que siguiéramos andando. Había que considerar el dinero que economizaríamos por no tomar el tren...

Entonces me acordé de que tenía un compromiso para cenar en Madrid. Y nada menos que en la Embajada. Mi padre me había proporcionado una carta para el embajador americano y había insistido en que la presentara. Uno de los secretarios me había invitado a cenar muy en contra de mis deseos. Aquella noche era la noche fatal. Volvimos a Madrid en tren, pero a pesar de todo el paseo nos dejó un recuerdo imperecedero.

El catorce de noviembre John R. acusa recibo de dos tarjetas postales. No hay duda de que estoy entusiasmado con los cuadros del Prado. «Son hermosos. Velázquez. ¡Qué nombre! ¡Qué cuadros! Ahora estoy esperando tus cartas. ¡Qué cartas! *Carias desde Madrid*, de Monsieur Singe. Edición de lujo, precio cinco dólares. Queda bien. Otro libro, *Reflexiones de un joven en Madrid*, del mismo autor. Otro libro: *Impresiones de un arquitecto sobre los edificios de Madrid*, escrito por un estudiante. Eso bastará para los tres primeros meses. Si no, vas a escribir más libros que Voltaire... He terminado mi discurso sobre la jornada de ocho horas y ya está en la imprenta. ¿Te envío un ejemplar? No. No tiene sentido que pierdas el tiempo leyendo discusiones políticas.»

Me manda gran cantidad de cartas y una publicada en *The New Republic* acerca de mi artículo que cree me agradecerá.

Al día siguiente escribe desde el tren a Washington, camino de la granja. Está leyendo a Cicerón y a Demóstenes para comparar sus mentalidades. Cicerón es siempre el abogado, Demóstenes el hombre de Estado. «Es una vergüenza que no pueda leer al mejor orador del mundo en su lengua. Encuentro muy pocos motivos de satisfacción en la situación de nuestro país. La elección de Wilson plantea graves preguntas. Hemos abandonado la Constitución y nos acercamos a un paternalismo en el que todos los asuntos privados y domésticos son regulados por el gobierno... Pero nosotros podemos vivir aquí, en la granja, y constituir nuestro gobierno propio, nuestro pequeño despotismo.»

Al día siguiente vuelve a hablar de lo maravilloso que es el tiempo. La Casa Blanca ha quedado cerrada hasta el próximo verano. «Fue una lástima tener que hacerlo porque los últimos días aquí han sido estupendos. He dormido bien, he comido bien y he dado buenos paseos.» Se lleva dieciocho codornices a Nueva York. Jim Franklin ha descubierto unas ostras enormes en Parker's Creek, el tipo de ostras que Thackeray describió; tragarse una es como tragarse un bebé. «Grandes y deliciosas. Quisiera que estuvieras aquí para comerlas con nosotros. ¿Dónde estás? Aquí son casi las seis y media y serán casi las once y media donde tú estés. No hay respuesta...»

Cuatro de diciembre: «Esta noche estoy muy cansado y el mundo, tal como puede verse en Nueva York, me desagrada profundamente. Estoy cansado de esta clase de vida y quisiera, en el fondo de mi corazón, estar en la granja, hablando con la naturaleza, las vacas, los árboles, el agua y todas las cosas que hablan sin palabras. Es cierto que he tenido un día muy difícil pero ya se ha terminado y ahora estoy solo en mi biblioteca y pronto habré olvidado todos los malos ratos de hoy.»

En la carta siguiente todavía se siente algo deprimido, pero va a dormir bien esa noche y estará perfectamente a la mañana siguiente. Le entristece la caída de Rumania. Otra sorpresa: el bombardeo de Funchal. «Como sabes, tengo muchos amigos y parientes allí y estoy ansioso por conocer los detalles.»

El 14 de diciembre escribe desde New York. Me manda cien dólares como regalo de Navidad. «Todo el mundo habla de paz... el mundo está enfermo y cansado de guerra pero sería una gran equivocación aceptar una paz que durara sólo unos pocos meses o años y a la que seguiría otra guerra peor... Es difícil conseguir una paz permanente entre naciones con las armas en las manos. ¿Y cómo restablecer los pequeños estados?»

El 20 de diciembre escribe que ha llegado un manuscrito mío con destino a *The New Republic*. Hará que lo copien. «Esta noche estamos ocupados leyendo la respuesta de Lloyd George a la proposición alemana de paz. Es una réplica vigorosa y creo que expresa también los sentimientos de nuestro país. Los alemanes tendrán que enseñar sus cartas... No creo que la paz llegue en seguida. En mi opinión habrá que desgastar a los alemanes primero... Todavía hace frío y parece que aún durará bastante. Pero el tiempo es tornadizo como las mujeres y quizá tengamos un segundo veranillo de San Martín.»

Diciembre 21. «Mr. Lansing, el Secretario de Estado, ha hecho hoy unas manifestaciones muy belicosas que han causado gran excitación en la Bolsa, produciendo un semipánico, casi un hundimiento; pero esta noche Mr. Lansing ha rectificado sus palabras en una dirección más conservadora. No puedo imaginar por qué regla de diplomacia internacional Mr. Wilson hace esta declaración a los beligerantes; la situación no se presta a una cosa así... Los periódicos de la noche no hablan de otro asunto.»

«Mi querido Jack», escribió el 23 de diciembre, «soy tu amanuense, secretario y *alter ego* porque contesto tu correspondencia y me preocupo de mantenerte *en regle* en todas estas materias. Con otras palabras: formamos una asociación; John Dos Passos Júnior y su padre... esta noche estoy solo con mis libros. No leo en voz alta porque no tengo público que me escuche. Pickwick ha muerto. Mrs. Harris está en Filadelfia con su madre. La vieja casa de Washington está cerrada. Lo mismo sucede con la Casa Blanca. No más cacerías de zorras.»

¡Aquellas cacerías de zorras! Durante días y días todo el mundo se dedicaba en Sandy Point a preparar alimentos sólidos y bebidas. La cerveza y las salchichas llegaban por barco. Los arenques salados se traían en barricas desde Mundy Point... El día de Navidad amanecía con el aullar de los perros y el sonido del cuerno de caza. Se ojeaba una zorra. Después de devorar enormes desayunos todo el mundo se ponía en marcha. Yo montaba a Rattler, un pequeño alazán castrado que en los días de entresemana tiraba del carromato. Rattler tenía una raya blanca que le cruzaba la nariz y para nosotros era un indicio seguro de su sangre árabe. Era un caballito muy agradable con un trote fácil pero solía tropezar. Se caía y me arrojaba por encima de las orejas en momentos embarazosos, como cuando me dirigía galantemente a saludar a aquella chica tan bonita del otro lado del Hague. Por lo demás ni él ni yo nos hicimos nunca daño con sus caídas. En Northern Neck no había demasiados caballos para montar en aquellos días. Nadie había oído hablar de chaquetas de color rojo. Casi todo el mundo seguía la cacería en carricoches, calesines o vehículos de un solo asiento. También participaban carrmatos y a veces hasta una carreta de bueyes. No se saltaba porque las vallas eran todas de alambre de púas, pero se ululaba y se gritaba todo lo imaginable acompañando la música de los perros, y los hombres y los muchachos se abrían camino a pie a través de los setos, de los charcos y de los zarzales, internándose en los tupidos bosques de pinos.

El Comodoro siempre se ponía de parte de la zorra. Con sus medias de lana, sus pantalones de tweed, su sombrero de fieltro inclinado y blandiendo su bastón de cerezo solía andar a buen paso en

la dirección del concierto de los perros. Una vez se encontró con la zorra junto a Lynch's Point mientras los estúpidos perros aullaban y gemían atravesando los maizales en Hominy Hall. El Comodoro aseguraba con un brillo en sus ojos que aquel día tuvo una larga discusión filosófica con la zorra.

«... y lo peor de todo es que tú estás al otro lado del Atlántico», escribía. «Es una situación muy triste pero yo no estoy triste. Estoy, por el contrario, muy alegre.»

«1916 casi ha terminado ya», escribía la víspera de Navidad. «Estoy bastante contento de verlo desaparecer. He tenido muy poca suerte durante sus trescientos sesenta y cinco días. Esperemos que 1917 sea mejor. Pero en cualquier caso tengo que estar satisfecho porque, a excepción de un ataque de gota de cuando en cuando, mi salud es perfecta. Me veo muy solitario. No tengo a nadie a quien leerle Gabriel Grubb.»

Navidad: «Noël sans Master Jack. Noël sans arbre de Noël... Me he comido el pavo solo –Louis estaba enfermo– y esta noche estaré solo con mis libros –par excellence, les compagnons bien intéressants.»

Al día siguiente escribe: «Navidad ha pasado ya, laus Deo. Aquí no queda sentimiento de Navidad. No se piensa más que en los regalos. Es deplorable. Si no das, eres un avaro, y si no das una gran cantidad, todavía resulta peor. Navidad es el aniversario del fundador de nuestra Cristiandad como sabes bien, pero quizá no haya ni den mil entre nuestros sesenta millones de habitantes que recuerden el significado de este día. Detesto estas fiestas. Y en Nueva York es peor que en ninguna otra ciudad.»

El veintisiete Papá escribe que sale para Washington. Aunque su biblioteca está en Nueva York se siente más a gusto en la casa de Washington. Está trabajando en una breve crítica a la última carta de Monsieur Wilson a los beligerantes. Es una carta mediocre y le parece una vergüenza que Wilson intervenga cuando los Aliados estaban a punto de contestar a la comunicación de los alemanes y de las Potencias Centrales. «Pero tu amigo el Presidente no se guía por las reglas del derecho internacional. Hace lo que le apetece. Como en el caso de México, sus decisiones empeoran la guerra en lugar de mejorar la situación. Veremos lo que pasa en los próximos seis meses.»

El cinco de enero ha vuelto a la calle 56 y su salud es aceptable, aunque sus pies están hinchados y le duelen al andar. Ha estado en la oficina todo el día y, naturalmente, se siente mejor cuando trabaja. Todo parece tranquilo por el mundo pero él cree que habrá muy pronto operaciones navales y terrestres en gran escala. Mientras tanto las conversaciones de paz continúan.

Siete de enero: «He pasado un día muy estúpido sin hacer otra cosa que leer los periódicos. Confiaba en trabajar bastante pero han aparecido un montón de pequeñas cosas incontrolables... Sí me hubiera trazado un programa para la mañana habría terminado algo... ¿Cuántas horas desperdiciamos al cabo de una semana? Pero ni siquiera el cielo mismo tiene poder sobre el pasado.» El día nueve ha llamado a un doctor para descubrir las causas de su gota. «No parecía demasiado inteligente. Me ha examinado el corazón, el estómago y la presión sanguínea, encontrándolos satisfactorios. He tratado de despertar su ambición y quizá averigüe más en la próxima consulta.»

Está trabajando en un discurso que tiene que pronunciar en febrero. Quiere ir a la granja pero esta mañana está cayendo una terrible tormenta de nieve que procede del noroeste. «Paulatinamente el mundo se está yendo al diablo, como tú sabes bien, por ser su abogado.»

El sábado trece de enero escribía: «Mañana será tu veintiún aniversario. Podrás vestirme la *toga virilis*. Eres un hombre... Ahora ya tendrás que esperar hasta los cincuenta. Llegarán pronto porque es bien cierto que *tempus fugit*... Te he enviado un cable esta tarde. Imagino que lo recibirás el domingo. 'Ponte tu traje de cumpleaños el domingo'. Primero escribí *toga virilis* pero pensé que la compañía del Commercial Cable no lo aceptaría, por temor al censor.»

El catorce escribía: «El gran día ha llegado. Mi Jack es ya dueño de sí mismo. Es libre. Libre de la esclavitud paterna. Libre para subirse a un árbol o hacer cualquier cosa, incluso pagar sus facturas. Te saludo. ¿Cuándo volverás a casa? No antes de que hayas perfeccionado tu español... Otra pregunta ligada con ésta; ¿Cuándo terminará la guerra? Creo que pasará por lo menos otro

año... Con seguridad, no será antes de febrero de 1918. Los aliados y sus enemigos están haciendo enormes preparativos... a no ser que suceda algo completamente imprevisto como falta de dinero, quizá, o una epidemia, o una gran victoria que haga inútil todo esfuerzo posterior, la guerra continuará. No espero grandes cambios ni en el este ni en el oeste antes de la primavera. En tu próxima carta dame cuenta detallada de tus estudios y del progreso que has hecho en cada materia...»

El 17 de enero ha recibido un manuscrito voluminoso, pero sin instrucciones sobre qué tiene que hacer con él. Siente tener que decirlo, pero mis cartas están horriblemente mal escritas; la mitad a lápiz y la mitad a pluma, trozos en inglés y trozos en francés. Casi imposible leerlas. Tengo que escribir mis cartas con más cuidado. Está ansioso de que empiece el curso de arquitectura. Por lo menos estoy haciendo progresos en el dibujo. Eso es un primer paso. No está preocupado por el español. «Eres latino y tus oídos se acostumbrarán deprisa a los sonidos españoles.» Aunque sólo son las ocho y cuarto tiene mucho sueño. Va a leer una narración de Dumas. Buenas noches.

«¿Dónde estás hoy?» escribía el dieciocho. «¿Qué tal estás? Desgraciadamente no hay manera de recibir una respuesta a esas preguntas antes de siete u ocho semanas, Esta tarde he llegado a casa un poco cansado y no voy a hacer nada, excepto leer *Les Mystères de Paris*, una carta o dos de Voltaire y *Marie Antoinette aux Tuileries* de Saint Amand.» Quiere saber lo que estoy leyendo en castellano.

Comenta el excelente estilo del comunicado de Balfour a Wilson. «Pero supongamos que los aliados realmente destruyen el militarismo alemán, ¿qué viene después? ¿Otra potencia u otro sindicato de naciones más fuerte que el alemán nacerá de las cenizas de Prusia!»

El 19 de enero escribe que no ha hecho grandes cosas durante la semana pasada. «Me resulta imposible concentrar las ideas a pesar de lo mucho que tengo que hacer. La semana que viene espero trabajar mejor.»

Ocho días después cayó enfermo. Le encontraron inconsciente una mañana en el suelo del cuarto de baño. Los médicos diagnosticaron pulmonía. Murió el 27 de enero de 1917.

Mientras leía el cable en la oficina de telégrafos sólo podía pensar en la voz del Comodoro contestando a los cuervos en la playa de Sandy Point: «¡Ja, ja, ja!»

VEINTICUATRO HORAS DE SERVICIO Y VEINTICUATRO DE DESCANSO

La primera vez que realmente intenté escribir una novela fue en colaboración con Robert Hillyer. En aquellos días Robert era una criatura de aspecto angélico, con pelo rizado y ojos color azul oscuro, que tendían a salirse de las órbitas cuando se excitaba. En Harvard había sido uno de los componentes de lo que llamábamos el *cercle littéraire*, entusiasmado con los líricos isabelinos y en violenta oposición al verso libre. Retratos de la Reina Virgen colgaban de las paredes de su cuarto. Brindaba por la gran Isabel cuando venía al caso y también cuando no venía.

Por algo que nos pareció el colmo de la buena suerte, Robert, Frederik van den Arend y yo nos encontramos reunidos en la Sección 60 cuando salimos para Francia con el cuerpo voluntario de Ambulancias Norton-Harjes. En la universidad, Robert y yo habíamos simpatizado con Van. Era entonces miembro de un grupo de muchachos muy unidos que vivían juntos en la misma pensión y se llamaban a sí mismos «la Familia». Aunque no había entre ellos ningún esteta de primera clase, nos sentíamos a gusto en su compañía. Cuando le apetecía, Van podía resultar tan irascible, testarudo y cómico como cualquier holandés de ojos azules. En seguida nos convertimos en Athos, Porthos y d'Artagnan y, para nosotros, en los tres «tortilleros», debido a nuestra incesante persecución colectiva de vituallas no incluidas en las raciones militares.

En el frente teníamos veinticuatro horas de servido y veinticuatro horas de descanso. En un lugar llamado Récicourt, en la *Voie Sacrée*, nombre que daban los periodistas a la destrozada carretera que proporcionaba el suministro a Verdun, nos refugiábamos en nuestras horas de descanso en el jardín abandonado de lo que había sido una casa de campo. Del edificio principal, alcanzado de lleno por la artillería enemiga, no quedaba ni rastro. Los efectos que hubieran podido sobrevivir habían desaparecido, sin duda, tiempo atrás, pero, por milagro, el jardín no había sido destrozado por las tropas. Los caminos de grava permanecían tan nítidos como si algún jardinero los hubiera barrido recientemente con un escobillón. Las rosas blancas y los altos flox florecían en los arriates invadidos por las malas hierbas. Hermosos caracoles blancos y marrones se deslizaban sobre las entrelazadas madresevas. Bajo la fragancia de las madresevas y las rosas quedaba un rastro de gas venenoso del último bombardeo de la artillería. Y, sobre todo, el retrete estaba intacto.

Era un agradable pabelloncito, de estuco de color rosa pálido con un techo de tejas por el que desbordaban las enredaderas. Dentro, la taza de loza y el asiento de madera muy bien lijada estaban todavía limpios. Había incluso unos trozos de periódicos viejos cuidadosamente apilados en una caja.

Para nosotros las letrinas eran la faceta más desagradable de la guerra: unas tablas resbaladizas sobre pozos malolientes. Los boches parecían tener una malévola intuición sobre lo que pasaba en ellas: tan pronto como uno se agachaba con los pantalones bajos, empezaban a bombardear.

No fue necesario jurar secreto cuando descubrimos el hermoso retrete. El sentarse allí, mirando con calma y reflexivamente, hacia el tupido jardín, estaba en contraste total con el hacinamiento y el angustioso caos de nuestras vidas en las horas de servido. Ningún potro de tormento hubiera conseguido arrancarnos el secreto.

Nuestro jardín tenía otro encanto. Cuando los obuses caían peligrosamente cerca, nos podíamos refugiarnos en una agradable fuente de cemento —sin agua— que había en el centro. No era aquella una región sometida a una intensa concentración de fuego, como sucedía con los cruces de carretera y los puntos de reunión de tropas, pero los boches, con su metódica manera de proceder, distribuían de cuando en cuando unas cuantas salvas de artillería por los sitios que quedaban a trasmano para que los gabachos no se confiaran.

Para entonces Robert, Van y yo teníamos razones para estar satisfechos cada uno de sí mismo y también de los otros dos. Habíamos pasado bajo el fuego enemigo tiempo suficiente como para descubrir que no estábamos más asustados que los demás. Sentíamos todavía el hormigueo del gran momento en la vida de un hombre cuando descubre que puede enfrentarse con el miedo y con el peligro hasta llegar a aceptarlos con un encogimiento de hombros. No habíamos estado expuestos al peligro lo suficiente para desgastarnos por completo.

También habíamos descubierto que, poniéndonos a ello, podíamos conservar los malditos motores T de nuestras ambulancias Ford en aceptables condiciones. En una carta a Arthur McComb,

que estaba en Cambridge viviendo en la misma pensión que Van acababa de dejar, le describí con cierto regodeo a Bobby, nuestro poeta lírico, «bajo su automóvil, la espalda en el barro, con un mono azul, un pegote de grasa en la nariz, y una llave inglesa negra y suda en la mano... Por las noches, sentados en los refugios, bebemos una mezcla de vino blanco muy fuerte con granadina. ¡Delicioso!»

Esta costumbre, algo desagradable cuando lo pienso ahora, nos procuró el mote, entre nuestros compañeros de sección, de «los granadinos de la guardia». Cuando le escribí esta carta a Arthur nos estaban organizando como sección en Châlons-sur-Marne. Se produjeron los habituales retrasos. Cuando no nos estábamos chapuzando en el Marne con unos divertidos trajes de baño a rayas, yo pasaba el tiempo escribiendo cartas y haciendo confidencias a mi diario: «estoy sentado bajo un cenador en el viejo jardín de la antigua posada que nos sirve de cuartel. ¡Cuántos momentos agradables bebiendo unas copas se habrán pasado en este jardín! ¡Cuántos banquetes de bodas, inundados de champagne, de risas y de púdicos sonrojos, bañados en el resplandor fálico de un mundo más suave y más cálido!» En la cantina, a mis espaldas, los cocineros franceses preparaban la cena. El entusiasmo que sentían por su trabajo me encantaba. Hice notar que «sería perfectamente posible confundirlos con Savarins cocinando para Enrique Cuarto.»

Yo me esforzaba por dividir la humanidad en gente útil, como los cocineros, los trabajadores del campo, los carpinteros, los arquitectos y los ingenieros, que fortalecían la humanidad, y gente destructiva, como los políticos, los banqueros, los rectores de universidad y los que hacen propaganda nacionalista, que extendían falsas ilusiones, desencadenaban guerras y destruían la civilización tan deprisa como los constructores la edificaban. Lo negro era negro y lo blanco, blanco. Los productores eran buenos, los explotadores, malos. Yo me clasificaba, lo mismo que a mis amigos, entre los productores: «Todos los compañeros de la sección son buena gente –todos los jóvenes son buena gente–. Si el mundo lo gobernáramos nosotros en lugar de esos panzudos vejesterios... ¡Abajo los hombres maduros!»

Me preocupaba el problema de cómo escribir con claridad. «Todos mis intentos anteriores han seguido una senda equivocada. Ya les he puesto punto final.» Desde años atrás leía las cartas, los cuentos y las novelas de Flaubert. Llegué a tener la misma obsesión que él por *le mot juste*.

En el *Espagne*, cuando volvía a casa desde Burdeos, en febrero, había leído *Le Feu* de Barbusse. El libro me produjo una tremenda sacudida, pero había visto lo bastante de Francia en tiempo de guerra como para descubrir otros aspectos de la cuestión. La guerra era el tema de la época. Ardía en deseos de escribir todo lo que pasaba, tan pronto como sucedía y tal como yo lo veía.

La presencia de la muerte agudizaba los sentidos. El aroma de las rosas blancas, la forma y las rayas de la concha de un caracol, el sabor de una tortilla, la vista o el sonido más casual adquirían una extraordinaria intensidad contra aquel fondo de grandes matanzas.

«Hace tiempo que no había sido tan feliz», le escribí a Arthur, «hay en todo ello una jovialidad que me va. Dumas se alza en toda su gloria celebrando el vino, las mujeres y la muerte en medio de la más crasa estupidez –pobres humanos– qué increíblemente adaptables somos– no hay manera de hundirnos... El infierno, a decir verdad, es un poderoso estimulante.»

En este estado de ánimo Robert y yo compramos juntos unos cuantos cuadernos en la tienda de un pueblo, donde todavía quedaba algo de material escolar: empezamos a escribir capítulos alternados de una novela inspirada, por supuesto, en la gloriosa rebelión de la juventud incomprensible. En Cambridge los dos habíamos devorado *Sinister Street* de Compton Mackenzie. A pesar de mis esfuerzos, Jean Christophe no se daba por vencido. Barbusse todavía se agitaba entre bastidores. Bajo estos auspicios creamos un sensible muchachito, cuyas vicisitudes se desarrollaban en un mundo de personas mayores indiferentes. Añadíamos nuevos personajes cada día. La Gran Novela, como la llamábamos, nos protegía de la sensación de entumecimiento mental que la guerra produce a los intelectuales jóvenes.

Sólo Van estaba al tanto de nuestras secretas actividades. Sí cualquiera de nuestros compañeros de sección, que se pasaban los días libres jugando al póker y cantando «Que Dios ayude al Kaiser Bill», se hubiera enterado de lo que hacíamos, se habrían burlado de nosotros sin piedad.

Durante los meses transcurridos desde que dejé Madrid al recibir los cablegramas informándome de la enfermedad y después de la muerte de mi padre, todo me había parecido horrible. Fue una pesadilla el estar de vuelta en Nueva York, a pesar del afecto de mis parientes y de la presencia de algunos amigos.

Wright McCormick, uno de mis compañeros de la universidad, tenía un empleo de reportero en un periódico, cuyo nombre no recuerdo. Salía con una chica estupenda, llamada Elsie Rizer, que estaba intentando hacerse un nombre en el teatro. Empecé a dar crédito a la afirmación de mi padre, según la cual las mujeres son siempre más interesantes que los hombres. La acompañamos en sus visitas a extraños amigos, en estudios y en pensiones de gente de teatro. Una noche tomamos parte en una reunión, donde un singular caballero leía a Omar Khayyám, con voz aflautada, mientras una maciza señora bailaba la danza de los siete velos. Debido a la llamada telefónica de un vecino, la policía vino a hacer una redada y, aunque el espectáculo era perfectamente inocente, nos hubieran amontonado a todos, en el coche celular, si no llega a ser porque alguien recordó que el Fiscal del Distrito era amigo suyo y le telefoneó.

Aquella insignificante aventura contribuyó a convencernos de que éramos unos proscritos de la sociedad. Nos habíamos separado ya al proclamarnos pacifistas. Estábamos convencidos de que la entrada de los Estados Unidos en la guerra no haría más que prolongar una matanza sin sentido. Las tropas americanas serían utilizadas para sofocar la revolución social que estaba a punto de derribar los viejos regímenes corrompidos, responsables de la ruina de la civilización. Wright y yo pasábamos nuestro tiempo libre yendo a mítines radicales.

Elsie se negaba a acompañarnos. Decía ser una americana patriótica. Además, insistía en que el teatro y la política no tenían nada que ver entre sí.

Protestábamos noche y día. Nos entusiasmos con un brillante discurso de Max Eastman en un mitin gigante en el Madison Square Garden de Stanford White; aprobábamos las violentas denuncias de Emma Goldman. Leíamos todos los números de *The Masses* cuando la tinta de imprenta estaba todavía fresca. Mi admiración por Woodrow Wilson se había convertido en odio violento. Alistarse en el ejército parecía una traición personal. La nueva libertad se había convertido en la nueva servidumbre. Firmamos peticiones. Protestamos contra la declaración de guerra. Protestamos contra el reclutamiento. Nuestros héroes eran Bob La Follette, Gene Debs y Max Eastman.

El único sitio de Nueva York donde nos sentíamos a Rusto era el barrio judío del East Side. Fue en el East Side donde primero se sintió el vendaval revolucionario nacido en San Petersburgo. Para los judíos rusos el sueño de cincuenta años de exilio estaba a punto de hacerse realidad. *A través de Europa las masas se alzarían negándose a ir al matadero. En Rusia la revolución había puesto fin a la guerra. Era la aurora roja de una era de paz, de libertad y de justicia.

Los rusos eran socialistas, y fueron los socialistas quienes se habían lanzado a la acción para detener la matanza. De repente, también yo era socialista. Incluso entonces creo que me maravilló un poco la celeridad con la que pueden nacer convicciones apasionadas en la mente juvenil. Era una cosa contagiosa. En la primavera de 1917 algunas personas cogieron el socialismo como otras cogían la gripe.

En un esfuerzo por despertar a Arthur McComb, a quien consideraba un imperturbable reaccionario, le escribí que me sentía como Saulo en el camino de Damasco.

Mientras tanto, aguardaba con impaciencia a que llenara mi turno de incorporarme al servicio de ambulancias. Durante aquellas largas semanas no era capaz de concentrar mi mente en cosa alguna, ni tan siquiera en las clases de conducir y de mecánica a que asistía en una escuela automovilística de la Avenida 12. Los albaceas de mi padre trataron de interesarme en varios proyectos. Pero, ¿qué sentido tenían las rentas para un hombre al que le espera la muerte antes de un año? Incluso, si yo sobrevivía, la Revolución lo barrería todo: los paquetes de nociones, los bonos del Estado, los intereses inmobiliarios, los derechos de propiedad. Firmé un contrato de venta de la casa de Washington, que había heredado de mi madre, para conseguir un dinero en metálico que me hacía mucha falta; y eso fue todo. «Desnudo vine al mundo» iba a ser mi lema.

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

Ya a bordo del *S. S. Chicago*, le envié a Arthur con el barco del práctico un dibujo titulado «A la lanterne», que representaba a los que patrocinaban la guerra, entre ellos Elihu Root y Theodore Roosevelt, colgados de los faroles de la Quinta Avenida, mientras dos faroleros, marcados como intelectuales de Harvard, danzaban la «carmagnole» en primer término..

Una vez a bordo, al tener la certeza de estar, por fin, en camino hacia el lugar de la acción, después de todos aquellos años de frustración en lo que me parecía entonces el encierro sofocante de la vida universitaria, cambió por completo mi estado de ánimo. Cualquier cosa me divertía.

Una semana después escribí que nunca había disfrutado tanto en una travesía. «Hasta ayer no pensé en nada ni abrí un solo libro». Dejaba constancia de la animación de las canciones en el bar. Los pasajeros eran como un circo permanente. «En el buque hay cinco socialistas; imagínate, cinco socialistas en medio de los que el camarero considera como *jeunes gens des meilleures familles américaines; et les allemands aimeraient bien les torpillar...* ¡Y quizá haya más de cinco! ¡Gloria, Aleluya!»

Un «socialista» que contribuía mucho a animar la escena en el *Chicago* era John Howard Lawson, un sujeto extraordinariamente divertido, que acababa de salir de Williams, con brillantes ojos castaños, cabello descuidado y una nariz en forma de pico que recordaba a Cyrano de Bergerac. En realidad había mucho de gascón en él. Nunca le faltaban historias divertidas que contar. Tenía ideas drásticas sobre todos los temas imaginables. Cuando se separaba de nosotros más de diez minutos siempre volvía con alguna historia escalofriante que acababa de sucederle.

Ya escribía teatro por entonces. Gracias a mi amigo Ed Massey, que había asistido a un curso de Baker en Harvard y que se dedicaba a la dirección escénica, yo había tenido algunos contactos con los medios teatrales. No pasó mucho tiempo antes de que Jack y yo nos contáramos mutuamente cómo, cuando volviéramos a casa después de la guerra, íbamos a revolucionar el teatro en Nueva York.

Mis recuerdos de aquella travesía por el Atlántico tienen todos acompañamiento musical, desde el momento mismo de la llegada a Hoboken, cuando encontramos una banda y a gente bailando una huía hawaiana entre las cajas de embalaje del muelle. También, por ejemplo, en cuanto nos sentábamos en el bar, empezábamos a cantar.

El *Chicago* estaba lleno de personal de ambulancias acompañados de unos cuantos oficiales del ejército, incluyendo a Theodore Jr. y a Archie Roosevelt, en misiones preparatorias de la Fuerza Expedicionaria Americana. Desde la altura de mi recién estrenado socialismo, les miraba con animosidad. Imperialistas, militaristas. Mercaderes de la muerte.

El viaje fue una larga fiesta. Nuestra canción favorita era:

Nuestro destino es la Feria de Hamburgo
para ver el elefante y el salvaje canguro.
Y seguiremos todos juntos
tanto si el tiempo es bueno como si es malo
porque queremos acabar con la maldita feria de una vez.

Devoramos las deliciosas comidas que nos preparaba la Compañía Transatlántica. Cantamos todas las canciones que sabíamos. Dejamos seco el bar y llegamos a la desembocadura del Gironde cuando estaba previsto; sin que nos torpedearan, pero con algo de resaca.

Allí unos cuantos detalles sirvieron para recordarnos que la guerra era una cosa seria: los restos de un naufragio, la arboladura de un vapor recientemente hundido que todavía sobresalía fuera del agua, y lanchas de cascos rojos transportando a los supervivientes hacia el estuario.

Mientras marchábamos con nuestros pertrechos desde el muelle a la estación de Burdeos, la gente nos vitoreaba. Mujeres bonitas aplaudían. Un francés se precipitó a poner su sombrero en la cabeza de un muchacho que no tenía. ¡Cómo sacábamos el pecho!

El largo viaje en tren hasta París fue una delicia. Bajo el pálido cielo de Europa, los campos de trigo casi maduro estaban esmaltados de amapolas. Avenidas de álamos remataban en pueblecillos

combados. Cada pueblo con su torre de iglesia y sus tilos musgosos era como un dibujo de un libro de cuentos de hadas. Las colinas y los bosques eran verdes, verdes, verdes. Como yo hablaba mejor francés que los otros miembros del grupo, me encargaba siempre de comprar vino y pan crujiente en las *buvettes* de las estaciones.

Los franceses nos parecían maravillosos en aquellos días. El peso del desastre había hecho salir a flote sus mejores cualidades. «Les américains» gozaban de extraordinarias consideraciones desde que el presidente Wilson había declarado la guerra. Después de cumplir cada pequeño encargo volvía encantado de la amabilidad que encontraba y de los comentarios inteligentes de los ancianos y de las mujeres que atendían los comercios, ya que todos los jóvenes e incluso los hombres de edad madura habían sido movilizados.

«*En voiture, messieurs mesdames*». El sonido gangoso del cuerno del guarda frenos tenía una cierta cualidad mágica.

Si la memoria no me engaña llegamos a París tarde y dejamos el tren en la pequeña estación de Quai D'Orsay. Nos distribuimos, nosotros y nuestro equipaje, en carruajes abiertos. No había luces en las calles. Todo estaba silencioso. La luna brillaba débilmente sobre nuestras cabezas. Edificios que había conocido de niño se alzaban en las esquinas de las calles entre resplandores azulados. Las pezuñas de los caballos resonaban cadenciosamente sobre los bloques de madera del pavimento. En el hotel que nos asignaron, el atravesar las cortinas de fieltro que habían instalado para evitar que saliera la luz, era como entrar en el mundo del melodrama y del misterio. Yo estaba en el séptimo cielo.

A la mañana siguiente en el cuartel general de Norton-Harjes en la calle de François Premier, me encontré nada menos que con Robert Hillyer y Van. Me hicieron saber que Dudley Poore, otro amigo del *cercle littéraire*, según nosotros autor de los mejores poemas publicados en *Eight Harvard Poets*, había llegado con el Field Service y que Cummings estaba en algún lugar en Francia. Empezamos a planear un viaje hacia el sur a lo largo del Rhône, que emprenderíamos cuando nos dieran el primer permiso.

Nuestra primera tarea era conseguir uniformes. Cualquier joven sin uniforme se exponía a ser arrestado inmediatamente y sometido a molestos interrogatorios. Providos de salvoconductos del servicio de ambulancias para probar que no éramos *embusqués*, nos lanzamos a recorrer París mientras nos confeccionaban los uniformes.

Seguimos los muelles a lo largo del Sena hasta Notre Dame. Curioseamos el interior de la Sainte Chapelle a través de los sacos de arena. Regresamos a través de los patios del Louvre y de los parterres de las Tullerías. A pesar de la guerra todavía funcionaba el Guíñol y se podían comprar en los quioscos los barquillos que yo recordaba de mi infancia.

Los viejos edificios grises nos emocionaban tanto como pudiera hacerlo la música. Vi por vez primera la esbelta cúpula que se levanta sobre los arcos que unen las alas con el frontón del Institut de France, que iba a ser durante años mi edificio preferido.

Cuando ya estábamos tan cansados que no podíamos poner un pie delante del otro, alquilamos una victoria por horas y paseamos y paseamos. Robert escribió un poema sobre «*Mi petite voiture de Paris*». El anochecer nos sorprendió en los bulevares. Nos asombraron las huestes de prostitutas. Muchas eran jóvenes y algunas bonitas. En los cafés el ambiente era de orgía costara lo que costara. «Porque mañana moriremos». Encontramos ingleses y canadienses que aseguraban estar corriendo la última juerga de su vida. Le escribí a Arthur que los hombres parecían encontrar una extraña y siniestra alegría en la certeza de la muerte.

Al cabo de una semana me encontré separado de mis amigos, con un grupo de universitarios americanos que no conocía, en el campamento para instrucción de Norton-Harjes, instalado en el antiguo coto de caza de un cierto Marqués de Sandricourt. Como no había ambulancias con las que trabajar nos mantenían ocupados haciendo la instrucción. Más que otra cosa aprendimos a decir palabrotas. «Se blasfema y se dicen groserías por todo lo alto con fruición», escribía yo. «La disciplina militar y la sopa grasienta eliminan toda la alegría de vivir –uno aguarda con débil esperanza que llegue el momento de marcharse.»

El momento de partir llegó pronto. Tenía que ponerme en camino para Châlons-sur-Marne. El jefe de Sección, un individuo rubio y delgado con un uniforme impecable, me causó una viva impresión. Desde el primer momento quedó perfectamente claro que Fred Singer tenía dotes de mando. Me dio gran alegría descubrir que Bobby y Van formaban ya parte del grupo.

Mi compañero en la ambulancia Ford, Jim Parshall, no sólo era un muchacho excelente, sino un conductor de primera clase. Y en esto no cabe duda de que tuve suerte, porque en aquellos tiempos yo era uno de los peores del mundo. Tenía una clara tendencia a atascarme en los agujeros de los obuses. Parshall insistía en que se sentía mejor al volante, de manera que le dejaba conducir en los momentos difíciles cuando nos acercábamos al frente y sólo le reemplazaba en las carreteras tranquilas que llevaban a los hospitales de la retaguardia. Yo trataba de compensarlo manteniéndole bien provisto de vino y alimentos que conseguía de los franceses. La sección 60 era un grupo bien avenido. Todos estábamos orgullosos de formar parte de ella.

«Imagíname con uniforme, el pelo cortado al cero y una picadura de mosquito en la mejilla», le escribía a Arthur, «sentado en el húmedo jardín de una antigua posada escuchando cómo las plantas susurran bajo la lluvia... La vida aquí consiste en esperar hasta que *Ellos* envíen instrucciones. *Ellos* son unas extrañas criaturas invisibles, dioses o demonios, que se mueven detrás de los bastidores, inventando trivialidades y ‘extendiendo con sus alas de cóndor Invisibles Desdichas’».

Pronto *Ellos* nos trasladaron a la retaguardia del frente de Verdun. Radio macuto pronosticaba que los franceses estaban a punto de lanzar una ofensiva. El diez de agosto le escribí a Arthur desde un bosque de pinos sobre un pueblo en ruinas que dominaba lo que, por temor a la censura, yo describía como «una carretera muy famosa». Podíamos oír ya «el profundo y mesurado roncar de los gigantescos cañones en el frente». Le hablaba de «construirme, como el caracol, una concha de risas histéricas para protegerme contra el horror de la guerra. Lo hemos pasado maravillosamente. Hasta ahora el trabajo más duro ha sido llevar las ambulancias de un sitio para otro, manteniéndolas a disposición de diferentes cuerpos de ejército que no las quieren ni nos quieren a nosotros —e invariablemente nos ponemos otra vez en marcha formando un convoy (veinte vehículos uno detrás de otro como elefantes que se dirigen al circo) a través de agradables carreteras francesas para pasar las noches en agradables pueblecitos.»

«Francia tiene muchísimas ventajas con relación a América, incluso en estos tiempos tan difíciles», añadía yo. «No se oye a nadie cantar las glorias de la guerra; todo el mundo es completamente sincero. En Francia, los indicios de Nagel —recuerda lo que te había dicho— se multiplican...»

Yo usaba el nombre del pobre Nagel como una palabra en clave para «revolución». De hecho existían indicios. Las tropas francesas se habían visto sacudidas por una serie de motines aquella primavera. Siempre que nos emborrachábamos con los *poilus* en un café de la retaguardia, acababa escuchando historias de peticiones y de quejas; historias de gendarmes, a los que odiaban porque los usaban para cazar desertores, colgados de los ganchos de algún matadero; historias de regimientos que después de ejecutar a sus oficiales habían marchado sobre París. El verano de 1917 fue un momento muy difícil para los dirigentes franceses.

En mi opinión eran los ingleses y no los franceses ni los alemanes quienes prolongaban la guerra. La finalidad secreta de la intervención americana era aplastar la revolución europea.

Yo soñaba con encontrar algún medio de responder a la propaganda de guerra con propaganda para la paz. «Bob, Van y yo» le escribía a Arthur, «hablamos con gran entusiasmo de volver a las cartas de Junius y otras cosas por el estilo —seriamente y *à outrance*. ¿Mandarás la razón a paseo y te unirás a nosotros?»

Radio macuto resultó estar en lo cierto. Se iniciaba la ofensiva de Verdun. En la misma carta conté cómo sentados en un jardín diminuto al abrigo de un muro fortificado desde donde se dominaba la calle principal del pueblo, habíamos visto pasar las tropas de asalto que se dirigían hacia el frente. Estábamos en la *Voie Sacrée*.

Habíamos trabado amistad con el maestro local en un arroyo al que Robert y yo nos retiramos en un momento de descanso para hacer navegar barcos de papel. Yo llamaba al mío *le bateau ivre*:

estaba bajo el influjo de Rimbaud aquella semana y nunca iba a ningún sitio sin llevar un volumen de sus poesías en el bolsillo. El maestro pescaba truchas con toda calma. Nos enseñó cómo encontrar gusanos para carnada debajo de las piedras. La incongruencia de hallar un hombre pescando truchas bajo los obuses nos entusiasmó. Vimos en él un filósofo natural, un Juan Jacobo Rousseau *de nos jours*. Cuando nos invitó a beber *un verre de vin blanc* aceptamos entusiasmados.

Aquella misma noche, recién lavados y con el cabello domado a fuerza de brillantina, Van, Robert y yo llamamos a su puerta. Nos condujo a su pequeño jardín-terraza que dominaba la calle. Su mujer era encantadora, una criatura pálida de grandes ojos negros muy brillantes. Tenía en brazos un gatito cuyos ojos, por alguna extraña razón, eran de un marrón luminoso. Nos sentamos alrededor de una mesa redonda de mármol, casi suspendidos sobre la calle entre las rosas y los miramelindos.

Estábamos todavía empezando a catar el vino cuando los convoyes de camiones comenzaron a atronar el pueblo. Nuestros rostros estaban al mismo nivel de las caras de los hombres amontonados en los traqueteantes camiones grises. Algunos estaban borrachos y aullaban blandiendo las cantimploras. Otros permanecían silenciosos y hoscos. Muchos enseñaban el puño a los gendarmes en la garita de la esquina. «Mort aux vaches», gritaban una y otra vez. Pero, cubiertos con un sudario de polvo blanco, estaban tan lívidos como muertos. El convoy parecía interminable. Chirriando al cambiar de velocidad los camiones rugían al pasar. Removieron todo el polvo de la estrecha calle, que acabó por cubrir la mesa, nuestro cabello y las flores del jardincito. Nos esforzamos por mantener una cortés conversación en francés mientras la angustia nos atenazaba la garganta.

A pesar del estruendo de los metales y el clamor de los borrachos podíamos oír el murmullo de nuestros anfitriones. «No fue así en el 16», gruñía él. Empecé a identificarle con el maestro de «La Dernière Classe», el cuento de Daudet que hizo derramar lágrimas patrióticas a generaciones de escolares franceses. «Pobres chicos», contestaba su esposa, «saben que van a morir». Después abrazó ni gato con un gesto casi violento y empezó a besuquearle. «No era así en el 16. Ya no hay disciplina. Mira, están arrancando las lonas de los camiones.»

Repitieron las mismas frases una y otra vez. Los camiones pasaban rugiendo. Había muchachos imberbes, jóvenes robustos y hombres maduros con bigotes. Los rostros se confundían. Todo lo que podíamos ver con tan escasa luz era la desesperación que brillaba en sus ojos. Intentamos decir algo para confortar al maestro y a su mujer, pero el polvo nos había secado la boca. Con un «Merci, bonsoir» nos escabullimos. Teníamos la impresión de que nos habían dado una paliza. El recuerdo me obsesionó durante años.

Cuando entramos a formar parte de la ofensiva en el Bois d'Avocourt teníamos demasiado trabajo para sentir angustia.

Fue entonces cuando Jim Parshall y yo pasamos una noche en un refugio subterráneo durante un ataque con gases. Cuando el claxon dio la señal nos tumbamos sobre las literas. Nadie decía nada. Mi rostro me parecía extrañamente viscoso bajo la máscara antigás, endeble y pasada de moda. Fuera, la metralla golpeaba el refugio como si lo azotara con un látigo. Yo oía los ronquidos tranquilizadores de algunos franceses aguerridos que dormían pacíficamente con las máscaras puestas. Para pasar el tiempo recité todos los poemas que sabía, así como la oración dominical y el «Con Dios me acuesto» una y otra vez.

De pronto, la luz empezó a filtrarse bajo la manta que tapaba la puerta. El *breloque*, un curioso artefacto sonoro que hacía un ruido parecido al de los patos salvajes en la primavera, anunció el fin de la alarma. Salimos a trompicones para poner el motor de la ambulancia en marcha mientras los camilleros traían a los heridos. Por alguna razón desconocida me llenó de optimismo encontrar la gorra, que había dejado sobre el asiento, mordida por un trozo de metralla como si la hubieran atacado las ratas. La carrocería tenía perforaciones pero el motor y las ruedas estaban intactos. Lo mejor de la historia fue que los desperfectos los produjo una de nuestras baterías que había bombardeado P2 durante parte de la noche debido a uno de esos pequeños errores de cálculo propios de los militares.

Debía de haber llovido porque el barro estaba aún en peores condiciones. Mientras Jim se ponía al volante de la ambulancia yo empujaba por detrás para conseguir que arrancara. La carretera no era más que una sucesión de hoyos. A cada sacudida los heridos lanzaban horribles gemidos. Chapoteamos hacia la retaguardia por un río de lodo de color gris. Uno de los espectáculos más tristes eran los caballos que tiraban de los cañones del 75; debido al gas estaban detenidos a lo largo de la carretera, jadeando y ahogándose con los ojos desorbitados y los ollares ensangrentados. Aunque el gas no nos causó a nosotros daño permanente, cada cinco o seis kilómetros teníamos que apearnos y vomitar en la cuneta.

Un espectáculo maravilloso levantó mi ánimo enormemente. En el parapeto de la tercera línea de trincheras, los cocineros franceses estaban ya trabajando, con gas o sin gas, sacudiendo las lechugas en ensaladeras metálicas para secarlas.

A finales de agosto el tiempo mejoró. Se nos dijo que la ofensiva había sido un éxito. Las tardes de domingo que teníamos libres nos escondíamos en nuestro jardín, mordisqueando peras que no estaban bien maduras y vigilando con desconfianza un globo de observación con forma de salchicha que flotaba en el cielo sobre nuestras cabezas; de cuando en cuando lo veíamos rodeado de repentinas nubecillas algodonosas, y sabíamos demasiado bien que en cualquier momento una lluvia de metralla se nos podía venir encima. Allí, Bobby y yo nos aplicábamos con energía a producir capítulo tras capítulo.

P2 llegó a ser conocido en la sección 60 como «Media hectárea de Infierno». Estaba en la línea de fuego de una batería de grandes cañones. Cada vez que disparaban se tenía la impresión de recibir un golpe en la cabeza con una cachiporra. La mayor parte de las veces que nos mandaban allí no podíamos movernos debido a los bombardeos. Resultaba extraordinariamente desagradable incluso cuando no se trataba de un ataque con gases. Yo solía tenderme en una de las literas del refugio subterráneo y llenar mi bloc de notas con la retórica típica de los veintiún años: «Los cañones rugen, ventosean y escupen su veneno, y aquí yazgo yo escupiéndolo también mi veneno...»

«...Pero quiero ser capaz de expresar todo esto un día, toda esta tragedia y la horrible excitación que la acompaña. He visto aún muy poco. Pero tengo que presenciar más y más: los grises dedos engarabitados de los muertos, el deprimente aspecto de los cuerpos sucios y mutilados, sus gemidos y sus contracciones en las ambulancias, el gigantesco redoble de los cañones, el sonido lacerante que producen los proyectiles al estallar, la canción de los obuses que vuelan como enormes pájaros carpinteros, su zumbido satisfecho cuando se aproximan al blanco, el vibrar de los fragmentos, como un arpa que se quiebra en el aire y el martillar de las piedras y del barro sobre los cascos que nos protegen... Y en el fondo de todo la desesperación sin límites de la muerte inevitable, de todas esas vidas dislocadas –la absurda necesidad de los gobiernos...»

Analizar las sensaciones de peligro y de miedo era mi manera de hacerlas tolerables: «En mí mismo», anotaba el 26 de agosto, «descubro que la reacción nerviosa es una curiosa apetencia del peligro que se apodera de mí. Cuando cae un obús, quiero que caiga otro más cerca, todavía más cerca. Siento la necesidad de embriagarme más y más con un buen bombardeo. A cada momento quiero volver a jugarme el todo por el todo con la Muerte... y mientras dura, me siento más vivo que nunca... siento que nunca he vivido hasta ahora. Todavía se pueden ver en mi piel las marcas de los pañales. Mañana he de apurar la vida hasta las heces, o si no moriré hoy.»

Es posible acostumbrarse a todo. En cierto sentido, el punto culminante de la ofensiva de Avocourt fue para mí el día en que me sorprendí abriendo tranquilamente una lata de sardinas en la parte de atrás de un puesto de socorro mientras a un pobre diablo le cortaban una pierna en la mesa de operaciones al otro lado de la sala. Dios sabe que todavía me afectaban morbosamente los sufrimientos de otras personas, pero había aprendido a vivir en el mundo sin desfallecer.

Conducir una ambulancia era una manera privilegiada de asistir en aquellos días a las operaciones militares. Se disfrutaba de deliciosos momentos de descanso y de comidas calientes al volver a los hospitales de la retaguardia. Excepto cuando se tenía la mala suerte de pasar la noche bajo el fuego de los cañones, siempre había en la ambulancia un rincón seco donde dormir. La ofensiva no duró más que tres semanas. Nos retiraron del frente con lo que quedaba de nuestra

división para disfrutar de sopa de calabaza en un encantador pueblecito llamado Sainte-Menehould, en las estribaciones del bosque de Argonne.

Desafortunadamente, la sección 60 pasó en seguida a formar parte del Cuerpo Médico de la floreciente F. E. A. «Imagínate la escena», escribí. «Un automóvil lleno de señores con mandíbulas prominentes y uniforme del ejército de los Estados Unidos, presididos por un elegante Richard Norton con monóculo; frente a ellos, un considerable número de conductores de ambulancia; detrás de ellos un edificio con aire de granero y muchos agujeros de metralla: nuestro cuartel. El perro mascota de la sección, llamado P2 [un perro policía de aspecto más bien sarnoso que Fred Singer había encontrado no sé dónde y bautizado con el nombre del refugio donde Jim y yo esperamos a que pasara el ataque con gases] se pasea inquieto alrededor. De cuando en cuando, un obús pasa silbando sobre nuestras cabezas, hace que los señores de mandíbulas prominentes se encojan y parpadeen, y va a estrellarse en la otra orilla del río, levantando mucho polvo, pero aparentemente, sin causar muchos daños. Mr. Norton acaba de terminar su modestísimo discurso que concluye con: ‘Como caballeros voluntarios os alistasteis en este servicio y como caballeros voluntarios me despido de vosotros...’ Qué frase maravillosa ‘caballeros voluntarios’», escribí, «particularmente al ponerle punto final un obús que estalló a treinta pies e hizo que todos se agarraran el casco y se agazaparan como cachorros asustados mientras caía una lluvia de grava y de polvo.»

Tuvimos la inmensa satisfacción de ver a las mandíbulas cuadradas con uniformes del ejército echar a correr hacia el refugio mientras Dick Norton, brillándole el monóculo, recorría calmadamente las filas estrechando la mano a todo el mundo.

Yo había superado la indiferencia de Harvard, pero no el esnobismo, que todavía conservaba su atractivo para mí. Escribí a Arthur que había jurado por todo lo más sagrado seguir siendo, hasta el fin de mis días un caballero voluntario. (Mirando hacia atrás, no parece una ambición demasiado condenable. He llegado a descubrir un cierto valor en el esnobismo.) Añadía que estaba tratando de conseguir por cualquier medio que me admitieran en una sección de la Cruz Roja a punto de salir para Italia. En la parte inferior de la hoja me dibujé a mí mismo como gondolero de la Cruz Roja atravesando un lago italiano.

Al desaparecer el grupo Norton-Harjes terminó también mi colaboración con Robert Hillyer en la G. N. El pobre Martin Howe, nuestro héroe, acababa apenas de terminar el curso preuniversitario cuando Robert tuvo que volver a América por urgentes asuntos familiares. Van y yo nos quedamos solos mientras la sección haraganeaba *en repos* en un encantador pueblecito de la Argonne llamado Remicourt.

«Estoy sentado junto a Van en una mesa de madera y te escribo con la ayuda de una lámpara que produce muchísimo humo; él lee a Georg Brandes, *The World at War* –un capítulo titulado ‘Bélgica-Persia’– ¡significativa conexión de nombres!» Se trataba de una sobria evaluación del gran crítico danés sobre la situación de Europa, que todos leíamos con entusiasmo por entonces. Van, en especial, la consideraba su biblia.

Yo describía como «Camemberts en gestación» los deliciosos quesitos «castos y tiernos, con aroma de tréboles, vacas y plácida contemplación» que eran la especialidad de aquel lugar. «Por las tardes a última hora vamos al café del pueblo vecino y tomamos infinitas cantidades de *café au lait* o de vino blanco con *sirop de groseille* mientras a nuestro alrededor los *poilus* cantan y hablan de rebelión a media voz, o se encogen de hombros o dicen *on les aura* (cada uno según sus estructuras mentales). Cuando a las ocho y media, debido a la ley marcial, el café cierra y nos echan a la calle, nos sentimos sorprendidos, ofendidos y furiosos bajo el cielo estrellado. Después volvemos a casa contemplando el reflejo de los obuses que estallan en el frente, más allá del horizonte, u oyendo cómo los cañones antiaéreos ladran a un avión boche que bombardea una desafortunada estación de ferrocarril detrás de nosotros.»

A Van y a mí nos aceptaron para la Cruz Roja en Italia. Pero primero tuvimos un período de espera en París, con largos paseos en busca de tesoros arquitectónicos y *petites femmes... rigajig, coucher avec* (y ¡ay! la profilaxis llena de remordimientos que seguía). Recuerdo los preliminares

amorosos en los abarrotados bulevares infinitamente románticos bajo las luces azules. El magnífico espectáculo de los ataques aéreos vistos desde las escaleras de cemento de la basílica de Montmartre. El rumor ondulante de los motores boches, el claro de luna estriado por los reflectores y punteado con los destellos de la metralla; las rojas llamas y el gruñir de las bombas que estallaban en la distancia.

París se llenaba de americanos. Era una época de amistades repentinas. Debió de ser entonces cuando conocí a Tom Cope, un cuáquero de Filadelfia alto y de pocas carnes que había cruzado el Atlántico con un destacamento de la Sociedad de los Amigos, enviado para la reconstrucción. Tom y yo discutimos interminablemente sobre cuál era la actitud moralmente aceptable: ir a la cárcel como objetores de conciencia o jugar al escondite con el problema, quedándose en las estribaciones de la gran matanza.

Pero resultaba todo tan fascinante que no era posible comportarse éticamente durante mucho tiempo. Yo veía la guerra en términos de la comicidad de Gargantúa. Acababa de terminar los cinco libros de Rabelais y estaba muy metido en el Satiricen con la ayuda de una traducción francesa. A Petronio lo sazónaba con *La Vita Nuova* de Dante, pensando en mi traslado a Italia. Mientras desayunábamos pan y grandes tazones de café con leche nos confiábamos mutuamente nuestras incongruentes aventuras.

Van, Tom y yo vagabundeamos interminablemente por París. Descubrimos la Place des Vosges. Fuimos a conciertos y a ver los cuadros en la *rue* de La Boétie. Recorrimos el Sena en los *bateaux mouches*. Comimos gobios fritos en el restaurante de Sceaux-Robinson, construido sobre un árbol. Fue durante aquellos días, creo, cuando descubrimos el Rendezvous des Mariniers de Mme. Leconte en el Quai d'Anjou.

Mme. Leconte era una campesina de mejillas coloradas que regentaba un restaurante económico superior a lo que cualquiera de nosotros hubiera podido imaginar. Era cordial, muy trabajadora, de humor incisivo y siempre dispuesta para una broma. Su marido era un hombre pálido y hosco que había sido declarado inútil por el ejército debido a una inexplicable enfermedad interna que él hacía más llevadera con la ingestión de numerosos *calvados*. También había una sobrina de quince años alegre y regordeta: se llamaba Madeleine y la hacían trabajar como a una yegua. Yo alquilé una habitación en el piso alto y llegué casi a ser un miembro de la familia.

Mi primer recuerdo de la Primera Sección de la Cruz Roja Americana son filas de ambulancias Ford en la plaza frente al palacio de Fontainebleau. Van y yo dormimos bajo colchas de color champaña en una habitación magnífica del hotel François Premier. Apenas podía concentrarme en mi trabajo, emborrachado como estaba por la historia y el penetrante aroma de las hojas caídas que enrojecían el suelo de los bosques en el otoño.

Entre los conductores de ambulancias encontramos a Jack Lawson, tan rebotante como siempre de historias increíbles, acompañado de un corresponsal de guerra que iba a hacer el viaje con nosotros. Gouverneur Morris era, según creo, un descendiente directo del primer poseedor del nombre. Aunque a nosotros nos parecía increíblemente viejo –quizá había cumplido los cincuenta– demostró ser la más tratable de las personas. Escuchaba filosóficamente nuestras ingenuas diatribas contra la guerra, el capitalismo y los bancos Morgan. Le llevábamos con nosotros para regatear en el precio de las comidas, disfrutábamos con sus chistes y le cuidábamos cuando bebía más de la cuenta –nosotros presumíamos de no beber nunca bastante–. Gouverneur tenía una manera muy suya de decir «otra copita más» que llegó a ser la contraseña del viaje.

Nuestro convoy de ambulancias llegó a Nevers después de muchas etapas y muchos cómicos tropiezos. Luego remontamos el Loira, cruzamos por los viñedos entre Macon y Lyon y descendimos el Saône hasta Valence. Cada gris castillo y cada iglesia con torreones resultaba una revelación. Era maravilloso dejar atrás el cielo plomizo del norte de Francia y entrar en el valle del Rhône y disfrutar de la luz del sol y de los sicómoros desmochados del Mediodía. Casi perdimos la cabeza al ver los primeros arcos romanos. Una y otra vez nos alejábamos de las ambulancias para ver el paisaje y probar los vinos locales.

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

De Marsella, recuerdo sobre todo que al dar marcha atrás para alinear mi ambulancia con las demás abollé mi parachoques y el del vehículo que me seguía, lo que provocó comentarios poco favorables de los directivos; y también un sórdido local en el muelle donde las muchachas cogían las monedas con sus partes íntimas si se les dejaba la propina en la esquina de la mesa.

Los italianos estaban intentando elevar la moral cívica que había tocado fondo después de la catástrofe de Caporetto. Se quiso resaltar nuestra entrada por Ventimiglia. Los periódicos trataron de dar la impresión de que nuestro pequeño grupo era la vanguardia del gran ejército americano. Nos salió a recibir una muchedumbre, con escolares que agitaban banderas y cantaban. La gente arrojaba flores y naranjas a las ambulancias. Uno de los nuestros estuvo a punto de perder un ojo cuando una palma le pasó rozando.

El tres de diciembre nos detuvimos para dormir en un triste suburbio industrial llamado Pontedecimo. Cuando se suponía que todo el mundo estaba ya dormido, Jack Lawson y yo nos escapamos a Génova en el tranvía.

En el puerto ardía un petrolero. La escena resultaba increíblemente dramática.

Dondequiera que nos sentábamos, lleno de excitación, me afanaba por tomar notas. «... un resplandor nacarado ilumina los frontones de las casas sobre la colina así como la iglesia de torre cuadrada con pináculo que se alza sobre ellas, recortándolas contra las oscuras colinas detrás de la ciudad, donde las luces, esparcidas como nuevas constelaciones, prolongan el brillante cielo de la noche...»

«Esta frase», añadí cuando mi nuevo estado de ánimo se rebeló contra aquel florido estilo, «me ha obsesionado durante días. Creía que era buena. Ahora sé que es mala.»

En un café de la plaza mayor, sintiéndome en una vena extremadamente romántica, escribí que me llegaba «una traviesa y alegre melodía procedente de la orquesta... Offenbach. Teóricamente estoy durmiendo en el coche número cinco. Estamos en Génova –la traviesa y tintineante Génova de Shakespeare– y la melodía se eleva en agudos ritmos plateados, instilando en mi sangre todo el misterio y la exuberancia de Génova, murallas almenadas en la oscuridad, cafés rebosantes de marineros que se pelean, calles adoquinadas con mosaico pulimentado por los pies de muchas generaciones –en todas partes una insinuación de glorias de otra época, del Oriente, de tesoros de viejos mercaderes avarientos– de asesinatos en calles oscuras y de gentes en cuyos costados, cubiertos de terciopelo, abren las dagas rojas flores de sangre... Hemos bebido Strega en los bares, hemos andado por las resbaladizas calles de Génova y contemplado los intrincados trabajos en el mármol de los pórtales. Hemos mirado a los ojos del gran león de piedra frente a la catedral de estrías blancas y negras... Hemos atravesado en tranvía un túnel monótono e interminable que nos ha lanzado de repente bajo un cielo donde las estrellas se amontonan como las luces de una ciudad – Génova estaba tan estrellado como el cielo– y sin que faltara el viejo Orión, santo patrono de las aventuras nocturnas.»

Cuando llegó la hora de cerrar el café descubrimos que ya no funcionaban los tranvías. Tuvimos que andar quince kilómetros para regresar a nuestro convoy.

En Milán nos guarecimos durante un mes en un hotel de lujo pero sin calefacción, mientras *Ellos* trataban de decidir qué hacer con nosotros. El tiempo era frío y desapacible, siempre al borde de la helada. A Sidney Fairbanks y a mí nos habían asignado una ambulancia Fiat. Fairbanks había estudiado en Harvard y me parece recordar que tenía una beca Rhodes. Llevaba una barbita, sabía bailar la antigua danza inglesa del sable y conocía toda la letra de *The raggletaggle gypsies oh!* Había algo que no funcionaba en nuestra Fiat. Cuando toda la sección había salido ya para el frente pasamos unos días muy amargos rondando un garage del ejército italiano donde estaban arreglándola.

Yo no dejaba por eso de garrapatear aleluyas en mi libreta:

Fiat 4, Fiat 4,
¡Oh, mecánico de Milano!
¿Cuándo andrà mi Fiat 4?
Piano signore va piano

Siempre ha habido más tedio que acción en las guerras. Ha sido necesario que pasaran los años, la lectura de *La Chartreuse de Parme* y las deliciosas descripciones de la ciudad que hace Hemingway en *Adiós a las armas* para que yo empezara a apreciar Milán.

A pesar de las desventuras del Fiat 4 y del odio eterno que yo profesaba a los motores de combustión interna, llegué a admirar una especie de simplicidad clásica en los motores Fiat. Italia me gustaba y no me gustaba. Me había lanzado por entonces al estudio de la lengua italiana con la ayuda de las amiguitas de mis compañeros, de los mecánicos del garage, de los libritos con frases de uso corriente, de un diccionario de bolsillo y del libro de poesía futurista que compré en un kiosco de la Galería. Boccaccio era mi autor de cabecera.

Al dejar Milán, por la ruta que rodea los lagos italianos donde los nombres de las localidades hacen pensar en Cátulo, creímos dirigirnos al Piave, donde se decía que los italianos, reforzados con tropas francesas e inglesas, estaban ofreciendo por fin alguna resistencia. Nos encontramos por el contrario encerrados en un sitio llamado Dolo, en una villa del siglo dieciocho junto a un canal de la llanura véneta.

«Escucha el gruñido de la cocina de petróleo calentando agua para el té en una curiosa lata de aluminio», le escribí a Arthur el último día de 1917, «y contempla, sentados en una mesa cubierta con encajes de color rosa, reliquias de algún tocador, a Van, con aire malhumorado y en camiseta, a un tal Jack Lawson, autor dramático, fumando una pipa que produce incomparable hedor y a mí mismo, con aire afable a pesar de una tos bronquial. La cocina cuyo nombre es Esperanza-Diferida-Enferma-el-Corazón también sirve para entibiar débilmente la frialdad de una habitación sucia y oscura, en la que hay camas sin sábanas y un revoltijo de catres y talegos... Van está leyendo *Anna Karenina* en francés, Lawson escribe un futuro éxito de Broadway y yo leo *Julián y Maddalo*.»

Había recibido ya la noticia de que Estlin Cummings y su amigo Slater Brown, que servían en Francia en el American Field Service, habían sido detenidos por razones no reveladas. Nadie sabía qué había sido de ellos. Los motines de la primavera de 1917 habían sacudido todos los servicios de información de los Aliados. La censura de las noticias fue redoblada. Le escribí a Arthur que estaba tratando de hacer todo lo que se podía hacer desde tan lejos. «He escrito a mucha gente y conozco a un individuo en París que está haciendo todo lo posible por informarse». Me es completamente imposible recordar de quién se trataba, a no ser que fuera Dick Norton, quien, hasta el fin de sus días, manifestó un afectuoso interés por sus «caballeros voluntarios».

Como de costumbre me quejaba de aburrimiento. «El gobierno italiano considera la Cruz Roja Americana como algo decorativo pero sin utilidad, de manera que aquí languidecemos, amablemente tratados, bien alimentados, contemplando sentimentalmente las colinas Eugénicas y caminando hasta el borde de la laguna para ver Venecia —a donde, por alguna razón sutil, no se nos permite ir—... Ayer por la noche, súbito desencadenamiento de un feroz ataque aéreo: el cielo luminoso lleno de rugientes motores de aviación y de explosiones de metralla que parecían cohetes y, a lo lejos, el ronco fragor de las bombas al explotar, casi han servido para alegrarme.»

Al recordarlas ahora, las cosas que vi durante aquel mes en la llanura véneta fueron un espectáculo excepcional. Nuestra villa estaba cerca de Padua. Allí vi por primera vez los frescos de Giotto sobre la vida de Jesucristo en la capilla Arena. Me parecieron la cumbre de toda la pintura universal. Al igual que otros muchos jóvenes inexpertos, me había parecido una cuestión de honor el ser irreligioso en la universidad. Como nunca había sido bautizado, aseguraba no tener con el cristianismo más relación que los pingüinos de Anatole France. Pero entonces, vista a través de los ojos de Giotto, la historia de Jesús alcanzó una consistencia que no ha perdido ya nunca. Desde aquel día me imagino los evangelios a la manera majestuosa y simple de las figuras de Giotto.

A esto se añadía la conmovedora circunstancia de contemplar las pinturas a través de los agujeros que dejaban los sacos terreros, lo que agigantaba el tamaño de la pequeña capilla —el sentimiento de que nuestros ojos mortales serían quizá los últimos en verlas. Había ataques aéreos contra Mestre y Padua todas las noches de luna. Mi último recuerdo de Padua en tiempo de guerra, es el espectáculo de una columna de humo negro que se elevaba en lentas espirales sobre la cúpula

de una de las iglesias en el aire frío de una mañana de invierno, después de una noche particularmente agitada.

«Han pasado varias horas», escribí a Arthur en mi epístola del último día del año, «pero la cocina de petróleo sigue haciendo el mismo ruido para preparar té —y las mismas personas siguen escribiendo». Desde la marcha de Robert Hillyer, yo había continuado la G. N. solo —«dentro de poco más o menos una hora, el decimoséptimo aborto de un siglo estéril habrá pasado al mohoso almacén de la historia donde los fardos de la estupidez, de la codicia y de la miseria son finalmente arrinconados, para la edificación de ese dorado futuro que está siempre al otro lado de la esquina del tiempo —El agua se está saliendo— ¡A tu salud!»

El primer día del año nuestro comedor se vio honrado con la presencia de dos Mayores de la Cruz Roja, uno de ellos un arquitecto de Boston cuyo trabajo yo admiraba bastante. Consiguieron irritarme al declarar, en un ataque de sinceridad producido por el vino, que estábamos en el frente italiano sólo como un gesto propagandístico para animar a los italianos a seguir peleando. Era algo que yo sabía demasiado bien, pero volvió a plantearme la penosa cuestión del deber, exacerbada hasta cierto punto por el estricto cuaquerismo de Tom Cope en París. Lo que me gustaba creer que hacía era retirar a los pobres italianos heridos de la línea de fuego, y no animarles a morir en una guerra que no les concernía en absoluto.

Estos escrúpulos quedaron olvidados con la excitación de hacer un inesperado viaje a Venecia. Nos habíamos quedado sin leche condensada. No sé cómo, conseguí convencer al teniente de que en Venecia y sólo en Venecia sería posible comprar leche condensada. Fairbanks y yo recibimos nuestros salvoconductos y nos embarcamos en el vaporcito que hacía la travesía a Venecia desde Fuchina. Era un día de helada blanca y el sol daba apenas una débil luz rosada. Del norte llegaba el redoble distante de un fuego concentrado de artillería. El barco cortaba el encaje de hielo sobre la laguna con un sonido vibrante. Por encima de una tierra de color tórtola, los techos, las cúpulas y los campanarios se alzaban hacia un cielo también color tórtola. Era la Venecia que Whistler había pintado. Durante una tregua de la artillería pudimos oír el repicar de las campanas al otro lado de la laguna. De puro milagro encontramos dos cajas de leche condensada en una tienda de ultramarinos. Sisamos un poco de tiempo para dar una vuelta por la Piazza de San Marco y el palacio de los Dogos. La mayor parte de los grandes cuadros habían sido escondidos, así como los caballos romanos, pero aunque yo estaba demasiado bajo el influjo de Giotto para apreciar el sombrío esplendor de los techos de la escuela veneciana, gocé extraordinariamente con los mosaicos que se veían detrás de los sacos terreros y con la señal más insignificante del cincel románico en las piedras de color gris cremoso.

En Bassano, donde el río Brenta desciende de los Dolomitas contorneando las laderas del monte Grappa, tuvimos ocasión de trabajar un poco. Nuestros puestos de avanzada estaban situados en valles pintorescos entre montañas escarpadas. De cuando en cuando los malignos cañones austríacos del calibre ochenta y ocho bombardeaban las carreteras, pero ninguno de los dos ejércitos tenía ganas de combate. Los casos que atendíamos eran en su mayor parte disentería o congelaciones.

En los puestos de socorro y en los hospitales de campaña comíamos con los oficiales médicos italianos. Se nos erizaba el cabello al ver cómo trataban a los soldados rasos. En un puesto llamado Roda había un ordenanza medio tonto de tez rojiza con el que se divertían mucho pegándole patadas después de cenar. Tampoco nos gustaba su manera de tratar a las muchachas campesinas. En puestos de socorro en las montañas hablamos con soldados de infantería que no habían tenido un permiso desde hacía meses e incluso años. Eran gente deprimida y medio muerta de hambre. Aseguraban que los oficiales vendían las provisiones en lugar de mandarlas a las líneas del frente. Algunos cocineros con los que hablamos, gentes despiertas que habían estado en América y hablaban un inglés desfigurado, contaban la misma historia. Empecé a hablar en mis cartas del triste trato que recibían los soldados rasos italianos.

Estábamos acuartelados a la orilla del río en un hermoso edificio con paredes cubiertas de frescos. Dudley Poore, siempre tan tranquilo, se reunió con nosotros y su presencia mejoró

grandemente nuestra vida social. Nos habían dado una habitación excelente, a la que Fairbanks bautizó como «el rincón de los poetas»; desde el mirador veíamos un bello puente cubierto, y las torres y fortificaciones de la vieja ciudad amurallada. Dudley y yo intercambiábamos lecciones de dibujo en nuestro tiempo libre. En cuanto dejaba de llover, salíamos a tomar apuntes del puente, de las torres de la iglesia, de la tropa italiana y de las lavanderas a la orilla del río.

Van y yo nos dábamos largas caminatas hasta la línea del frente. En una ocasión nos detuvo un centinela en una carretera de montaña donde estábamos admirando el paisaje, en el momento en que íbamos a internarnos en una posición austríaca. Yo estaba todavía recogiendo observaciones sobre la anatomía del miedo. El 13 de marzo escribí: «Pequeño bombardeo sobre Bassano para animar las cosas –yo dibujaba a la orilla del río –el segundo obús me asustó lo indecible sin razón aparente. No cayó cerca –pero produjo un silbido siniestro, de esos que bajan por la espina dorsal –me vino un sabor amargo a la boca y tuve una extraña sensación de ligereza en el estómago –como cuando uno se marea en el mar. Desapareció inmediatamente dejándome tan sólo un ligero temblor en las manos mientras seguía dibujando. Estallaron otros obuses sin ningún efecto a excepción de la despreocupada alegría de tipo alcohólico que solía sentir en Récicourt. Hasta entonces nunca se me había ocurrido que aquel sabor amargo fuera una de las sensaciones del terror –me hacía pensar en el sabor de una pila eléctrica.»

Cuando no hacíamos apuntes escribíamos. Yo estaba ya en el segundo capítulo de la tercera parte de la G. N. Cuando no dibujábamos ni escribíamos ni dábamos largas caminatas, leíamos la Biblia en voz alta. Todos estábamos entusiasmados con la magnificencia del inglés en la versión de *King James*. Al atardecer bebíamos marsala, un licor pestífero, pero era lo más fuerte que teníamos a mano. Con todo y con eso, el tiempo pasaba muy despacio.

Cuando supimos que había muerto la emperatriz Taitu de Abisinia, pensamos que sería divertido organizar una velada fúnebre en su honor. Se leyeron versos conmemorativos y se consumió un número muy elevado de botellas de marsala. El resultado fue un escándalo. No tanto por el beber, ni por los gritos y las canciones, ni tampoco por los escritos y los dibujos, sino por algo relacionado con la emperatriz Taitu que se les atragantó: nuestros compañeros de sección empezaron a mirarnos con malos ojos.

Corría el rumor de que tres miembros de la sección se habían hecho sospechosos de una actitud proalemana: se habían interceptado cartas comprometedoras. Y habían mandado a casa a un muchacho llamado Heyne sin otra razón, de acuerdo con lo que pudimos descubrir, que tener un nombre alemán.

Mientras fermentaban estas amenazas llegó nuestro permiso. Van, Dudley, Jack Lawson y yo nos pusimos en marcha hacia el sur. Nuestros salvoconductos indicaban París como punto de destino, pero cuando llegó el revisor no entendíamos una palabra de italiano. Éramos pobres americanos ignorantes que se habían equivocado de tren.

Nuestra primera parada fue Bolonia, ciudad de verdes contraventanas y torres borrachas. Después de una buena comida a base de espagueti y de unos pajaritos que ayudamos a pasar con un vino muy oscuro, encontramos un amable jefe de estación que nos puso en el expreso para París.

Nos escabullimos por el otro lado y subimos a un tren que se dirigía a Roma. Recorrimos la ciudad precipitadamente, parándonos en el Foro, en las iglesias más antiguas y a ver las pinturas cristianas en las catacumbas. Nos alejamos muchas millas andando por la vía Apia, contemplando asombrados los rostros burgueses en las tumbas romanas y bebiendo vino blanco en las *trattorias* a medida que avanzábamos.

Seguimos hacia Nápoles. Allí los museos estaban abiertos. No se veía el menor indicio de guerra. La ciudad era un carnaval. Jack Lawson encontró tan fascinadoras a las damas napolitanas que tuvimos que dejarle atrás cuando nos pusimos en camino, a pie, hacia Pompeya. Nuestra meta era Paestum. Iríamos andando hasta Paestum.

El cielo estaba azul. Después de la lluvia helada y de las congelaciones de Monte Grappa, la luz del sol resultaba maravillosa. El Vesubio fumaba un enorme cigarro habano. Anduvimos todo el día en una especie de encantamiento, con la mochila a la espalda. Quizá obrábamos mal pero aquéllos

eran momentos inolvidables. Al caminar, tarareábamos nuestra canción preferida de aquella primavera:

Oh, Sinbad tenía problemas
en Tokio y en Roma;
tenía problemas en Trinidad
pero aún más en casa.

Cuando empezaron a dolernos los pies alquilamos un coche. La flaca caballería llevaba una cabeceante pluma en la cabeza. «... Y se llamaba macaroni»¹.

Nunca podré olvidar aquella primera visión de Pompeya. *Los últimos días de...* Mil años desaparecieron de pronto. Nos esforzamos por desenterrar nuestro latín medio olvidado. Éramos ciudadanos romanos revoloteando de taberna en taberna. De hecho habíamos tenido la precaución de traernos un *fiasco*. No se veían turistas ni guías. Cuando sonó la campana que anunciaba la hora de cerrar no hicimos ningún caso. Después de una brillante puesta de sol salió la luna. Deambulamos por las calles cubiertas con lava a la luz de la luna. Finalmente el hambre nos echó. Saltamos una tapia y trepamos por un terraplén polvoriento lleno de zarzas.

A la mañana siguiente continuamos hacia Sorrento en una especie de tranvía. Desde allí recorrimos a pie el magnífico paseo sobre las colinas, que domina el resplandeciente Mediterráneo y lleva a Positano, Ravello y Amalfi. En Salerno descubrimos que podíamos coger un tren para Paestum.

En aquellos días no había una estación en Paestum. El revisor nos hizo apearnos en un camino polvoriento que no llevaba a las ruinas, sino a la playa. Después de un baño delicioso en las aguas cristalinas, llegamos a las ruinas desde el mar, como los viajeros de tiempos antiguos. No había ningún ser viviente a la vista con la excepción de unas cuantas ovejas que pastaban entre los templos. Trepamos sobre las piedras caídas y contemplamos hasta saciarnos las maravillosas columnatas de color miel con sus amplios capiteles dóricos.

Amenazaba lluvia. Nos estábamos lamentando de que Jack Lawson se hubiera perdido el mejor espectáculo de toda la expedición cuando apareció un calesín al galope. Era Jack, contento y afeitado, deseando contarnos un episodio napolitano de *Las mil y una noches* (en la traducción de Burton). Lloramos de risa tropezando entre las ruinas. Cuando la lluvia empezó de verdad nos amontonamos en el coche, que después de un tedioso recorrido de varias millas nos dejó en una *trattoria* solitaria donde bebimos un vino negruzco y nos comimos todo lo que tenían en la casa. No consigo recordar cómo volvimos a Salerno. Paestum fue el momento triunfal de aquel viaje.

Al volver a Bassano me encontré con la agradable sorpresa de una carta de Cummings. Me temía que lo hubieran fusilado. Escribía en francés desde la casa de su padre en Cambridge. Otro caso de «*lettres compromettantes*». Cummings y su amigo Slater Brown habían sido detenidos en septiembre cuando su sección estaba en Ollézy. Los llevaron a la cárcel en Noyan y los sometieron al tercer grado. Después los enviaron a un campo de concentración en La Ferté-Macé. A Cummings lo dejaron en libertad al cabo de once semanas. Su padre, que era pastor de la iglesia de Park Street y conferenciante bien conocido además de hombre importante entre los unitarios de Boston, había removido Washington de arriba abajo hasta conseguir que interviniera la embajada; de manera que Cummings se había encontrado a final de año camino de América en el *Espagne*, que yo conocía tan bien. En su carta me encarecía que tratara de hacer llegar cigarrillos y alimentos al pobre Brown, que quizá siguiera en la cárcel hasta el final de la guerra. Cummings añadía que había estado bastante enfermo después de su encarcelamiento pero que ahora se encontraba mejor. «*Que je m'ennuie pour la Ville Immense, la femme superbe et subtile qui s'apelle –tu le sais– Paris.*»

Pronto me encontré demasiado ocupado con mi propio escándalo para pensar en enviar paquetes a Brown. La amenaza quedó latente por espacio de unos dos meses. Era apenas posible adivinar la naturaleza de los cargos presentados contra nosotros. Nuestro compromiso con la Cruz Roja

¹ Alusión a la célebre canción *Yankee Doodle*. (N. del T.)

terminaba al final de mayo. Se nos aconsejó que fuéramos a Roma para hablar con las autoridades competentes sobre la posibilidad de nuevos destinos.

El primero de junio nos pusimos en marcha. Van, Dudley, Lawson y yo habíamos alcanzado ya una considerable maestría en el uso de nuestros salvoconductos. Estábamos demasiado interesados en la pintura y en la arquitectura para preocuparnos de las quejas del contraespionaje italiano. En el camino hacia Roma conseguimos ver los frescos de Orcagna en el Campo Santo de Pisa, Siena y el Juicio Final de Signorelli, rociado con el magnífico vino blanco de Orvieto.

«En nuestro viaje hacia el sur», le escribí a Arthur desde la mesa de un café frente al Foro romano donde estábamos tomando té después de otra excursión a pie por la Via Apia, «nos las hemos arreglado para detenernos en Pistoja, Lucca, Pisa, San Gimignano, Siena y Orvieto –mi entusiasmo por los frescos italianos más antiguos se ha convertido en un auténtico furor. Los encuentros increíblemente maravillosos.»

Le dije que estábamos en Roma «bajo la ridícula acusación de ser proalemanes... Pero creo que vamos a conseguir probar nuestra inocencia a los oficiales de la Cruz Roja». Todo el asunto me parecía absurdo y «bastante divertido». Me gustaba Italia –lejos del frente–, especialmente los campesinos y los trabajadores. «Hacen cosas estupendas con las manos –siguen trabajando el hierro maravillosamente y fabrican los mejores automóviles del mundo; en el frente los éxitos de sus ingenieros son dignos de los romanos.»

Llené el resto de la página con un croquis de «San Fino, la ciudad de las hermosas torres» y le dije que la comparara con Toledo. Arthur, que era súbdito británico, había conseguido de manera misteriosa un empleo en el consulado americano en Madrid. «Enciende una vela por mí en la iglesia donde vive el Conde de Orgaz.» Aunque me gustaba mucho Italia, España seguía siendo mi favorita.

«Las autoridades» resultaron ser el arquitecto de Boston que me había causado tan mala impresión en Dolo. Estuvo amable cuando fui a verle, pero me conminó a volver a casa lo más rápidamente posible. Mi hoja de servicios no estaba limpia. «¿Por qué?», pregunté. Se refugió en el silencio.

Intenté explicar que aunque trataba de prestar todos los servicios posibles con la mejor buena voluntad, sentía que, como ciudadano americano, tenía derecho a mis propias ideas. Murmuró algo acerca de cartas. Parecía encontrar embarazoso tener que decirme que no estaba en libertad de explicar las cosas más claramente. Le confié que quizá había sido imprudente al escribir a Arthur McComb en Madrid, o a Pepe Giner, que pertenecía a la facción española favorable a los aliados. Le había escrito a Pepe que si quería servir la causa de la civilización trabajara para que su país siguiera siendo neutral. También estaban las cartas defendiendo a Cummings y a Brown. El señor arquitecto de Boston pareció considerar aquellas confidencias más perjudiciales que otra cosa. Quedamos de acuerdo en que debía volver a París para solicitar una investigación del alto mando de la Cruz Roja. Parecidas acusaciones, aunque de menor gravedad, recayeron también sobre mis tres compañeros. Terminaron por aclarar su situación y Jack Lawson obtuvo un empleo en la sección de publicidad de la Cruz Roja que le permitió quedarse en Roma con un cierto desahogo todo el resto de la guerra. Según puedo recordar, después de mandar a mi pobre tía Mamie en Nueva York un telegrama melodramático que empezaba con «Falsamente acusado» y en el que le rogaba utilizar todos los recursos a su alcance para conseguirme un trabajo en el frente, emprendí viaje a París completamente solo.

La gente de París me pareció magnífica aquel verano de 1918. Aviones y zepelines hacían incursiones todas las noches claras y el gran cañón Bertha bombardeaba la ciudad durante el día. Los asustadizos y los peces gordos se habían marchado y los que quedaban parecían decididos a demostrarles a los alemanes que no se dejaban amilanar por unas cuantas bombas o unos cuantos obuses. Además, les reanimaba el encontrarse a cada momento con los soldados americanos de caras sonrosadas que seguían llegando.

Mientras me afanaba yendo del cuartel general de la Cruz Roja al de la F. E. A., tratando de explicar mi caso y poniendo las cosas más difíciles cada vez que abría la boca, vi escenas

maravillosas. Aunque habían muerto algunas personas y más de una casa había sido destruida, los parisienses insistían en tomarse el cañón Bertha en broma. Se reían cínicamente cuando el presidente Poincaré se presentaba con presteza después de cada explosión para felicitar a los supervivientes. Un día, mientras curioseaba en los puestos de libros viejos vi la explosión de un obús en el Sena. Antes de que se disipase el humo los pescadores estaban ya en sus botes recogiendo entusiasmados los peces atontados con las redes de mano. En las *boîtes du nuit* se cantaba «*Suis dans l'axe, 'suis dans l'axe du gros canon*».

Ahora me mostraba tan ansioso de entrar en la F. E. A. como antes lo había estado de quedar al margen. Quería llegar hasta el final de la guerra a toda costa. Intenté alistarme en todo tipo de unidades. Siempre me rechazaban por la vista o debido al nunca explicado pero siempre insinuado escándalo italiano. Un antiguo amigo de la universidad que trabajaba en una de las oficinas de información me dijo sin ambages que gente como yo no servía para la F. E. A.

«La total falta de decencia, y hasta de la más leve traza de consideración se hace más evidente cada día», me quejaba a Arthur. «Son grotescos. Me niego a tomarlos en serio... Quiero retirarme a un pueblo entre altas montañas —el Cáucaso de Shelley serviría— y vivir allí entre botes de pintura y papel blanco y trabajar en una viña por unos céntimos al día... Si los monasterios estuvieran de moda hace tiempo que me habría hecho monje... Deberíamos fundar uno en el extremo de Finisterre.»

De todas las personas a las que pedí ayuda Dick Norton fue el único que pareció entender lo que yo decía, pero él mismo no estaba ya en olor de santidad. La palabra «voluntario» había pasado de moda.

Al recordarlo ahora, es bastante sorprendente que no me fusilaran. Los americanos educados en la universidad, las personas que se consideraban élite rectora, se negaban a aceptar todo lo que no fuera la más rudimentaria propaganda de «odio hacia los hunos». Cualquier otra actitud resultaba «proalemana» y no había apelación posible.

La única solución era volver a casa y conseguir que me llamaran a filas. Unos pocos días antes de embarcarme tuve mi última oportunidad de ver el lado sangriento de la guerra. Había habido una ofensiva americana. Me parece que se trataba de Château Thierry. Los heridos fueron evacuados directamente a París. Desde la calle de Ste. Anne se lanzó un llamamiento urgente a todos los americanos con permiso o en servicio en la ciudad pidiéndoles que ayudaran como voluntarios en un hospital vecino. Recuerdo especialmente la noche que estuve sacando de una sala de operaciones cubos llenos de brazos, manos y piernas amputadas.

¿Quién podría seguir aferrado a sus opiniones dogmáticas delante de aquellos patéticos residuos de una humanidad despedazada? Después de aquella noche el mundo nunca me ha vuelto a parecer tan completamente en blanco y negro.

Me embarqué para casa en el viejo y familiar *Espagne*, casi vacío. Me senté en mi camarote y escribí y escribí. Para dar rienda suelta a los sentimientos que llenaban mi pecho, para contar la historia desde mi punto de vista, saqué a Martin Howe de la novela inacabada y le hice vivir a través de todo lo que yo había visto y oído aquel verano en la Voie Sacrée. Para cuando llegamos a Ambrose Light había terminado el primer borrador de *One Man's Initiation: 1917*. Eso fue todo lo que realmente dio de sí la Gran Novela de Robert Hillyer y John Dos Passos.

Viajaba en primera clase. Como ahora vestía con ropas civiles, ninguno de los pasajeros sospechó que era un pacifista conductor de ambulancia en desgracia. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo me encontré charlando con un general americano de dos estrellas, un hombre de edad, aficionado a leer francés: el apogeo de su experiencia literaria era el momento en que Quasimodo rescata a Esmeralda del patíbulo en *Notre-Dame de Paris*. Anoté que a pesar de ser un general era un anciano muy agradable. Me hallé escuchando con mucha atención lo que un miembro de la Y. M. C. A, tenía que decir sobre el triunfo de la democracia y entablé unas relaciones tan amistosas con un capellán de la iglesia episcopal que me pidió que pasara la bandeja en su servicio dominical en el salón. Nunca he sido capaz de mantener el mundo claramente dividido entre buenos y malos por mucho tiempo.

El mes de octubre de 1918, mientras los triunfantes aliados hacían retroceder a los alemanes en todos los frentes, yo lo pasé lavando ventanas en Camp Crane. Después de esforzarme mucho y de molestar a familiares y amigos, me las había apañado para conseguir un puesto de soldado raso no especializado en una compañía de reserva del Cuerpo Médico, acuartelada en lo que había sido en otro tiempo una feria cerca de Allentown, en Pennsylvania: un lugar conocido entre la tropa con el nombre de Valle de la Sífilis. Los edificios todavía conservaban los rótulos: AVES Y CONEJOS, NOVILLOS CEBADOS o simplemente CERDOS.

Los reclutas que otras unidades no conseguían digerir acababan en el Cuerpo Médico, La compañía de Camp Crane era el cubo de la basura del Cuerpo Médico. Algunos eran deficientes mentales, y en general inadaptados y seres peculiares de las más diversas especies. Me tropezaba una y otra vez con hombres que llevaban dieciocho meses en Camp Crane y parecían aceptar la idea de pasar allí el resto de sus vidas. Para acabar de arreglar las cosas, estábamos en cuarentena debido a la gripe. Mis posibilidades de volver a Europa parecían nulas. Me sentía muy desmoralizado.

Me había costado seis semanas conseguir la promesa de una dispensa del examen ocular en la Junta de Reclutamiento de Nueva York a la que me había presentado para alistarme. Los oficiales, uno de los cuales era un político amigo de mi tío, se mostraron amistosos, aunque difícilmente podían ocultar lo que les divertían mis desesperados esfuerzos por colarme en el ejército cuando todo el mundo estaba tratando de escabullirse. La persona que hizo el examen me dejó aprenderme de memoria los gráficos. Pero ahora, después de luchar tanto, aquí estaba yo, sano y salvo, en una maldita compañía de reserva, en cuarentena por añadidura y con mi dispensa perdida en algún lugar de la ciénaga burocrática del ejército.

Los sargentos nos consideraban demasiado inútiles para ponernos a hacer la instrucción, de manera que nos hicieron lavar ventanas. Cuando las ventanas estuvieron limpias, barrimos los edificios.

Cuando los edificios estuvieron limpios barrimos las hojas caídas en la desolada extensión de la antigua feria.

Un amigo de mi tía había mostrado cierta comprensión hacia mi escándalo italiano. Se trataba de James Brown Scott, presidente de la Fundación Carnegie para la Paz, en Washington. Se había declarado a favor de un mundo en el que la democracia no se viera amenazada: era un ferviente defensor de la Liga de Naciones y un importante consejero de Woodrow Wilson. A pesar de todas aquellas responsabilidades me ayudó con mucha cordialidad y espero haberle manifestado mi gratitud. Todavía recuerdo los expresivos gestos de su cara redonda y sonrosada, coronada de escasos cabellos grises, y su cloqueo protector mientras iba vertiendo mi triste historia en sus oídos.

Dijo que lo mío era una agradable y tranquila carrera literaria.

Por aquel entonces mi idea de una carrera literaria no tenía nada de agradable ni de tranquila, pero asentí sonriendo. Para los asuntos relacionados con la guerra era comandante del Cuerpo jurídico. Le envié un desesperado telegrama desde Camp Crane y contestó que haría lo que pudiera.

Para pasar el tiempo empecé a aprender alemán. Hice que un amigo me enviara *Harzreise*, de Heine. Me proporcionó una cierta satisfacción perversa estudiar alemán cuando los periódicos prohibían con grandes extremos las óperas y las publicaciones alemanas. El trébol alemán perdió su nombre y hasta el sarampión dejó de ser alemán para convertirse en el sarampión de la Libertad².

La Y. M. C. A. tenía una buena biblioteca. No la usaba nadie excepto yo. Leí las obras completas de Jane Austen, renové mi amistad con el *Imperio Romano* del viejo Gibbon y, con mezclados sentimientos de disgusto y simpatía, leí de cabo a rabo las *Confessions* de Rousseau en un ejemplar muy usado y con cubierta amarilla que había traído en mí macuto.

Sentado en una mesa del desierto barracón de la Y. M. C. A. hice planes para varias obras de teatro y una novela. El bloc de notas que llevaba siempre en el bolsillo del uniforme está lleno de anotaciones apresuradas para una pieza teatral –que se suponía escrita por el tío romántico que Bobby Hillyer y yo inventamos para la Gran Novela– sobre un muchacho que quiere conseguir la luna. Hay incluso un tosco esbozo de lo que más tarde llegó a ser el decorado de *Garbage Man*. Me

² *German measles*, literalmente «sarampión alemán». (N. del T.)

dedicaba a apuntar cómo hablaban mis compañeros. Un bracero de una granja de Indiana y un italianito de un lugar del oeste me proporcionaron las primeras ideas para los personajes de *Three Soldiers*.

La desgracia puede ser extraordinariamente instructiva. El diario contacto con ruinas y naufragados me proporcionó algunas experiencias muy satisfactorias.

«Mi suerte está siempre con los inclasificables», le escribí a Arthur. Mientras barría no dejaba de repetirme en voz baja, «la organización es la muerte».

...mientras barro hectáreas de suelos y lavo cientos de ventanas tantas como las arenas de los desiertos de Libia –repito las mismas palabras una y otra vez– en anagramas, en francés, en latín, en griego, en italiano, usando todas las posibles distorsiones del lenguaje. Me confortan como pueda hacerlo el murmurar Ave Marías... Me alegro de estar aquí, aunque parezca que refunfuño. Siempre he querido desembarazarme de mi clase social y de los privilegios del dinero –el ejército parecía el mejor camino. Pensé que cuando se está en el fondo es cuando se puede ver claro...

«No puedes imaginarte la sublime y simple cordialidad del soldado medio americano», escribí de nuevo. «Aquí hay arcilla para modelar cualquier cosa. ¿Quién será el alfarero?»

Cuando ya casi me había vuelto loco, se produjo una repentina transformación de escenario. Apareció la dispensa. Corrí a reunirme con un sargento mayor llamado O'Reilly lleno de entusiasmo, que estaba preparando la sección de ambulancias numero 541 para salir inmediatamente camino de Europa. También él era un veterano de los caballeros voluntarios. Al saber que yo escribía a máquina con dos dedos, me hizo furriel interino y sin otras formalidades nos dirigimos en excelente estado de ánimo a Camp Merritt, donde teníamos que embarcarnos. En Camp Merritt las medidas de seguridad eran tan estrictas que nunca nos enteramos del falso armisticio. El día del verdadero armisticio salimos para Francia.

Viajamos en el viejo transatlántico *Cedric* de la White Star, que había sido convertido en transporte de tropas. Para castigarme por mis pecados, nuestra compañía, conmigo a la cabeza, tuvo que hacerse cargo de uno de los comedores, que estaba en las entrañas del barco, cerca del cuarto de calderas. Servíamos tres comidas diarias a tres grupos de reclutas completamente mareados. Nueve comidas en doce horas. El sitio no tenía ventilación. Nunca dejábamos de sudar. Hasta aquel momento yo había tenido cierta tendencia a sentir náuseas cuando había una tormenta. Ahora estaba demasiado ocupado para eso, teniéndome que pelear por las raciones de mis reclutas con los malditos dispenseros británicos, que se quedaban la mermelada, la mantequilla, el tocino y otras cosas para venderlas por su cuenta. El único momento en que salíamos a cubierta era cuando subíamos los malolientes cubos de la basura (los llamábamos «rositas») por escalerillas que se balanceaban, para arrojarlos por la borda, mientras yo maldecía, juraba y ponía verdes a los pobres soldados si derramaban algo durante el camino. Los oficiales, por su parte, se contoneaban buscando pelea con el cuello erguido y los ojos brillantes, como gallos que buscan lombrices en un corral. Teníamos un grupo muy bueno y les quedé eternamente agradecido por los esfuerzos que hicieron para dar de comer a nuestra gente. Cuando terminó, me sentí como después del primer bombardeo: satisfecho por haber sido capaz de aguantarlo.

Inglaterra resultaba bien lúgubre bajo la monótona llovizna otoñal. Cuando todavía estábamos a bordo comenzó una epidemia de gripe. Había muertes todos los días. Ahora, en un lugar llamado Camp Winnal Downs –nunca supe cómo se escribía; estaba en un marjal barrido por la lluvia desde donde se veía la catedral de Winchester– la gripe se extendió a nuestra compañía.

Llegué al convencimiento de que quien iba al hospital no volvía. Como furriel interino tenía que rellenar órdenes de hospitalización para aquellos pobres muchachos enfebrecidos. Nunca volvimos a verles. Yo estaba decidido a no ir al hospital. Cuando noté los primeros síntomas, le compré una botella de ron a cierto inglés piojoso, un chulo que aseguraba tener unas mujeres en un arenal al lado del campamento. Siempre he creído que aquella botella me salvó la vida. Recibimos las órdenes de embarque para Francia. Seguí bebiendo ron. En el vapor, mientras cruzábamos el canal,

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

la fiebre me tenía aturdido, pero al desembarcar en Havre, donde nos alojamos en un gélido cuartel francés con suelos de adoquines, me sentí enflaquecido y débil, pero completamente restablecido.

El sargento O'Reilly era otro de esos hombres nacidos para el mando. Era capaz de tomarle el pelo a todo el mundo, pero nunca se enfadaba. Los muchachos aceptaban sus órdenes gustosamente. Bajo el nombre de Circo Ambulante O'Reilly, atravesamos Francia para pasar dos agradables meses de invierno en Sausheim en Alsacia. Como intérprete-jefe se me permitía de hecho hacer lo que quisiera.

Nunca llegué a ser oficialmente promovido al rango de sargento. Nuestro centro de operaciones era una antigua ciudad merovingia llamada Ferrières-en-Gatinais. Llegaron órdenes del cuartel general de Pershing diciendo que todo el mundo tenía que hacer la instrucción. La instrucción ha sido siempre para mí como el póker: nunca he sido capaz de recordar los descartes. Solía llevar a mi compañía a las afueras, a un manzanar detrás de una tapia muy alta. Si el tiempo era bueno nos sentábamos alrededor de los árboles, contábamos historias y fumábamos *caporal ordinaire*. Un día se presentó inesperadamente un coronel. Quiso que mis muchachos hicieran la instrucción. Algunos compañeros trataron de soplarle las voces de mando, pero lo mezclé todo y terminé por hacer avanzar la compañía de cabeza contra el muro de piedra. Los muchachos no pudieron evitar algunas risas. El coronel saltó como una mina y aquello fue el fin de mi carrera de suboficial.

Afortunadamente, ya me había inscrito en el Destacamento de la Sorbona. Los estudiantes universitarios, si renunciaban a su turno en el orden de repatriación, tendrían derecho a estudiar aquella primavera de 1919 en universidades europeas. Elegí la universidad de París y pronto me reuní con un buen número de compañeros en casa de Madame Leconte en el Quai d'Anjou.

En la Escuela de Antropología asistí a cursos sobre las religiones griega y romana y sobre la cultura Maya y escuché una excelente conferencia sobre *Aucassin y Nicolette*. Como el semestre se estaba terminando, y yo no tenía ni idea de lo que habían hecho antes, avancé muy poco en estas asignaturas, pero escribía como un loco todas las mañanas.

Jack Lawson tenía una habitación en el Quai de la Tournelle. No recuerdo cuál era su ocupación oficial, pero consagraba la mayor parte de su energía a escribir una obra de teatro. Antes y después de cenar, yo le leía partes de *Three Soldiers* y él me leía escenas de lo que acabaría siendo *Roger Bloomer*.

Jack y Kate Drain se acababan de casar o estaban a punto de casarse; en cualquier caso, ella formaba siempre parte del público. Era una chica de Oregón, guapa y saludable, con los ojos castaños más bonitos y las cejas más rectas que se pueda imaginar. Su padre era famoso en la F. E. A. como el «Coronel Drain de los tanques». Kate como todos los demás, vestía un uniforme casi militar.

Yo estaba completamente emborrachado con el estilo dramático de Lawson y juraba que llegaría a ser el más grande dramaturgo de todos los tiempos. Comíamos bien, bebíamos abundantemente y nos prestábamos dinero el uno al otro cuando se nos acababa. Escuchábamos a los *chansonniers* en las *boîtes de nuit*. Nos entusiasmamos con *Louise*, la ópera de Charpentier, y sufrimos en la Comédie Française. Era una vida maravillosa.

Robert Hillyer aparecía de cuando en cuando. Era teniente y tenía un empleo estupendo llevando mensajes por toda Europa. Dudley Poore, como yo, no había pasado de ser un modesto soldado del Servicio Postal, de manera que teníamos que encontrar bares discretos donde reunirnos con el teniente Hillyer para que la policía militar no le pescara alternando con simples soldados.

En el sector de Verdun conocí a un doctor francés, llamado Lucas Champoinnière, que me invitó a visitarle en familia cuando fuera a París. Procedían de la desarraigada nobleza de la Vendée, de una raza de partidarios de la monarquía que no creía que la Revolución Francesa pudiera durar. Su madre, a la que yo conocía como Mme. Bibi, era una mujer del campo, saludable y de rojas mejillas que me hizo pensar un poco en Mme. Leconte. La hermana del doctor, Germaine, una muchacha callada de hermosos ojos y hermosos cabellos vivía para la música. Nuestros gustos eran casi los mismos, pero estaba mucho mejor informada que yo. Pronto empecé a acompañarla a los conciertos.

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

París estaba lleno de música aquella primavera. El grupo de Les Six empezaba a ser conocido. Eric Satie hacía furor. Se oía a Debussy y a Ravel por todas partes. Cuando conseguía que me invitaran a tomar el té, Germaine tocaba las canciones de Milhaud al piano. Juntos cultivamos una verdadera manía por *Pelléas el Mélisande*. Ella cantaba y yo murmuraba las palabras mientras subíamos las escaleras del número 52 de la rue de Clichy: «*Toute ta chevelure, Mélisande, est tombée de la tour.*»

París era realmente la capital del mundo en aquella primavera de la Conferencia de Paz. Parecía como si todos los americanos capaces de leer y escribir se las hubieran apañado para conseguir un empleo en Europa. Los organismos para la ayuda eran la gran excusa. Los que no se podían disfrazar de miembros de alguna organización de voluntarios llegaban como periodistas o agregados en comisiones del gobierno. El restaurante de Mme. Leconte se convirtió en un centro de reunión de americanos.

No recuerdo quién trajo a Griffin Barry la primera vez. Era un hombrecillo de cara sonrosada que lo sabía todo y conocía a todo el mundo. En aquel entonces trabajaba para la United Press. Era la encarnación del tipo que se entera de todo de primera mano. Se había acostado con casi todo el mundo. Griffin era un radical, y hablaba la jerga del salón neoyorquino de Mabel Dodge. Era partidario del amor Ubre. Hay que decirlo todo con franqueza; hay que hablar, y hablar, y hablar. Llevaba en él todos los ingredientes del futuro Greenwich Village. Griffin se interesó también por descubrir nuestro nido de soldados literarios, suficientemente rojos para incendiar el Sena.

Fue Griffin quien nos presentó a Bob Minor, un tejano corpulento y obstinado, cuyos dibujos al carbón habíamos admirado en la revista *Masses*. Bob Minor estaba a punto de convertirse en un revolucionario militante. Dejaba caer sugestivas insinuaciones sobre los azares de la revolución rusa, sobre el movimiento alemán de resistencia y las aventuras de Jack Reed. Se había hecho ya casi completamente sordo a los puntos de vista de otras personas. Con Minor apareció Mary Heaton Vorse, con su encantador aspecto de marchita rosa irlandesa. En el espacio de un mes Griffin trajo al establecimiento de Mme. Leconte a todas las personas importantes cuyos nombres aparecían en las revistas americanas de gran circulación. Les encantaba la baratura, la buena comida, y la sensación de estar realmente en Francia.

Tom Cope y yo estábamos disgustadísimos. Habíamos perdido nuestro tranquilo escondite. Y en cualquier caso no nos gustaban las celebridades.

Griffin Barry era un catalizador. Fue también él quien nos presentó a los Ewer. «Trilby» Ewer estaba a punto de convertirse en redactor jefe de información extranjera del *Daily Herald*, el periódico inglés laborista independiente. Simpatizamos. Yo le hablaba con entusiasmo de España. Me dio esperanzas de una corresponsalía en Madrid para cuando saliera del ejército. Gracias a Ewer una copia mecanografiada de *One Man's Initiation: 1917* llegó a manos de Allen y Unwin en Londres, que mostraron cierto interés. Cuando terminaron los cursos en la Sorbona conseguí un permiso para ir a Londres. He olvidado cómo reuní los cientos de dólares de garantía que Allen y Unwin me exigieron antes de publicar un libro escrito por un soldado desconocido.

Al volver a Francia me encontré con que el destacamento de la Sorbona había sido disuelto. Me mandaron a un depósito de material ferroviario en un agujero infernal llamado Gièvres. A pesar de mis mensajes al comandante Scott, absorbido por la redacción de los tratados de paz en el Hotel Crillon, implorándole que moviera los hilos para acelerar mi licenciamiento, me encontré una vez más perdido en una compañía de reserva. Gièvres quizá no fuera el infierno, pero me hizo entender el concepto del limbo. Nuestra ocupación diaria era transportar hierro viejo de un lado a otro de una vía de ferrocarril. Cuando estaba todo amontonado a un lado, nos decían que lo volviéramos a llevar al otro lado de la vía.

Los días pasaban sin señales de mi licenciamiento. El sargento del servicio de información aseguraba que no había manera de encontrar mi hoja de servicios. No tener hoja de servicios es una de las peores cosas que le pueden pasar a un soldado raso en el ejército de los Estados Unidos.

Todavía estaría en Gièvres si no me hubiera escapado un día sin permiso. Después de mucho cambiarme de un tren a otro para evitar tropezarme con la policía militar conseguí llegar al Cuartel

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

General en Tours. Allí encontré a un sargento mayor, un hombre excepcional, que me ayudó a atravesar una muralla de formulismos burocráticos hasta que descubrió en un archivo una copia aceptable de mi hoja de servicios. El mismo preparó la orden de licenciamiento. Después de otro viaje en tren con el alma en vilo, pude colarme en el cuartel antes de que pasaran lista a la mañana siguiente. Presenté mis papeles a un asombrado oficial y me fui a la estación con el licenciamiento en el bolsillo y sin que faltara la calificación de «conducta ejemplar».

El bueno de Tom Cope me había prestado un traje gris, una de sus mejores camisas de seda y un par de calcetines de color azul brillante. Entré en unos baños públicos en Tours y me remojé largamente en una gigantesca bañera de latón con grifos en forma de cabezas de cisne. Escondí el uniforme de color verde oscuro y las odiadas polainas bajo un montón de toallas húmedas en el corredor, y salí convertido en persona civil. Bajo el sol, las sombreadas calles de Tours estaban perfumadas con el olor de los tilos florecidos. Sinbad podía tener problemas, pero iba a empezar sus viajes como un hombre libre.

En aquellos días aguantaba bien el alcohol, pero la arquitectura me emborrachaba. Los azules, los púrpuras y los rojos, esos colores de anémonas de invernadero que florecían en las vidrieras del ábside de la catedral gótica de Tours se me subieron a la cabeza. De camino para París me detuve en Blois y Vendôme y contemplé amorosamente todas las torres cónicas y todos los arcos ojivales. Mientras esperaba los transbordos me senté a escribir versos en las cantinas de las estaciones. Llegué a París a tiempo para el catorce de julio, la *Fête de la Victoire*.

SINBAD

Hacia el final de julio Dudley Poore y yo nos reunimos en San Sebastián. Después de pasar un semestre en Cambridge, también él había conseguido que le licenciaran en Europa. Cuando un consulado español se negó a poner el visado en su pasaporte porque la frontera estaba cerrada debido a agitaciones laborales, entró en España vadeando el Bidasoa.

Con nuestro licenciamiento en el bolsillo no estábamos de humor para dejarnos amilanar por la burocracia internacional. Si no recuerdo mal aquel día comimos triunfalmente una cazuela de angulas en un pequeño restaurante de la costa, camino de Fuenterrabía.

Lucía el sol. El vino era barato y bueno. Era refrescante bañarse en el mar. Después del rancho del ejército todo lo que comíamos nos parecía delicioso. Facturamos nuestras maletas y, andando cuando era posible, tomando en marcha autobuses y diligencias, o sentados en duros asientos de tercera clase, nos abrimos camino a través del país vasco. Por fin, íbamos a poder empaparnos de España.

Sin perder nunca el mar de vista marchamos durante jornadas enteras por las verdes laderas de las colinas de Guipúzcoa. Nos gustaban los vascos. En los senderos intimamos con arrieros que nos abastecían de sabios proverbios y del vino de sus botas. Nos maravillamos ante la claridad del castellano que hablaban los habitantes de la Montaña de Santander. Nos llenaron de asombro las siluetas de los bisontes tan llenos de vida en las cuevas de Altamira. Estuvimos a punto de rompernos la cabeza al escalar pasos peligrosísimos entre los Picos de Europa. Disfrutamos con el habla de los pastores en los oscuros valles asturianos. Cuando las piernas se negaban a llevarnos más lejos, nos sentábamos en la cuneta y dibujábamos.

En Madrid encontramos a Arthur McComb. Nos empachamos de Goya y El Greco. Hicimos excursiones con Pepe Giner. Una noche de luna paseé por Segovia con Antonio Machado, cuyos poemas estaba yo por entonces intentando traducir al inglés.

Machado era corpulento, andaba torpemente y vestía traje arrugado con brillos en las rodillas. Su sombrero siempre tenía polvo. Daba la sensación de estar más desamparado que un niño ante los asuntos de la vida diaria, de ser un hombre demasiado sincero, demasiado sensible, demasiado torpe, a la manera de los eruditos, para sobrevivir: «Machado el bueno», le llamaban sus amigos. No puedo pensar en el acueducto, en los pórticos románicos de las ennegrecidas iglesias ni en la silueta de cuento de hadas del Alcázar de Segovia sin oír la cadencia de sus versos. Grabada con el aguafuerte de la luz de la luna, la ciudad, mientras paseábamos, iba presentándose ante nosotros como un poema que Antonio Machado podía muy bien estar escribiendo en aquel momento. Era un gran hombre.

En Madrid bebí sentimentalmente una cerveza en el Oro del Rhin en memoria de Roland Jackson. Roly se había alistado en la artillería y murió a los pocos días de su llegada al frente.

Sentado en la misma mesa en la que Roly, Lowell Downes y yo habíamos planeado nuestras descabelladas expediciones, todavía me resultaba posible oír la grave voz de Roly. «Supongamos que mi enemigo y yo tomáramos cerveza juntos» preguntó la noche que discutíamos sobre cómo abolir la guerra. Se recostó en la silla, estiró las largas piernas de manera que el camarero tropezara con sus horrendas playeras y se echó a reír mientras contemplaba el techo. «Y que le diera lo que pedía, ¿no me lo devolvería más tarde?»

Como corresponsal de un periódico laborista no tuve mucho éxito. Aunque estaba realmente interesado en el sindicalismo, en el socialismo y en todo lo concerniente a las organizaciones obreras, continuamente me distraían la pintura, la arquitectura, el *cante jondo* y el ritmo solemne del baile flamenco. Y la gente, sobre todo la gente; todas las clases de gente, infinitamente trágicas, cómicas, patéticas y bufas.

Cuando hice una escapada a Lisboa para informar sobre lo que se describía como una conspiración monárquica para derrocar a la república portuguesa, me detuvieron en la frontera. Los oficiales que vigilaban para impedir la entrada de elementos subversivos creyeron que mi pasaporte americano era falso. Mi nombre era *d'Spash* y ¿cómo es que no sabía hablar portugués? Era mi primera experiencia con el difícil idioma de mis antepasados paternos. Descubrí que no podía

pronunciar una sola palabra. Tuve que pagar el billete hasta Lisboa a un gendarme, que recibió orden de no dejarme en libertad hasta que el consulado americano saliera fiador mío.

Me volví con una impresión más favorable de la pintura primitiva portuguesa que del gobierno republicano. Los políticos me parecieron grandilocuentes y evasivos. Su aire de inconsistente benevolencia sólo sirvió para irritarme. Los trabajadores parecían innecesariamente sucios, oprimidos e ignorantes. A los veintitrés años se tiende a ser intolerante.

Cuando la revolución no llegó a confirmarse, me alivió volver a encontrarme con la altiva idiosincrasia de los españoles. Del mendigo al aristócrata, los españoles llevaban sus problemas con elegancia.

Como necesitaba un lugar donde instalarme por algún tiempo para terminar una segunda novela sobre la guerra, alquilé una casita rústica en el *Carmen de Matamoras*, una pensión inglesa, en lo alto del Sacromonte, en Granada. Disfrutaba de unas vistas casi increíbles de la ciudad y de la vega y más allá, de las montañas nevadas. A pesar de un molesto ataque de fiebre reumática, prácticamente terminé mi trabajo. Dudley se quedó allí para cuidarme. Llamamos a un médico, un hombre muy agradable que estaba convencido de que yo tenía la fiebre de Malta y que además se quedaba tan sin aliento después de subir la cuesta que nunca podíamos sacar gran cosa en limpio de él para cuando llegaba junto a mi cama. Arthur, mientras tanto, enviaba consejos y medicamentos recomendados por un especialista alemán, que había descubierto en Madrid. Al final la enfermedad desapareció, pero desde entonces siempre nos referíamos a aquel hermoso lugar como el *Carmen Se Matatodos*.

En la primavera de 1920 me embarqué para Nueva York, no para quedarme en casa, les aseguré a mis amigos, sino para encontrar fondos con que financiar nuevos viajes.

Nueva York ha sido para mí varias ciudades diferentes. Fue la ciudad de Elsie Rizer y Wright McCormick, todas pensiones teatrales y bares de periodistas. Era también la Nueva York de Jack Lawson, que pronto empezó a solidificarse alrededor del acogedor apartamento que tenían en Greenwich Village Esther Andrews y Canby Chambers. Estaba además el circuito de clases de dibujo de Adelaide, la hermana de Jack, las exposiciones y la Liga de Estudiantes de Arte. Un poco más tarde descubriría una ciudad diferente en el Centro Este.

Una de las Nueva Yorks que frecuenté durante los primeros años veinte no era más que una emanación de Cambridge, Massachusetts. Cummings ya tenía su habitación en Patchin Place. Nagel pintaba cuadros abstractos en Washington Square. Gastón Lachaise, el padrastro de Nagel, tenía un estudio cerca de allí. Schofield Thayer y Sibley Watson, que se habían movido en un segundo plano en el círculo literario de Harvard, en su calidad de aficionados con dinero, aparecieron ahora como dioses propiciatorios detrás de *Dial*, que trasladaron de Chicago a Nueva York para convertirla en una revista literaria de primer orden. Stewart Mitchell, a quien conocíamos con el nombre de Great Awk cuando era el jefe de redacción del *Harvard Monthly* pasó a ser el director del *Dial*.

Cummings era el centro de todo. Cummings y Elaine. Su Elaine Orr había sido por algún tiempo la mujer de Schofield Thayer. El pobre Schofield estaba demasiado sumergido en el psicoanálisis para poder conservar una esposa. Le analizaba el gran Freud en persona. Elaine vivía sola en un apartamento encantador en Washington Square. Era la Doncella Bendita, la bella, la encantadora, el lirio virginal de Astolat. Para la juventud romántica simbolizaba el sueño del poeta. Los que no estábamos enamorados de Cummings lo estábamos de Elaine.

Cummings y yo comíamos juntos de cuando en cuando en un restaurante sirio de Washington Street que él frecuentaba. Nos servían una cuajada especial conocida con el nombre de *leben* y un plato maravilloso hecho con berenjenas crudas machacadas y mezcladas con aceite de sésamo. Todo esto, junto con el pan sin levadura proporcionaba una comida excelente para personas que hubieran bebido mucho la noche anterior.

Después deambulábamos por los puestos de flores y verduras en el antiguo Washington Market o íbamos a ver los peces en el Aquarium de la Battery. Cummings nunca se cansaba de dibujar a los

leones marinos. Mientras andaba, anotaba frases o hacía rápidos esbozos en trozos de papel. Los dos nos interesábamos tanto por las cosas que veíamos como por el sonido de las palabras.

Volvíamos a casa a trabajar y nos reuníamos otra vez al final de la tarde en casa de Elaine para tomar el té. Nagel solía aparecer, o Slater Brown, o Mitchell, y después de hablar por espacio de una hora más o menos –aunque Elaine era tan callada como una muerta, nadie trataba de lucirse en su casa– nos íbamos a nuestro *speakeasy* italiano del momento (recuerdo que todos se llamaban María) para cenar.

Cummings conseguía a veces dar la impresión de ser un chimpancé. A medida que ingeríamos vino tinto se volvía tan malévolamente como un mono. Nagel estaba ya un poco neurótico. Cummings solía tomarle el pelo hasta que la cabeza estaba a punto de estallarle. Elaine apenas decía nada, pero una palabra suya curaba todas las heridas. Cummings utilizaba toda suerte de esotéricos lenguajes. «Dos b tu v.» decía con severidad, si le parecía que yo no bebía suficientemente deprisa. Cuando Lachaise y la madre de Nagel, que parecía uno de los desnudos de Lachaise con la ropa puesta, venían con nosotros, solían marcharse en ese momento. No les gustaba ver a la gente joven beber con exceso.

No sé cómo, pero lo cierto es que con frecuencia conseguíamos buen aguardiente francés. Después de un par de copas, además del vino, Cummings se convertía en un geiser de palabras. Nunca he oído nada que se le parezca ni remotamente. Era cómico, irónico, erudito, lleno de brillante colorido, de compleja cadencia, increíblemente poético y a veces sencillamente maligno. Era como si estuviera escupiendo páginas de prosa y verso de un volumen todavía no escrito. Después se marchaba de pronto a Patchin Place para escribir algo antes de que la fuente cesara de manar.

Tenía una mente improvisadora. Sus ataques de furia poética eran como las crisis de las ménades descritas por los líricos griegos. Cuando empecé a ir a casa de su familia en el número 104 de Irving Street en Cambridge durante nuestros años en la universidad, Estlin improvisaba a veces al piano. Su padre, el doctor Cummings, era el centro reverenciado de una familia numerosa de Nueva Inglaterra a la antigua usanza: la madre de Estlin, una abuela, su tía Jane, una hermana pequeña, varios primos y un amigo viudo. Todos escuchaban al doctor Cummings en su papel de legislador con extasiada admiración; pero cuando Estlin improvisaba al piano el doctor Cummings tenía una conmovedora manera de dejar el campo libre a su hijo. Su manera de tocar hacía pensar en fuegos artificiales. Y hablaba de la misma manera.

En aquellas noches de Nueva York ninguno de nosotros quería perder el tiempo en el teatro, cuando cabía la posibilidad de que Cummings hiciera estallar un manojo de petardos después de cenar.

Hay un período en la vida de un hombre en el que cada noche es un prelude. Hacia las cinco, el aire empieza a zumbear en los oídos. Si hoy bebes lo suficiente, si hablas lo suficiente, si vas suficientemente lejos los acontecimientos mágicos se encadenarán. Cada barrio de la ciudad tenía un brillo peculiar. El East Side judío nos resultaba particularmente romántico. Los sábados por la noche nos reuníamos en los «Asados Rumanos», de Moskowitz, en una calle al este de la Segunda Avenida.

Mr. Moskowitz era un hombrecillo cortés con cintura de avispa que tocaba el címbalo mientras nos bebíamos su vino, que nos hacía pensar en el Danubio debido a la forma de las botellas –aunque Cummings aseguraba que Mrs; Moskowitz lo fabricaba en el sótano con nabos. Comíamos cordero asado, bebíamos, charlábamos y aplaudíamos a Mr. Moskowitz.

A veces hablábamos de la revolución rusa con poetas y periodistas judíos. Eran gentes escépticas y bien informadas. Todo parecía suceder muy cerca de nosotros. ¿No había un camarero en el café al otro lado de la Segunda Avenida al que Trotsky le debía aún siete dólares? Mr. Moskowitz tocaba bien. Le gustaba sentirse un artista entre artistas. A veces le conmovía tanto el entusiasmo de nuestros aplausos que distribuía vino gratis. Mrs. Moskowitz, una mujer robusta y práctica, solía aparecer tras él, balanceándose como un pato, para llevarse las botellas tan deprisa como él las ponía sobre las mesas.

Luego, cerca de allí había siempre el clásico espectáculo de *burlesque*, en la parte alta de un edificio al final de la avenida. Asegurábamos que la inspiración de Minsky venía en línea directa de Aristófanes, Terencio y Plauto. Después del circo, que era su espectáculo favorito, Cummings prefería el *burlesque*. Cuando empezábamos la noche en el restaurante de Moskowitz, acabábamos acostándonos tarde.

Aunque daba la impresión de que pasábamos una enorme cantidad de tiempo comiendo y bebiendo, conseguíamos trabajar de firme. Cummings había terminado *The Enormous Room*. El *Dial* publicaba sus poemas y sus dibujos a plumilla. Con la excepción de la gente del *Dial*, a los que consideraba viejos amigos, a Cummings no le gustaba perder su tiempo con directores y editores. Nunca pretendía ser práctico en cuestiones prácticas. Pensaba que los poetas deben ser alimentados por los cuervos y, efectivamente, eso era lo que pasaba con él.

Unos cuantos amigos suyos se ocuparon de conseguir que Boni y Liveright publicaran *The Enormous Room*. No recuerdo exactamente cuál fue mi intervención en ello, pero recuerdo haberme encontrado en uno de esos embarazosos fuegos cruzados entre autor y editor. Yo creía que *The Enormous Room* era uno de los mejores libros que se habían escrito jamás y supliqué a todos los interesados que el libro se publicara intacto. El editor tenía otras ideas.

Una buena parte del tiempo que Cummings y yo pasábamos juntos lo empleábamos en maldecir al unísono al gremio editorial. Estábamos hasta las narices de Nueva York y de las casas comerciales. Cuando encontré un mercante portugués que aceptaba pasajeros en New Bedford con destino a Lisboa por muy poco dinero, Cummings decidió venirse conmigo. Él tenía nostalgia de París y yo una ardiente necesidad de ir a Persia.

Mi experiencia con *One Man's Initiation: 1917* no había sido agradable. El impresor inglés se negó a ponerse a trabajar mientras yo no expurgara el lenguaje de los soldados; y cuando se publicó, los editores, al cabo de los primeros seis meses, informaron que se habían vendido sesenta y tres ejemplares. Ningún editor de Nueva York quería comprar los restantes capítulos de nuestra G. N., que los agentes de Jack Lawson, Brandt y Kirkpatrick, hacían circular bajo el título de *Seven Times around the Walls of Jericho*; y cuando *Three Soldiers* (después de haber sido rechazada algo así como catorce veces) encontró refugio con George H. Doran, los editores me informaron de que tendría que quitar las obscenidades.

Todo lo que yo había hecho era reflejar el lenguaje de los soldados. Intenté discutir con ellos.

Gene Saxton, que más tarde llegó a ser un buen amigo mío, me suplicaba que no lo echara todo a perder por unos cuantos tacos. Al final les dije que hicieran lo que les diera la gana. Yo iba a embolsarme el anticipo y poner pies en polvorosa.

De manera que, con el estado de ánimo de quien se sacude el polvo de la Ciudad de la Destrucción, Cummings y yo, hacia mediados de marzo de 1921 nos reunimos en una lúgubre posada de New Bedford llamada Elm Gate Inn para aguardar a que zarpara el *S.S. Mormugão*. New Bedford rebosaba nostalgia, como si Herman Melville acabara de marcharse después de escribir el primer capítulo de *Moby Dick*, pero estábamos demasiado impacientes para apreciarlo.

El *Mormugão* sólo retrasó la salida veinticuatro horas, pero aquel día de más se nos antojó interminable. La primera noche en el mar las máquinas se detuvieron con una repentina sacudida mientras estábamos cenando. El barco empezó a ser zarandeado como un tronco entre las olas. El vino se derramó. Las manzanas salieron disparadas como balas de cañón y un horrible rechinamiento y estrépito nos llegó desde la sala de máquinas. El capitán y los oficiales arrojaron las servilletas y abandonaron el salón a todo correr.

Cummings y yo nos mantuvimos firmes sobre nuestros pies, y nos bebimos todo el vino al alcance de la mano para evitar que se derramase. Pronto tuve que recurrir al remedio contra el mareo del viejo doctor Parson. El remedio consiste en tomarse un cognac a las horas y a las medias horas. Ya lo creo que dio resultado. Como no había manera de mantenerse erguido, reptamos hasta nuestra cabina y nos atamos a las literas.

A cada balanceo el agua cubría los imbornales. Esperábamos que en cualquier momento nos llamaran a los botes. Nos comunicamos mutuamente la esperanza de que quizá el barco no

empezara a hundirse hasta el amanecer. A pesar de la endemoniada batahola nos dormimos, y al despertarnos a la mañana siguiente nos encontramos con que el viejo *Mormugão* navegaba plácidamente hacia el este.

Fue una travesía deliciosa. Esta vez, mis primos portugueses me parecieron encantadores. La comida, aunque algo aceitosa, era buena; el vino, de primera calidad; y el cognac barato. Los oficiales del buque nos trataban con una benevolente cortesía que nos pareció perfecta.

Arthur, que había vuelto a los Estados Unidos para casarse, me había regalado un ejemplar de la *Degradation of the Democratic Dogma*, de Henry y Brooks Adams, para leer en el barco. Cummings y yo leíamos los capítulos por turno. No nos gustaba a ninguno de los dos, aunque por razones distintas; a Cummings, porque ofendía una vena emersoniana de su educación juvenil –ya entonces pensaba yo en él como el último gran espécimen del espíritu de Nueva Inglaterra– y a mí, porque iba en contra del optimismo a lo Walt Whitman del que yo no he renegado nunca por completo. Discutimos tempestuosamente mientras paseábamos por la inclinada cubierta.

Cuando no estábamos despellejando a los hermanos Adams, nos sentábamos en el diminuto *fumador* garrapateando en nuestros blocs de notas. Yo trabajaba en unas traducciones de la antología griega y trataba de descifrar *Os Lusíadas* sin diccionario; Cummings se consagraba a sus interminables anotaciones.

La noche que hicimos nuestra primera recalada en las Azores, uno de los marineros de cubierta vino a despertarnos.

«*Lua cheia esta noite*», dijo el hombre con una voz que nos pareció irresistiblemente poética.

Efectivamente, sobre la estela del barco una enorme luna se ponía contra el horizonte entre celajes plateados que cruzaban el cielo velozmente. El marinero nos llevó deprisa hacia la proa para enseñarnos las primeras luces del alba hacia el este. La esbelta pirámide quebrada por la mancha de una nube era la isla de Pico. Una ráfaga de brisa de tierra adentro nos trajo un olor penetrante, como de flores de berro. El elevado cono volcánico se adentraba más en el cielo a medida que el este se teñía de rosa y ámbar. Después de esto, «*Lua cheia*» era nuestra contraseña cada vez que veíamos un paisaje excepcional durante aquel viaje.

Mientras salía el sol entramos a media máquina en el puerto de Fayal. El aire olía a limoneros florecidos. La ciudad, con sus casas de color rosa, naranja, siena ennegrecido y blanco, parecía colgada como un trozo de decorado entre las colinas de un color verde espinaca, en tierra firme, las calles estaban llenas de mujeres con grandes caperuzas almidonadas, tan prominentes que no se les veía la cara. Los hombres llevaban capas largas con muchas esclavinas. Todo el mundo estaba muy callado. Caía una llovizna brillante. Nos habíamos olvidado de que era Viernes Santo. Echamos una ojeada a la iglesia situada en el centro de una gran plaza que era muy parecida a un escenario. En el pulpito, un fraile de hábito negro estaba predicando con gestos barrocos el sermón de las *Sete Palavras*.

Parecía una ciudad muy hospitalaria. Donde quiera que íbamos los hombres nos saludaban quitándose el sombrero. Una delegación de chiquillos nos acompañaba por todas partes. Viernes Santo o no, como éramos extranjeros y jóvenes, nos llevaron inmediatamente al burdel local. Explicamos que a aquella hora estábamos más interesados en probar el *vinho de cheirão*. Cuando nos marchábamos, un corpulento caballero envuelto en su capa salió de la casa. Se atusaba un bigote extraordinariamente frondoso. Un lacayo sostenía su caballo. Antes de que se marchara, apareció una muchacha que corrió a ofrecerle una copa de vino como despedida. Por no sé qué razón aquella escena nos gustó mucho.

En Fayal las cuatro literas de nuestro camarote se ocuparon. Un caballero a quien llamamos el Barón hacía las delicias de Cummings al sacar a relucir un diminuto hornillo de alcohol para calentar las tenacillas de su bigote. Era un hombre muy agradable. Sabía muchas canciones de amor de Angola, corrigió mi pronunciación de Camoëns y, antes de separarnos, escribió un largo poema en mi bloc de notas.

En la isla Terceira echamos el ancla fuera del muelle en un puerto llamado Angra do Heroísmo. Un gran número de novillos negros fueron obligados a nadar hasta el barco. Luego les ataban una

cuerda alrededor de los cuernos y los izaban uno a uno a la cubierta de popa. El embarque se prolongó hasta bastante después de la puesta del sol. A la luz de la luna, los grandes animales, colgando inermes por los cuernos mientras subían a bordo, parecían bestias apocalípticas.

Hicimos escalas en Ponte Delgada y Funchal, en la Madeira de mis antepasados. La travesía duró tres semanas. Para cuando llegamos a Lisboa estábamos tan a gusto con la gente del barco que nos resultó muy penoso despedirnos del maloliente e inseguro *Mormugão*. No conseguí interesar a Cummings en Lisboa. Nativo de Nueva Inglaterra hasta la medula, le repelía la exuberancia del estilo manuelino. Cuando traté de bajarle los humos con el São Vicente de Nuno Gonçalves dijo que prefería las pinturas de Rembrandt. En Coimbra salió a relucir una fobia ancestral contra el papado. Los estudiantes le parecían jesuitas vestidos de paisano.

En Oporto, en lugar de dedicarnos al estudio de los vinos, empleamos nuestro tiempo tratando de encontrar un dentista digno de confianza. A Cummings le había salido un absceso en un diente. Esto echó por tierra mis planes de hacerle cruzar Extremadura andando. Unas cataplasmas curaron el absceso, pero no volvió a ser el mismo hasta que llegamos a la Ville Lumière y nos apeamos del tren en la Gare d'Orleans.

Sin duda pasé varias semanas en París durante mayo y junio de aquel año, aunque no conservo el menor recuerdo de lo que hice allí. Cummings recibió el primer ejemplar de *The Enormous Room* y se vio asaltado por el horror que la mayor parte de los escritores sufren al ver un libro recién publicado. Lo primero que se ve siempre son las equivocaciones y las erratas de imprenta. Su reacción inmediata fue un manifiesto que me entregó para que lo transmitiera a Boni y Liveright.

A QUIEN PUEDA INTERESARLE, es el título, y está fechado a *14 mai 1921*.

Deseo que suceda una de estas dos cosas con *The Enormous Room*:

- A) que sea inmediatamente suprimido, arrojándolo a un retrete;
- B) que todos y cada uno de los errores anotados a continuación sean *inmediata y completamente* rectificadas sin pérdida de tiempo, sin temor a gastar dinero y sin hacer caso de cualquier otra posible excusa...

A continuación venía una lista de omisiones, erratas y traducciones incorrectas.

...La traducción de las frases en francés es, al menos la mitad de las veces, motivo de mucha confusión para el lector –ya que es muy importante que entienda que cierto personaje está *hablando en francés y no en inglés*. Yo mismo había traducido todo lo que era necesario para el contexto, y en el MANUSCRITO NO EXISTE ESTA INNECESARIA AMBIGÜEDAD. Además, la traducción es..., pero me callo. P.D. COMO ESTA AHORA, el libro no es solamente una cosa que ofende a la vista: es un insulto.

E. E. Cummings

Me ruborizo al pensar que debido a mi negligencia esta flecha nunca llegó al blanco. Quizá otra versión alcanzara a los editores. La que acabo de copiar apareció hace poco en el ático entre un mazo de papeles viejos. Y lo cierto es que yo no cedía ante nadie en admiración por el libro y en afecto hacia el autor. Durante aquel verano hice plena justicia a *The Enormous Room* en un comentario que escribí para el *Dial*. Todavía hoy creo que el libro contiene páginas escritas en el mejor inglés de nuestro tiempo.

Apenas me preocupaba de otra cosa que de encontrar los recursos y la manera de llegar al Oriente Medio. Era la única parte del mundo con suficiente color para satisfacer mi deseo de nuevos horizontes. Antes de dejar Nueva York me había comprometido a escribir una serie de artículos para la edición dominical del *Tribune* y para el *Metropolitan Magazine*. Paxton Hibben me ayudó muchísimo en esto. Nos debimos encontrar probablemente en New York el invierno anterior. Y volví a verle en París como secretario de una organización de ayuda al Oriente Medio.

Pax tenía entonces unos cuarenta años. Educado en Indianápolis, había flirteado con la política en su juventud. Era compañero de colegio de Claude Bowers y un devoto partidario del senador Beveridge. Había pertenecido durante años al servicio diplomático, trabajado como corresponsal de guerra y luchado en Francia como capitán de artillería. Sus anécdotas más divertidas eran acerca de su amistad con el rey Constantino de Grecia y cómo este simpático monarca fumaba dos cigarrillos al mismo tiempo para calmarse los nervios, mientras los británicos, para asegurarse de que los griegos escogerían luchar del lado de la democracia, bombardeaban Atenas. Por dondequiera que pasaba, Pax se convertía en un personaje legendario: las sumas astronómicas que apostaba en los casinos de México, un duelo en Atenas, la aventura con la amante de un Gran Duque en San Petersburgo... Sus historias eran maravillosas.

Pax me prometió que si yo era capaz de llegar a Constantinopla y reunirme con él allí por intermedio de la Cruz Roja, intentaría introducirme en el Near East Relief. ¿Cabía una solución más simple? Un billete para Constantinopla. El Orient Express.

Desde que a los cuatro años me había montado una vez en un modelo del Transiberiano en la exposición de París de 1900, soñaba con los grandes expresos europeos. Inmediatamente me puse a inventar una historia de espías en la que el mensaje fuera transmitido en un plato de sopa de letras, pero me olvidé de ello al detenerme en Venecia para saludar a Dudley Poore y al Great Awk. Me impuse la obligación de ver todos los Carpaccios. El resto del tiempo, nos bañábamos con la multicolor muchedumbre en la playa del Lido.

Durante dos días, mientras el tren atravesaba los Balcanes, discutí de religión con un armenio que suplía las deficiencias de su francés con un latín excelente.

Entré en el vestíbulo del Pera Palace Hotel justo a tiempo para ver el charco de sangre en un sillón tapizado donde alguien acababa de asesinar a un diplomático oriental. Constantinopla era un lugar fantástico aquel verano. Las calles estaban repletas de refugiados: rusos, blancos, hambrientos, sin hogar y desesperados a excepción de los pocos que aún tenían algunas joyas familiares y se daban la gran vida, mientras podían, en los excelentes restaurantes de otros compatriotas menos afortunados en la zona del Jardín de Taxim. Pax, que sabía bastante ruso, me dio a conocer la sopa fría de pepinos, el vino jajeciano y a muchachas encantadoras, cuyas historias de matanzas y miserias traducía en beneficio mío.

La ciudad era administrada por todos los aliados reunidos. Los británicos, los franceses y los italianos competían en estupidez militar. Los turcos habían dejado de colaborar: la poca organización que quedaba estaba en manos de los griegos de la zona. Si alguien se aventuraba más allá de las murallas, los Bashi-Bazuks le robaban y le desnudaban.

La noche en que ardió uno de los palacios del Sultán debido a la negligencia de las tropas de ocupación, yo estaba en un viejo hotel de veraneo en Therapia. Un comandante británico preparaba unos combinados detrás del mostrador del bar. Después de una cena abundante regada con vino, un alférez británico, una muchacha inglesa muy simpática y yo decidimos que podríamos ver mejor el fuego desde el Bósforo. Alquilamos un botecillo. Era una noche de calma total. El gran edificio, envuelto en unas llamas que nadie parecía interesado en apagar, era un espectáculo sobrecogedor.

Nos acaloramos remando y decidimos que nos hacía falta un baño, de manera que nos echamos al agua con la ropa interior. El agua estaba helada. La corriente nos separó inmediatamente de nuestro esquife. Estuvimos a punto de perderlo. Tres jóvenes muy asustados y dando diente con diente, regresaron al embarcadero. Ya sabíamos lo que Shakespeare había querido decir con la «corriente helada y el forzado derrotero».

Una sórdida guerra de poco relieve seguía su curso en Asia Menor. Nuestro almirante Bristol trataba de encontrar sentido a algo que no lo tenía en absoluto. Recuerdo que mis prejuicios contra los altos mandos disminuyeron lo suficiente como para tener muy buena opinión del almirante Bristol. Su punto de vista era que si la información sobre la guerra llegaba a publicarse en los periódicos americanos quizá alguien hiciera algo para detenerla. Pude embarcarme en un destructor que envió el almirante con un grupo de corresponsales para entrevistar a los refugiados.

Un puerto en el mar de Mármara estaba abarrotado de griegos desesperados: hombres, mujeres y niños cuyos pueblos habían sido incendiados por los turcos. En otro puerto los turcos se hallaban en la misma situación, y aquí eran los griegos los responsables de las violaciones, de las mutilaciones y de los asesinatos. Todos suplicaban que se les dejase subir a bordo. Temían que en cualquier momento llegara el enemigo y concluyera la matanza. La ironía era que los griegos y los turcos y sus patéticas mujeres y sus hijos que sollozaban se parecían tanto que hubiera hecho falta ser un experto lingüista para distinguirlos.

El capitán no tenía autorización para admitirlos y además no había sitio en aquel destructor de la Guerra Europea, de manera que tuvimos que abandonarles a su suerte. Pálidos como muertos, no pudimos hacer otra cosa que seguir sentados en la sala de oficiales mientras el destructor, navegando a veinticinco nudos por hora, luchaba con la mar gruesa de vuelta hacia Constantinopla. No eran tan sólo los cabeceos y los vaivenes del barco lo que nos revolvió el estómago.

Cuando Pax y su grupo de socorro estuvieron listos para partir hacia Batum en el vapor italiano *Aventino*, le resultó imposible convencer a los dirigentes del N.E.R. en Roberts College de que debían incluirme a mí en la expedición, pero consiguió embarcarme de matute en el último momento.

En aquellos días los americanos tenían que dejar sus pasaportes en la última embajada antes de entrar en territorio soviético, a fin de evitar que cayeran en manos de los *bolshevikí* que los robaban para sus agentes secretos. Con la ayuda de Pax, yo había conseguido de los representantes de la República de Transcaucasia un maravilloso documento, escrito con los redondos caracteres de Georgia. Desgraciadamente, antes de que estuviéramos listos para partir los rojos derribaron la República de Transcaucasia.

Cuando llegamos a Batum las autoridades no querían dejarme desembarcar. Después de tascar freno durante dos días en el *Aventino*, apareció un joven oficial del Ejército Rojo, que encontró muy divertido añadir un *propuss* de la Rusia comunista en el revés de mi pasaporte social-democrático. Los americanos, casi todos los americanos, eran populares en aquellos días, y Pax probablemente les había dicho que yo era un *amerikanski peesatyel*, favorable a su causa.

Batum estaba lleno de tropas del Ejército Rojo. No había nada de comer, pero era maravilloso nadar en las playas de cantos rodados. No se conocían los trajes de baño. Hombres y mujeres se bañaban desnudos en grupos separados. Como soy una criatura de costumbres, tuve que ponerme mi calzón de baño, lo que me dio aspecto extrañamente indecente entre la multitud púdicamente desnuda.

Las casas que vi habían sido saqueadas. No quedaba rastro de los muebles. Di mucha importancia a la teoría de que la revolución había librado a la humanidad de la tiranía de las cosas. Personalmente, había decidido ya mucho antes desembarazarme de todas mis posesiones. Tardé años en aprender que cuando un hombre pierde lo que le pertenece, pierde también su libertad.

Las chinches nos comieron vivos en el coche cama del tren que nos llevaba a Tiflis, pero encontré apasionante la conversación con los *tovarishí* que sabían unas pocas palabras de francés, de italiano o de alemán. Estaban todavía en el primer entusiasmo de la experiencia comunista. Era una nueva vida. La sociedad tenía que ser cooperativa como una colmena, *comme les abeilles, die biene*. Todo el mundo hablaba de las abejas. Estaban poniendo los cimientos: alimentos y escuelas, paz y libertad para todos, excepto para los malditos *burzoi* que les causaban tantas dificultades. En el verano de 1921 hubiera sido difícil encontrar un sólo excombatiente que no estuviera de acuerdo con aquel programa.

En Tiflis, los miembros de la misión de socorro tuvieron que dejarme colgar la hamaca en donde ellos estaban hospedados. No había ningún otro sitio donde ir. Hambre. Terror. Alrededor de veinte personas morían todos los días de cólera y dos veces más de tifus. Pax parecía ser el encargado de las relaciones con los *bolshevikí*. Cuando el alto mando le invitó a cenar, me llevó consigo.

La mesa estaba preparada en un techo plano con una magnífica vista de montañas con cimas nevadas. Los miembros del alto mando eran jóvenes serios y consagrados a su tarea. Vestían blancas túnicas de lienzo. Varios hablaban francés y uno de ellos un inglés excelente.

No pude evitar sentir ciertos remordimientos ante la excelente comida que nos fue servida – además de vodka para los brindis y los mejores vinos de Georgia– mientras los soldados (los había visto yo mismo) se desmayaban de hambre en las calles. Y al menos los soldados tenían botas. La mayor parte de la población civil iba descalza.

Además estaban los grupos harapientos de los «contrarrevolucionarios», empujados a punta de bayoneta hacia las calles apartadas. A mí no me parecían más culpables que los demás. Después de todo, la guerra es la guerra, dijo Pax. No pude contradecirle.

Al terminar de cenar Fax me hizo una faena. Bajamos todos juntos las escaleras, un poco mareados con el vino y el vodka, y atravesamos los corredores del enorme e inhóspito edificio que se extendía bajo la azotea ajardinada donde habíamos cenado. Me hicieron sentarme en una fila de sillas en una habitación muy grande. Antes de que pudiera decir esta boca es mía, lo que me había parecido una pared cubierta con una lona se alzó, poniendo al descubierto un teatro abarrotado de hombres y mujeres con túnicas blancas.

Discursos, vítores, gritos. Pax hizo un breve discurso en francés sobre los fines del Near East Relief que estoy seguro no entendió nadie y después me presentó como *amerikanski poait*. Como no tengo cualidades de orador, no se me ocurría nada que decirles hasta que me vino a la memoria el poema de William Blake «*Ah sunflower weary of time*».

Era uno de los pocos poemas que todavía podía recitar. Era aquello o nada. El público debió pensar que se trataba de una oda *amerikanski* a la revolución, porque los aplausos fueron ensordecedores. Pax casi se puso morado tratando de aguantar la risa.

Como el N. E. R. no estaba en condiciones de darme trabajo y yo no podía soportar la idea de quedarme allí tomando notas sobre toda aquella miseria, decidí seguir adelante.

No sé cómo, me relacioné con un doctor persa. *Sayid* Hassan Tabataba iba camino de su país procedente de una facultad de medicina de Alemania. Tenía un *passeport diplomatique* pero estaba mal de fondos, y, en cualquier caso, no había trenes de pasajeros hacia el sur, hasta la frontera persa. El poco dinero que me quedaba lo tenía escondido en mi cinturón, en libras turcas de oro, pero había cambiado una en Batum y tenía tal cantidad de rublos en papel que me hizo falta toda una maleta para llevarlos. Con la ayuda de nuestros amigos de la cena en la azotea, Pax consiguió un documento que nos autorizaba a viajar en un tren de mercancías con destino a Nakhichevan.

Nos dieron un vagón para nosotros solos. Era el vagón de la propaganda pero como no llevaba más que unos cuantos mazos de *Pravda* e *Isvestia* tuvimos sitio de sobra para instalar nuestras hamacas.

Nadie sabía lo que duraría el viaje. Haciendo generoso uso de mis rublos, conseguimos comprar unas pocas hogazas de pan negro de centeno, que resultaron estar llenas de grava, y una loncha de caviar ahumado. El vino de jajecia era abundante. El N. E. R. nos proporcionó algunas sardinas y una lata de alcohol para usar en nuestro hornillo. En una estación de Armenia compramos seis sandías. Antes de que el tren saliera, unos rusos con los que había hecho cierta amistad se presentaron con un enorme baúl de madera suplicándome que se lo llevara a unos parientes que tenían en Tabriz.

En mis anotaciones titulé el viaje Cien Vistas del Ararat, porque en muy pocas ocasiones perdimos de vista el gran pico nevado. La guerra había reducido el país a cenizas. Los soldados en los trenes blindados con los que nos cruzábamos tenían un aire hambriento y enfebrecido. Hambre por todas partes. En unos sitios los hambrientos morían de tifus y en otros del cólera. Tanto los vagones cubiertos como los de plataforma que componían nuestro tren estaban repletos de refugiados, ¿huyendo de qué? ¿Con destino o dónde? Nadie parecía saberlo. En una estación apilaban cadáveres como si se tratara de leña para la cocina. Cuando una mujer murió en el vagón detrás del nuestro, su cuerpo fue abandonado junto a la vía sobre una estera de rayas rojas y amarillas.

Una vez al día escuadras de la policía llamada Cheka registraban los vagones en busca de contrarrevolucionarios. Me di a todos los demonios por haber aceptado el maldito baúl. Estaba cerrado con llave. No había manera de saber si contenía la plata de la familia o documentos

comprometedores. Todo lo que podía hacer era sentarme encima y tratar de infundir respeto. Nadie nos molestó nunca. Probablemente pensaban que contenía propaganda de Moscú especialmente valiosa.

Guardo un conmovido recuerdo de Erivan. El Jefe de estación dijo que estaríamos allí por lo menos tres horas, de manera que dejando al sayid y al armenio que distribuía los periódicos de nuestro vagón de propaganda y que parecía una caricatura del terrible Turco, al cuidado de espantar a los intrusos, me puse en marcha para ver la ciudad.

Las calles estaban vacías, las tiendas y las ventanas tapadas con tablas. Los habitantes que quedaban permanecían acurrucados en sus casas por miedo a la Cheka y al tifus.

Cuando pasaba frente a una casa de agradable aspecto salió una mujer todavía joven. Su rostro tenía un blancor amarillento y unos ojos castaños que parecían vivir en otro mundo. ¿No era yo americano?, me preguntó en excelente inglés.

«Sí, efectivamente», le dije yo.

Sonrió débilmente.

No; nunca había estado en América, pero tenía familia allí. Me invitó a entrar y me hizo sentar en un diván en una pequeña salita que parecía como un rincón turco pasado de moda en una de las mansiones americanas de otros tiempos. Cinco niños pálidos se esparcieron por la habitación y me miraron con ojos dilatados por el asombro. La mujer dijo algo que sonaba a americano. Todos hicieron una ceremoniosa reverencia.

¿No tenía hambre?, me preguntó.

Por supuesto que tenía hambre. Todo el mundo tenía hambre.

«Yo tengo un huevo».

Tartamudeé. Traté de explicarle que no había realmente querido decir que tenía hambre. Iba en un tren camino de Persia. En Persia había mucha comida y además nos quedaban aún varias sandías. Me puse de pie. Tenía que darme prisa no fuera que el tren se marchara sin mí.

Ella insistió.

Antes de que pudiera detenerla había desaparecido. A los pocos minutos me trajo un huevo cocido todavía caliente en una hueverita de porcelana azul. En la bandeja no había más que una servilleta limpia. Me peló el huevo pulcramente con sus dedos amarillos. Tuve que comérmelo por miedo a que me lo metiera a la fuerza en la boca.

Mientras tanto los niños me miraban con ojos abiertos y llenos de reverencia como si contemplaran al sacerdote consumiendo la hostia durante la misa.

«Sin América moriríamos», dijo ella y evidentemente repitió lo mismo a los niños en armenio. Cuando terminé el huevo, me levanté avergonzado. Iba casi llorando mientras regresaba a la estación del ferrocarril.

Pasamos cuatro días y medio en el vagón de mercancías. Después, en un pueblo particularmente castigado por la guerra en las orillas de un río de rápida corriente, el maquinista vino andando hacia nosotros y nos dijo que estaba dispuesto a llevarnos a Persia. El fogonero y él nos ayudaron a llevar nuestras hamacas, nuestros talegos, la gruesa maleta conocida como el *hippo* con la que yo viajaba, y el maldito baúl a la cabina de la locomotora. Después de explicarnos que no estaba permitido cruzar la frontera con los vagones, desengancharon el furgón y se lanzaron, con un par de pitidos, a través del puente de hierro que llevaba desde Djulfa en la república soviética de Acerbayán a Djulfa en el reino de Persia.

El río era el Araxes.

Nos apeamos en una limpia estación que no había sufrido ningún daño. Había un pequeño macizo de flores frente a ella.

«*Avec quelle difficulté*», susurró el sayid en mí oído. Había sido su frase favorita durante el viaje. Yo estaba muy ocupado distribuyendo mis fajos de rublos entre el fogonero y el maquinista. Nos despedimos casi llorando. Después, lanzando un gran chorro de vapor, la máquina hizo marcha atrás y volvió a cruzar el puente.

El sayid dio la impresión de crecer dos pulgadas. Era un *hakim*, un gran hombre en su país. Oficiales de aduanas tocados con negros gorros cilíndricos que se deshacían en reverencias nos introdujeron en una habitación muy limpia con suelo de baldosín. Examinaron el pasaporte diplomático del sayid y mi manoseado *propuss* con cuidado reverencial. Nos trajeron aguamaniles de latón para que nos laváramos y nos dejaron pacíficamente acucillados sobre una limpia alfombra que reproducía la imagen de algún shah.

Un barbudo criado descalzo nos trajo rajadas de sandía. Parecía una figura de un relieve asirio. Vino en silencio y se marchó sin hablar. Cuando nos hubimos comido la sandía apareció el almuerzo. Un guiso de cordero con pepinos, tomates y leche cuajada, acompañado con tortas de pan sin levadura muy parecido al que Cummings y yo solíamos comer en el restaurante sirio. Después nos sirvieron un té demasiado azucarado, cinco diferentes variedades de uvas y más melones, los mejores melones que he comido en mi vida.

La tranquilidad era como un bálsamo curativo. Un garito y una paloma diminuta se paseaban por el borde de la cisterna, bajo el sol que calentaba el patio. No parecían molestarse. Después de comer hasta hartarnos, volvieron a traernos agua para lavarnos las manos, y nos tumbamos sobre nuestras esteras para dormir la siesta.

La calma. La sensación de seguridad. El viejo mundo persa sin regenerar quizá no era tan buen material periodístico como el mundo lleno de noticias: revolución, hambre, combates, cadáveres hediondos, el miedo al tifus y a los piquetes de ejecución, pero era infinitamente más agradable.

Al día siguiente tomamos el tren para Tabriz. Después de dejarme en el mugriento hotel, el sayid fue al mercado con algunas de mis libras de oro y regresó con voluminosos talegos de krans de plata de todos los tamaños y formas. Algunos habían sido convertidos en botones y gemelos. Volvió en un desvencijado vehículo tirado por cuatro deslucidos caballos blancos que describió como un faetón. Anunció orgullosamente que lo había alquilado para que nos llevara a Teherán.

Las campanillas de los arcos tintineaban constantemente. El cochero era un sucio personaje con un peludo sombrero blanco de lana llamado Karim. Karim tenía una nube en un ojo que resultaba muy desagradable. Su ayudante era un obscuro enano de cara ancha llamado Ma'amat, que viajaba cubierto de polvo con un saco de avena en bandolera, en una especie de portafusiles en la parte trasera del coche. Tenían pinta de asesinos, pero resultaron ser personas muy decentes.

Antes de salir perdimos horas tratando de encontrar la familia rusa a la que tenía que entregar el baúl. Por toda muestra de agradecimiento me obsequiaron con una mirada de desconfianza, como si esperaran encontrar dentro una bomba. Nunca llegué a saber lo que había en aquel condenado baúl.

Trece días en el faetón hasta Teherán al son de las campanillas. Persia estaba aún más al margen del mundo de lo que yo había imaginado. La carretera no había sido reparada desde que el Shah Abbas la pavimentó en el siglo diecisiete. Los jardines, con muros de barro y arroyos cantarines que serpentean entre los árboles frutales, parecían sacados de Hafiz o de Omar. Los hombres se teñían las barbas de rojo o de azul con alheña. Llevaban sombreros de fieltro de formas bulbosas o turbantes gigantescos. Sus vestimentas eran las mismas que se ven en las miniaturas. Una mañana que hacía un tiempo delicioso nos encontramos un grupo de jinetes que iban de caza con halcones en las muñecas.

El viaje resultó idílico a excepción de las solaneras del mediodía y del polvo y los mosquitos por la noche. El sayid dijo que eran transmisores de la malaria. A partir de Tabriz empezó a atiborrarse de quinina. De cuando en cuando quería tomarme la temperatura, pero yo le dije que era demasiado malvado para coger la malaria. En todos los *caravanserai* nos obsequiaban con historias de una tribu de bandidos conocidos como los Shahsivan. Sus espadas estaban tan afiladas que precisamente el día anterior uno de ellos había partido en dos a un viajero desde los hombros hasta el ombligo.

Después de todo lo que nos había pasado, los Shahsivan no lograban hacernos gran impresión. Empezábamos a reconocer por entonces que no nos llegaba la camisa al cuerpo desde que salimos de Tiflis. El sayid, que se había mostrado apático y silencioso en el vagón de mercancías, se reveló ahora como un estupendo compañero de viaje.

Demostró incluso ser un buen cocinero. Después de brincar todo el día sobre carreteras que no eran más que barrancos, lechos de río secos o lodazales sin fondo, llegábamos a un *khan* o caravanseraí, escogíamos la habitación menos sucia, desenrollábamos las alfombras e instalábamos las hamacas. Nos traían un brasero con carbón de leña y vasijas con agua. Karim informaba a todo el mundo de la ciencia médica del sayid y los lisiados, los cojos y los ciegos se amontonaban para ser tratados. El sayid tenía algunos medicamentos y varias cajas de instrumental quirúrgico, pero casi no le quedaba éter. De cuando en cuando yo tenía que actuar de asistente. Una vez me senté sobre la cabeza de un paciente mientras el sayid le operaba de lo que él llamaba una úlcera fría en la espalda.

El pago era en especie: huevos, pollos, saquitos de arroz, melones. Mientras el sayid soplabla el fuego, Karim mataba y desplumaba las aves. El pollo a la cacerola que preparaba el sayid, con arroz frito en la grasa del pollo y con naranjas amargas, era de primera calidad.

Después de cenar, mientras la luz desaparecía tras las secas colinas, mientras los camellos bramaban y los caballos y las muías tascaban en los pesebres, el sayid recorría las hogueras encendidas en el patio o iba de un brasero a otro en las habitaciones construidas al abrigo del muro de barro donde se alojaban los viajeros con más dinero, para discutir de lo que él llamaba *la politique*. Aunque yo no podía entender lo que decía, llegué a la conclusión de que era todo un orador. Era un nacionalista iraní. Predicaba la necesidad de escuelas, de *fabriques*. Así volvería Persia a ser una gran nación. Pan Islam: los mahometanos desde Estambul hasta Kitai tenían que unirse contra los comunistas del norte y los ingleses del sur. Volvía arrebolado, y, con un resplandor en los ojos, traducía en beneficio mío lo que había estado diciendo.

Los americanos tienen que entender, no cesaba de repetirme, tienen que aprender a entender Asia. Admiraba a los americanos. Había sido un misionero americano quien convenció a su padre para que le mandase a estudiar al extranjero. Las gentes de Asia estaban listas ya para entrar en el mundo civilizado. El sayid confiaba en el dinero americano y en la ciencia alemana.

Al mediodía el sol era brutal. El faetón saltaba como una pulga de un risco a otro siguiendo las vueltas y revueltas de la carretera de Shah Abbas sobre una interminable sucesión de montañas erosionadas de color púrpura. La capota se caía una y otra vez. Se nos quemaron las narices hasta alcanzar el color y la forma de una remolacha de buen tamaño. De cuando en cuando teníamos que pararnos para que Karim y Ma'amat sujetaran los pedazos rotos del faetón con viejos trozos de cuerda. Nos temíamos que en cualquier momento se desintegrara por completo, pero nunca llegó a hacerlo.

Los pueblos estaban en ruinas. Pero era el desgaste de los siglos, no la súbita destrucción que nos había horrorizado en el territorio soviético. Atravesamos un lugar llamado Mianeh, famoso en la historia de la medicina por sus chinches blancas que transmitían una fiebre local particularmente difícil de tratar. Fue en Mianeh donde, por encima del zumbido de los mosquitos, oímos por vez primera el redoble de tambores y las voces excitadas que salmodiaban «Hassan, Hosein».

Era el primer día de Moharram, el mes dedicado a Hassan y Hosein, los nietos del profeta, que habían sido ejecutados por los malvados hombres de Kufa. Eran los primeros *imams*, los mártires expiatorios de la secta shiita del Islam. Llorar por sus sufrimientos, sufrir como ellos habían sufrido, significaba el perdón de todos los pecados. A partir de Mianeh me dormí todas las noches arrullado por el redoble de los tambores y las voces que salmodiaban.

En Zenjan la gente se había contagiado de tal fervor religioso que en las cocinas del mercado se negaron a darnos de comer. El sayid llevaba un sombrero europeo de fieltro, de manera que no creían que fuera musulmán. Tuvimos que mandar a Ma'amat a buscar la comida al khan, y cuando devolvió las vasijas más tarde, las rompieron alegando que ningún creyente debía mancharse comiendo donde habían comido los *kaffirs*.

En Kasvin nos alojamos en casa del hermano del sayid, que se parecía mucho a él y tenía un cargo oficial. Nos hizo un recibimiento regio y a pesar de que los persas no beben usualmente durante Moharram nos trajo una jarra de espeso vino de color caoba.

Las habitaciones eran grandes. Los únicos adornos eran los baldosines en las paredes y las hermosas alfombras. No vimos ningún rostro de mujer. Aunque los criados trajeron en silencio las

grandes bandejas de latón con la comida, fueron en realidad los sobrinitos del sayid quienes nos la sirvieron.

La tranquilidad era maravillosa. Después de cenar los muchachitos me llevaron a mi habitación, extendieron mi cama en el suelo y se retiraron haciendo una serie de solemnes reverencias.

La luna brillaba en todo su esplendor. Estaba demasiado excitado para dormir. Trepé al tejado desde una ventana e intenté encontrar la manera de llegar hasta la calle. No me atrevía a cruzar por dentro de la casa por temor a ir a parar a las habitaciones de las mujeres. No hubo manera. Me volví atrás y me tumbé; por primera vez en aquel viaje deseé estar otra vez en la esquina de Broadway con la calle 42. Me dormí arrullado a lo lejos por la espantosa salmodia. «Hassan, Hosein... Hassan, Hosein».

Salimos de Kasvin escoltados por oficiales de la gendarmería que montaban caballos maravillosos. Los jinetes les hicieron corvetear y gambetear mientras nos deseaban un viaje agradable. El sayid me explicó que hacían todo aquel despliegue porque su jefe Riza Khan se había convertido en el hombre más poderoso de Persia. Dondequiera que el poder de Riza Khan se extendía se podía viajar sin peligro por las carreteras.

Después de que los gendarmes nos dejaron, el sayid me hizo la confidencia de que nunca podría casarse al estilo persa como había hecho su hermano. ¡Las mujeres persas estaban tan subdesarrolladas! Después de conocer las mademoiselles europeas sería como casarse con un animal. Para el sayid las damas europeas eran siempre mademoiselles. Mencionó a la hija de un coronel alemán que estudiaba medicina; confiaba en que aceptara casarse con él cuando se hubiera establecido.

El sayid consiguió curarse las fiebres y los escalofríos antes de que llegáramos a Teherán. Pagué a Karim y me dejaron en el Hotel de France. Apenas había empezado a disfrutar de sus casi europeas comodidades –por lo menos había un cuarto de baño y sábanas en las camas– cuando la malaria tomó violenta posesión de mí. El sayid se portó muy bien viniendo diariamente a ponerme inyecciones intravenosas de quinina. ¡Con qué unción pronunciaba los términos médicos! Su tratamiento me alivió, pero mis recuerdos de Teherán están entremezclados con escalofríos y fiebre y con la pesadilla de las salmodias de Moharram.

A la fiebre se añadía la falta de fondos. Había llegado a la última libra de oro. La cuenta del hotel crecía. El conserje empezó a mirarme ceñudamente y yo cruzaba el vestíbulo lo más deprisa posible. En los intervalos entre dos accesos de fiebre iba tambaleándome hasta la oficina de telégrafos con la esperanza de que llegara dinero de América. Yo había mandado artículos desde todas las oficinas de correos. Sabía que Albert Nock era un hombre de palabra; había prometido publicar mis historias en *freeman*. Además existían los compromisos formales con el *Tribune* y el *Metropolitan Magazine*. Más tarde supe que el *Metropolitan* había quebrado con gran estrépito. Cuando vi que no llegaba nada tuve que usar mis últimos krans para mandar un telegrama a mi paciente tía en Nueva York pidiéndole doscientos dólares. Hay que haber estado sin un céntimo en un país extranjero para entender el placer sublime que proporciona un cable anunciando dinero en el banco.

Hacia el diez de Moharram estaba lo suficientemente repuesto como para asistir a la procesión que conmemora la muerte de Hosein a manos de sus enemigos en Kerbela. Gracias a la amabilidad de algunas personas de nuestra legación fui invitado a unirme al *corps diplomatique*. Habían preparado sillas sobre una terraza que dominaba una plaza del mercado. Las señoras europeas estaban elegantemente vestidas; los hombres llevaban trajes a lo Palm Beach, panamás y canotiés. Cotorreo y conversaciones banales. Parecía y sonaba como un *garden party* oficial en Inglaterra. Un contingente de los gendarmes de Riza Khan nos protegía.

Una excitada multitud salía de las calles cubiertas del mercado para confluir en la gran plaza. Oficiales de la gendarmería iban delante: altos hombres de piel tostada con gorras de astrakán. Llevaban la cabeza inclinada. Andaban muy lentamente. Los palafreneros sujetaban los caballos detrás de ellos. Las lágrimas corrían por sus curtidas mejillas. Detrás seguían estandartes de color verde y naranja y reluciente latón, con la mano de Fátima y la media luna con la cola de yegua;

después venían los penitentes vestidos de negro golpeándose el pecho. Detrás seguía un extraño y horrible artefacto transportado por cuatro hombres sobre sus desnudas espaldas. Era como un enorme candelabro del que surgían hojas de acero en todas direcciones, cada una rematada con un adorno con puntas de latón. Después venían hombres con pinchos y dagas clavados en el cuerpo, hombres hostigados con lanzas y flechas simbolizando las flechas que habían matado a los dos hijos de Hosein cuando corrían a buscar agua al río en Kerbela. La sangre que bañaba sus cuerpos parecía hervir bajo el calor achicharrante de la mañana. Tras ellos avanzaban dos largas filas de hombres y muchachos vestidos con sudarios ajustados a la cintura con cadenas. Iban bailando una especie de lenta danza rítmica mientras cruzaban la plaza. Cada uno de ellos se sujetaba con la mano izquierda a la cintura del hombre que iba delante, mientras se golpeaba la cabeza rapada con el plano de la espada que llevaba en la mano derecha. Las dos filas se movían lentamente, gimiendo y golpeándose rítmicamente. La sangre les corría por la cara y el cuello y se mezclaba con el polvo sobre los blancos sudarios.

Me sentí avergonzado de mirar este espectáculo como a través del ojo de una cerradura. Abandoné mi silla plegable. Los diplomáticos estaban tan fascinados contemplando lo que pasaba en la plaza que no se dieron cuenta de mi marcha. Aunque no había convivido más que dos semanas con aquellas gentes, me sentí lo suficientemente cerca de ellos como para que me molestara contemplar su extraña penitencia como si se tratara de un número de fieras salvajes en un circo. A los veinticinco años no resulta difícil indignarse.

Me habían dicho que era peligroso dejarse ver en las calles aquel día con ropas europeas. Si las miradas pudieran matar habría muerto antes de llegar al Hôtel de France, pero nadie inició el menor movimiento contra mí. Pintar acuarelas es un entretenimiento tranquilizador. Tan pronto como recobré el aliento me dispuse a emborronar una serie de vistas de Teherán.

Mi problema ahora consistía en encontrar alguna manera de volver a casa antes de que se me acabara el dinero. No tenía esperanzas de ver Khorasan o Isfahan o Shiraz. Un ingeniero ruso, rubio, delgado e inquieto, casado con una polaca muy bonita, se sentaba a la cabecera de mi cama con un termómetro durante los accesos de fiebre. Sabía de mis desesperadas visitas a la oficina de telégrafos, pero para él todos los americanos eran millonarios. Quería ofrecermelo un negocio maravilloso. Aseguraba poseer un Ford. Conseguiríamos un salvoconducto de Riza Khan, que por entonces estaba liquidando lo que quedaba de la difunta república de Ghilan. Descenderíamos hasta Recht en el mar Caspio. Allí usaríamos mis dólares para comprar caviar. Llevaríamos el caviar a Bagdad para vendérselo a los británicos con enormes beneficios. Con la parte que me correspondiera podría volver a casa desde Basra en primera clase.

Es muy posible que hubiera cometido la estupidez de aceptar si no llega a ser por la fiebre. Lo cierto es que el ruso no tenía ningún Ford. Me hizo esta confesión en un estilo muy a lo Dostoievski el día que voló la mitad del techo del hotel.

El otoño es ventoso en Teherán. Cada tres o cuatro días, enormes vendavales y tormentas de polvo, un poco como las que Mark Twain solía calificar de brisas primaverales en Kansas, azotaban la ciudad. Aquella mañana yo había estado durmiendo, tratando de recobrarme de mi último acceso de fiebre, cuando fui despertado por el estrépito de un millar de cacerolas. Torbellinos de arena y de polvo invadieron la habitación; de repente, el ingeniero ruso se presentó llevando en brazos a su mujer desmayada, que recobró el conocimiento y empezó a hablar en ruso cuando su marido la depositó tiernamente en el lecho junto a mí.

El techo de su habitación había desapareado.

El ingeniero añadió en un diluvio de detestable francés que no había podido comprar el Ford. El dueño del coche había rechazado su cheque, no tenía un céntimo para pagar la cuenta y además el hotel no era más que una ruina; ¿qué íbamos a hacer? *C'est la fin, absolument, c'est la fin.*

Después de vestirme pude comprobar que un borde del techo de zinc se había desprendido de aquella vieja ratonera, enrollándose como si fuera la tapa de una lata de sardinas. Así terminó mi estancia en Teherán. Gracias a Dios, un cheque de cuarenta libras había llegado la víspera a la oficina de telégrafos. Yo estaba ya en tratos con un armenio, un muchacho vestido con un uniforme

británico de segunda mano, que poseía de verdad un Ford T y hablaba un americano de misionero, para que me llevara hasta la frontera con Iraq. Así que me despedí sin ceremonias del sayid, del ingeniero ruso y de su bonita esposa.

Tan pronto como nos pusimos en camino me olvidé por completo de la malaria: los viajes siempre me han sentado bien.

La carretera seguía la senda de los antiguos conquistadores a través de Hamadan y Kermanshaw. Durante la última guerra todavía reciente, los rusos y los turcos se la habían disputado. La expedición británica a Bakú la había utilizado, reconstruyéndola a medida que avanzaban: esa era la razón de que estuviera transitable. Todos los pueblos habían sido incendiados y la mitad de los caravanserais estaban en ruinas. El armenio y yo, a pesar de todos nuestros talegos de krans de plata, apenas conseguíamos hacer una frugal comida cada día.

En Kermanshaw nos alojamos con los misioneros americanos. Su campamento estaba lleno de Lours: hombres altos y delgados con sombreros de fieltro marrones llenos de protuberancias. Los Lours se reían mucho. Tenían dientes sanos y un agradable aspecto de autosuficiencia. Se decía que eran descendientes de los antiguos Medos. Yo hubiera querido encontrar algún medio de saber algo más acerca de ellos, pero mi talego de krans disminuía sensiblemente. Había que llegar a Bagdad.

Pasadas las montañas de Luristan la carretera empezó a descender en una serie de gigantescos escalones. Dejamos atrás Bisitún, la montaña con forma de cabaña con la cumbre rota. En una de las empinadas laderas de roca el gran Darío grabó esta jactanciosa inscripción: *Yo, Darío, Rey de Reyes*. Demasiado pronto, porque me dolía dejar tantas cosas en Persia sin explorar, las colinas quedaron atrás y pudimos ver una abigarrada planicie de color azul.

«La Mesopotamia», dijo el armenio. Se separó de mí en un lugar llamado Kasr Shirin, dejándome al cargo de unos gendarmes persas que prometieron llevarme a donde comenzaba el ferrocarril.

Parecía que se habían acabado todas las carreteras. Los gendarmes me colocaron en un extraordinario vehículo que me hizo pensar en los carros de bueyes de los reyes merovingios, aunque aquí se trataba de muías. Tenía forma de carreta pero carecía de ballestas. Llevaba una capota como la de los antiguos birlochos y delante y detrás quedaba cerrada con cortinas de color rosa. El armazón de madera estaba pintado con flores rosas, azules y moradas. En este artefacto fuimos traqueteando durante horas por las quebradas de color azafrán y bermellón de una sucesión de tierras desérticas. El oficial de los gendarmes y yo íbamos tendidos espalda contra espalda sobre un colchón muy fino con las barbillas descansando sobre las palmas de las manos, mientras los soldados caminaban a los lados de las muías. Nunca he hecho un recorrido más incómodo.

Finalmente fui depositado detrás de unos rollos de alambrada con pinchos en una estación de madera pintada de amarillo que tenía esa tristeza tan peculiar del oeste. El jefe de estación, que era de raza babú, se indignó. Mis papeles no estaban en orden. No quiso aceptar dinero persa por el importe de mi billete. La hora que yo tenía tampoco era correcta. Debía volverme por donde había venido. Desgraciadamente, los gendarmes persas y su romántico vehículo habían desaparecido hacía mucho tiempo detrás de una nube de polvo.

Cuando una locomotora y tres vagones de color mostaza con las ventanillas tapadas para defenderse del sol entraron reculando en la estación, me abrí camino a través de un grupo de babús que alborotaban como gallinas y coloqué mi pesado *hippo* en el único departamento de primera clase. Después volví por mi hamaca, mi talego y la manta a rayas de Tabriz. Manos morenas tiraron débilmente de mí, pero no se atrevieron a usar de la fuerza.

Avanzaba la tarde. El sol se puso en medio de un calor achicharrante. Envuelto en mi manta para defenderme de las moscas que zumbaban incansables, me quedé dormido.

Me despertó un inglés muy simpático ofreciéndome un trago de whisky escocés. El tren seguía su lenta marcha atravesando la noche. Mi acompañante venía de unos pozos de petróleo en la región de Mosul. Estuvimos sentados bebiendo en la penumbra. Me dijo que todos los hombres que trabajaban para él eran Yezedis, adoradores del diablo. Se trataba de un culto centralizado alrededor

de un lugar llamado Sheikh Aadi. El inglés no sabía si el nombre correspondía a un pueblo o a una tumba. Nadie había querido decirle dónde estaba. Se suponía que los Yezedis eran los últimos restos de una antigua secta de maniqueos. Tenían un libro sagrado pero les estaba prohibido leer y escribir. No pronunciaban ninguno de los sonidos *sh* de su lenguaje. El nombre de Sheitan era sagrado. Se les acusaba de entregarse en noches determinadas a orgías sexuales de la misma manera que los romanos acusaban a los primitivos cristianos. Trabajaban en los oficios más humildes, peones camineros y basureros. Los más acomodados cultivaban hortalizas. Se suponía que creían en la doctrina gnóstica de las siete diferentes emanaciones de Dios, pero adoraban al diablo, en la forma de un pavo real dorado, como dueño de este mundo.

Se nos acabaron el whisky y la información sobre religiones comparadas poco más o menos al mismo tiempo. No se podía hacer otra cosa que volver a dormirse. Cuando me desperté, el inglés había desaparecido. Me quedé, como Hamlet, maravillándome de las cosas que existen en el cielo y en la tierra.

A la mañana siguiente, después de rodar en ayunas durante demasiadas horas sobre un desierto de un suave color gris, el tren se detuvo en un caos de depósitos de mercancías y de acuartelamientos del ejército británico que resultó ser Bagdad. Soldados indios. Soldados británicos marchando de cuatro en fondo. El hotel Maude, sobre el que fundaba todas mis esperanzas, resultó ser la residencia de los oficiales jóvenes británicos. Me llevaron a una pequeña habitación sin muebles y me dijeron que podía instalar allí mi hamaca.

Los alimentos, incluso para una persona tan hambrienta como yo, eran absolutamente incomedibles. El único consuelo era una barraca en un jardín a la orilla del amarillento río Tigris, con el nombre de *American Bar*, en el que servían cerveza de Munich.

Los británicos con los que hablé habían pasado en Bagdad meses y años. Estaban ya en el punto límite del aburrimiento. Sus diversiones eran beber cerveza en los comedores después de cenar, cantar canciones obscenas y tirar los cascos vacíos a las ratas.

Las ratas se habían apoderado del hotel. Apenas me había puesto a buscar los medios para continuar mi viaje hacia el Este cuando volví a caer en cama con un nuevo ataque de malaria. No sé dónde, conseguí sábanas para mi hamaca. Fue trepando por la punta de una sábana como una rata llegó a subírseme sobre el pecho. Y cuando intenté expulsarla tuvo la desvergüenza de mordirme un labio.

Después de aquello tuve buen cuidado en remeter las sábanas cuando me daba la vuelta. Al acostarme ponía bajo la almohada una pequeña daga que Sayid Hassan me había dado como recuerdo al marcharme de Teherán. Una patrulla del Servicio británico de Inteligencia entró una noche en mi habitación para pedirme los documentos. En aquellos días los servicios de información siempre investigaban de noche. Cuando me iluminaron con una linterna me encontraron chorreando sudor debido a la fiebre y dando cuchilladas a ratas imaginarias.

Los ingleses estaban decididos a expulsar de Mesopotamia a todos los americanos interesados en la localización de yacimientos de petróleo. Cuando descubrieron que yo no era uno de ellos, empezaron a tratarme con mucha amabilidad. Al examinar mi pasaporte transcaucásico soltaron la carcajada. A partir de aquel momento empezaron realmente a ayudarme. Me dieron el nombre de un médico militar británico experto en malaria. Aquél sí que sabía lo que se traía entre manos. Con un tratamiento de tres semanas con dosis masivas de quinina cuidadosamente espaciadas, me curó la malaria tan perfectamente que nunca he vuelto a resentirme.

El cónsul americano resultó ser una excelente persona. Cuando, debido a que el precio del trayecto en barco desde Basra a Marsella le ponía totalmente fuera de mi alcance, decidí que cruzar el desierto hasta Damasco sería más divertido que mendigar una plaza en un avión militar británico, cablegrafié a Constantinopla para que enviaran mi pasaporte a Beirut y me proporcionó un salvoconducto provisional. Pero sobre todo me ayudó consiguiendo que me presentaran a Gertrude Bell.

Gertrude Bell era el jefe del Servicio británico de Inteligencia de toda Mesopotamia. Yo conocía sus traducciones de los poetas persas, pero no esperaba encontrarme con lo que me encontré.

Me invitó a tomar el té. Me recibió sentada junto a una mesita de té perfectamente inglesa, colocada bajo una polvorienta palmera en el jardín de dátiles que circundaba su villa. No había ninguna otra mujer. Los invitados eran jóvenes de uniforme, la mayor parte miembros de su plana mayor. Nada más verla decidí que la Reina Virgen tenía que haber sido precisamente así. Era una inglesa más bien pequeña y con cara de caballo –me parece recordar que su cabello era rojizo tirando a gris– pero había algo de majestuoso en su persona.

Tenía un increíble dominio de las lenguas del Oriente Medio. Conocía todos los dialectos. Sabía al dedillo las historias tribales y familiares de los Bedawi. Viéndola, no era difícil creer lo que me habían contado de cómo llegaba en su avión a los campamentos de los árabes rebeldes y les soltaba tales rapapolvos en su propio dialecto que inmediatamente recogían sus tiendas y desaparecían.

Bagdad era gobernado en aquellos días por un general británico, Sir Percy Zachariah Cox, que era Alto Comisario. Los árabes le conocían como Cokus. Toda la información de Cokus sobre la política de los árabes se decía que procedía de Miss Bell. Cokus tenía el sistema de invitar a tomar el té con él a las personalidades locales que consideraba levantiscas. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que pasaba, se encontraban en un vapor de la P & O camino de Ceilán y sometidos a discreta vigilancia.

La gente tendía a sentarse en el borde de la silla cuando tomaban el té con Miss Bell bajo las palmeras susurrantes de su jardín de dátiles. Le debían haber contado la historia de la daga y de las ratas porque estuvo riéndose sola mientras hablaba conmigo. Como la mayor parte de las personas que saben lo que se traen entre manos, resultaba muy fácil hablar con ella.

No podría haber hecho más por ayudarme. Cuando alguien mencionó que era peligroso para un europeo tratar de cruzar el desierto hasta Damasco en aquel momento, dijo «Pamplinas». Y continuó, como si se refiriese a una rara especie de canguro, «No le harán ningún daño a un americano». Conocía a gente que me llevaría. «No están completamente de parte nuestra», dijo, «pero son de fiar».

Los ingleses tenían entre manos una revuelta árabe. Las tribus alegaban haber sido engañadas. Lawrence les había prometido Damasco a cambio de su ayuda contra los turcos, pero con el tratado de paz, Damasco había sido entregado a los franceses. La historia que se contaba en los fuegos de campamento era que Lawrence había ido a ver al rey Jorge y había roto la espada sobre su rodilla antes de presentar su dimisión, asqueado. Los ingleses habían colocado al joven y bien parecido Feisal de la poderosa familia de los Hedjaz como rey de Iraq, pero Bagdad no podía sustituir a Damasco. Para complicar las cosas había estallado la guerra entre Ibn Saud y las facciones de Ibn Raschid en Arabia del sur.

Miss Bell describió la situación con cierto placer, como si se tratara de una partida de ajedrez particularmente intrincada, antes de ponerme en manos de un capitán joven y delgado, que evidentemente hablaba bien el árabe, para que actuara de guía y de intérprete y me llevara a ver a los jefes de las distintas facciones. «Díales que pueden hablar con toda franqueza», dijo Miss Bell. «Lo que se publica en América no tiene la menor importancia.»

En Bagdad las visitas de protocolo se hacían al amanecer, como en la antigua Roma. Todavía temblaba un poco a consecuencia de una tiritona malárica la mañana que acompañé al joven enviado de Miss Bell a través de una madeja de calles obscurísimas hasta un patio donde un centinela con una túnica contestó nuestro *salam álikum* con un tranquilizador «y la paz con vosotros». Una empinada escalera nos llevó hasta una galería sin luz donde fui presentado a un personaje de barba blanca al otro extremo de la alfombra, y a una confusa fila de figuras con largas patillas, acuclilladas a lo largo de la pared.

El amigo de Miss Bell y yo nos sentamos en cuclillas junto a la pared de barro. A través de los arcos frente a nosotros vimos cómo, por el Este, una pálida línea se convertía en un resplandor amarillo mientras bebíamos lentamente las tres tacitas de café tradicionales.

Empezó a ser posible distinguir las caras y el brillo de los ojos bajo las capuchas. Llegaron nuevos visitantes y fueron recibidos con la misma aparente indiferencia. Cuando el muezín hizo su

llamada desde una mezquita próxima muchos de ellos subieron a la azotea para cumplir con sus devociones.

Se hablaba muy poco, aparte de los continuos saludos y las invocaciones del nombre de Alá. Cuando las paredes empezaron a brillar con la luz rosada que penetraba a través de los arcos, sólo quedábamos cuatro personas sentadas en los bordes de la alfombra roja, azul y amarilla: el dignatario de la barba blanca con una túnica con bordados de plata, en un extremo; al otro lado un hombre pálido de barba oscura, nariz muy curva y frente amplia, tocado con un voluminoso turbante, el joven amigo de Miss Bell y yo. Unas rayas hechas con kohl a lo largo de la línea de las pestañas daba especial intensidad a la mirada del hombre moreno.

Su nombre, si es que lo entendí correctamente, era Jassem-er-Rawwaf. Habló muy poco; sólo en ocasiones hizo un gesto de asentimiento o desaprobación con sus largas y afiladas manos.

La conversación entre el amigo de Miss Bell y el jeque de la barba blanca se hizo demasiado rápida para que yo pudiera descubrir ni una sola de las palabras árabes que había estado esforzándome por memorizar. Todo lo que sabía es que estaban negociando y que yo era el sujeto de la negociación. De repente los tres se pusieron de pie. Yo estiré mis entumecidas piernas lo mejor que pude. El jeque y el hombre de la barba negra juntaron solemnemente la palma extendida de su mano derecha.

«Está todo arreglado», dijo mi inglés.

«¿Qué es lo que está arreglado?»

«Su viaje a Damasco. Tiene usted que dejarse crecer la barba, vestirse como un árabe y llevar ropa para dos semanas. Jassem le proporcionará el camello y la tienda y le dejará sano y salvo en el Hotel Victoria de Damasco. ¿Tiene usted veinte libras turcas de oro?»

Advertido de antemano, había traído conmigo mi enflaquecido talego. Nos volvimos a acuclillar y permanecimos sentados en reverente silencio mientras yo apilaba veinte libras de oro sobre la alfombra frente a las rodillas de Jassem. Durante algún tiempo pareció no darse cuenta de su presencia. Después las recogió y las dejó caer una a una de la mano derecha a la mano izquierda.

Se inclinó hacia mí para hablarme directamente.

«¿Qué está diciendo?», le susurré al joven amigo de Miss Bell.

«Dice que el aire del desierto es dulce; en dos semanas habrá hecho de usted un bedawi.»

Jassem pertenecía a los Agail que, según entendí, era una confederación de tribus cuya profesión era llevar caravanas a través del desierto. Según el joven capitán inglés, algunos mensajeros tendrían que ir y venir. Llevaría tiempo arreglarme una travesía segura. Todo aquello estaba muy bien, pero mi dinero se acababa otra vez y mi cuenta en el hotel Maude seguía creciendo.

Durante el período de la espera se produjo un extraño acontecimiento: una visita del cónsul francés. Me había mandado decir que me invitaba para cenar y que vendría a recogerme con un esquife después de oscurecer. Su consulado estaba precisamente al otro lado del Tigris frente al hotel Maude. Antes de la cena me llevó a su oficina de una manera muy misteriosa y, después de cerrar la puerta cuidadosamente, me susurró que era una locura tratar de cruzar el desierto hasta Damasco. Los ingleses habían organizado el viaje sólo para asegurarse de que iban a matarme.

Pero, ¿por qué? Habían sido muy amables conmigo.

Se encogió de hombros. Quizá creían que yo sabía demasiado. Cuando le pregunté cómo se había enterado de mis planes de viaje (yo no se lo había dicho a nadie) se puso casi histérico. Se paseó de un lado a otro detrás de su mesa agitando los brazos. Los bazares; todo lo que se hacía se sabía en seguida en los bazares. El mismo estaba sometido a constante vigilancia. El Oriente Medio... la lucha por el petróleo... *la politique*...

No habría conseguido que me devolvieran las veinte libras aunque renunciara a la travesía. Después de más días de espera durante los que gasté el dinero que me quedaba en un traje árabe y en latas de comida para el viaje, finalmente subí con Jassem y otros dignatarios barbudos vestidos con túnicas a un viejo Ford modelo T muy bien cuidado para trasladarnos a Romadi, en la orilla oeste del Eufrates, donde la caravana de Jassem estaba acampada.

A eso de la mitad del camino el chófer dio un violento frenazo. Había un hombre muerto a un lado del camino. Era un joven barbilampiño de piel aceitunada que podía haber sido hindú porque vestía restos de un uniforme británico. Yacía boca arriba con una petrificada sonrisa en el rostro. No pudimos descubrir cómo había muerto. En cualquier dirección que se mirara no se veía más que el horizonte. El helado viento invernal soplaba sobre la llanura entre los dos ríos.

Jassem examinó el cuerpo gravemente, agitó la barba y nos hizo montar de nuevo en el coche.

Por si no habían sido bastante las tres semanas de espera, la lluvia nos retuvo aún otros cuatro días en Romadi. Los británicos me dieron alojamiento en su fuerte hecho de barro. No tenía otra ocupación que dejarme crecer la barba. Todos los días iba a preguntar cuándo saldría la caravana. La respuesta era siempre *bukra insh'allah*. Mañana, si Dios quiere.

Jassem me había proporcionado una magnífica tienda cónica, con rayas de color carmesí como una flor de fucsia, y adornada con piezas de color rosa y azul en forma de diamantes. Mi asistente iba a ser un sujeto sucio y obsequioso llamado Fahad. Además apareció una especie de intérprete, un joven de nariz torcida llamado Saleh. Saleh había trabajado para los ingleses y aprendido unas cuantas frases en *cockney*, adornadas siempre con la inclusión de un sonoro taco. Como Saleh había trabajado en un regimiento indio, estaba persuadido de que el indostaní y el inglés eran la misma lengua. Eso hacía que a veces resultara difícil entenderle.

Finalmente, una mañana al amanecer, Fahad y yo colocamos mi equipaje y la tienda en unas enormes alforjas con borlas y luego él me ayudó a subirme a la espalda de un camello de monta. Al principio creí que el nombre del animal era Malek, pero más tarde supe que se llamaba Rima.

Los árabes formaron círculo alrededor con la curiosidad de ver si me caía cuando el camello se pusiera de pie. Soltaron la traba que ceñía sus rodillas. Rima refunfuñó y se quejó mientras se abría como una navaja. Mi cabeza atravesó la neblina rasante, emergiendo a la plena luz del sol. Rima hizo unas piruetas y se unió a la larga línea de camellos de carga; la caravana dejó atrás los tejados planos y las palmeras datileras de Romadi encaminándose hacia las desnudas y desmoronadas colinas del oeste; y allí estaba yo, saltando y balanceándome al compás del melindroso paso del camello, con una túnica bordada de Bagdad sobre mi camisa y mis pantalones caquis, y un gigantesco turbante que coronaba mis gafas con montura de acero: el árabe más divertido que jamás se haya visto.

Hasta donde yo podía juzgar, la caravana se desplegaba como una migración de aves, sin una precisa organización. Nadie parecía dar órdenes. Durante la marcha, Jassem y los jefes de los Agail iban delante sobre sus veloces dromedarios, siempre atentos a la aparición de merodeadores. Después venían las hileras de camellos de carga, un mercader sirio y su mujer en una litera, las dos danzarinas de Aleppo también en su litera y un sujeto muy jovial llamado Abdullah que conducía veinte muías espantadizas; después, una gran cantidad de hembras parideras y de jóvenes camellos que pastaban mientras avanzaban. En retaguardia, venían algunos camellos más débiles y viajeros solitarios que se unían al grupo de Jassem en busca de protección. Durante los primeros días cabalgaron a nuestros flancos unos hombrecillos de aspecto fiero armados de fusiles y montados sobre caballos, secuaces del gran jeque de Delaim, que era nuestro protector oficial en aquella zona.

Las personas de distinción, entre las cuales empezaba a considerarme incluido, a horcajadas sobre bestias que se movían más de prisa que los animales de carga, cabalgaban a veces delante con Jassem, y a veces se quedaban atrás para estirar las piernas y descansar un poco antes de volver a alcanzar la caravana.

En Romadi, el consejero británico me había presentado a un joven amanerado con un enorme turbante plateado. Era el sobrino del *naquib* (nunca he llegado a saber lo que es un *naquib*) de Medina, y pariente del rey Feisal. Tenía ojos de pez. Imagino que se sentía inclinado hacia personas de su sexo. No me agradaba demasiado la compañía de Sayid Mohamet, pero él se comportó muy cortésmente. Intercambiamos presentes. Me dio algunos dátiles realmente buenos y yo le correspondí con una lata de leche condensada.

Después se nos unió el jeque gordo para quien me habían dado una carta, que me invitó a una excelente comida en Kubeisa, la ciudad del desierto donde terminamos nuestra primera etapa. Los días que siguieron, cada vez que me volvía a encontrar con él, me ofrecía un pedazo de pollo asado

que sacaba de sus alforjas. Cómo se las arreglaba para conservarlo jugoso es algo que nunca he conseguido entender. Normalmente, en compañía del jeque gordo cabalgaba un venerable caballero de barba blanca con un turbante verde que se protegía del sol con una sombrilla de color azul marino. Hacía su segundo peregrinaje a la Meca.

Durante el primer día de viaje, hacia la caída de la tarde, fui invitado por Sayid Mohamet y sus serviles asistentes a tomar té. Me ayudaron a conseguir que Rima se arrodillara sobre la arena de un cauce seco de manera que yo pudiera apearne y desdoblarse mis entumecidas piernas.

Mientras su cocinero hacía hervir el agua sobre un fuego de ramitas de ajeno, el sayid y sus amigos trataron de explicarme el problema del dinero que había que pagar por ser protegidos. Aunque los Delaim estaban recibiendo una contribución como nuestros protectores oficiales, otra tribu quería también participar en ello. Mi presencia estaba causando gastos extraordinarios. Cinco, los dedos de una mano –pedían cinco libras por cada camello y un impuesto especial por la protección del extranjero–. Si no, bang, bang, *baruda ketir*, habría muchos tiros.

Cuando apenas nos habíamos llevado a los labios las tacitas, sobre unas colinas guijarrosas que bloqueaban el horizonte hacia el oeste apareció al galope un grupo de hombres armados, montados sobre camellos. Se detuvieron bruscamente en cuanto nos vieron, y el viento nos trajo los gorgoteos y los gruñidos de sus bestias mientras descabalgaban.

El sayid blandió su rifle y habló pomposamente de una batalla, pero todo lo que hizo fue subirse a su camello lo más de prisa que pudo. Los demás le seguimos al trote hasta unírnos a la caravana, acompañados del estrépito de las alforjas que saltaban y se entrechocaban, y de los camellos gruñendo y jadeando mientras avanzaban. Nunca había imaginado que los camellos hicieran tanto ruido.

Aquella noche Fahad y Saleh me reprendieron por fraternizar con el sayid. Trataron de hacerme entender que le consideraban un individuo poco recomendable. Todo lo que podía hacer era reír y encogerme de hombros. El desconocimiento de un idioma trae consigo una especie de distanciamiento. Había enviado mi reloj de pulsera a Damasco en el avión correo. No sabía siquiera la hora que era y mucho menos qué personas gozaban de buena reputación y cuáles no. «Es encantador no saber nunca exactamente lo que está pasando», apunté en mi diario. «No he sido nunca más feliz en mi vida.»

En cuanto descubrí el secreto para sentarse de manera confortable en la silla, me di cuenta de que montar en camello es una estupenda manera de viajar. Rima marchaba de ordinario con un paso rápido y balanceante. Yo cabalgaba primero con una persona, luego con otra, mirando de cuando en cuando la larga hilera de camellos de carga que desaparecía en las hondonadas, se curvaba alrededor de las colinas, se alzaba contra el cielo en las cumbres, alargándose detrás de nosotros como el rabo de una cometa. Las alondras se echaban a volar cantando desde abajo de nuestros pies. El desierto estaba lleno de plantas aromáticas que embalsamaban el aire. Después de nuestro primer susto, las únicas sorpresas las proporcionaban las liebres que los camelleros perseguían a gritos entre las matas espinosas, o las gacelas que alguien divisaba en la lejanía.

Hacia el octavo día acampamos en un valle amplio y no muy profundo, frente a una hilera de negras estructuras alargadas parecidas a escarabajos; eran las tiendas de los Delaim. Para entonces, acampar se había convertido en una rutina. Fahad y Saleh instalaban mi tienda circular junto al fuego de la leña de Jassem, a sotavento de un semicírculo de voluminosos fardos. Más tarde supe que se trataba de tabaco persa que había que hacer llegar a Damasco de contrabando. El sayid y yo, así como las bailarinas, de cuya tienda llegaban débiles llores de niños de pecho, y la familia del mercader sirio, éramos los únicos que no dormíamos sobre esteras al aire libre. Cada grupo de viajeros se acucillaba alrededor de su fuego protegidos por las respectivas mercancías apiladas contra el viento. Los distintos fuegos se disponían formando un óvalo de manera que los fardos y las cajas constituían una especie de fortificación en torno a nosotros.

Estábamos en pleno invierno. Cuando se ponía el sol el aire se enfriaba. Quebradizas espirales de humo azul salían de los fuegos del campamento. El *mollah* salmodiaba la plegaria vespertina y los hombres se alineaban descalzos mirando hacia el sudoeste y prosternándose uno a uno lentamente.

Mientras tanto, los camellos, animados por el quejumbroso *cupalayaup cupalayaup* de los camelleros, después de pastar bajo vigilancia en las colinas de los alrededores, venían bamboleándose hacia el anillo de las hogueras para ser trabados y colocados en filas, rumiando, eructando y gruñendo. Los camelleros les daban la sobrealimentación que necesitaban para la marcha, metiéndoles en la boca unas bolas de pasta harinosa.

Acampamos con los Delaim durante cinco deprimentes días. La primera mañana me di cuenta de que algo no iba bien. Nuestro campamento se llenó de huesudos individuos de piel blanca y aspecto nórdico con bigotes engomados que vestían flotantes túnicas de lana blanca. Me han dicho que se les supone descendientes de un grupo perdido de Cruzados. Desde las primeras luces de la aurora, el fuego de Jassem fue escenario de un buen número de discursos violentos. El jeque gordo, a quien se le había terminado ya todo el pollo asado, parecía desempeñar el papel de mediador. Jassem, con la barba ligeramente ladeada, como la de Moisés en los cuadros, permanecía sentado en silencio, vigilando la preparación del café con gestos de sus largas manos, mientras desgranaba una sarta de cuentas de ámbar. Como el tiempo estaba frío llevaba dos turbantes, uno blanco y otro violeta. Incluso sentado resultaba más alto que los demás y su pico de águila era completamente distinto de las anchas caras de los Delaim. Era un hombre con autoridad. En una ocasión pareció enojarse: se inclinó hacia adelante sobre el fuego y dijo algo sin alzar la voz pero con firmeza, y todos los hombres del círculo se callaron y asintieron moviendo la cabeza.

Cuando los oradores se marcharon después de la cháchara del primer día traté de descubrir de qué se trataba preguntándoselo a Jassem. Sonrió, frotó el pulgar con el índice en un gesto milenario y dijo amablemente: *Flus*, dinero.

El primer zipizape de importancia tuvo lugar aquella noche. Yo estaba sentado en mi hamaca leyendo a la luz de una vela cuando todo el mundo empezó a correr y a tropezar con los vientos de mi tienda. Saleh entró sin aliento por su rifle, que me había dejado para que se lo guardara. Fahad apareció moviendo la cabeza de la manera más lúgubre posible y se interpuso en mi camino con decisión cuando intenté salir de la tienda. Mi vela se había caído, de manera que me vi obligado a quedarme sentado a oscuras escuchando el tumulto que crecía afuera. Empecé a acordarme de una litografía que decoraba el vestíbulo del piso alto de nuestra casa, representando a un explorador con un salacot, atravesado por las azagayas: *La Desafortunada Muerte del Príncipe Napoleón*. Gracias a Dios yo no tenía un salacot.

Como aún no había comprendido lo cuidadosos que son los árabes con las armas de fuego, seguía preguntándome cuándo empezaría el tiroteo. Se blandieron los rifles pero nadie apretó ningún gatillo.

Resultó que uno de los hombres de Ibn Kubain –la tribu que estaba tratando de participar del dinero de seguridad pagado a los Delaim– había intentado robar el rifle del sayid. Se recuperó el rifle, pero no sin abrir unas cuantas cabezas y provocar mucho resentimiento. Se dobló la guardia y todos los demás nos fuimos heroicamente a dormir.

A la mañana siguiente me desperté mucho antes del amanecer. Las estrellas brillaban esplendorosamente en el frío aire de la noche. El campamento no era más que un revoltijo de camelleros sujetando los cuellos de las bestias contra el suelo mientras les ataban las cargas sobre los lomos. Los camellos se retorcían, gruñían y hacían ondular sus cuellos de aire reptilisco. Los camelleros maldecían, daban tirones y pegaban patadas.

Encontré a Jassem agazapado sobre las últimas brasas del fuego del campamento, calentándose las manos. Se reía para sí mismo. Me puse en cuclillas junto a él y me embarqué en un discurso que había estado preparando con la ayuda de todo mi vocabulario, acerca de cómo me había quedado sin provisiones y necesitaba comprar comida y posiblemente abrir un crédito con ese fin. Todavía riendo, agitó un largo dedo delante de mí y me ofreció la última gota de café en una de las diminutas tazas.

Fahad trajo a Rima. El camello se puso de pie y con un trotecillo partimos en la dirección de la Osa Mayor. Jassem estaba intentando librarse de sus atormentadores corriéndose hacia el norte de la ruta que seguían normalmente las caravanas. Viajamos toda la mañana atravesando mesetas

cubiertas de hierba hasta llegar a un gran cañón sin agua, siguiendo una ruta apenas marcada que se curvaba alrededor de unas colinas de arenisca roja y luego cruzaba hacia el otro margen hasta un desierto completamente llano. Avanzamos por espacio de once horas a la mayor velocidad posible y acampamos a oscuras, hambrientos como lobos y absolutamente derrengados.

Antes de que tuviera la menor oportunidad de preparar una frase en árabe sobre la compra de provisiones, Jassem me había sentado a su derecha, invitándome a comer con sus hombres. Me alimentó durante el resto del viaje. Desgraciadamente, los Agail no comían casi nada. Un puñado de dátiles y algo de arroz era la ración de un día para un árabe del desierto. Y era de mala educación comer más que los otros. Noche tras noche soñaba con pato asado.

Jassem continuó a marchas forzadas a través de un país desértico de mesetas horadadas y quebradas rocosas. Yo estaba completamente exhausto cuando nos dio por fin una oportunidad de descansar y darnos un baño, acampando por la tarde junto a un bebedero en un arroyo seco. Cada uno de los hombres se retiró modestamente detrás de su correspondiente roca para lavarse.

El baño, cuando se ha estado privado de él durante muchos días, se convierte en un placer exquisito. Todavía recuerdo la especial sensación de bienestar que tenía aquella noche sentado junto al fuego de Jassem, contemplando la salida de la luna a través del fragante humo verdeoscuro de las hierbas aromáticas que se quemaban. El café sabía mejor que nunca. Nos quedamos sentados alrededor del fuego más tiempo que de costumbre.

Cuando cambió el viento y el humo se nos vino encima, todos se rieron de mí porque los ojos se me llenaron de lágrimas. Jassem podía soportar el humo más espeso sin parpadear. ¿No teníamos fuegos de campamento en América?, me preguntaron. Algunos de los Agail habían estado en América y volvían hablando de las grandes ciudades y de la abundancia de dinero. El café que bebíamos venía de Santos y se imaginaban que yo debía vivir en el sitio de donde procedía el café. Se maravillaban de que grandes barcos hechos de hierro pudieran flotar en el mar. Después Jassem, pronunciando las palabras muy cuidadosamente, como si estuviera hablando con un niño, intentó explicarme lo que era el Nejd, su país en el árido sur de Arabia. Todos los ojos se clavaron en mi cara cuando traté de explicar lo mucho que me gustaba su vida en el desierto. ¿No haría mejor abandonando las ciudades malolientes, dijo Jassem, y viniéndome a vivir con ellos a donde un hombre podía verdaderamente respirar?

Aquella noche me pareció que Jassem, Hassun, Ali y los dos negros hombrecillos que estaban al cargo de los camellos jóvenes eran la mejor gente del mundo. Aquellos habitantes del desierto, más que ninguna de las personas que había conocido hasta entonces, parecían aceptar a un hombre por lo que realmente era. Cada uno era responsable de sí mismo, siempre sacudido por el viento bajo un cielo enorme. ¿Qué me importaba el tiempo que tardáramos en llegar a Damasco? Sentía fuertes tentaciones de aceptar la oferta de Jassem. ¿Me compensaría jamás el mundo civilizado por no haber vivido aquella vida?

Cuando acampamos la tarde siguiente, sacrificamos a uno de los camellos que tenía una cojera sin arreglo posible. El pobre animal parecía darse cuenta de lo que se le venía encima mientras se tambaleaba en el centro del anillo de hogueras, mirando a un lado y a otro con ojos que se le salían de las órbitas. Uno de los negros hombrecillos del Nejd, una vez que su compañero le ató a la espalda las largas mangas de la túnica para dejarle los brazos libres, tumbó al camello y le cortó el cuello con gran limpieza. Antes de que el cuerpo dejara de moverse ya había sido despellejado y cortado en trozos, en medio de mucha agitación y griterío.

Fahad, ensangrentado hasta los codos, volvió a nuestro fuego tambaleándose bajo el peso del hígado y de varias costillas. El hígado fue puesto inmediatamente sobre las brasas para que se asara. Me acordé de que aún tenía unas cuantas cebollas en el fondo de mis alforjas, y al anochecer tuvimos una dignísima cena de trozos de carne de camello fritos con cebollas. Parecía carne de oveja muy dura, pero cuando no se le ha hincado el diente a un pedazo de carne durante tres semanas no se es muy exigente. Por una vez, mis amigos árabes comieron hasta hartarse.

Un par de días después del banquete de carne de camello divisamos dos montañitas cónicas hacia el oeste. Mi corazón latió con fuerza al verlas porque creí que marcaban el comienzo de las montañas de Siria, pero resultó que no. De hecho, aquellas montañitas casi señalaron nuestro fin.

Yo cabalgaba delante con Jassem. Mientras trotábamos hacia las montañas, Hassun descubrió un hombre a caballo que escudriñaba la llanura. Alguien gritó ¡ladrones! Detuvimos nuestros camellos inmediatamente y volvimos a toda velocidad hacia el grueso de la caravana. A lo lejos podíamos ver hombres montados en caballos blancos descendiendo por la falda de la montaña, saltando como conejos.

Los camellos, bramando y gruñendo, fueron obligados a arrodillarse; se les trabó en un momento sin descargarles. Las bailarinas y sus bebés saltaron de la litera dando gritos. El matrimonio sirio se quedó en la suya gimiendo. La retaguardia de la caravana se fue parando a medida que llegaban a nuestra altura, hasta que los quinientos camellos estuvieron acuclillados y apretados unos contra otros en un estrecho rectángulo.

El sayid, que consiguió enfadar a todo el mundo deteniéndose a ponerse su mejor túnica, se montó en uno de los caballos de Abdullah. El mismo Abdullah montó el otro. Los Agail y todos los otros miembros de la caravana en condiciones de combatir tomaron posiciones en los pequeños oteros de los alrededores.

El mercader sirio y su hijo me agarraron con fuerza por los brazos y me hicieron sentar en la parte más profunda de la hondonada, pero no pude saber si era para protegerme o para protegerse ellos. La gorda esposa del mercader yacía como un fardo a los pies de su marido y de cuando en cuando dejaba escapar un alarido que helaba la sangre en las venas.

Finalmente conseguí escaparme y llegar hasta una altura sobre la hondonada para ver lo que estaba pasando. El sayid galopaba en círculos y las largas mangas de su túnica flotaban tras él. Ladrones a caballo, gritaba. ¡Rifles muchos, muchos!

Los Agail regresaban de sus posiciones de reconocimiento. Era un hermoso espectáculo verles remangarse las largas túnicas para la batalla y anudarse unos a otros las mangas flotantes a la espalda. Un grupo de hombres a caballo avanzaba hacia nosotros; nadie sabía quiénes eran.

Jassem estaba tan tranquilo y sonriente como siempre. Con una mano sostenía su rifle y con la otra se acariciaba la barba meditativamente. El turbante blanco y el violeta flameaban tras él mientras dirigía hacia las colinas a sus Agail, bien provistos ahora de cartucheras suplementarias.

Me uní a los no-combatientes, que fumaban sentados sobre un pequeño montículo, presididos por el hadji. El anciano peregrino estaba abrazado a su sombrilla e invocaba a Alá constantemente. Llevábamos cosa de una hora allí, cuando primero un disparo y después otro restallaron entre los huecos de las colinas. Dos hombres sobre caballos blancos aparecieron en la pendiente por encima de nosotros. Galopaban y disparaban de cuando en cuando. Los proyectiles silbaban sobre nuestras cabezas.

Los no-combatientes nos desperdigamos en gran desorden. Conservo un claro recuerdo de que el hadji blandió su sombrilla. Yo me encontré de nuevo entre los cantos del fondo de la hondonada, embarcado en una profunda conversación con un camellero turco, un hombre muy agradable con quien había intercambiado saludos desde que salimos de Ramadi.

Todavía hoy, no sé qué idioma empleamos, porque él no conocía ninguno de los que yo sabía, pero lo cierto es que conseguimos intercambiar nuestras ideas. El camellero turco mantenía que los árabes eran gente despreciable y poco de fiar. En tres ocasiones los Bedawi le habían dejado desnudo, dándole por muerto. Demasiados rifles y muy poca ley. No le gustaba la guerra, ni le gustaban los alemanes, ni Bagdad, ni los ingleses. Había servido en el ejército turco y trató de volver a su pueblo cerca de Brusa después de la derrota. Había vagabundeadado por los lugares más inconcebibles. En todas partes, demasiados fusiles y muy poca ley. Los fusiles, malos. La ley, buena.

Mientras tanto los Agail volvían hacia los camellos mientras por las colinas descendían más hombres montados a caballo. Los atacantes galoparon una y otra vez alrededor de nosotros, disparando como los indios en «La última defensa de Custer», que solía ser el punto culminante del

espectáculo de Búfalo Bill. Se quemó una enorme cantidad de pólvora pero nadie pareció sufrir el menor daño.

Finalmente Jassem trepó a lo alto del otero e hizo ondear una larga manga blanca. Los Agail dejaron de disparar. Por lo que fui capaz de entender, los nuestros empezaron a decirse unos a otros que los jinetes de los caballos eran amigos después de todo.

Los asaltantes entraron en nuestro campamento al trote, cabalgando en parejas, y cantando estrofas alternadas mientras pasaban. Sus ropas estaban sucias, rotas y cubiertas de cartucheras. Resultaron ser primos de la gente de Ibn Kubain que nos había asaltado anteriormente.

Nunca he visto una colección semejante de rateros con cicatrices en la cara, ojos saltones, narices rotas y mirar torcido por añadidura. Se pasearon altivamente por el campamento, llevándose una alfombra o una cacerola o cualquier objeto que les agradaba. Ladrones e hijos de ladrones, les llamó Saleh.

El día siguiente se empleó en discutir el dinero de seguridad alrededor del fuego de Jassem. Me sorprendió ver varias ancianas de la tribu de nuestros atacantes unirse al grupo y levantar la voz con tanta libertad como los hombres. Al final se fijó un rescate de cinco camellos y además cinco libras turcas por mi *hippo*. Traté de decirle a Jassem que les dejara llevárselo. La ropa vieja que guardaba allí no valía las cinco libras, pero no me hizo caso.

A la mañana siguiente, los hijos de ladrones nos acompañaron hasta que pasamos delante de las dos montañitas cónicas. Jassem había tratado de darles la impresión de que nos dirigíamos a Aleppo en lugar de a Damasco. Volvieron a cantar canciones de despedida mientras se alejaban con aire triunfal. Todo el mundo en la caravana dio gracias a Alá, muy satisfechos de que los hijos de ladrones dejaran de protegernos y se volvieran a sus tiendas.

Todo el día un fuerte viento sopló de frente. Jassem dijo que era el viento de Damasco. Aquel atardecer vimos las montañas de Siria recortándose purpúreas contra el sol poniente.

Un chaparrón nos retrasó. Más y más camellos cojeaban como consecuencia de las marchas forzadas. Mis zapatos se rompieron. Los sabañones que tuve en el frente de Italia reaparecieron. Alrededor del fuego de Jassem todos estábamos a media ración. El único alimento que quedaba era una pizca de arroz y una mezcla de dátiles fritos conocida como *khastawi* que cada vez que la comía me gustaba más.

Era extraordinario lo bien que me probaba aquella dieta de hambre. «No me importa que tardemos mil años en llegar a Esch Scham», escribí en mi diario. «Nunca me había sentado alrededor de un fuego tan fragante con gente tan estupenda como los Agail... ¡Cielo santo!, me siento vigoroso, barbudo, muy cerca de Walt Whitman. He expulsado toda la bilis que tenía en el cuerpo y la gran plancha fría y purpúrea del desierto ha planchado todas las arrugas de mi alma.»

Todo eso no me impedía soñar, en cuanto cerraba los ojos por la noche, con un ponche caliente de ron, con el *sole bonne femme* chez Prunier y con las maravillosas tortillas de Mme. Leconte. Lo peor de todo era el frío «viento de Damasco» azotando continuamente nuestros rostros. «Sabañones en los pies, las manos tiesas de frío» apunté, «pero tan contento como una alondra.»

En un desfiladero rocoso en el límite de las montañas sirias estuvimos a punto de ser asaltados de nuevo. Los exploradores de Jassem advirtieron el brillo de un rifle detrás de una roca y Jassem agitó la larga manga de su túnica para que el grueso de la caravana volviera a la llanura. Los exploradores informaron de que aquellos hombres no tenían monturas, de manera que Jassem y su vanguardia quitaron el seguro de sus fusiles y avanzaron cautelosamente para ver quiénes eran.

Se quedaron mirándonos desconsolados cuando vieron que el grueso de la caravana se alejaba por otra ruta. Llevaban turbantes de colores y eran un grupo pintoresco. Los que no bizqueaban tenían ojos saltones. Muchos de ellos ni siquiera llevaban armas de fuego. No eran Drusos auténticos, explicó alguien, sino mestizos de la frontera del país de los Drusos.

Querían ver al americano loco que andaba por el desierto y cuando les fui presentado me examinaron detenidamente pero con amabilidad. Cuando finalmente fue posible apaciguarlos con

quince libras turcas y una bolsa de dátiles, empecé a preguntarme cuántas libras le estaba costando a Jassem además de las veinte que le entregué en Bagdad.

A partir de aquel momento lo que Jassem tenía que evitar era el cuerpo de camelleros franceses y los oficiales de aduanas en la frontera con Siria. Nos movíamos a través de áridas montañas y dunas. Avanzábamos despacio porque los camellos llevaban varios días marchando sin recibir alimento y estaban agotados. Nos adentrábamos en regiones pobladas. Pasábamos junto a rebaños de ovejas y cabras. Finalmente una tarde vimos una columna de humo azul que salía de un pueblo lejano. Algunos habitantes del lugar se llegaron al campamento montados en burros.

Aquella noche hubo muchas idas y venidas. Se oía hablar alrededor de la hoguera de Jassem, y los gruñidos de los camellos mientras los cargaban. Lo último que oí antes de dormirme fue el tintinear de monedas que pasaban de mano en mano.

Cuando me desperté antes del amanecer, la caravana había desaparecido. Los camellos, los fardos de tabaco, las alfombras y los taleguitos de lo que yo había empezado a sospechar era opio; todas las mercancías se habían evaporado en la neblina azul. Jassem estaba tranquilamente sentado como de costumbre junto al fuego, moliendo el café. Mientras bebía con él las tres últimas tacitas me insinuó amablemente que cuando hablara con los oficiales franceses en Damasco no debería recordar cuántos camellos había en la caravana ni cómo habíamos venido.

Le aseguré que tenía muy mala memoria para los números.

Mi entrada en Damasco fue penosísima. Sayid Mahomet, su cocinero y uno de los Agail, que iba a pie para cuidarse de los animales, me acompañaban. Al principio monté el semental blanco de Abdullah, pero la silla era un absurdo artefacto de madera sin estribos y horriblemente incómodo para mi magullado trasero. Después de cruzar la primera serranía el sayid se apiadó de mí y me dejó montar su espléndido dromedario.

A medida que avanzábamos por tierra habitada, el dromedario se iba haciendo más y más espantadizo e intentaba una y otra vez volverse al desierto. Por fin, con un hambre delirante, llenos de mataduras, cojeando, derrengados, llegamos a una posada que olía a carne asada. Después de seis semanas sin comer nada fresco, un plato de judías verdes era una maravilla. Había requesón y kebab. Me resultó muy difícil acordarme de la buena educación y no comer más de lo que comía el sayid.

Entramos en la ciudad más antigua del mundo meciéndonos en un landó. El Agail y el cocinero del sayid, gracias a Dios, se encargaron de los animales. Yo había ya montado bastante por una temporada. No pensaba más que en un baño caliente, pero antes de llegar al hotel Victoria tuve que hacer una serie de visitas a los familiares del sayid: ándanos barbudos en el bazar de los Escritas, gentes misteriosas al fondo de patios oscuros que parecían conspirar contra los franceses, un sastre en su tienda, el encargado de un café frecuentado por los Agail. Era todo fascinante pero estaba demasiado cansado para interesarme en los planes de los Hedjazi para apoderarse de Damasco. No podía pensar más que en lo hambriento que estaba y en lo desesperadamente que necesitaba un baño.

Cuando salimos del último café nos encontramos con que un oficial francés borracho se había sentado en nuestro landó. El sayid protestó. El oficial empezó a insultarle en francés, lengua que, afortunadamente, el sayid no entendía. Las cosas se podrían haber puesto muy difíciles si yo no hubiera soltado un discurso sobre cómo «*les braves alliés*» tenían que seguir unidos, etc. Nos dirigimos hacia el hotel Victoria cantando «*La Madelon de la Victoire*».

Un nuevo obstáculo. El francés insistió en que tomáramos una copa con él. Cuando nos acercamos a un bar próximo al hotel nos enteramos de que era sólo para oficiales franceses y que no se permitía la entrada a los árabes. Yo no tenía muy buen concepto de Sayid Mahomet, pero tengo que decir que se comportó con gran dignidad. Explicando con gestos que por ser musulmán no podía beber, se quedó tranquilamente sentado en el coche mientras yo entraba en el bar con el francés y me echaba al colete una copa de ajeno con hielo que era la última cosa que me apetecía tomar en aquel momento.

Me las apañé para librarme del francés e intercambiar con el sayid los últimos cortesés saludos de despedida. Y, por fin, después de una agitada discusión con el recepcionista porque no tenía pasaporte y estaba disfrazado de árabe, me encontré en una agradable habitación de estilo europeo de altos techos pasados de moda en la que había un baño con agua corriente, caliente y fría.

A la mañana siguiente, después de dormir doce horas, afeitarme y darme varios baños calientes, encontré un oficial francés en el vestíbulo que venía a arrestarme. Después de horas de explicaciones apareció mi pasaporte en el consulado americano. También había correo para mí.

Las primeras noticias sobre *Three Soldiers*. El maldito libro se estaba vendiendo. Tendría dinero en el banco.

Fue entonces cuando realmente empezaron mis problemas. Todos los oficiales franceses querían saber cómo demonios había llegado allí desde Bagdad. El Servicio Británico de Información me invitó a comer. Me convertí en la octava maravilla del mundo. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, el cónsul americano y su mujer me embutieron en un traje de etiqueta prestado para llevarme a una fiesta del Alto Comisario Francés.

Gracias a Dios tenían sentido del humor. Los pantalones resultaron ser demasiado grandes y hubo que ajustarlos haciendo un fruncido en la parte de atrás con un imperdible gigantesco. El cónsul y su mujer casi se pusieron malos de risa. Todo lo que recuerdo de aquella fiesta, a excepción de una maravillosa vista, desde la terraza, de Damasco iluminado por la luna, es que tuve que esconderme detrás de un grupo de palmeras en tiestos cuando se soltó el imperdible y hacer desde allí gestos desesperados a la señora del cónsul americano para que viniera y me sujetara otra vez los pantalones.

De vuelta al hotel empecé a leer las críticas sobre *Three Soldiers* que Gene Saxton había coleccionado cuidadosamente. Algunas personas querían lincharme, otras erigirme una estatua.

Empecé a ver manchas negras. Todo aquello me parecía una intromisión en mi vida privada. ¿Qué tenía que ver conmigo? No se refería a mí. Yo era el viajero innominado que se había sentado junto al fuego de campamento con Jassem-er-Rawwaf. Antes de que me diera cuenta de lo que hacía, había dejado caer la colección de recortes en el cesto de los papeles.

Escribí a mis amigos. Escribí a Arthur McComb: «Llegué a Esch Scham con ansia de baños, de comida y de calor. Y no he hecho más que bañarme, comer y, con los pies llenos de sabañones y un horrible dolor en la ingle como consecuencia del arzón de la silla de montar, arrastrarme cojeando de una tienda a otra en los bazares donde me atiborro de pastas hechas con miel y nata agria, y de increíbles cantidades de verduras rehogadas con aceite de oliva deliciosamente rancio. Me siento apaleado, pero triunfante como el toro negro de la canción.»

Por una vez, estaba saturado de viajar. «En este momento», le escribí a Robert Hillyer unos días después, «mi destino son los E. U. A. después de haber destruido la ilusión de la geografía; se terminaron los esfuerzos por seguir los Viajes Cook y las angustias por reunirse con el ágil Mr. Neuman en sus charlas turísticas. Todo eso no es más que vana palabrería. Cuando me domine la náusea definitiva me retiraré al Nejd y tendré una gran cantidad de esposas con camisones de color rosa que reirán sin motivo. Hasta que llegue ese momento, me contentaré con la contemplación de las siguientes verdades: se puede beber un vino tan malo en Tiflis como en la calle Once; los fonógrafos graznan con tanta fuerza en Bagdad como en Sioux City; y la política no resulta más cómica en Teherán que en Washington, D. C.... Estoy camino de casa, como ya te he dicho (curiosa palabra 'casa', me pregunto por qué la he usado).»

El regreso al Occidente tuvo su penitencia. Descansado y afeitado, con un traje recién planchado, recorrí Damasco para ver los lugares típicos antes de coger el tren para Beirut. A la entrada de la principal mezquita me tropecé con Jassem. Llevaba un turbante nuevo y una nueva túnica. Saleh le acompañaba. Cuando me acerqué con la mano extendida me miró con una expresión de horror e incredulidad. ¿Dónde estaba mi barba?, decían sus manos. Acaricié mi lisa barbilla. Vi lágrimas en sus ojos mientras me saludaba ron gravedad. Después, con un gesto de total repulsa me dio la espalda y, recogiendo sus babuchas, se alejó sobre la polvorienta alfombra de la mezquita.

LA VIE LITTÉRAIRE

Cuando pienso en ello, me doy cuenta de que aquella comida con Scott y Zelda en el Plaza el otoño de 1922, marca el principio de una época. Debió de ser en octubre porque tengo el recuerdo de un día refrescante.

Octubre es el mejor mes de Nueva York. Todas las chicas están bonitas con sus nuevos conjuntos de otoño. Se renuevan los escaparates. El cielo es muy azul. Las nubes muy blancas. Las ventanas de los edificios altos brillan al sol. Todo parece valer un millón de dólares.

Subí andando casi toda la Quinta Avenida. Cuando descubrí que era tarde tomé un autobús. En los años veinte todavía era posible sentarse al aire libre en la imperial de los autobuses de la Quinta Avenida. Llegué al Plaza sin aliento. Dentro, las alfombras resultaban empalagosamente tupidas. Las flores de la floristería parecían billetes de diez dólares. Una ráfaga de perfume caro procedente de la peluquería de señoras me produjo una momentánea sensación de náusea mientras me dirigía al ascensor: yo tenía olfato de perro para ciertos perfumes. Los bolones del ascensorista brillaban como soberanos de oro.

Scott me recibió en la puerta de su *suite*. Me pregunté después si los Fitzgerald estaban realmente viviendo allí o alquilaban aquella *suite* sólo para impresionar a sus huéspedes. Los azules ojos de Scott me lanzaron una severa mirada mientras me reprendía por llegar tarde.

Inmediatamente me presentó a un interesante sujeto, de pelo rizado ligeramente gris, cuyo rostro estaba extrañamente cubierto de arrugas. Sherwood Anderson tenía grandes ojos sombreados, cejas prominentes y boca sensual. Para aquella ocasión se había puesto una llamativa corbata de seda. Cuando le dije lo mucho que admiraba sus libros todas las arrugas de su cara se deshicieron en sonrisas.

Tanto Scott como Zelda empezaron a acosarme a preguntas. Su juego era hacerte quedar mal. Tus ideas eran reaccionarias. Estabas sexualmente inhibido. Todo aquello podía muy bien ser verdad, pero mi punto de vista era que nadie tenía por qué meter las narices en mi vida privada. Les mantuve a distancia lo mejor que pude hasta que Sherwood se puso a hablar de sus obras; entonces pude escucharle, vagabundear por la habitación, contemplar desde las altas ventanas cómo en Central Park las hojas estaban empezando a cambiar de color, y observar al competente camarero de edad madura que se afanaba alrededor de la resplandeciente mesa donde íbamos a comer.

Después solía tomarle el pelo a Scott a costa de su» tontas preguntas. Eran como esas listas que preparan los psicólogos y a las que hay que responder *verdadero o falso*. Incluso en aquella primera ocasión me fue imposible enfadarme con él y mucho menos aún con Zelda: emanaba de ellos algo así como un aura de dorada inocencia y además los dos eran increíblemente bien parecidos.

Si no recuerdo mal, bebimos cócteles primero y después champagne. Scott tenía buenos proveedores de bebidas de contrabando. La comida fue algo así como croquetas de langosta –Scott siempre tuvo pésimo gusto en materias gastronómicas–, pero todo lo que se comía en el Plaza en aquellos días era bueno. Siempre servían la mantequilla más cremosa y los panecillos franceses más crujientes.

Después de comer, Sherwood se marchó porque tenía una cita y Scott y Zelda me pidieron que fuera con ellos a Long Island para ayudarles a encontrar una casa. Tenían una especie de automóvil deportivo de color rojo con un chófer. Durante el camino Scott habló de los libros de Sherwood con admiración, pero con gran lucidez crítica.

Cuando hablaba sobre literatura, su mente, que me parecía llena de absurdas ideas sobre la mayor parte de las cosas, se hacía tan clara y cortante como un diamante. No le interesaba nunca el paisaje, tenía un gusto pésimo para la comida, para el vino y para la pintura, y muy poco oído para la música a excepción de las canciones populares más rudimentarias, pero en cuanto a literatura era un profesional nato. Todo lo que decía merecía la pena escucharse.

En una oficina de compraventa inmobiliaria de Great Neck recogimos a un agente rubio, con cuello de toro. Nos enseñó varias mansiones particularmente lujosas. Scott y Zelda le hicieron pasar un mal rato. Nada les complacía. Imitaron su manera de decir «una mansión señorial» hasta tal punto que consiguieron abochornarme por completo. Traté de defenderle. Después de todo, el pobre diablo se limitaba a ejercer su oficio.

Cuando se cansaron de atormentar al corredor de fincas nos desembarazamos de él y fuimos a visitar a Ring Lardner. Me apetecía mucho conocerle; Scott y yo estábamos de acuerdo en que nadie manejaba como él el idioma de la calle en América. Los Lardner vivían en una amplia casa en Long Island como las que habíamos estado viendo. Nos hicieron pasar a una sala de estar, larga y oscura, con una chimenea de piedra. Un hombre alto y pálido, de aspecto lúgubre y nariz aguileña, estaba de pie junto a la chimenea –oscuros ojos hundidos, mejillas descarnadas, completamente borrado. Cuando su mujer trató de conseguir que hablara nos miró sin vernos. Era literalmente un muerto de pie.

Bebimos de su whisky y regresamos hacia la ciudad. Nunca me había sentido más deprimido. Scott repetía que Ring era su borracho particular; todo el mundo debía tener su borracho particular.

En el camino de vuelta pasamos junto a una verbenas. Montañas rusas, luces que giran, un órgano de vapor tocando. Zelda y yo reclamamos a grandes voces que se nos permitiera montar. Scott no quiso salir del coche y se quedó allí con una botella de whisky que sacó de debajo del asiento. Zelda y yo montamos en la noria. Aquella» eran las cosas que me gustaría pintar: las verbenas, lo» parques de atracciones, el súbito resplandor de las luce» de colores sobre los rostros en la oscuridad, el espectáculo de los barrios extremos entre la neblina, con sus luces parpadeantes. Traté de explicarle a Zelda mi infantil excitación. Pero no me escuchaba. Zelda y yo nos decíamos cosas el uno al otro, pero nuestras mentes nunca llegaron a encontrarse.

No es que quisiera que yo le hiciera el amor: tenía penetración suficiente como para darse cuenta de que yo no me propararía con la mujer de Scott. Quizá le parecía un prejuicio burgués, pero era así. Sólo hacía diez horas que nos conocíamos, pero a pesar de todos los malentendidos éramos realmente amigos los tres. Por lo menos ésa era mi manera de sentir y creo que también la de Scott y Zelda.

El foso que se abrió entre Zelda y yo en aquella noria bamboleante es algo que no sabría explicar. Años más tarde al recordarlo, se me ocurrió que el mismo día que nos conocimos me tropecé con aquella fisura de su mente que tendría después tan trágicas consecuencias. Aunque Zelda era realmente adorable, me había topado con algo que me asustó y me repelió, incluso físicamente.

Zelda insistió en montar otra vez y yo permanecí mudo a su lado, sintiéndome cada vez más desgraciado. No era una chica que pudiera tratarse a la ligera. Durante todo aquel rato sentí un gran respeto por ella, un respeto mezclado con extrañeza, pero lleno de afecto.

Zelda pareció deprimida durante todo el camino hasta Nueva York, y a Scott la borrachera le había vuelto taciturno. Frente al «Plaza», bajo la dorada estatua de Sherman, les dije adiós con alivio. En el último momento volvieron a ser los dos niños encantadores de cabellos dorados. Nos separamos amigos y creo que seguimos siéndolo después.

Para los Fitzgerald aquello era el comienzo del período en Great Neck, que Scott hizo *aere perennius* en *The Great Gatsby*. Para mí fue el principio de algo completamente diferente. Ellos eran celebridades en el sentido que tiene esa palabra para las revistas ilustradas. Eran celebridades y les encantaba. No es que yo no fuera tan ambicioso como el que más; pero la simple idea de aquella clase de celebridad me hacía rechinar los dientes.

A mi vuelta de la guerra y del próximo Oriente yo dudaba todavía entre la pintura y la literatura, pero no tenía intención de hacer carrera en ninguna de esas dos actividades. Acariciaba también un vago anhelo de escribir para el teatro. Todo lo que sabía es que mi pecho rebotaba de cosas que quería expresar. De un libro a otro, mi idea de estudiar arquitectura fue desapareciendo, pero no me hacía a la idea de convertirme en un autor. De ninguna manera hubiera permitido a nadie clasificarme bajo ese rótulo. Era, sin duda, demasiado pronto. Tenía intención de escribir novelas, pero como una actividad secundaria.

De paso por París compré uno de los primeros ejemplares de *Ulysses* e incluso estreché la flácida mano de un individuo pálido e indiferente con gafas oscuras sentado junto a la estufa en la trastienda de *Shakespeare and Company*; Miss Beach me aseguró que era James Joyce. Leí el libro de un tirón mientras un acceso de gripe me tuvo recluido en un diminuto camarote en las zonas más

escondidas de la tercera clase de un gran transatlántico; algunos pasajes de la novela me aburrían y otros me parecían magníficos. Aunque *Ulysses* no consiguiera otra cosa –para mí al menos–, el libro echaba, sin duda, por tierra la teoría tan de moda entonces de que la novela inglesa estaba muerta.

Lo primero que sentí al volver a Nueva York fue el vacío que había dejado la muerte de Wright McCormick. Se había matado aquella primavera, mientras hacía alpinismo en México. Su muerte destruyó una especial amistad triangular entre Wright, Ed Massey y yo. Wright y yo habíamos ayudado a Ed a superar sus primeras aventuras adolescentes con coristas sin mayor percance. Habíamos tratado de ayudarlo a sacar el mejor partido posible de un matrimonio muy poco satisfactorio. Teníamos una desmesurada confianza en nuestras respectivas capacidades. Todos íbamos a hacer cosas formidables: Ed como autor teatral y director de escena, Wright como poeta, y yo por caminos aún sin definir. ¡Las amistades de la universidad tienen tanta importancia! Esos amigos están en una escala distinta del resto del mundo. Cuando muere uno de ellos el universo propio queda irreparablemente disminuido.

Para pertenecer de verdad a Nueva York hay que tener un empleo allí. Los amigos de Scott de su época en Princeton, John Bishop y Edmund Wilson, a quienes conocí en seguida, trabajaban en la redacción de un periódico. Como yo tenía algún dinero gracias a *Three Soldiers* y había pagado mis deudas, conseguía salir adelante sin tener que trabajar oficialmente para ninguna publicación. Hasta cierto punto, aquello me hacía diferente de los demás.

Le alquilé a Elaine Cummings el agradable y amplio estudio detrás de su apartamento en Washington Square, que tenía una entrada independiente sobre los Mews, pero si alguien se hubiera referido a él como mi casa me hubiera sentido ofendido, sin duda alguna. Con la menor excusa, y, sobre todo, aprovechando la publicación de algún libro, me escapaba al extranjero. Fue durante aquellos años cuando perdí la cuenta de las veces que había cruzado el Atlántico. Viajaba en tercera clase, en segunda o en primera, de acuerdo con la situación de mi cuenta en el banco. A las muchachas que conocía en cócteles les gustaba decirme que me escapaba de mí mismo.

En parte era verdad. Quizá huía de ellas. Nunca conseguía explicar que también buscaba algo. El ancho mundo. Todavía tenía un apetito insaciable por la arquitectura y por la pintura, particularmente por el trabajo de los llamados científicos del primer renacimiento italiano: Masaccio, Piero della Francesca, Pollaiuolo, Paolo Uccello. Quería ver todo lo que habían pintado. Quería ver países, paisajes, plantas, animales y gentes: hombres, mujeres y niños en las ciudades, en los pueblos y en las aldeas. Tenía que darme prisa. Nunca habría tiempo suficiente para satisfacer tan multiforme curiosidad. Cuando aún no se tienen treinta años nunca se le ocurre a uno que vivirá lo bastante para llegar a viejo.

Nueva York era por sí sola un continente. A través de mis amigos y de las nuevas relaciones que iba estableciendo me encantaba explorar los arroyos, los canales y los pantanos de la ciudad... siempre con prisas, siempre como un turista de camino para la estación del ferrocarril.

En aquella época me sentía casi en familia con Cummings y Elaine. El apartamento de Elaine, cuando me dejaba caer por allí para tomar el té, tenía además el atractivo que añadía la presencia de la pequeña Nancy. La llamábamos Mopsy. Siempre me han gustado las niñas de tres o cuatro años, pero, a aquella edad, Mopsy resultaba particularmente fascinadora. Cummings daba lo mejor de sí cuando estaba con un niño. A la hora de acostarse, la dejábamos a cargo de la niñera y salíamos a cenar.

Me gustaba más escuchar que hablar. Nunca llegué a cansarme de la conversación de Cummings. En aquellos días disfrutaba inventando unos episodios rabelaisianos en los que participaban diferentes amigos. Cada vez la historia resultaba más desorbitada. La hubiera encontrado divertida, aunque él fuera uno de los protagonistas.

Hay que mencionar el famoso episodio de *le pisseur*. Una de las veces que pasé por París, posiblemente al año siguiente de mis cuarenta días en el desierto, cené con Cummings y Gilbert Seldes, a quien conocíamos desde los días del *Monthly* en Harvard, en el Café de la Paix.

Rebosantes de vino, de François Villon y de las metáforas de Cummings, nos embarcamos en un taxi camino de la *rive gauche* en busca de una pequeña *boîte* que Cummings había descubierto.

En una calleja particularmente oscura, Cummings decidió apearse con el propósito de orinar. Inmediatamente fue capturado por una pareja de *agents de police* con esclavina y quepis que aparecieron de no se sabe dónde. «Un pisseur», exclamaron; y se lo llevaron a la comisaría. Yo les seguí, declamando con mi francés más perentorio que aquel caballero era el más grande poeta americano y que todos nosotros habíamos luchado en el frente para salvar *la belle France* de los *sale boche* y *vive la France* y *vive l'Amérique*, etc., etc.

Aquello sólo sirvió para que los gendarmes aceleraran el paso. Cuando intenté seguirles al interior de la comisaría para seguir protestando, no me dejaron entrar. Cuando quise introducirme a pesar de todo, me echaron utilizando la fuerza bruta. Tuve la suerte de que no se les ocurrió detenerme también a mí.

Cummings reapareció, finalmente, un tanto asustado, porque se acordaba de La Ferié demasiado bien. En la mano llevaba una notificación para comparecer a juicio al día siguiente. Antes de la hora fijada, Gilbert consiguió localizar a Paul Morand, al autor de la colección de relatos *Ouvert la Nuit*, que a todos nos habían parecido; muy divertidos. Gilbert estaba en París entre otras cosas para llegar a un acuerdo sobre la publicación de los artículos de Morand en el *Dial*. Eso facilitó las cosas. Morand tenía un puesto oficial en el Quai d'Orsay y no le costó trabajo conseguir que retiraran la denuncia. Cummings celebró el suceso con una serie de dibujos que representaban a J.D.P., con un deforme sombrero de fieltro, volando en posición horizontal al ser expulsado de la comisaría por dos gendarmes. El relato del suceso no tenía nada que envidiar a la realidad vivida.

El éxito de la petición de auxilio de Gilbert a Morand nos impresionó a todos. Probaba que la idea de una república de las letras no era completamente falsa. Aunque Cummings prefería el título de *artiste-peintre* nunca se avergonzaba de su papel como poeta. Quizá porque esas cosas suenan menos ridículas en francés que en inglés, las pretensiones de Cummings como *poète-peintre* nunca me molestaron tanto como el descarado entusiasmo que Scott sentía por la celebridad. Como solía decir Cummings un poco más tarde en Nueva York: si te vas a emborrachar es más prudente vestir de smoking.

Mi actitud era diferente. La imaginación literaria nunca llegaba a ser realmente estimada. Un escritor que se tomara su trabajo en serio podía estar seguro de recibir más patadas que otra cosa. Y tendría suerte si conseguía librarse de la cárcel. Para subrayar mi repulsa contra las estupideces de la guerra, yo había hecho, al igual que un sacerdote se obliga a la castidad, voto privado de fidelidad a una imaginaria república de humanistas que para mí representaba la lucha por la vida contra la muerte y la paralización. Figuras como Giordano Bruno, Erasmo, Rabelais y Montaigne presidían los destinos de mi república de las letras. Entre sus santos recientes clasificaba a Shelley, Stendhal, Flaubert y posiblemente Walt Whitman y Rimbaud.

Esta es una de esas cosas de las que no se habla, ni siquiera con los amigos íntimos, pero las vidas de los hombres se moldean gracias a esas fidelidades secretas. En este contexto, el número de ejemplares que se vendieran de un libro no tenía importancia. El apartado de la celebridad era irrelevante.

Yo sentía afecto hacia Cummings por su dedicación a un culto semejante, que en su caso estaba basado, según sospecho, en su familiaridad con la Grecia clásica; un culto que se remontaba a los comienzos homéricos y se extendía hasta las prosodias del futuro. En algún momento es incluso posible que yo participara de su fe en que un hombre consagrado ha de ser alimentado por los cuervos; desgraciadamente en mi caso los cuervos se mostraron olvidadizos.

Algo que teníamos en común en este mismo culto privado era un respeto visceral y espontáneo por la idiosincrasia de cada uno de los diferentes, variados e imprevisibles hombres, mujeres y niños que componen la raza humana. Con la edad Cummings empezó a hacer salvedades. La tolerancia no es un vicio de Nueva Inglaterra. Nunca estuve de acuerdo con él en este aspecto. Llegó a sentir un desdén brahamánico por todos los que no cumplieran determinados requisitos.

«Muertos del cuello para arriba» les llamaba; pero, en algunos de los que me parecían sus mejores poemas, y en sus descripciones de seres humanos en *The Enormous Room*, expresaba,

mejor de lo que yo fui nunca capaz de hacerlo, sentimientos que yo había experimentado hacia hombres sorprendidos en los momentos más amargos, en el frente o entre las negras tiendas de los beduinos; el incongruente esplendor, la chispa divina –¿de qué otra manera se puede expresar?– que yo buscaba en cualquier fragmento de la arcilla humana.

El entusiasmo de Cummings por ciertas cosas era tan contagioso como el de un niño. Las bolas de los árboles, de Navidad, las estrellas, los copos de nieve. El elefante era su tótem. Nunca habría disfrutado tanto con la nieve si no me hubiera paseado por Washington Square corta Cummings durante una nevada. Le encantaban los ratones. Los gorriones o cualquier otra criatura tímida, vivaracha y de ojos brillantes atraían en seguida su mirada.

La última vez que le vi el verano antes de su muerte tenía como huésped a una ardilla domesticada. Cenamos en el porche de la vieja casa de su padre rodeada de bosques, en la cima de la colina que domina Silver Lake. La ardilla se introducía una y otra vez por entre las enredaderas hasta llegar al suelo de ladrillos del porche en busca de cacahuets. No se sabría decir cuál de los dos disfrutaba más. Les brillaban los ojos de la misma manera. Los dos tenían un magnífico aspecto.

Otro de los lugares de aquella época era el Village. Esther Andrews se indignó mucho al descubrir que me refería a él como «Villa Melancolía». Nunca pude explicar exactamente lo que quería decir. Imagino que estaba intentando ridiculizar el tono de condena, esa actitud de superioridad de las gentes de la bohemia que siempre me había molestado. Era el tipo de repulsa pagada de sí misma que me hizo rechazar *Main Street* de Sinclair Lewis. ¿Qué derecho tenemos a ponernos por encima del hombre de negocios que triunfa o del tendero de la esquina o incluso del barrendero que limpia las calles? No es que yo aceptara sus valores: pero mi impresión era que para rebatir las creencias de un hombre hay que ir a hacerlo a su propio terreno.

El problema desapareció cuando convencí a Esther de que la apreciaba mucho a pesar de los pesares. Ya por entonces era imposible discutir con la intelligentsia. Freud era el cajón de sastre; si no estabas de acuerdo con alguien, descubrían que tenías un complejo de Edipo.

Esther había sido una de las muchas jóvenes atractivas que llegan a Nueva York desde el Middle West, aprenden dicción en una escuela dramática y suspiran por los inciertos atractivos de una carrera teatral. Cuando aquello no resultó, Esther aceptó un empleo en *Women's Wear Daily*. Era hábil, tenía un talento natural para los trapos y le pagaban muy bien, pero ella había convertido su desprecio y su odio hacia la moda femenina en una religión. La palabra «negocios» sonaba mal. Vivía con un muchacho de aspecto agradable y de procedencia cuáquera, que se llamaba Canby Chambers y era algo más joven que ella. Los hijos, la familia y el matrimonio eran ideas pasadas de moda. Esther repudiaba pura y simplemente la idea del matrimonio. Todo el mundo tenía que ser libre. Las ventajas que esa clase de libertad le reportaba a la gente no se mencionaban nunca. Ser libre era ser libre.

Esther había nacido para anfitriona. A pesar de su desprecio por los valores convencionales –la palabra convencional era tabú– era una mujer atractiva y tenía muy buen corazón. El apartamento de Esther y Canby, y más tarde su casa en Commerce Street, era lo más parecido a un salón que recuerdo haber conocido en Nueva York. A Esther no le hubiera gustado oírlo llamar así. Yo era demasiado joven para haber conocido la casa de Mabel Dodge en la parte baja de la Quinta Avenida; y el salón de Muriel Draper en la zona alta de East Side, unos años más tarde, me pareció siempre demasiado falto de espontaneidad para resultar divertido.

Los reprimidos sentimientos maternos de Esther la empujaban a mimar a los fracasados, a interesarse por los pájaros con alas rotas y los gatos escuálidos. El éxito era el pecado que no tenía perdón. Sus amigos eran agentes de publicidad avergonzados de su trabajo, escritores que producían una sucesión de relatos con finales felices para revistas que despreciaban o periodistas que se declaraban prostituidos porque tenían que acomodar sus historias a los deseos del redactor jefe. A pesar del tono de repudiación farisaica, había una cierta cantidad de conversaciones animadas y una buena proporción de alegre frivolidad.

Jack Lawson, con sus comedias, sus amigos, sus entusiasmos y sus convicciones *outré*, y el hecho de que en aquellos días estaba dispuesto a discutir cualquier asunto sosteniendo cualquier punto de vista, resultaba tan entretenido como un circo de tres pistas. Su hermana Adelaide llegaba y volvía a marcharse, siempre de paso, con su aire bohemio; nunca prestaba la menor atención a las pretenciosas tonterías que se decían a su alrededor, interesada tan sólo en poner en lienzo su visión personal de las cosas.

Fue en casa de Esther donde conocí a Dawn Powell, una de las mujeres más ingeniosas y de más arrolladora valentía que he conocido. Todas las especies imaginables de rebeldes aparecían por allí. Griffin Barry llenaba el aire con su parloteo radical. Hubo un período en el que venía de cuando en cuando Whittaker Chambers (sin parentesco con Canby), un fantasmal hombrecillo con misiones secretas como mensajero del Partido Comunista.

El Nueva York de Esther Andrews era una especie de imagen invertida de la ciudad de esplendor y éxito de los Fitzgerald. Todo era allí al revés. Cualquiera que no fuera una celebridad era bienvenido en Villa Melancolía.

Todos me tomaban el pelo diciendo que dejaba mi sombrero cerca de la puerta para poder marcharme a la francesa.

En la parte norte de la ciudad encontré salones en los que la conversación era menos dogmática. Las tres atractivas señoritas Dudley eran hijas de un médico de Chicago. Su gran amiga, Susan Smith, que se había casado en Wiscasset, en el estado de Maine, era hija de un profesor de Chicago. Bajo el impacto de las novelas francesas que habían leído en la adolescencia y de la pintura impresionista que habían contemplado durante largas horas en el Instituto de Arte, crearon un estilo de vida muy particular. La vida tenía que ser un *déjeuner sur l'herbe* pintado por Renoir en las orillas del Sena.

Atesoraban muebles Victorianos y pequeños objetos de arte. De su Chicago natal habían introducido en Nueva York un estilo de decoración muy suyo, en el que se mezclaban los recuerdos del *Vieux Carrée* y de las casas estilo federal de los viejos puertos de Maine. Este estilo especial lo llevaban también a su conversación, a su manera de cocinar y hasta a las menores acciones de su vida.

No sé cuál de ellas descubrió Sneden's Landings. Sneden's era una aldea de casas de piedra que creció en el siglo dieciocho alrededor del desembarcadero de Dobb's Ferry en la orilla izquierda del río Hudson. La primera vez que fui a visitar a Susan Smith, toda la aldea pertenecía ya a la viuda de un escultor italiano que había trabajado con Stanford White. El lugar tenía el ambiente del Nueva York de los años noventa. Mrs. Tonetti era una mujer despierta, y gracias a su fortuna personal estaba decidida a proteger Sneden's de ser devorado por los suburbios de la gran ciudad que todo lo absorbían, conservándola intacta para su numerosa familia y sus muchos amigos. Iba a ser un enclave de la elegancia del siglo diecinueve escondido en un pliegue de los Palisades.

Mrs. Tonetti, Susan y las Dudley tenían ideas muy claras sobre las cosas que podían encajar allí. Su estilo especial lo permeaba todo. Después de cruzar el Hudson en una antiquísima lancha de motor que iba y venía desde Dobb's Ferry, al saltar a tierra se tenía la impresión de llegar a otro país. Otra agradable manera de llegar a Sneden's era cruzar en el ferry que hacía el viaje regularmente desde Yonkers y andar cinco millas por una senda junto a la orilla del agua. Los matorrales de la ribera estaban llenos de pájaros. Ocasionalmente se podía una oropéndola o una tanagra escarlata. Las garzas salían volando de los cañaverales. Por espacio de un minuto era posible creerse en la América de Audubon. Cuando se llegaba allí siempre había algo para comer y beber, cosas que ver y cosas de que hablar. Una tarde en la casa negra de Susan era como una visita a un oasis después del polvoriento y ruidoso ajetreo de Nueva York.

Aunque todavía me encabritaba —como un potro a medio domar a la vista de unas bridas— ante cada insinuación de que me había decidido por una carrera literaria, el hecho de haber publicado una novela que se leía y se discutía era una cierta compensación por mis sinsabores. Las mujeres se interesaban mucho más por mí.

Eran los días de los *speakeasies*. En algunos sitios había que susurrar el nombre a través de una rendija en la puerta. El camarero sonreía con mucha comprensión a la dama que te acompañaba. Desde el momento en que la puerta se cerraba detrás de ti, tenías la sensación de estar en las Islas Afortunadas, donde no había reglas ni ordenanzas, ni ayer ni mañana; sin maridos que se quejaran, ni tampoco relaciones privadas con otras mujeres; sólo este momento. La memoria se detiene en ciertos perfumes femeninos, en ciertos daiquiris, en las comidas lentamente saboreadas, en los deleitosos vinos. Los ojos brillaban, las rodillas se tocaban furtivamente. Las manos se deslizaban una en busca de la otra a través de la mesa. Más tarde se volvía flotando a la deriva hasta la calle, protegidos, como los dioses homéricos, por una nube privada. No faltaban los aspectos de vodevil francés: Mr. y Mrs. Smith firmando en el registro del hotel, el subir de puntillas escaleras celestiales, y la llave que gira silenciosamente en la cerradura. Los labios que se unían, los brazos entrelazándose, los deleites y terrores que ni los más grandes poetas ni los pornógrafos más meticulosos han sido capaces de describir apropiadamente... Lo hacen mucho mejor los puntos suspensivos.

Hacía todo lo posible por seguir en contacto con las personas que apreciaba. Los fines de semana iba de excursión con Rummy Marvin y sus amigos de Yale a las Catskills o a la región de Amish. Repartidos por toda la ciudad en los empleos más singulares estaban mis antiguos compañeros del ejército. Fred Bird, por ejemplo, que había sido uno de nuestro grupo en la Cruz Roja, y con quien solía beber cerveza en Union City. Fred tenía ciertos contactos con la política local y contaba historias fantásticas sobre todo ello. A Jim Parshall que trabajaba, creo, en Detroit, le encontré por casualidad en un *speakeasy* que años más tarde se habría de convertir en el Stork Club. Tom Cope, que aún no se había afincado por completo en una empresa de arquitectos en Filadelfia, aparecía de cuando en cuando por Villa Melancolía. En el centro de Manhattan empecé a verme con John Bishop y Edmund Wilson. Su amistad con Scott Fitzgerald era de gran importancia para los tres.

Mi primer recuerdo preciso de Bunny Wilson es muy característico. Quizá fuera Bishop quien me acompañó cuando fuimos a buscar a Bunny para comer a la oficina de *Vanity Fair*, donde los dos trabajaban como asistentes de Crowninshield. Tímido como siempre, esperé en el vestíbulo junto al ascensor mientras mi acompañante entraba en la oficina. Un esbelto joven de pelo casi rubio y con un perfil muy correcto salió del despacho. Llevaba un traje de color oscuro. Inmediatamente después de presentarnos, mientras esperábamos el ascensor, Bunny subrayó nuestro encuentro dando una perfecta voltereta sin perder en absoluto la seriedad.

Me gustaba su vertiente de trasgo, su inclinación a los juegos de manos –llegó muy pronto a ser miembro honorario de la sociedad americana de Prestidigitadores–, y su habilidad con las marionetas. Por supuesto, también admiraba su erudición. Como John Adams dijo de Jefferson: «Era excelente para sacudirles el polvo a las antigüedades».

Aunque nunca aprendió a conducir un coche, usaba en aquellos días una motocicleta para ir y venir desde la ciudad a casa de su madre en Red Bank a través del tráfico más furioso. Incluso en su edad madura, cuando ya había perdido la esbeltez juvenil, seguía siendo un nadador excelente. En una de mis visitas a Red Bank nos metimos en el agua con un mar muy agitado. Habíamos estado hablando de las novelas de Henry James, mientras trotábamos por la playa. Las olas nos zarandearon violentamente. Mientras yo tosía y escupía y necesitaba de toda mi energía para no ahogarme, Bunny siguió desarrollando una de sus largas y complicadas frases en un tranquilo tono coloquial. Excepto cuando le interrumpía una ola reventando sobre su cabeza, no omitió ni una sola cláusula subordinada. Terminó el párrafo, sin jamás perder el aliento, cuando pusimos pie otra vez en tierra firme. Nunca pareció darse cuenta de que yo estaba resoplando como una foca.

Al principio de los años veinte la conversación consistía en un chiste tras otro. Las agudezas tenían que ir y venir todo el tiempo como las pelotas en el badminton.

Uno de los más expertos en este divertido juego; –aunque no le llegara al talón a Robert Benchley a quien conocí algo más tarde– era Donald Ogden Stewart. Don había sido elegido miembro de la sociedad secreta *Skull and Bones* en Yale. Después de graduarse, pasó varios años deprimentes de corredor de bolsa. Imagino que fue bastante desgraciado en su adolescencia.

Acababa de llegar de Ohio, ávido de celebridad. Sus historias humorísticas –le habían colocado en el ascensor de la fama. En aquellos días, a los americanos les gustaban los libros que hacían reír. El humor era nuestro gran común denominador. Don, inventó una familia al estilo de Babitty llamada los Haddock. Sus libros se vendían. Iba a casarse con una atractiva y elegante joven de la alta sociedad.

No recuerdo cómo nos conocimos. A pesar de su preocupación por la escala social, Don resultaba divertido hablando de casi todo. Nos reíamos como locos cada vez que nos encontrábamos.

Mi falta de orientación social le parecía deplorable. Estaba decidido a que yo me relacionara con la gente que realmente merecía la pena. En cualquier caso, le estoy eternamente agradecido por haberme presentado a Gerald y Sara Murphy.

Tiene que haber sido en París. Yo había perdido ya una buena parte de mi interés por la Ville Lumière, aunque todavía me gustaban los conciertos, las galerías de arte y tomar el té en casa de los Championnières, en la rue de Clichy. Ya en la primavera de 1922 le escribía a Arthur McComb que conocía París demasiado bien. «Los recuerdos me hacen muecas desde las esquinas. No sé si es este año o el año pasado. Uno puede casi siempre aceptar el presente, pero encontrarse con el pasado a cada paso, con su infernal espejo de eternidad... eso es algo que odio.»

Encontrarme con Don Stewart en París me dio una visión desquiciada de la ciudad a través de la comedia, estilo Madison Avenue, *Mr. and Mrs. Haddock Abroad*. Cuando me llevó a casa de los Murphy me abrió las puertas de un mundo completamente diferente al de la camarilla de literatos expatriados en Montparnasse que yo evitaba ya por entonces.

Por supuesto, Hemingway era una excepción, de la misma manera que Cummings. En el universo privado que yo me estaba fabricando, los literatos en general y, en particular, los exilados de Greenwich Village y los de París estaban excomulgados. Su actitud ante la vida me daba ganas de vomitar. Pero tan pronto como hacía amistad con uno de ellos, él o ella se convertían en una excepción; en seres únicos e inatacables.

Aunque Don, Ernest y yo nos tratamos mucho durante el período en que hice amistad con los Murphy, creo que me tropecé con Ernest el año de la publicación de *Ulysses* cuando él estaba en París trabajando para *The Toronto Star*. Tengo un vago recuerdo de haber comido con él y con Hadley en Lippe's antes de que Bumby existiera, y de Ernest hablando maravillosamente sobre una conferencia internacional a la que había asistido recientemente. Cuando era joven, Hem sabía desenmascarar como nadie las pretensiones políticas. El conocimiento de la lengua de los medios boxísticos y de las comisarías de policía que había adquirido en Kansas City y en Toronto le proporcionaba un vocabulario muy directo que era precisamente lo que sus historias necesitaban. Todo quedaba nítidamente fotografiado. Sus cortantes juicios sobre Clemenceau, Lloyd George y Litvinov me parecieron muy estimulantes. Estuvimos de acuerdo en nuestra admiración, con algunas restricciones, por Liebkecht y Rosa Luxembourg. Debió enseñarme una de las breves historias que luego aparecieron en *In Our Time*, porque inmediatamente le juzgué como un hombre que tenía un indudable talento para utilizar la lengua inglesa.

Fuera donde fuese esta reunión, lo cierto es que después empleamos bastante tiempo reconstruyendo nuestro verdadero primer encuentro, cuando ninguno de los dos tenía la menor idea de que el otro iba a llegar a ser un «plumífero», expresión del pobre Sherwood Anderson que nos hizo reír cuando se la oímos usar. Este primer encuentro debió tener lugar en Schio en mayo de 1918, cuando Ernest acababa de llegar a Italia con la cuarta sección de ambulancias de la Cruz Roja, y yo me disponía a abandonar la sección primera en Bassano, donde empezaban ya a mirarme con desconfianza. Fairbanks y yo solíamos evacuar heridos a un hospital de base cerca de Schio y debió de ser en uno de aquellos viajes cuando nos reunimos para comer con la sección cuarta. Ernest y yo nos acordábamos vagamente el uno del otro.

Fue sólo en 1924, en la época en que Hadley y Hem, como la mayor parte de nosotros le llamábamos, vivían en la serrería de la rue Nôtre Dame des Champs, cuando nuestra relación

adquirió importancia. Hadley me gustó desde el primer momento. Bumby ya había nacido. Esto fue durante una de mis breves recaladas en París.

Hem y yo nos veíamos ocasionalmente en la Closserie des Lilas en la esquina del boulevard Saint Michel y Montparnasse; bebíamos cosas tan inofensivas como vermouth-cassis y hablábamos de las dificultades de poner las cosas por escrito. Los dos estábamos leyendo el Antiguo Testamento. Nos leíamos el uno al otro trozos escogidos. El cántico de Débora, las Crónicas y el libro de los Reyes eran nuestros favoritos.

Se publicó *In Our Time* y yo me encargué de hacerle la propaganda en el extranjero. Mi punto de vista era que apoyándose a la vez en el lenguaje telegráfico y en la versión King James de la Biblia, Hem llegaría a ser el primer gran estilista americano.

Debía ser en primavera porque nos sentábamos al aire libre en el jardín triangular entre las calzadas de los dos bulevares y recuerdo haber encontrado divertido el hecho de que, a pesar de su nombre, había un verdadero arbusto de lilas floreciendo en la Closserie.

Después volvíamos andando hacia la serrería entre la multitud que salía de trabajar a las cinco y ayudábamos a Hadley a bañar a Bumby. Bumby era un niño sano, robusto y sociable que se divertía mucho con todo aquello. Lo arropábamos en la cama y cuando llegaba la agradable campesina francesa de amplio seno que cuidaba de él, nos marchábamos a cenar. El ayudar a acostar a los hijos de los amigos antes de salir a cenar con ellos, es un aspecto de la vida social de los americanos jóvenes que siempre me ha gustado. Los hombres no son tan egocéntricos cuando hay mujeres alrededor. Y por la misma razón, hombres y mujeres no pueden darse aires de mucha importancia si tienen chiquillos de que ocuparse.

Desde el principio, Hem tenía una terrible tendencia a los accidentes. Nunca he conocido a un hombre que maltratara tanto su propia osamenta. Fue durante este período cuando se le cayó en la cabeza la claraboya del retrete que había en la escalera, frente a su apartamento; tuvo un traumatismo craneal y se hizo una herida en el cuero cabelludo que tardó semanas en curarse. Llevó la cicatriz consigo hasta la tumba.

Cuando no sufría un accidente se le inflamaba la garganta. Era como uno de esos atletas profesionales que, a pesar de ser fuertes como osos, siempre están cuidándose alguna dolencia. Nunca quise boxear con él. Yo tenía las gafas como excusa y ningún deseo de competir con él sobre un cuadrilátero.

El montar en bicicleta tampoco contaba entre mis habilidades. Hem estaba loco con las carreras en el velódromo. Solía ponerse una camiseta a rayas como lo»: participantes del Tour de France y recorrer los bulevares periféricos con las rodillas a la altura de las orejas y la barbilla en el manillar. A mí me parecía ridículo, y en aquellos días Hem aceptaba una considerable dosis de tomadura de pelo.

Tenía una veta evangelista que le llevaba a tratar de convertir a sus amigos a la manía que le interesaba en un determinado momento. Me divertí yendo con él a los Six Jours. El espectáculo en el Velo d'Hiver era muy divertido. Los acontecimientos deportivos franceses tenían un aire cómico que me agradaba. En las estrechas calles de los mercados que a los dos nos encantaban, nos aprovisionábamos de vino, queso y panecillos crujientes, así como de una caja de paté y quizá un pollo frío, y nos instalábamos en la galería. Hem se sabía todas las estadísticas y los nombres y las vidas de los corredores. Su entusiasmo era contagioso, pero él tendía a convertirlo en una profesión, mientras que lo que a mí me gustaba era comer, beber y gozar del espectáculo.

De cuando en cuando se acordaba de que yo era otro «plumífero» y entonces se callaba o me advertía con tono cortante que no debía escribir nada sobre carreras de bicicletas. Aquello era su dominio. Yo le aseguraba que el escribir sobre deportes no era lo mío y que además Paul Morand lo había hecho ya inmejorablemente en *La nuit des Six Jours*. Quizá el haber leído a Paul Morand hacía que me gustara tanto el espectáculo. Aunque, al igual que Hem, yo trataba con toda mi alma de transcribir sobre el papel los sucesos mismos, todavía tenía la sospecha de que, la mayor parte de las veces, es la vida la que copia al arte.

Hem forzaba a la pobre Hadley a pasar allí toda la noche, pero yo me escabullía y me iba a mi alojamiento cuando tenía sueño. Desde el principio, Hem era duro con sus mujeres. Sin embargo,

estoy convencido de que su efecto era más constructivo que destructivo. Cuando se separaba de ellas estaban más capacitadas para defenderse en la vida que cuando las encontré. En su juventud, a pesar de todos sus cambios de humor y de sus caprichos, Hem tenía un efecto estimulante en todas las personas con las que trataba. Durante nuestra amistad me abrió nuevos horizontes sobre la vida deportiva que sin él no hubiera visto nunca.

Incluso entonces era ya un sujeto taciturno. Le daba lástima de sí mismo. Una de las cosas que le ponían triste era no haber ido a la universidad. Yo solía decirle que había tenido muchísima suerte. Que pensara en toda la basura que no había tenido que desaprender. Que se imaginara yendo a Yale y dejándose atrapar por la sociedad *Skull and Bones*, como Don Stewart. El se reía y admitía que eso habría sido su ruina.

Hem tenía una vista excepcionalmente buena. Conseguía mirar con la fría nitidez del cazador. Por entonces me parecía que él veía las cosas y a la gente sin la coloración del sentimiento ni de la teoría. Lo veía todo con una luz blanca, clara y fría, la luz que ilumina sus mejores historias breves. *A Clean Well Lighted Place*, por ejemplo.

Le pasaba lo mismo con la pintura. Quizá Gertrude Stein, que tampoco se equivocaba en aquel terreno, le ayudó a desarrollar su golpe de vista. Reconocía inmediatamente la calidad en el color y en el dibujo. Los pintores de la Escuela de París empleaban todos los trucos imaginables, pero Hem nunca se dejó engañar por las imposturas. Ya se tratara de política, de literatura o de pintura, siempre sabía poner las cosas en su sitio con un oportuno taco.

Recuerdo muy bien su compra de «La Massía», de Joan Miró –creo que fue el último cuadro «objetivo» que pintó Miró– porque tuve que correr de un lado para otro reuniendo el dinero. Siempre estábamos prestándonos dinero unos a otros. Descubrió que podía comprar el cuadro por dos o quizá tres mil francos (que eran muy pocos dólares al cambio de entonces) y estaba excitadísimo temiendo que alguien se lo quitase. Trajo el cuadro triunfalmente a la serrería. Sigue siendo una de las mejores obras de Miró. Me pregunto lo que valdrá ahora. Habitualmente, nuestras opiniones en materia de pintura solían coincidir.

Los entusiasmos de Hem eran contagiosos. A pesar de que yo tenía una honda predisposición contra el juego, consiguió convencerme para ir a las carreras de caballos. Hem aseguraba ganar grandes sumas y una primavera fui con él a Longchamps y a Auteuil, Como de costumbre, me interesaba más el espectáculo que el dinero. Fue Degas quien me enseñó a apreciar las carreras de caballos y los jockeys.

Harold Stearns nos proporcionaba información gratis. Harold era un sujeto extraordinario. Después de crearse una reputación con sus artículos en *The New Republic* y otros periódicos liberales y de editar con gran éxito una de las primeras colecciones de ensayos sobre la civilización americana, se había venido a París.

En París había dejado de escribir y lo había abandonado todo. Incluso a su devoción por las mujeres y el alcohol parecía faltarle convicción. Pero conservaba un indiscernible encanto. Seguía siendo un conversador entretenido. Llevaba una patética existencia de gorrón de bar, malviviendo gracias a las confidencias sobre las carreras que vendía a los turistas americanos en los diferentes establecimientos que frecuentaba.

Había una importante carrera de obstáculos en uno de los hipódromos y Harold nos pasó el soplo sobre cierto caballito que tenía unas cotizaciones muy bajas. Las apuestas eran de uno a treinta o algo parecido. Nunca cobraba a los amigos por su información y esta vez juró por lo más sagrado que íbamos a ponernos las botas.

Hem y yo reunimos unos cientos de francos y nos pusimos en camino del hipódromo. Harold había hecho un arreglo con un mozo de establo para que pudiéramos ver el caballo a solas. Era un pequeño bayo de color oscuro, fuerte y nervioso. El jockey nos hizo la confidencia de que estaba apostando en él todos sus ahorros. Contemplamos al rucio con desconfianza, le palmeamos el hocico y hablamos un buen rato en la jerga de los hipódromos en francés y en inglés. Cuando llegamos a la ventana de las apuestas la diferencia era enorme. Soñábamos ya con gastarnos parte de nuestras ganancias en una comilona en Foyot's por todo lo alto.

El caballo saltaba bien, desde luego, pero al llegar al obstáculo del agua, se rebeló, tiró al jinete por encima de la cabeza, se dio media vuelta y salió disparado en dirección contraria. Saltó una buena cantidad de obstáculos al revés antes de que lo cogieran. La carrera fue un desastre. Casi nos morimos de risa. Regresé a París más convencido que nunca de que apostar es una locura. Cuando volvimos al bar de Henry, Harold hizo como que no nos veía.

A ninguno de los dos nos sobraba el dinero, pero no pudimos tomárnoslo en serio. Hem había dejado ya su trabajo de corresponsal o estaba a punto de hacerlo. Le costaba mucho trabajo ganarse la vida escribiendo. La edición de *In Our Time* que Robert McAlmon había publicado en Dijon le había ganado el reconocimiento de los círculos *recherché*, pero no le produjo dinero. Su básica fuente de ingresos eran los poemas obscenos que escribía para una revista alemana llamada *Der Querschnitt*. Sacamos todo el partido imaginable de las posibilidades cómicas que había en aquel nombre.

Don Stewart nos decía que teníamos que frecuentar más a la «gente que importaba». Casi nos quitó las ganas de conocer a los Murphy al describirlos como acaudalados representantes de la alta sociedad. Cuando les conocí tenían un apartamento en una casa muy antigua frente a Nôtre Dame en la esquina de la rue Gît-le-Coeur con la orilla izquierda del Sena. Se estaban preparando para dar una fiesta a la compañía del Ballet Ruso de Diaghilev.

Sara era evidentemente una persona encantadora, pero Gerald parecía frío, enérgico y preocupado. Vestía con extremada elegancia. Había una especie de barniz recubriéndole que yo no podía penetrar. No quise quedarme para la fiesta y me marché tan a la defensiva como un puercoespín. Era un alivio volver al estado de ánimo de *bourgeois à la lanterne* de la rue Nôtre Dame des Champs.

En mi siguiente encuentro con Gerald la impresión fue completamente distinta. Nos paseamos por los muelles del Sena después de comer. Fernand Léger estaba con nosotros. Fue el primero de muchos paseos maravillosos. Fernand, el hijo de un carnicero normando, estaba como tallado con hacha. A mí me parecía que su manera de ver la pintura era hasta cierto punto la de un carnicero: violenta, hábil, precisa. Combinado con esto había una delicadeza de toque propia de un cirujano, como lo demostraban los intrincados gestos de sus manos.

Gerald, alto y delgado, de pelo rojo, todo lo irlandés que se puede ser, había estudiado con Léger, pero era ya un pintor por derecho propio. «*Très américain*», decía Léger con gesto de aprobación.

Su disparidad les hacía realizarse mutuamente. Al lado de la furia visual de Léger, las percepciones de Gerald eran racionales, llenas de discernimiento, con tendencia a una elegancia matemática. Había en su pensamiento una incisiva originalidad que no tenía nada que ver con el típico *amateur* acaudalado.

Mientras paseábamos, Fernand nos llamaba la atención sobre formas y colores, «*C'est bath ça*». Los comentarios espontáneos de Gerald bastaban para organizar sus visiones personales. No nos movíamos entre las banalidades color pastel de las fullerías, ni entre los puentes, las barcasas y los *bateaux mouches* del Sena, sino en un mundo recién inventado. Se fijaban en los cabestrantes, en las uñas de un ancla, en unas maromas enrolladas, en el rojo casco de un remolcador, en la mitad de un rostro de mujer visto detrás de unos geranios, en la cabina de una barcaza. «*Regardez-moi ça*». Los muelles del Sena nunca me volvieron a parecer triviales después de aquel paseo.

Durante todo el tiempo que le traté, la mente de Gerald conservó esta frescura y disponibilidad. La pretenciosa faramalla de la que el mundo del «arte» está tan lleno nunca tuvo sitio en su vida. Tan pronto era la amabilidad personificada como se sumergía en melancólicos y reservados estados de ánimo. Era como si se cerrara una puerta. Sara era el mejor complemento posible: afectuosa, cordial, interesándose por la gente sin perder el humor, y con el don de la decoración y de la buena cocina –si eras amigo suyo nunca te faltaba el cojín adecuado cuando te sentabas en tu silla.

A mí no me gustaba nada el tipo de fiestas con muchos invitados que los Murphy organizaban en aquellos días. Yo era tímido, me molestaban las conversaciones de puro cumplido y no me agradaba tener que responder a preguntas sobre mi manera de escribir; cultivaba la pose de proletario nómada para quien las riquezas son vanidad. Sin embargo, tengo que admitir que gastaban el dinero con

esplendidez y buen gusto. Nadie organizaba reuniones más divertidas. Siempre lamenté perderme la famosa fiesta que dieron al *tout Paris* en una barcaza del Sena.

Después de llegar a intimar con Sara y Gerald prefería verles cuando estaban solos. Gerald y yo teníamos un lazo de unión debido a las carreras paralelas de nuestros padres. Patrick Francis Murphy se había criado en la zona sur de Boston. De familia irlandesa sin dinero pero muy preocupada por las apariencias, él había sido en realidad un autodidacta. Se le ocurrió trasladar la guarnicionería de Mark Cross a Nueva York y la convirtió en el gran almacén de artículos de cuero de la Quinta Avenida. Como en el caso de mi padre, el hacer dinero no era la razón ni la finalidad de su vida. Se convirtió en un famoso orador de banquetes y compartía con mi padre el entusiasmo por los clásicos del siglo XVIII. De hecho, eran muy buenos amigos. De manera que Gerald y yo entendíamos muy bien nuestros respectivos antecedentes.

Los Murphy me gustaban especialmente cuando estaban con sus hijos. Yo nunca había tenido nada que pudiera llamarse auténtica vida de familia y estaba empezando a sentir secretamente la necesidad. Sus tres hijos rubios resultaban siempre muy divertidos. Cuando era una niña, Honoria tenía la misma distinción que tiene ahora y Patrick era uno de esos niños en los que ya se ven los rasgos de un talento indudable. Me gustaba ver a Gerald en su papel de Dow-dow, como sus hijos le llamaban.

Todos estábamos locos con el Ballet Ruso de Diaghilev. El ballet iba a ser para nuestro tiempo lo que la tragedia había sido para los griegos *Le Sacre du Printemps* nos parecía ni más ni menos la cumbre de lo que la escena podía ofrecer. Nijinski estaba ya gastado, pero la inglesa que bailaba en *Le Sacre* con el nombre de Sokolova nos parecía que llevaba la danza al último límite posible. La música de Stravinsky nos inundó la sangre. Durante meses sus ritmos subrayaron todo lo que oíamos, y sus figuras trenzaron sus movimientos en todo lo que veíamos.

Durante el primer verano de mi amistad con Gerald, él se veía mucho con dos pintores rusos exilados. Larionov, una especie de oso, había hecho surrealismo en San Petersburgo antes de la Revolución. Su mujer, Goncharova, estaba preparando los bocetos para los decorados de las *Noces* de Stravinsky.

Cuando llegó el momento de pintarlos, Goncharova descubrió que necesitaba mano de obra. Gerald y su amigo Vladimir Orlov, que había sido alférez en la marina rusa y conseguido escapar con vida de milagro cuando casi todos los Orlov fueron asesinados por los revolucionarios, ofrecieron su ayuda. Yo también me apunté. Pasamos una semana en un almacén cerca de la Place des Combats calentando botes de cola, mezclando pintura, en su mayor parte blanco y marrón oscuro, y extendiéndola sobre amplios lienzos de extrañas formas que estaban esparcidos por el suelo.

Era la primera vez que Gerald o yo trabajábamos con rusos. Todo resultaba confuso. Todo el mundo parecía tener propósitos contradictorios. Nadie paraba de hablar lo suficiente como para trabajar con seriedad. Todo el mundo discutía interminablemente sobre problemas que nadie parecía capaz de explicarnos.

Hacía mucho calor. Cuando Gerald y yo empezábamos a sudar profusamente de pura impaciencia, nos escapábamos a una cervecería donde se bebía cerveza de excelente calidad en unas jarras del tamaño de peceras. Allí ahogábamos nuestras penas. El asunto de los decorados era un completo desastre. Estábamos pesarosos porque le teníamos mucho cariño a Goncharova. Faltaban cuatro días para el estreno. Los decorados no podían terminarse a tiempo.

Se terminaron. Todo el mundo trabajó sin parar durante dos noches. Nadie perdió la calma. De manera milagrosa, todo estaba a punto. Se montaron los lienzos en los armazones. Las camionetas aparecieron en el momento justo para llevarse todo al teatro. La noche del estreno no faltaba nada. Fue una representación magnífica. Desde entonces tengo un gran respeto por los métodos rusos.

No estoy seguro de si fue el verano de las *Noces* o el anterior cuando empecé a ir a Antibes. Gerald y Sara tenían la mesa puesta para un montón de americanos en el Hôtel du Cap. Habían convencido al gerente para que lo tuviera abierto después de terminada la temporada. Las zambullidas desde las rocas eran allí tan agradables como en el hotel Reid en Madeira.

Si no recuerdo mal, Archie y Ada MacLeish estaban allí. De Archie recuerdo sobre todo lo bien que se tiraba de cabeza. Gerald me había hecho leer sus poesías. Aunque nacido en Chicago, tenía un encanto escocés irresistible. Ada era elegantísima. Además de tener un talento musical extraordinario –hay que ver lo bien que cantaba aquella mujer– y un ingenio completamente suyo, era una de las personas más distinguidas que he conocido. También estaban Don Stewart y su esposa; Phil Barry, en el primer entusiasmo de su carrera como comediógrafo en Broadway, con la guapa Ellen, tan buena como una hogaza de pan; y quizá también Marc Connelly, otro divertido hombre de Broadway. Recuerdo haber pensado que nunca había visto tantos miembros de la Sociedad *Skull and Bones* juntos en mi vida.

Gerald me parecía el único que había conseguido realmente superarlo. Consideré de nuevo la afirmación de mi padre acerca de que las mujeres eran invariablemente mejores que los hombres. Tenía que admitir, siempre haciendo la excepción de mis amigos íntimos, que me gustaban más las esposas que sus maridos.

Gerald tenía el olfato de un Beau Nash para descubrir cosas que más tarde se ponían de moda. Todo lo que yo sabía sobre Antibes era que allí desembarcó Napoleón después de escaparse de Elba. Prácticamente, nada había sucedido desde entonces. Los franceses y los ingleses con dinero que frecuentaban la Riviera en invierno, no habrían ido allí en verano ni muertos. A ellos les parecía demasiado caluroso, pero para nosotros, los americanos, la temperatura era perfecta, los baños de mar deliciosos, y Antibes precisamente el tranquilo puerto provinciano sin contaminar que habíamos soñado descubrir. El culto del sol comenzaba apenas.

El verano siguiente Gerald y Sara se instalaron en Villa América. Sara contrató a un jardinero italiano y empezó a cultivar maíz. Gerald pintaba dentro y fuera de la casa. Invitaron a sus amigos franceses y muy pronto Picasso tomaba el sol en Juan-les-Pins, los Fitzgerald alquilaban una villa en Saint Raphael y nacía el entusiasmo por las playas en los medios francoamericanos del arte y de la moda.

Había una casita en el jardín con techo de azulejos conocida con el nombre de la Bastide, donde me obligaban a alojarme cuando pasaba por allí al alcance de la voz de los Murphy. Era un lugar maravillosamente tranquilo bajo un ardiente cielo azul. El aire olía a los eucaliptos, a los tomates y a los heliotropos del jardín. Me levantaba temprano para trabajar, y a eso del mediodía iba andando hasta una cala festoneada de arena que se llamaba la Garoupe. Allí me encontraba a toda la gente de la casa tomando el sol. Gerald quizá limpiaba las algas de la zona de la arena donde se instalaban las sombrillas. En el agua tranquila y azul como el cristal, más salada que la sal, nadábamos hasta la embocadura de la cala y volvíamos. Después Gerald servía jerez frío y Sara hacía aparecer los más extraordinarios entremeses para acompañarlo. Saturados de sal y de sol, en coches o andando, volvíamos para tomar el almuerzo en la terraza que dominaba las flores y las hortalizas de detrás de la villa.

Uno de los platos favoritos de Sara eran huevos escalfados con maíz recién cortado en la mazorca y espolvoreado con paprika; con guarnición de tomates de la tierra fritos con aceite de oliva y ajo. Todavía ahora, cuando como maíz en la mazorca vuelvo a capturar el aroma, el esplendor azul del mediodía, y el gusto del vino de Cassis en la brisa salada del Mediterráneo.

Era una vida maravillosa. Pero a pesar de lo mucho que me gustaba la conversación de Sara y Gerald, no la aguantaba más de cuatro días. Era como tratar de vivir en el cielo. Me hacía falta volver a la tierra.

Era diferente cuando preparábamos algo especial. Hicimos algunos viajes estupendos al interior y navegamos a vela en el *Picaflor*. El *Picaflor* era una balandra de carreras jubilada que Gerald adquirió con la ayuda de Vladimir Orlov. Desde que era niño en Crimea, navegar a vela había sido la gran pasión de Vladimir. Cuando dejó de trabajar para el ballet, Gerald le tomó a su servicio para ocuparse del barco. Llegó a ser patrón profesional y un diseñador de yates de mucho talento.

La primera vez que salimos en crucero descubrimos que ninguno de nosotros sabía cómo gobernar aquel barco. Íbamos camino de Génova con una suave brisa de popa cuando se nos ocurrió que sería una buena idea desplegar el foque balón. Estuvimos disfrutando de la noche, dormitando a ratos y entusiasmándonos con lo hermoso que era el Mediterráneo a la luz de la luna mientras

refrescaba el viento e imperceptiblemente la brisa se iba convirtiendo en algo muy parecido a una galerna.

De repente, parecíamos estar en una de esas tormentas en la Eneida de Virgilio cuando los vientos soplan desde todas las direcciones al mismo tiempo. Diluviaba a mares. Cuando tratamos de salir a cubierta para arriar el foque balón, ya habíamos embarcado la mitad del golfo de Génova. Estuvimos tan cerca de zozobrar que no era nada divertido. Las drizas se trabaron. Vladimir no podía soportar la idea de cortar el foque, de manera que seguimos navegando escorados. Yo saqué el mapa y descubrí que podríamos llegar al puerto de Savona si manteníamos el rumbo.

Gerald llevaba el timón, Vladimir se ocupaba de la vela y yo, sentado en la escalera en la cámara, trataba de descifrar la carta marítima con la lámpara de la cabina, que daba más humo que luz. Al aproximarnos a la entrada del puerto aparecieron toda clase de luces rojas y azules. ¿Cuál de ellas marcaba el canal? Elegimos las que no eran y de pronto nos encontramos avanzando hacia un saliente del rompeolas.

El *Picaflor* no tenía motor. No había sitio para dar la vuelta. Vladimir echó nuestras dos anclas y conseguimos ponernos al paio a treinta metros del grupo más amenazador de rocas espumeantes que pueda imaginarse.

Al amainar el viento durante un rato, pudimos arriar las velas y amarrar el botalón, pero allí estábamos aún medio inundados y zarandeados por un mar embravecido. Algunas figuras se congregaron en el rompeolas. Yo no podía recordar la palabra italiana para remolcador. Mientras Gerald y Vladimir achicaban el agua traté de encontrarla en un diccionario de bolsillo. Todo lo que pude hallar fue *pyroscafo*. No cabía duda de que no era la palabra adecuada pero durante lo que me parecieron horas, estuve colgado de la jarcia, calado hasta los huesos, gritando *aiuto* y *pyroscafo* a las inciertas figuras alrededor del faro.

Finalmente apareció un remolcador. Tuvimos que cortar los cables de las dos anclas. En una exhalación nos remolcaron hasta el tranquilo y bien alumbrado puerto. Cuando apenas habíamos echado la amarra al muelle y nos felicitábamos mutuamente por haber salido de todo aquello sin un rasguño, el capitán del remolcador dio marcha atrás, embistiéndonos. Más gritos en mal italiano. Al apartarse, el remolcador se llevó por delante nuestro bauprés.

Cuando a la mañana siguiente Gerald y yo fuimos en tren a Génova para conseguir anclas nuevas, mientras Vladimir atravesaba el puerto empujando el *Picaflor* con una pértiga para llevarlo al astillero local donde le pondrían un bauprés nuevo, traté de distraer a Gerald contándole mi primera visita. Mis recaladas en Génova siempre han tenido algo de especial.

Poco después de esta pequeña aventura Gerald y Vladimir empezaron a trabajar en los planos para el *Honoría*, que iba a ser un queche de tamaño familiar, sólido y lo suficientemente marinero como para navegar con Sara, los niños y un par de amigos. Después, siempre que volvía a Antibes hacíamos cruceros en el *Honoría*. Gerald y Sara se estaban gastando su capital. ¿En qué podrían haberlo empleado mejor?

Para entonces Scott y Zelda formaban parte de la vida en Antibes. Scott, con su capacidad para reverenciar héroes, empezó a hacer a Gerald y Sara objetos de su culto. La pareja dorada que él y Zelda soñaban con llegar a ser existía en la realidad. Los Murphy eran ricos. Bien parecidos. Vestían admirablemente. Eran entendidos en cuestiones de arte. Maestros en la vida social. Tenían hijos encantadores. Habían subido al travesaño más alto de la escala humana. Eran los Afortunados por antonomasia.

Scott encontraba a veces extrañas maneras de expresar su devoción, como la noche en que los Murphy invitaron a un grupo de franceses pretenciosos, que incluía a unas cuantas duquesas, a cenar en el jardín. Scott y Zelda se emborracharon durante los cóctels y en lugar de sentarse a la mesa se pusieron a andar a cuatro patas entre las hortalizas, arrojando de cuando en cuando un tomate a los invitados. Una duquesa que recibió el impacto de uno muy maduro en el escote no lo encontró divertido en absoluto. Gerald consiguió finalmente llevárselos. Pasaron muchos meses antes de que se les invitara de nuevo a Villa América. De hecho, se les prohibió terminantemente que cruzaran el zaguán.

Era muy difícil no perdonar a los Fitzgerald. Sara, especialmente, era una mujer que nunca dejaba morir una amistad. Sus hazañas, sin embargo, se iban haciendo cada vez más espeluznantes, como la noche en la que Scott condujo su Renault hasta los carriles del viaducto que usaba el tren eléctrico para llegar a un pueblecito entre las colinas detrás de Cannes. Un guardavía los encontró, rubios como ángeles, apaciblemente dormidos. Consiguieron retirar el coche antes de que llegara el siguiente tren. Escaparon con vida de puro milagro.

Como todos los amigos de Scott, los Murphy estaban en un aprieto. Le tenían cariño. Admiraban su talento. Se preocupaban por él. Querían ayudarlo; pero la amistad tiene sus límites. No podían permitir que todas sus veladas acabaran en desastre.

Como muchos borrachos, Scott encontraba un perverso placer en avergonzar a sus amigos. Recuerdo aquella horrible ocasión en que Scott le dio una patada a la bandeja de cigarrillos y cerillas que una anciana quería meternos por los ojos cuando entrábamos en un restaurante en París. Todos nos pusimos de cuatro patas intentando recoger lo que se había caído. Gerald lo arregló con unos billetes. La pobre mujer estaba completamente anonadada. Era difícil tomarse aquello en broma... O la vez que se metió bajo el felpudo a la puerta del casino en Juan-les-Pins. Pero después conseguía desarmar a cualquiera al dejar de beber durante semanas y semanas; normalmente, cuando tenía que trabajar en algún libro y se había gastado ya los anticipos. Nadie estaba más sereno que él cuando quería.

A pesar del comportamiento escandaloso de los Fitzgerald o quizá por él, Villa América alcanzó un cierto *renomée* entre los franceses, que son las personas menos hospitalarias del mundo. Los extranjeros tienen tantas posibilidades de llegar a intimar con ellos como con los brahmines de Boston. Gerald y Sara poseían el don de tratar a todo el mundo de la misma manera. Los franceses les encontraban *chic*.

De todos modos los americanos estaban bastante de moda en Europa en los años veinte. Los dólares, los rascacielos, el jazz, todo lo que fuera del otro lado del Atlántico tenía un aire romántico. Cuando Gerald expuso en París, su pintura fue considerada como el epítome del *chic* del otro lado del océano.

Pronto Gerald y Sara tuvieron que empezarse a mostrarse evasivos ante el asalto de la alta sociedad francesa. Les gustaban los pintores más que los hombres de letras quisquillosos. Léger, con su maravillosa habilidad para hacer de todo lo que veía, de todo lo que oía, de todo lo que saboreaba, una especial composición personal, era su favorito y también el mío; Sara llegó a hacer amistad incluso con Picasso.

Picasso era un hombre moreno, pequeño de estatura y cerrado en sí mismo. No tenía nada de ese buen humor espontáneo que hace tan fácil el tratar con los españoles. Era sardónico, cínico a la manera especial de los campesinos españoles —el cinismo de Sancho Panza. A mí me parecía impenetrable incluso cuando reía o descansaba. Era fundamentalmente el maestro albañil, el maestro cantero, el artesano. Era la encarnación de la destreza. Pero le faltaba humanidad. Los griegos le hubieran llamado *demos* como hicieron con Ulises. No era posible acercarse a él o a su trabajo —el hombre y el trabajo eran inseparables— sin una profunda admiración hacia la habilidad del codo, la sutileza de los dedos, la precisión de la mirada; si hubiera tenido el don de la compasión habría sido tan grande como Miguel Ángel.

Hemingway también sucumbió a la tentación de Antibes pero no recuerdo haber coincidido con él. Sé que no se encontraba allí a gusto a pesar del afecto que sentía por Sara. A los pescadores no les gusta nadar. Le hubiera parecido poco serio tomar el sol en la playa. Para disfrutar de Villa América había que compenetrarse con el ritual que Gerald preparaba tan cuidadosamente. Hem era ya demasiado un espectáculo en sí mismo para poder incorporarse a otra *troupe*.

Por entonces Hem era ya un héroe en el olimpo del París literario. Ford Maddox Heuffer quiso asociarle a la publicación de la *Transatlantic Review*. Era amigo de Pound. Comía con Joyce. Era el protegido de Gertrude Stein. Estaba preparando un libro sobre los toros para *Querschnitt* que Picasso ilustraría.

Una de las cosas que nos unía a Hem y a mí era nuestro entusiasmo por todo lo que se refería a España. La mayor parte de mis recaladas en París eran de paso para España o volviendo de allí.

Hem y Hadley desembarcaron en Vigo cuando trajeron de nuevo a Bumby a Europa, y llegaron a París con maravillosos recuerdos de Compostela, Asturias y el país vasco. La manía española de Hem culminó en los calurosos días de agosto¹ cuando por primera vez asistió a las fiestas de San Fermín en Pamplona.

Yo no estaba en Pamplona el año de la primera gran reunión que le dio a Hem la idea para *The Sun Also Rises*, pero estuve allí en agosto del año siguiente. Nos alojamos todos en el Hotel La Perla.

Hem era el blanco de todos los ojos. Había una inglesa con un título nobiliario, que se las sabía todas y a quien conocíamos como Duff. Hadley era todavía la mujer de Hem, pero tengo la impresión de que las Pfeiffer, Pauline y Jinny formaban parte del grupo. Había un oficial del ejército inglés al que llamábamos Chink. Y Don Stewart, Bill Bird y su esposa y un amigo suyo llamado George O'Neil. También estaba Robert McAlmon.

Simpaticé con los Bird aunque eran exilados, pero McAlmon me producía una sensación de repugnancia. Sin embargo tenía un no sé qué que desarmaba y me hacía sentirme culpable por pensar que era un indeseable. Quizá Harold Loeb también estaba allí. Es posible que hubiera alguien más.

Desde que leí la novela, me resulta difícil separar los acontecimientos que Hem inventó de los que realmente sucedieron. Era como un *tour* de la agencia Cook dirigido por Hem como maestro de ceremonias. Desde un punto de vista espectacular los sanfermines son extraordinarios. Bandas. Procesiones. *Cohetes*. La llegada de los toros, el encierro, las carreras por las calles. Todas las plazas llenas de danzarinas con boinas rojas. De cada avenida llegaban los ritmos de la tenora y el tamborín vascos, o la queja de las gaitas gallegas, o el repiqueteo de las castañuelas.

Cada grupito tenía su bota. Por lo que puedo recordar el alboroto nunca pasaba de un cierto límite. Para la gente que cree en la dignidad del hombre, la buena educación es una cuestión de vida o muerte.

Todo el mundo tenía que ser *muy hombre* con los toros. Había que correr delante de ellos cuando los llevaban a la plaza; había que meterse en el corral mientras los examinaban las autoridades. En la *capea*, se soltaba a los toros entre el público que llenaba el redondel.

Eran novillos y no de los más bravos, pero rodeados por una multitud de jóvenes navarros provocándoles con chaquetas y pañuelos, dieron algunas formidables embestidas. Unos cuantos muchachos salieron magullados, pero no recuerdo ninguna muerte aquel año.

Poner de manifiesto mi ignorancia sobre el ritual del toreo en una plaza llena de navarros que cantan y bailan no era mi idea de una tarde agradable, pero Hem tenía que estar allí con los aficionados. Sus compatriotas americanos también sentían la necesidad de mostrar su coraje. Lo divertido en mi caso fue que cuando me marchaba, después de haber repudiado su actitud a grandes voces, me encontré cara a cara con el toro. Había saltado la barrera y avanzaba a buena velocidad por el callejón. Él me miró a mí y yo le miré a él. Después nos fuimos cada uno por nuestro lado. No tardé mucho en trepar hasta el tendido. Mi explicación fue que estaba buscando un buen punto de vista para hacer unos apuntes.

Nos divertimos y comimos y bebimos bien, pero había demasiados exhibicionistas en el grupo para mi gusto. El espectáculo de una pandilla de gente joven tratando de probar lo *hombres* que eran acabó por molestarme. Soy capaz de disfrutar de una corrida de cuando en cuando, pero todos los días durante una semana era demasiado.

Para Hem era diferente. Podía consagrarse en cuerpo y alma, a cualquier cosa que le interesara. Tanto si eran los seis días en el velódromo, como las corridas de toros, ya se trataba de esquiar o de pescar truchas, perseveraba hasta agotar la última posibilidad.

En Pamplona estaba decidido a conocer a fondo todas las fases del ritual. Se ganó la confianza de los profesionales locales y se saturó hasta el último límite imaginable. Aparte de algún que otro hombre de ciencia a quien he visto luchar con una línea de experimentación particularmente difícil, nunca he conocido a nadie con tanta perseverancia. Algunas de las mejores cosas que Hemingway

¹ Dos Passos se refiere, sin duda, a Julio. (*N, del T.*)

escribió nacen de esa cualidad. Cuando en *Death in the Afternoon* describió el trabajo del matador, sabía de lo que estaba hablando.

Los españoles eran estupendos y yo sentía devoción por Hem y Hadley, pero no hubiera podido soportar a los americanos del grupo sin la presencia de una cierta muchacha. Yo estaba descubriendo la sabiduría de aquella conocida frase de Ben Franklin: «Un hombre y una mujer son como un par de tijeras. Ninguno sirve para nada sin la otra parte.» Nos fabricamos una especie de retiro privado desde donde podíamos tomar parte en los acontecimientos sin quedar completamente a su merced.

Cuando ella tuvo que volverse a su universidad, decidí que lo que me hacía falta era una larga excursión de montaña. Chink y el joven George dijeron que querían venir también. Los dos eran gente recia y me pareció estupendo. Conseguimos unos cuantos mapas y preparamos un itinerario a través del alto Pirineo hasta Andorra. Bob McAlmon quiso también venir con nosotros. Me di cuenta en seguida de que estaba completamente desorientado. Planeaba ser muy español y llevar *alpargatas*. Traté de explicarle que no podría andar veinte millas diarias si no calzaba unas sólidas botas. Transigió con usar playeras, pero no pudo resistir nuestro ritmo y tuvo que dejarlo al segundo día.

Chink resultó una auténtica revelación. Se había educado en un Colegio privado y en Sandhurst. Tieso como un huso y parco en palabras, pero buen andarín y amante del paisaje: exactamente el tipo de persona con quien se puede escalar una montaña. Los británicos cambian de nombre como de camisa. Entonces era el capitán Dorman-Smith, pero con otro patronímico se hizo una reputación como general durante la segunda guerra mundial. Chink había conocido a Hem en Italia y hecho viajes con él. Cuando yo trataba de hacerle hablar de nuestro amigo, movía la cabeza y decía, «era un muchacho prometedor». Siempre en pretérito.

En general nos hizo buen tiempo. El silencio y la soledad eran una delicia después de la algarabía en las mesas bajo los *portales* de Pamplona. Tengo el recuerdo de una sucesión de cimas de alta montaña y del paisaje discurriendo a los dos lados como los panoramas que desfilan ante los espectadores durante la música del Rhin en *Sigfrido*. Al norte, hacia Francia, las montañas eran verdes; hacia España, por el contrario, secas y pardas. Los hombres que encontrábamos en las sendas de alta montaña eran *contrabandistas* o carabineros. Anduvimos veinte o treinta millas cada día. Hacia el final de la excursión hicimos la experiencia de beber pequeñas cantidades de cognac, por las tardes, cuando empezábamos a sentirnos cansados. Decidimos que el experimento había sido un éxito.

Descendiendo por la falda de una montaña hacia Andorra perdimos el camino y tuvimos que seguir el lecho pedregoso de un torrente. No teníamos otra luz que la de los relámpagos para guiarnos. La lluvia nos empapaba. Llegamos a la capital hacia medianoche calados hasta los huesos. Nos castañeteaban los dientes. Todo estaba cerrado. En la única posada que encontramos abierta, nos subieron a una habitación maloliente con tres camas.

Estábamos derrengados. Nos dolían las piernas y teníamos los pies llenos de ampollas. Nos caíamos de sueño. Tan pronto como nos tumbamos en la cama con ropa seca, las chinches se lanzaron sobre nosotros como tropas de choque, oleada tras oleada. George y yo seguimos allí inertes pero, para nuestro regocijo, Chink saltó de la cama, se vistió cuidadosamente y pasó el resto de la noche solemnemente sentado en una silla. Consideraba que un oficial del ejército de Su Majestad no debía soportar ultrajes a manos de los nativos. Aquello me hizo estimarle aún más.

Debió ser más adelante aquel otoño –¿o fue al año siguiente?– cuando Hem me leyó *The Torrents of Spring*. Empezó una tarde de otoño con un sol rojizo en la Closerie des Lilas. Algunos trozos eran realmente divertidos, especialmente cuando hace aparecer a los Indios de Michigan – Hem sabía cómo manejar a los indios–, pero me puso en un aprieto. Yo había ayudado a convencer a Horace Liveright para que publicara *In Our Time* en América, y Hem me consideraba responsable en parte por un pésimo contrato que había firmado, dándole a Liveright opción sobre varios libros.

Pero Scott, a quien le gustaba creerse descubridor de talentos y era desinteresadamente generoso con los libros de otros, estaba trabajando como un negro para conseguir que Max Perkins

introdujera a Hemingway en Scribner's. Scott sentía uno de sus arrebatos por Hem, el deportista-literato, el boxeador que cuenta historias. Había decidido, hablando una tarde sobre Hem, que podría convertirse en el Byron de los tiempos modernos. Scott tenía razón. Scribner's era el editor que Hem necesitaba pero ¿cómo rescindir el contrato con Liveright?

Nunca entendí exactamente qué es lo que Hem quería hacer con *The Torrents of Spring*. ¿Estaba escribiendo deliberadamente algo que Liveright en su calidad de editor y amigo de Sherwood Anderson nunca podría imprimir, o era una cruel broma de colegio? Es cierto que me reí cuando lo leyó en voz alta, pero traté de impedir que lo publicara, por lo menos en aquel momento. Dije que no era suficientemente bueno para sostenerse como parodia, y que *In Our Time* tenía tal categoría que debía esperar a tener algo realmente excepcional.

Aquella tarde, Hem estuvo completamente de acuerdo en que Sherwood Anderson era la última persona del mundo a quien quisiera ofender. Sherwood se había portado siempre muy bien con él cuando trabajaba en Chicago años atrás y los dos sabíamos lo infantilmente sensible que era. Reconocí con Hem que *Dark Laughter* era sentimental y ridículo y que alguien tendría que hacérselo ver a Sherwood, pero yo no creía que fuera misión de Hem. Hem tenía la molesta costumbre de empezar a tararear de pronto a mitad de una conversación.

Cuando nos separamos aquella noche, creía haberle convencido de que no publicara *Torrente*. Imagino que no era asunto mío, pero en aquellos días los amigos eran amigos. Las cosas, sin embargo, salieron de otra manera.

La última temporada sin nubes que Hem, Hadley y yo pasamos en Europa transcurrió en Schruns, en los Vorarlberg austríacos. Hem y Hadley habían descubierto las pistas de Schruns el invierno anterior. Gerald y Sara se reunieron allí con nosotros. Todo era fantásticamente barato. Nos alojamos en una encantadora hospedería con estufas de porcelana, llamada la Taube. Comimos *forellen im blau* y bebimos kirsch caliente. El kirsch era tan abundante que nos lo daban para las fricciones al volver de esquiar.

Lo que se hacía allí era esquiar a campo traviesa. Usábamos pieles de foca para remontar las pendientes. La excursión más típica nos llevaba a la Madlener Haus a través de un inmenso campo nevado sobre la ciudad. Era una especie de club de esquiadores con buenos fuegos de chimenea y comida caliente. La gente se desvivía por agradar. Todo el mundo nos recibía con un «Grüss Gott». Era como vivir en una felicitación de Navidad al estilo antiguo.

Hem se entregó al esquí en cuerpo y alma. Practicó y practicó. Tenía que ser el mejor. Gerald era un perfeccionista de otra especie. Acabaron compitiendo para ver quién llegaba a ser el esquiador más completo en cuatro días. Los dos hicieron extraordinarios progresos.

Yo creo que lo pasé mejor que ellos dos porque carecía de pretensiones desde el primer momento. Era demasiado torpe. Me bastaba sudar montaña arriba con mis pieles de foca, disfrutando del paisaje. No hacía demasiado frío. A veces, hasta calentaba el sol. Las montañas nevadas parecían ondularse con sombras azules y purpúreas. Había que tener cuidado al avanzar porque existía el peligro de las avalanchas. Vi una mientras bajábamos de la Madlener Haus y me impresionó muchísimo.

Cuando subía todo iba bien, pero esquiar montaña abajo tuve que perfeccionar tácticas especiales porque no había manera de que tomase las curvas. La mejor solución era tirarme al suelo. Cuando las pendientes resultaban demasiado abruptas, me sentaba en los esquís y los convertía en una especie de trineo. No quiero decir lo que se rieron de mí cuando al llegar a Schruns se descubrió que me había hecho un agujero en los fondillos del pantalón.

Durante las comidas apenas hacíamos otra cosa que reírnos. Todo el mundo embromaba a todo el mundo durante aquella semana en Schruns. Comimos grandes cantidades de truchas, bebimos vino y cerveza y dormimos como marmotas bajo los grandes edredones de plumas. Todos éramos hermanos y hermanas cuando nos dijimos adiós. Fue una sorpresa muy desagradable el oír unos pocos meses después que Ernest se separaba de Hadley. Cuando se siente afecto por una pareja, se desea que continúen juntos.

Mi último recuerdo de la vida literaria en París es más bien extraño. Don Stewart y yo nos encontramos mezclados en una *Manifestation Dada*. Creo que fue después de cenar con Louis Aragon y Drieux la Rochelle. Aragon tenía todo el brillo del joven poeta de moda. No cabía dudar de su talento. Drieux, su mejor amigo, era un joven alto y aristocrático y me pareció entonces el escritor francés con más porvenir. Simpatiqué mucho con él; parecía completamente sincero; los aristócratas franceses se parecen más a los ingleses distinguidos que a los burgueses franceses de las ciudades de provincia o a los mercenarios parisinos. El destino de estos dos hombres resultó bien diferente. Aragon llegó a ser un respetable y ortodoxo dignatario del partido comunista, pero el pobre Drieux, como bastantes de sus compatriotas más exigentes, se hizo fascista y acabó saltándose la tapa de los sesos un buen día durante la guerra.

Lo cierto es que aquella noche estábamos todos en plena forma y queríamos hacer algo desaforado. Nos reunimos con Tristan Tzara en un café muy iluminado cerca de la Tour St. Jacques. Le acompañaban unos tipos muy raros. No recuerdo sus nombres, pero era una excelente colección de bufones. Todos se devanaban los sesos pensando en algo abracadabrante que hacer. De pronto Tzara, un rumano pálido con aspecto de tenedor de libros, se levantó y gritó «seguidme». Los Dadas se pusieron en pie dejando sin pagar la mitad de las consumiciones. Don y yo, como tantas veces les ocurre a los confiados americanos con los literatos europeos, tuvimos que arreglar la cuenta con los camareros.

Jugamos a hacer lo mismo que hiciera la madre. Tzara, seguido por una fila de caras solemnes, anduvo por las calles haciendo una serie de gansadas. Mientras, canturreaban una simple salmodia: Dada, Dada. En cualquier otro lugar nos hubieran detenido, pero en aquellos días los franceses eran muy tolerantes con todo lo que pudiera pasar por una *manifestation artistique*. Terminamos invadiendo, impasibles, unos baños turcos. Hombres gordos, que sudaban entre nubes de vapor o estaban a remojo en las piscinas, nos miraban asombrados pero sin ofrecer resistencia. Los empleados preguntaban «¿Qué demonios?» Alguien del cortejo se limitaba a responder: «*C'est le Dada*». No era demasiado divertido.

Cuando salimos otra vez a la calle. Don y yo nos metimos a un taxi y nos encaminamos a nuestros respectivos hoteles. Dada nos dejó algo así como un mal gusto de boca.

COMPROMISO POLÍTICO Y DESENGAÑOS

Durante los meses de invierno de 1926 estuve recorriendo Marruecos. Empecé por un viaje al oasis de Figuig en los límites de Sahara, donde había un excelente hotel regentado por una corpulenta señora francesa conocida como Madame Mimosa. Su especialidad era unas setas que crecían bajo tierra y que ella, con una entonación muy *Comédie Française*, llamaba «*truffles du désert*».

Yo estaba intentando evitar un nuevo ataque de fiebre reumática. Cierta doctor me había recomendado tostarme en las dunas de arena, y oía decir con frecuencia que aquella enfermedad no existía por debajo del Trópico de Cáncer; de manera que me iba lo más al sur posible.

Pasé la Navidad completamente solo, errando por los caseríos de adobes de Beni Ounif y contemplando las caravanas que llegaban del país de los Tuaregs. Las montañas rosadas y violetas parecían reclamarme. En un roquedal situado en la llanura más allá del oasis, había un bajo relieve maravillosamente esculpido que representaba un elefante. El coronel francés aseguraba que era neolítico. Me hubiera gustado mandárselo a Cummings que sentía tanta pasión por los elefantes.

Poco antes de acabar el año le escribía a Arthur McComb que rebosaba «reflexiones melancólicas sobre la caída del pelo, la pérdida de los amigos, la desaparición de los grandes correos transatlánticos... Ya es hora de que me apriete el cinturón y haga algo de provecho... Quizá convertirme al Islam, pero eso requeriría una dolorosa operación... Y lo mismo sucedería con el comunismo o con tu romántico amor por las antigüedades –la proximidad del fin de año siempre trae esas *idées noires*. Me temo que es un espectáculo ridículo y repulsivo el que ofrezco recorriendo siempre el mundo de un sitio para otro como una cucaracha que huye de la luz. Me obsesionan las máximas prudentes y los viejos proverbios. Lo malo es que tienen toda la razón– los cantos rodados no crían musgo ni recogen información. Heme aquí tratando de aprender árabe. Rebelar falta de dignidad. Es obsceno...»

En cuanto amainó el ataque reumático me trasladé a Tánger. Estaba tratando de escribir un artículo sobre la rebelión de Abd el-Krim en el Riff. El cónsul de Su Majestad en Tánger era Mr. Harriss, un astuto inglés de la vieja escuela colonial, hombre clave del Servicio de Inteligencia británico, a quien se conocía, temía y admiraba en todo Marruecos.

Mr. Harriss había vivido treinta años en Marruecos. Sabía muchísimo y lo contaba además tan bien que tuve la impresión de que tendría que vivir allí otros treinta años antes de poder empezar a escribir sobre Abd el-Krim.

Los marroquíes tienen algo de occidental. No es demasiado difícil llegar a conocerlos. Logré intimar con un profesor francés en Rabat que se había hecho mahometano. Yo lo atribuí al espíritu ahorrativo de los franceses. Tenía dos esposas, una pálida, vestida *à la parisienne*, que recibía a los invitados en el salón y otra, una joven morena, que se ocupaba de la cocina.

En Marrakesh conocí a un sujeto alto y de aire severo llamado Ahmet que me invitó a cenar en compañía de un señor de aspecto filosófico y barba gris que resultó ser sastre de profesión. Hablamos del destino en mal francés. Después de una excelente comida a base de cuscús y cordero, Ahmet, como es costumbre en esas regiones, sacó a relucir una pipa de kif.

A decir verdad, el hashish era la última cosa que yo tenía deseos de probar. Mis amigos fumaron con aire soñoliento, extendiéndose en consideraciones sobre los placeres de la tranquilidad. Yo aspiré sin ninguna convicción y, como es lógico, no sentí ningún efecto. ¿Por qué tendría que haberlo sentido?

Me di cuenta de repente que no me interesaba la tranquilidad. Lo que quería era la barahúnda y la agitación de los Estados Unidos. Las rebeliones en el Riff no tenían nada que ver conmigo. ¿Por qué tratar de entender Marruecos si no sabía lo que pensaban los americanos? Lo mío era hacer reportajes sobre la insatisfacción de la gente que había conocido en el ejército.

Un par de días más tarde recibí un telegrama de Nueva York. Jack Lawson me invitaba a ser director en el nuevo teatro que estaba ayudando a crear. No se podía desaprovechar aquella oportunidad.

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

Me las apañé para conseguir un pasaje en el avión correo. Era la primera vez que volaba y yo era el único pasajero. Iba sentado sobre las sacas postales, frente al piloto, cuyo rostro casi desaparecía tras las gafas, y protegido tan sólo por una banda de lona. ¡Santo cielo, qué viaje tan glacial! El avión se encabritaba como un potro salvaje. Nos azotaban las nubes de lluvia. Volamos a través del granizo. Tánger, Málaga, Alicante, Barcelona... no sé cómo pude llegar hasta Séte sin vomitar sobre el correo. Desde allí a París en el tren nocturno. Mientras cruzábamos el Languedoc los ruisseños cantaban a los lados de la vía.

Llegué a Nueva York a tiempo para ver una de las últimas representaciones de una de mis piezas. El título que yo le había puesto, cuando dibujaba los decorados para la puesta en escena de Ed Massey en el Dramatic Club de Cambridge muchos meses antes, era *The Garbage Man*, pero el anuncio luminoso delante del Greenwich Village Theatre decía «The Moon is a Gong». Cuando llegué ante la taquilla, no supe cómo decirle a la encargada que yo era el autor. De manera que compré una entrada como todos los demás.

El New Playwrights' Theatre resultó ser una experiencia muy instructiva. Había ya cuatro directores trabajando. El porvenir parecía prometedor. Jack Lawson se había creado una reputación con *Processional*. Francis Faragoh, un hombrecillo mordaz cuyos padres eran dos encantadores exiliados húngaros, había sido aclamado por la crítica con su *Pinwheel*. A Em Jo Basshe se le considera un prometedor dramaturgo; y por mediación de Mike Gold, que había publicado ya según creo *Jews Without Money*, creíamos contar con el apoyo de las organizaciones de izquierda. Era Mike, con su simpatía típicamente *yiddish* y su aire de Gorki del East Side, quien había convencido a Otto Kahn para que pusiera el dinero. Se trataba de montar en Nueva York un teatro de repertorio consagrado al expresionismo revolucionario.

En Europa se hacía mucho teatro de ese tipo. En París estaba el Vieux Colombier. En Berlín, Piscator. De Rusia llegaban ecos de Meyerhold y Vachtangov.

Los críticos no quisieron saber nada de nosotros. Los organizadores radicales consideraron que nos alejábamos demasiado de la línea del partido. Disputas, histeria, conflictos ideológicos.

Lo que más me gustaba de todo el trabajo teatral era diseñar y ayudar a pintar los decorados. Otra cosa que también me gustaba era relacionarme con los fanáticos jóvenes de ambos sexos que habían atrapado el virus y se consagraban al teatro en cuerpo y alma. Pero aquello no era para mí. Siempre he sido un trabajador matutino y en el teatro todo sucede después de media noche. Había alquilado un apartamento, con una vista maravillosa del muelle de Brooklyn, en Hamilton Easter Field's House en Columbia Heights. Semana tras semana me iba a acostar cuando ya era hora de levantarse. La falta de sueño acabó por convencerme de que el teatro y yo no estábamos hechos el uno para el otro.

Durante aquel período, Hart Grane ocupó una habitación en la misma casa. De cuando en cuando cenábamos con Cummings y Nagel en uno de nuestros *speakeasies* italianos. Todos le queríamos y le estimábamos, pero el pobre Hart era el desorden personificado. Aunque gustaba a las mujeres, nunca consiguió superar una *adolescente* inclinación hacia otros hombres. Sus nervios parecían estar mal conectados. Cummings tenía una peculiar manera de tomarle el pelo que le producía crisis de urticaria.

Lachaise tenía una casa en los Catskills a donde solíamos ir todos juntos en invierno durante los fines de semana. Hart aparecía por allí a veces. Cuanto mejor se le conocía, más penosa resultaba la situación. Hart tenía verdadero talento poético y una cierta honradez personal que no se encuentra a menudo entre los que se dedican a la literatura. Poseía todo lo que hace falta para ser un hombre y un poeta de primer orden, pero, en su caso, el problema era que nada estaba en su sirio. Nunca consiguió enderezar su vida privada; bebía sin ningún control. A veces me lo encontraba de vuelta a casa por la noche, cruzando el puente de Brooklyn, d puente que Hart hizo suyo con un poema, como Walt Whitman dejó su marca en el ferry que lo había precedido.

A aquellas horas Hart solía estar muy borracho y yo trataba de convencerle para que se fuera a acostar. Una vez, para no parecer maleducado, subió a su habitación y cerró la puerta. Más tarde le oí bajar las escaleras de puntillas. Pero, normalmente, al llegar al portal se daba media vuelta y

desaparecía en busca de alguna sórdida y peligrosa aventura en los muelles. Enfadarse con él hubiera sido como enfadarse con un potrillo rebelde.

Alguien me dijo que cuando, finalmente, el pobre Hart puso fin a sus días saltando por la borda del barco que le llevaba a La Habana, lo último que de él vieron sus amigos que estaban en cubierta fue un alegre gesto de adiós antes de desaparecer y ahogarse. Aquel último saludo amistoso era el Hart Crane más auténtico.

Eran los años en que tratamos de resucitar el *Masses*. El antiguo *Masses*, desde su supresión durante la presidencia de Wilson en su esfuerzo por eliminar los sentimientos pacifistas durante la guerra europea, se había convertido en una especie de estandarte para toda una generación de jóvenes rebeldes. *The New Masses* se organizó en un esfuerzo para ofrecer una tribuna al genuino radicalismo americano. Nos parecía que la línea marxista-leninista no podía aplicarse a los Estados Unidos. Los codificadores marxistas habían catalogado desde tiempo atrás nuestra herejía como Excepcionalismo americano. Como nunca he sido capaz de trabajar eficazmente para ninguna organización, razonaba mi conexión con *The New Masses* diciéndome que así recibía información de primera mano sobre el movimiento sindical. Los dogmatistas más estrictos desconfiaban de mi actitud. Aunque todavía no había leído a Roger Williams, yo desempeñaba el papel de Explorador en materias políticas de la misma manera que él lo hacía en materias religiosas.

Si no recuerdo mal, Egmont Arends, un hombre de amplia visión y que no tenía en absoluto el vicio de teorizar, era todavía el editor de *The New Masses* cuando me trasladé a Boston para escribir un artículo sobre el caso de Sacco y Vanzetti. Me interesaban porque eran anarquistas y yo simpatizaba mucho con sus ingenuas convicciones, tan parecidas a las ilusiones de los cristianos milenaristas; y también porque eran italianos. Tanto en la universidad como fuera de ella había experimentado personalmente lo que era ser considerado un «sucio italiano».

Es difícil explicar a quienes no vivieron durante los primeros años veinte la virulencia que alcanzó en los Estados Unidos el odio contra los extranjeros y contra los radicales de izquierdas después de la primera guerra mundial. Para los jóvenes que volvían de Europa convencidos de que el militarismo era el enemigo de la civilización, esta reacción encarnaba todas las malas pasiones en las que aquél se ceba. Cuando tomamos partido por Sacco y Vanzetti, tomamos partido por la libertad de expresión y por un sistema judicial equitativo que tratara de la misma manera a los pobres y a los ricos, a los extranjeros de raza latina y a los americanos de pura sangre.

Aldino Felicani, el impresor italiano que consagró su vida a presidir el Comité de Defensa, me pareció un hombre íntegro desde nuestra primera entrevista. Y reaccioné de la misma manera al conocer a muchos de sus camaradas. Era imposible hablar con Bartolomeo Vanzetti, a quien fui a ver a la prisión de Charlestown, donde estaba cumpliendo su condena por el caso Bridgewater, sin quedar impresionado por la ausencia en él de todo pensamiento egoísta. Era bien difícil imaginarse al amable y pensativo pescadero tomando parte en un atraco a mano armada, incluso en un atraco perpetrado para defender lo que él podía considerar una buena causa. A nadie en su sano juicio que planeara una cosa así se le ocurriría llevar consigo a un hombre como Bartolomeo.

Cuando estaba preparando un informe para el Comité de Defensa, fui a North Plymouth y hablé con la mayor parte de los testigos de su coartada. Volví convencido de que decían la verdad. El joven Brini me pareció especialmente inteligente y digno de crédito. Para mí, la historia de que Vanzetti estaba vendiendo anguilas la mañana del 24 de diciembre de 1919, resultaba mucho más verosímil que su supuesta «identificación» por los testigos que creían era el individuo de aspecto extranjero con una pistola que habían visto en un atardecer de invierno nada menos que seis meses antes de testificar ante el tribunal en Plymouth. La condena de Vanzetti y Sacco por el asesinato de Parmenter y Berardelli en el atraco en South Braintree, el mes de abril siguiente, fue un típico golpe preparado por el fiscal del distrito. Cuando el acusado ha sido ya condenado por otro delito, se tiene ganada la mitad de la causa.

Hablando con Nicola Sacco desde detrás de los barrotes verdes de la cárcel de Dedham, me pareció exactamente el ciudadano cumplidor que describían sus testigos de descargo. Mientras Vanzetti era un hombre reflexivo, Sacco era sencillo y extrovertido. Parecía casi imposible que se

hubiera podido convencer a sí mismo de que robar dinero a un habilitado capitalista para defender a sus camaradas perseguidos era un acto justificado por la lucha de clases. Durante la primavera de 1920 fue posible presenciar la culminación del delirio de arrestos y deportaciones de supuestos radicales instigado por el Ministro de Justicia de Woodrow Wilson. Todo esto les tocó muy de cerca a los anarquistas de Boston cuando los titulares de los periódicos dieron la noticia de que el 3 de mayo su camarada Salsedo había saltado o había sido arrojado desde el piso catorce de un edificio en Park Row donde al parecer los agentes del Ministerio de Justicia le estaban aplicando el tercer grado.

Al escribir sobre estas cosas cuarenta años después es muy difícil reconstruir el delirio de las redadas por sorpresa organizadas por Palmer. Los radicales, tanto extranjeros como americanos, eran denunciados, y la policía y los miembros de organizaciones cívicas como la Legión Americana los detenían y amontonaban en las cárceles de todo el país.

Hay que decir que a los anti-rojos no les faltaban razones. Los revolucionarios en Rusia habían fundado el poder socialista sobre una matanza de adversarios cuyo recuerdo no se había borrado aún de ninguna mente. Éxitos anarquistas como la explosión en Wall Street, con su lista de muertos y heridos, y la bomba en casa del Ministro de Justicia Palmer en Washington, quitaban todo valor a la afirmación de que los anarquistas y los comunistas eran tan sólo disidentes teóricos.

El reinado del terror implantado por A. Mitchell Palmer explica el hecho de que Sacco y Vanzetti llevaran pistolas cuando fueron detenidos en el tranvía de Brockton. Creyeron que les arrestaban para ser deportados. El agente que los detuvo admitió que creía arrestar a uno de sus compañeros llamado Boda contra quien existían pruebas suficientes para justificar la deportación. Mi hipótesis, aunque nunca se lo pregunté directamente, es que Vanzetti se negó a declarar en favor propio en el primer juicio en Plymouth por temor a proporcionar información que pudiera perjudicar a otros miembros de su grupo anarquista. Quedan de todas formas cosas sin explicar. Es posible incluso que algunos de los amigos de Sacco y Vanzetti, como indicó Carlo Tresca años más tarde, hubieran participado en actos de violencia con criminales profesionales como la banda de Morelli. Pero lo que quedó tan claro como la luz del día es que Sacco y Vanzetti no fueron juzgados con imparcialidad.

Lo esencial del caso Sacco-Vanzetti, lo que provocó toda la agitación, era el convencimiento, compartido por muchas personas que no eran en absoluto radicales, de que todo aquello era un asunto amañado. Debido a una excentricidad, que según creo ha sido corregida, en el derecho procesal de Massachusetts no se podía conceder a la defensa una nueva vista de la causa en el caso de que se obtuvieran pruebas suplementarias después de la sentencia. El juez Thayer se negó a admitir la confesión de Madeiros o cualquier otro nuevo indicio. Cuando el caso fue revisado en apelación ante el Tribunal Supremo de Massachusetts, los debates tuvieron que limitarse a las actas del primer juicio. No cabe la menor duda de que el juez Thayer y la mayor parte de los miembros del jurado estaban convencidos de cumplir estrictamente con su deber de ciudadanos procurando que los «asquerosos anarquistas» fueran ahorcados. Lo más cerca que se llegó de una revisión del proceso fue la comisión que nombró el gobernador Fuller para que le asesoraran sobre la posibilidad del perdón o de la conmutación de la pena.

El único miembro de la comisión con quien me puse en contacto, el presidente de Harvard, Lowell, me pareció una persona bien intencionada e inteligente; me quedé consternado al ver su firma al final del informe que condenó a Sacco y Vanzetti a la pena capital. Incluso hoy, cuando las pasiones del momento se han calmado ya, resulta difícil entender cómo un historiador pudo mostrar tan poco interés por el lado humano del caso. Al igual que el Tribunal Supremo, los tres miembros de la comisión del gobernador Fuller se atuvieron a los autos del proceso y los autos eran condenatorios.

Desde el punto de vista de la historia del siglo XX, la cuestión de la inocencia o la culpabilidad de Sacco y Vanzetti pierde importancia ante el hecho de que la agitación internacional en su favor resultó ser el banco de prueba de una de las armas más eficaces en la guerra para la destrucción del orden capitalista. La agitación promovida por el caso Sacco-Vanzetti fue el último esfuerzo colosal del desorganizado movimiento anarquista que nació de la escisión entre Bakunin y Marx en la

Primera Internacional. La protesta generalizada que empezó como una espontánea manifestación de los ideales y los odios anarquistas terminó casi completamente bajo el control del partido comunista.

En Boston, el trabajo del Comité de Defensa se vio entorpecido por los continuos y pacientes esfuerzos del partido comunista americano para colocarse al frente de la agitación. Las escuelas de propaganda de Moscú aprendieron una lección muy importante en política internacional. Los agravios y las injusticias, hábilmente explotados y dirigidos, eran más efectivos que los ejércitos en la lucha mundial por el poder.

Las pasiones provocadas se manifestaban en todas partes. Antiguos amigos te volvían la espalda en la calle. Un ejemplo tan sólo: Lowell Downes, el gran amigo de Bobby Hillyer en los días de la universidad, a quien yo no había visto desde Madrid, cuando oyó que había firmado una petición en favor de Sacco y Vanzetti, me escribió desde California para poner fin de manera oficial a nuestra amistad.

Aquel tipo de controversia no era en absoluto de mi agrado. En primer lugar, porque nunca conseguía convencerme de que tenía razón suficiente como para combatir a mis adversarios. Nunca me pude acostumbrar a que personas que consideraba amigos míos me atacaran personalmente en lugar de limitarse a atacar mis equivocadas convicciones. Siempre me acordaba de una divisa inscrita a la entrada de la cárcel Modelo de Madrid: «Odia el delito y compadece al delincuente».

La agitación ideológica acerca del caso Sacco y Vanzetti y del New Playwrights' Theatre consiguió que la cabeza empezara a darme vueltas y decidí marcharme de Nueva York por una temporada. Necesitaba tomar aire fresco y dormir mucho.

Después de una breve visita a mi hermanastro James en el Northern Neck de Virginia, me lancé a una excursión para atravesar el Gotham Pass en las montañas al oeste de Lexington. Una precoz tormenta de nieve me sorprendió cuando cruzaba Warm Springs Mountain. Fue maravilloso descubrir, calado hasta los huesos y con los pies destrozados, que funcionaba un pequeño albergue en la antigua audiencia de Warm Springs y que se podía uno bañar en los estanques de agua mineral al otro lado de la carretera. El nadar solo al anochecer en el agua clara y tibia del profundo estanque fue un placer inolvidable. El pabellón de madera de forma octogonal construido sobre el sitio donde nacía el manantial parecía remontarse a los tiempos de Jefferson. Los copos de nieve llegaban hasta el interior por una abertura en el techo. En las montañas de Virginia nadie había oído hablar de Sacco y Vanzetti, ni de Marx, ni del expresionismo en el teatro. Y si habían oído les importaba un comino. ¡Qué alivio!

El primero de noviembre, *el día de los muertos*, cuando todos los vendedores callejeros ofrecen pequeñas calaveras hechas con azúcar, lo pasé en la ciudad de México. México era todavía una capital colonial. Los edificios que llamaban la atención eran todos ejemplos de la arquitectura barroca colonial. El marxismo estaba muy presente, pero era el marxismo de Orozco y Diego Rivera, a quienes se podía ver trabajando en los murales al fresco del Ministerio de Educación. Todavía quedaba algún que otro vestigio de la revolución mexicana, como cuando un coronel mostachudo que había sobrevivido a los Dorados de Villa apagaba a balazos las luces de uno de los bares de la avenida Juárez. Cuando ibas a bailar al Salón México te cacheaban a la puerta. Las pistolas y los cuchillos eran cuidadosamente depositados sobre una larga mesa.

La luz en el valle de México es maravillosamente clara. Las cosas y las personas se destacan con un relieve brutal. Las gentes se convierten casi en caricaturas de sí mismas.

Los americanos que encontré eran en su mayor parte radicales, pero resultaba bien difícil conciliar sus teorías con la picaresca realidad de sus vidas. Había un antiguo miembro de los *Industrial Workers of the World* llamado Gladwin Bland que hacía dinero con una serie de pequeñas empresas. Gladly tenía un amplio repertorio de historias que contaba con cierta satírica indiferencia, acerca de los días en que creía que los I. W. W. estaban realmente construyendo una nueva sociedad dentro del caparazón de la antigua.

Howard Phillips, que ya entonces sabía sobre México más que cualquier gringo o cualquier nativo, estaba lanzando su *Mexican Lije*. Abundaban los cuentos y las más fantásticas historias que

imaginarse pueda. Nos reuníamos con muchos mejicanos, periodistas, gentes de letras y demás, con quienes observamos escrupulosamente el rito de las posadas antes de Navidad y Año Nuevo, cuando se celebraba la llegada del nuevo año besando a todos los demás en las mejillas. Después de tomar unas cepitas los mejicanos te decían lo mucho que odiaban a los gringos; tú eras diferente, sin embargo.

Ninguno de mis amigos salía de la ciudad. Mis visitas a las zonas rurales se tuvieron que limitar a los paseos de los domingos para beber cerveza en las bateas de Xochimilco o en la cueva detrás de las pirámides de Teotihuacán. Llegué sin embargo a hacer una excursión a pie de varios días con un muchacho de sangre india llamado Xavier Guerrero.

Xavier era un pintor de verdadero talento, pero renunciaba a su arte para consagrarse al partido comunista. Recorrimos las aldeas de las frías montañas detrás de Toluca. Comimos con los indios y dormimos en esteras de paja envueltos en sarapes que no nos protegían suficientemente del frío. El frío y las pulgas hadan que resultara difícil conciliar el sueño. Todo el paisaje tenía una sobria magnificencia escultural: las montañas, los nopales, los magueys, los anchos rostros sombríamente modelados. Yo me sentaba a mirar y a tomar apuntes mientras Xavier, que era quien debería estar dibujando, predicaba el evangelio de Lenin y Marx entre los campesinos.

Hablaban mucho sobre *los enemigos*. Xavier no se cansaba de explicar que los enemigos eran los explotadores capitalistas, pero de cuando en cuando salía a relucir que cuando aquellas gentes hablaban de los enemigos se referían a los indios en la otra vertiente de las montañas.

Xavier estaba tan consagrado a su causa como los primeros cristianos. Siempre me pregunto qué habrá sido de él. Ya entonces tenía la impresión de que a la larga habría sido más eficaz pintando a aquellos pobres indios, cuyo destino tanto deseaba mejorar, que haciendo proselitismo entre ellos. El arte, aunque no tenga valor, hace poco daño. Cuando es bueno, puede proporcionar un impulso inmenso al espíritu humano. En nuestros días, la política se ha convertido en algo tan destructivo como la religión lo fue en el siglo XV.

En marzo volví a Nueva York con tantas historias en la cabeza como pulgas tiene un perro. Se me había ocurrido algo que iba a apartarme aun más del teatro y de la agitación política. Estaba tratando de organizar algunas de las historias que había reunido en México para conseguir las líneas entrecruzadas de narración que más tarde llegarían a ser *The 42nd Parallel*. *Three Soldiers* y *Manhattan Transfer* habían sido cuadros únicos; ahora, al igual que los pintores mexicanos se sentían forzados a pintar todas las paredes, yo también sentía la necesidad de iniciar un panorama narrativo cuyo final aún no conseguía ver.

En el verano de 1927 tuvieron lugar los últimos esfuerzos frenéticos para salvar a Sacco y Vanzetti. El 9 de abril de aquel año el juez Thayer pronunció finalmente la sentencia de muerte. Mis chistosos amigos de los barrios elegantes de Nueva York me habían tomado tanto el pelo sobre mis crisis de radicalismo que llegué a considerarme tan poseído por el marxismo como Xavier Guerrero. Scott Fitzgerald, con quien tuve una larga conversación durante una de sus breves visitas a Nueva York, decía cosas muy divertidas sobre el asunto, medio en broma, medio en serio. Pero tenía toda la razón del mundo cuando me rogaba que no mezclara la política con las novelas. La menor sombra de propaganda arruinaría mi trabajo si es que no lo había hecho ya. Todavía recuerdo la expresión desdeñosa de su pálido rostro. Aquel día, sus rasgos parecían delineados con especial cuidado, como un apunte de James Montgomery Flagg.

En cualquier caso, el asunto Sacco y Vanzetti se estaba convirtiendo en el proceso de moda. Aquel verano, manifestarse frente a la Cámara Legislativa de Boston era «la buena acción del día» para los intelectuales de izquierdas. Conseguí incluso que me detuvieran.

Lo más divertido es que fue todo un error. Fiel a mi idea de mantener una postura neutral de observador, pensé que no debía unirme a los piquetes de manifestantes. Cuando *The Daily Worker* (entre todos los diarios) me pidió un reportaje sobre la agitación en Boston, no tuve el menor inconveniente en mandarles un artículo cada día. Aunque estaba bien consciente de la tensión entre los comunistas y el Comité Anarquista de Defensa, mi actitud, posiblemente ingenua en aquel

momento, era que no importaba quién te publicara con tal de que imprimieran lo que escribías.

Litera scripta manent.

Una tarde que iba de un lado a otro interrogando a los manifestantes, la policía hizo una de sus periódicas redadas. Me metieron en el coche celular con los demás. Los policías no parecieron quedar muy impresionados cuando intenté enseñarles mis credenciales como corresponsal del *Daily Worker*.

Por lo menos, habían recibido la consigna de tratar a los manifestantes con toda la suavidad posible. El trayecto en el coche celular resultó extraordinariamente agradable porque me encontré sentado junto a Edna St. Vincent Millay. Además de ser una poetisa aceptable, Edna Millay era una de las mujeres más atractivas que han cogido la pluma. El curioso reflejo de su cabellera cobriza emborrachaba a todos los hombres que la veían. Además de sus ojos color violeta y de su maravillosa cabellera, Edna tenía un marido muy rico. Antes casi de que tuviéramos tiempo de elegir sitio en las celdas de la comisaría de Joy Street, Eugene Boissevain estaba pagando nuestra fianza. Nos habían detenido por «vagos y maleantes». Fui de los que aceptaron aparecer ante los jueces y, meses más tarde, cuando todo el mundo se había olvidado de Sacco y Vanzetti, tuve la dudosa satisfacción de ser declarado inocente.

Sacco y Vanzetti habían muerto. El New Playwrights' Theatre, aunque no había naufragado aún por completo, no cesaba de crearnos quebraderos de cabeza. Administrar y recoger fondos no se me daba nada bien. Pensé que quizá era el momento de visitar la Unión Soviética. No tenía demasiado sentido ir sólo por el placer del viaje, pero estudiar el teatro ruso, que estaba sin duda atravesando un momento de plenitud, podría ser útil para preparar nuevas producciones y podía de paso ayudarme a saber cómo vivía la gente bajo un sistema socialista. Había aprendido hacía tiempo que hacer preguntas tan directas como las de Scott era el peor camino para llegar a saber algo.

En la primavera de 1928, traté durante varias semanas de encontrar un medio para viajar gratis a Rusia. Creo que fue Sam Ornitz quien me puso en contacto con el hombre que necesitaba. Era un individuo conectado con Amtorg, que buscaba a alguien que se encargara de acompañar y alimentar un cargamento de ratas almizcleras con destino a Leningrado. Los visones y las martas cebellinas se estaban extinguiendo en las provincias occidentales de la Unión Soviética. La exportación de pieles a los países capitalistas era una de sus fuentes más seguras de divisas. Alguien tuvo la idea de importar ratas almizcleras americanas para repoblar los cursos de agua. ¿Por qué no podía yo dar de comer a las ratas y conseguir un viaje gratis hasta Leningrado? Quizá las autoridades decidieron que yo no era realmente el hombre indicado para inculcar a aquellas ratas almizcleras capitalistas los principios del marxismo-leninismo. Lo cierto es que el proyecto fracasó y tuve que conseguir dinero para el viaje gracias a un anticipo sobre mi próximo libro.

La primera noche de travesía en un transatlántico siempre me ha parecido la cosa más maravillosa del mundo. Tomé un pasaje de tercera clase en el *United States*, un barco de una de las líneas escandinavas con destino a Copenhague. La travesía fue deliciosa. Todo estaba limpio; la cerveza era barata y la comida, sencilla y de buena calidad; los arenques crudos para desayunar fueron toda una experiencia. Vi por primera vez Rockall, esa extraña excrecencia de la corteza terrestre que se alza, solitaria, en el Atlántico Norte, a unas veinticuatro horas de viaje al oeste de Pentland Firth. Me recordó a una reproducción de un cuadro alemán llamado «La Isla de los Muertos», que solía darme escalofríos cuando era pequeño y pasaba por el vestíbulo del primer piso de nuestra casa de Sandy Point. Cruzamos lo suficientemente cerca como para notar el reflujos de la marea y oír el estruendo de las olas. El roquedal, del tamaño de un gran transatlántico, nos mostraba sus quebradas de pizarra rojiza que terminan en picos blanqueados por el guano, semejantes a cimas cubiertas de nieve. Las gaviotas y los pájaros bobos se arremolinaban en una nube acompañada de interminables gritos estridentes.

Helsinki me pareció melancólico cuando llegué a Finlandia en el vapor de Stettin, después de una corta visita a Londres y a París para saludar a viejos amigos y después de pasar dos días de vida social en Berlín con Van den Arend. Van acababa de regresar de Madagascar, donde la compañía de exportación e importación para la que trabajaba había quebrado repentinamente. A pesar de beber

champagne con un melocotón dentro, la vida nocturna de Berlín nos pareció deprimente. Yo la veía ya a través de los ojos de Georg Grosz. Además, nunca me ha gustado la vida nocturna. Y ahora, Helsinki me parecía completamente antiséptico. No se podía beber nada; nunca era de noche y el agua del mar no era salada; y, por supuesto, mi visado soviético, que en teoría tenía que estar aguardándome, no había llegado aún.

Cuando, después de interminables días de espera, llegué a Leningrado acompañado de Kittin, un americano nacido en Rusia, editor de un periódico en ruso que se publicaba en Nueva York, todo, por contraste, me pareció extraordinariamente interesante.

El verano del 28 fue un buen momento para los americanos en la Unión Soviética. Desde tiempo inmemorial los gobiernos rusos tienen, como las ostras, tendencia a abrirse y a cerrarse de manera espasmódica. Aquél era un período de actitud receptiva hacia los extranjeros. El relajamiento del N. E. P. todavía se dejaba sentir. La guerra a muerte entre Stalin y Trotski había llegado a un punto muerto. Trotski se había exiliado pero Stalin no se sentía suficientemente firme en el poder como para barrer a todos los partidarios de Trotski. Todavía había quien mencionaba su nombre. Los ingenieros americanos habían prestado servicios al gobierno. No existía la propaganda antiamericana; de hecho, los americanos, individualmente, eran más bien populares.

En Leningrado se hacía todo sobre un fondo de amplias columnatas al estilo de Paladio, colocadas como un decorado de teatro al final de cada perspectiva. Yo estaba siempre consciente de las aguas del río Neva, grises como el acero y límpidas como el cristal, que corrían en dirección al Báltico. Me alojé en el viejo hotel Evropskaya, donde las habitaciones todavía parecían decorados de Stanislavski para las obras de Chejov.

El conocimiento del ruso de Kittin me ayudó enormemente. Fuimos juntos a ver los sitios de interés. En el museo Hermitage nos apasionamos tanto hablando con un Kirgiz que casi nos olvidamos de mirar los cuadros. Era un muchacho joven que, un año antes, todavía habitaba en la estepa y dormía bajo una tienda. Su hermano era un miembro del partido y estaba estudiando en la Universidad para los pueblos del Este. El no pertenecía aún al partido; quería ver mundo y decidir por sí mismo. Trabajaba como simple obrero en una fábrica metalúrgica, donde ganaba lo justo para vivir. Leía mucho. Sólo a partir de la revolución los Kirgiz habían empezado a leer. Estaba leyendo a Gorki. No pensaba leer otra cosa hasta que acabara las obras completas de Gorki.

Lo que le gustaba de la revolución era poder leer y la nueva forma del matrimonio. Antes, entre los Kirgiz, un hombre sólo se podía casar si tenía ganado o dinero suficiente para comprarse una esposa. Aquí, en la fábrica donde trabajaba, si a una chica le gustaba un muchacho se iba a vivir con él. Si llegaban a quererse mucho o iban a tener un hijo, legalizaban su situación.

Quería que le contásemos inmediatamente todo lo que se refería a América. ¿Teníamos nómadas?, ¿cómo era el matrimonio entre nosotros?, ¿cuánto ganaba un obrero metalúrgico? Quería ir a América, quería ver mundo; todo lo más posible para decidir qué clase de sistema político sería el mejor para los Kirgiz.

Cuando habíamos acabado de extraer toda la información posible del joven Kirgiz, me encontré estrechando la mano de Etienne de Beaumont y de su esposa. «*Quelle collection! Epatant. Formidable.*» Había conocido a los Beaumont como amigos de los Murphy en Villa América, en Antibes. Eran protectores del arte de vanguardia; y *tres américains*, quizá porque un antecesor del conde había acompañado a Tocqueville en su famoso viaje por América.

El tropezarnos con el Kirgiz y con los Beaumont la misma tarde hizo que subrayara en mi diario el carácter cosmopolita de Leningrado. El zar Pedro había construido su capital norteaña como una especie de puerta entre el Este y el Oeste. Los escritores rusos de la escuela de Leningrado que conocí, estaban muy conscientes de sus lazos con Europa. Y no ocultaban su desprecio por Moscú.

Stenich, que vino a verme al hotel, era tan de vanguardia como los Beaumont. Hablaba un inglés excelente. Había traducido una de mis novelas y estaba ansioso por tener noticias sobre las últimas obras de Joyce, Eliot y Pound. Su padre había sido un acaudalado hombre de negocios de origen checo, pero Stenich escribía y pensaba en ruso. Algunos amigos me dijeron confidencialmente que era un poeta de primera clase. Había ingresado muy joven en la Guardia Roja y mandado una división durante la guerra civil, pero, de alguna manera, había caído en desgracia con el régimen, le

habían expulsado del partido y había pasado un año en la cárcel. Bromeando, se llamaba a sí mismo contrarrevolucionario.

Stenich y sus amigos me llevaron a dar largos paseos por la ciudad a la luz lechosa de la medianoche. Nos enseñó la gran plaza donde estaba el monumento a los muertos de octubre y nos dijo que había sido erigido durante una de las tardes de sábado de Lenin, cuando los soldados y los obreros industriales se ponían manos a la obra en uno de los rincones de la ciudad más necesitado de mejora y creaban un parque. Nos enseñó las calles donde había peleado once años antes; el lugar donde habían resistido tras una barricada contra un ataque desesperado de los cadetes. Evocó con nostalgia el entusiasmo y la camaradería de entonces.

Siguiendo la orilla del luminoso río Neva, frente a los chapiteles de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, llegamos ante la gran estatua negra de un hombre sobre un brioso corcel. «Ese es mi ruso favorito», exclamó Stenich, «Pedro el Grande, que hizo salir el orden del caos, el primer bolchevique.»

Todo el mundo pareció sorprenderse. Stenich tendría que haber dado aquel título a Lenin. Alguien dijo preferir a Pushkin. Otro sacó a colación el nombre de Edgar Allan Poe. ¿Sabía yo que Poe y Pushkin se habían encontrado probablemente en San Petersburgo? Muy excitados me contaron la historia. Durante el período en el que Poe estuvo navegando, había recorrido el Báltico en un buque mercante. Poe y Pushkin se habían visto cara a cara, quizá en aquel mismo lugar. Sugerí que aquello era un mito nacido de unas declaraciones ambiguas de Poe acerca de sus años juveniles. Stenich me preguntó con brusquedad que «Cómo lo sabía». No estaba seguro. Todos tenían tales deseos de creerse la historia que empecé a creérmela yo también. Mi recuerdo de Stenich tiene más relieve que el de los otros rusos que conocí en Leningrado. ¡Pobre hombre! No vivió mucho. Fue eliminado bien pronto, como consecuencia de la purga de escritores de Leningrado ordenada por Stalin.

Fue en Leningrado donde conocí a Horsley Gantt. Yo estaba preguntando algo en la recepción del hotel. Horsley había acudido al Evroopskaya para ver a otra persona, y al darnos cuenta cada uno de que el otro era americano empezamos a charlar. Horsley era de Virginia y había venido a Rusia por primera vez como médico del Hoover Relief. Al visitar el laboratorio de Pavlov –en quien sólo veía hasta entonces un gran fisiologista– se había sentido completamente fascinado por él y por su trabajo sobre los reflejos condicionados. Cuando conocí a Horsley estaba terminando siete años de estudio y de trabajo experimental en el laboratorio de Pavlov.

Me invitó a desayunar en su casa a la mañana siguiente. No sé de qué hablamos pero me acuerdo perfectamente de las fresas. Las fresas de Leningrado son las mejores del mundo. Tan grandes como puños y tan fragantes como las *fraises du bois* francesas. Eran las famosas fresas que el pobre Nicky solía mandar a la abuela de su mujer, la reina Victoria, antes de la caída de las monarquías. Horsley quería llevarme a conocer a Pavlov. Me negué por timidez. No podía creer que el gran científico aceptara perder el tiempo con un errante escritor americano. No me lo he perdonado nunca.

Pero vi su laboratorio. «He visto los perros de Pavlov en Leningrado», le escribí a Cummings. «Por cierto, todo su trabajo lo ha hecho sobre la secreción de glándulas no sexuales y la mayor parte de sus trabajos sobre la fisiología del cerebro están basados en las glándulas salivares del perro, en donde puede medir la cantidad de secreción. Todo esto se va a publicar este año traducido al inglés (International Publishers) –era la traducción de Horsley Gantt–. Todo el mundo dice que esto aniquilará al doctor Watson (John) y dejará a Freud a la altura del betún. Ya se verá. Pavlov detesta al gobierno soviético y despotrica contra él en sus clases; ellos a cambio le dan cada año más dinero para su laboratorio. De manera que todo el mundo está tan contento. He hablado con su mujer. Me lo imagino realmente como un gran hombre, de casi ochenta años, con patillas frondosas y que nunca ha faltado ni un día al laboratorio, incluso durante la guerra y la revolución.»

«La gente es tan hospitalaria y tan amable que resulta conmovedor – y la amplitud y la soledad del campo son verdaderamente magníficas – ...»

Horsley me llevó en tren a un suburbio miserable para visitar a Chukhovski, un crítico prerrevolucionario. La censura le había obligado a renunciar a la crítica literaria. Ahora se dedicaba a escribir libros para niños. Su *Krokodil* había tenido un éxito tal entre los jóvenes y entre los

Años inolvidables: ¡Error!Estilo no definido.John Dos Passos

mayores, que le había permitido crearse una especie de santuario dentro del régimen. El entusiasmo de Lenin por los descubrimientos de Pavlov protegía al científico de la misma manera. Recuerdo a Chukhovski como un hombre alto de pelo gris, cordial, con el aspecto y la elegancia de un hombre de letras del siglo pasado. Hablaba con nostalgia de los balnearios europeos, Carlsbad, Wiesbaden, Cannes. No le dejaban ya salir al extranjero. Daba a entender que él estaba más o menos fuera de peligro pero que tenían muchas maneras de presionarle. Su hija tenía dificultades: exiliada solamente, no encarcelada. Temía por su hijo más joven. Resultaba más conmovedor por lo que no decía que por lo que decía.

Había habido algo muy occidental y familiar en las grandes nostalgias de Leningrado. Pero tomar el tren nocturno para Moscú era como dar un salto en lo desconocido. Llovió durante todo el camino. Por la mañana, cuando miré por la ventanilla, sólo pude ver dos abetos achaparrados y abedules envueltos en la niebla. El tren estaba sucio y abarrotado, pero los viajes en tren de países desconocidos están siempre llenos de interés.

No había turistas en aquellos días. Una muchacha con cara de pocos amigos me instaló en una enorme habitación del antiguo hotel Moscú. El primer americano con quien hablé fue Ivy Lee. Qué estaba haciendo en Moscú el hombre que consagraba su vida a mejorar el aspecto físico del viejo John D. Rockefeller es algo que nunca he llegado a saber, pero como no tenía con quién hablar, solía esperarme en el vestíbulo y contarme historias de sus años jóvenes. Era del Sur. Carecía totalmente de sentido del humor pero yo no podía dejar de admirar su dedicación profesional. Sentí que se marchara.

Pronto me encontré más ocupado que en Nueva York. Iba al teatro todas las noches. Tenía una lista larguísima de gente que quería ver. Por las mañanas estudiaba ruso. Tratar de aprender las conjugaciones de los verbos me producía un tipo de dolor de cabeza que no había tenido antes ni después he vuelto nunca a tener. Me impresionaron mucho los moscovitas que conocí. Me consideraba a mí mismo una persona enérgica, pero resultaba difícil competir con aquella gente. Comían más, bebían más, hablaban más, se acostaban más tarde y se levantaban antes que yo. Una insaciable curiosidad universal les devoraba a todos, hombres y mujeres.

Stanislavski no estaba en Moscú, pero una mujer encantadora que representaba papeles sin importancia en el Art Theatre se ocupó de que fuera a todas las obras de teatro que quería ver y me tradujo fragmentos de los diálogos al inglés. Aunque decía que la mayor parte de las nuevas obras estaban tan mal escritas que era mejor que no las entendiera, el trabajo de los actores me pareció extraordinario y los decorados y la dirección llenos de vida y de espíritu inventivo. *Roar China*, de Meyerhold, fue la obra que más me gustó. El ballet en cambio me pareció anacrónico y aburrido. En el Art Theatre todavía representaban las obras de Chejov exactamente como Stanislavski y Chejov las planearon. Me pareció maravillosa una nueva puesta en escena de *Boris Godunov*. Siempre he creído que quien quisiera descubrir cómo era la vida en la Unión Soviética, aprendería más escuchando la ópera de Moussorgsky que leyendo *The New York Times* durante cinco años.

Gracias a mi amiga la actriz, aprendí mucho sobre la gente del teatro en Rusia. Al igual que Stenich, también ella sentía nostalgia del comunismo del período de la guerra. Aunque los actores, como los científicos, tenían trato preferente, las gentes del Art Theatre casi llegaron a morir de hambre. Mi amiga no se imaginaba que las patatas pudieran resultar tan deliciosas como las que ellos asaban sobre carbón cuando las patatas eran lo único que se podía comer. Cuando volvíamos andando a mi hotel después del teatro, pasábamos a menudo junto a un escaparate con material de propaganda y una fotografía de Stalin en el centro. Si estaba segura de que no nos veía nadie, hacía un rápido gesto, agitando el puño en aquella dirección.

El teatro Kamerny presentaba la obra de O'Neill, *Desire Under the Elms*. Resultaba extraño verla con ojos rusos, montada de acuerdo con el estilo más bien amanerado de Tairov. Tairov y su mujer eran muy buenos amigos de los Murphy, que les habían ayudado económicamente cuando su compañía se quedó sin fondos en París dos años atrás. No conseguí que hablaran mucho. Eran ya entonces objeto de críticas hostiles y sospecho que me consideraban demasiado ligado con los comunistas para poder fiarse de mí.

Los productores de películas eran más comunicativos. Con Pudovkin se podía hablar de cualquier cosa, y Eisenstein presumía de lo mucho que le había enseñado *The Birth of a Nation*, dirigida por ese bribón capitalista llamado D. W. Griffith. Aquellos hombres eran tan diferentes de los pocos cineastas americanos que yo había conocido que estaba completamente desconcertado. Eran hombres de amplios intereses culturales, deseosos de aprender, de recibir nuevas impresiones.

«Las personas más interesantes y más llenas de vida que he encontrado en Leningrado y Moscú son los directores de cine», le dije a Cummings. «Dicen, como es natural, que el teatro está acabado. Eisenstein asegura que Meyerhold ha arruinado el teatro llevando cada una de sus producciones tan lejos en la dirección lógica que resulta imposible avanzar más. Es cierto que el único espectáculo de Meyerhold que he visto es excelente (*Roar China*), pero no me parece que sea el final de nada, a excepción quizá de las energías de Meyerhold. Eisenstein está preocupado por las películas sonoras: teme que puedan llegar a ser un arte y traigan a la pantalla las peores características de la escena. Cree que el primer estadio no presentará problemas y será simplemente ingenuo, pero después existirá el peligro de querer hacer con ellas arte moscovita. Esto es interesante porque aquí casi no ven películas americanas –y sienten por ellas gran admiración–. Actores y directores ganan unos 25 dólares por semana y se consideran afortunados. Me pregunto qué pasaría con toda esta gente de menos de treinta años si fueran a América. He visto la mayor parte de las películas históricas y son extraordinarias. Incluso las peores sorprenden a veces con una extraordinaria calidad fotográfica. Lo mejor es que tienen muy poco dinero para filmar en estudio y necesitan usar escenas y personas reales y utilizar la fotografía con un gran sentido de inventiva. Eisenstein, aunque parezca extraordinario, no es judío y tiene más bien la típica cabeza cuadrada de los alemanes. Es extraordinariamente amable y un sujeto muy interesante por todos los conceptos.»

Eisenstein hablaba de manera muy concisa y usaba muchos aforismos. Estuvimos completamente de acuerdo en la importancia del montaje. Quizá le perjudicaba un peligroso orgullo, resultado de la adulación que le rodeaba constantemente, pero poseía una de las mentes con más capacidad de síntesis que he conocido. Si hubiera sido un matemático, habría empezado directamente con el cálculo y la lógica, saltándose las fases más elementales.

Había pasado algún tiempo en Japón, aprendiendo el idioma e informándose bien sobre la literatura y el arte japonés. Fue él quien insistió en que fuera a ver el teatro Kabuki que actuaba en Moscú por vez primera. Había tal demanda de asientos que mis amigos tuvieron que poner en juego todo el prestigio que habían adquirido en el país gracias a mis esfuerzos en el caso Sacco-Vanzetti para conseguirme una entrada. La representación fue maravillosa, pero lo que más me impresionó fue constatar hasta qué punto los rusos que yo conocía estaban al corriente del teatro japonés.

Alguien me llevó a ver a Lunacharski, que era todavía ministro de Educación. Con su *pincenez* y su perilla tenía todo el aire de un profesor francés a la antigua usanza en un *lycée* provinciano. Hablamos en francés. Sé que tengo prejuicios contra los funcionarios públicos pero, a decir verdad, su conversación no me resultó nada interesante. Se mostró cordial, desde luego; y cuando supo que estaba planeando reunirme en el Cáucaso con el doctor Gantt del equipo de Pavlov –Pavlov era el hombre mágico– hizo lo necesario para que pudiera unirme a una expedición de la Narkompross que iba a explorar algunas de las regiones menos frecuentadas del Daghestan.

Fue así como, sin otra compañía que el *Russian Selftaught*, de Hugo, un diccionario de bolsillo, un libro de Jack London, el Eugenio Oneguín, de Pushkin, una especie de salvoconducto que me dieron en lugar de mi pasaporte (que quedó bajo la custodia del Ministerio del Interior) y un fajo de rublos, me puse en camino hacia Yaroslavl.

Aparte de las cúpulas doradas de los monasterios en ruinas, lo que recuerdo de aquella ciudad es un *izvoshchik* gigantesco y barbudo, escapado de un coro de *Boris Godunov*, que me llevó hasta el barco. Sobresalía como una torre por encima de su frágil *droshki* y su caballito asmático.

Estaba convencido de que yo era alemán, y en un alemán tan rudimentario que incluso yo era capaz de entenderle me confió que las cosas estaban muy mal. Cualquier desgraciado que andaba descalzo creía valer tanto como su vecino. Lo que Rusia necesitaba era un Hindenburg que volviera

a poner las cosas en su sitio. Stalin podía hacerlo En el curso de mis viajes de aquel verano, este *izvoshchik* fue el único ruso a quien oí mencionar el nombre de Stalin.

El cochero me dejó junto a la pasarela del barco. Recorrí las cubiertas con cierto temor. Aquel decrepito vapor de rueda trasera parecía un grabado de Currier e Ives. Horsley Gantt me había contado sus aventuras en el Volga el verano anterior. Volviendo a Leningrado después de unas vacaciones había llegado a Astrakhan falto de dinero. Tenía lo suficiente para pagar el pasaje, pero, ¿cómo iba a comer? Decidió invertir su dinero en sandías. Llenó el camarote hasta el techo. El problema fue que el nivel del Volga estaba bajando, cosa que suele suceder al final del verano, y el vapor embarrancaba constantemente, de manera que cada vez avanzaban más despacio: necesitaron catorce días para llegar a Yaroslavl. Desde entonces Horsley no ha querido volver a oír hablar de sandías.

Yo no tuve dificultades de ese estilo. Los cinco días siguientes el curso del Volga a favor de la corriente se pasaron casi demasiado rápidamente. Tenía una habitación para mi uso en la cubierta superior. Allí me servían unos desayunos maravillosos a base de té y pan moreno untado con mantequilla y caviar. El resto de las comidas eran fundamentalmente coles y *kasha*, pero tampoco estaban mal. En la ciudad en que nació Lenin trepé por una bamboleante escalera hasta lo alto de un acantilado para llegar a la mansión de la familia Ulianov. Visto desde lo alto de aquella colina de arcilla roja, el Volga no se diferenciaba del Mississippi. El edificio, que pertenecía, sin duda, a una familia acomodada del siglo XIX, tenía el aspecto de una casa de Concord, en la que Emerson podría haber vivido.

Astrakhan resultó estar casi tan lejos del mar Caspio como Nueva Orleans del Golfo de México. Me encontré con un polaco que era contramaestre en un buque mercante anclado en la zona donde había ocho brazas de profundidad. Había pasado seis meses en Inglaterra y estaba deseoso de practicar su inglés. Compró una botella de vodka en un sucio tenducho atendido por un tártaro malhumorado, lleno de moscas azules y del hedor de grasa randa de cordero. El polaco me hizo saber inmediatamente que estaba al borde del suicidio. «El maldito mar Caspio».

Había que darse cuenta del destino de un hermoso vapor completamente nuevo botado en el mar Caspio. No era un mar, era un cochino agujero lleno de sucio limo. Olía como un purgativo. Era una maldita cárcel. La parte norte tenía tan poco fondo que no se podía echar amarras en ningún sitio. ¿Qué sentido tenía conservar un barco en buen estado si nunca se iba a ningún puerto? Los vapores se pudrían y se oxidaban y lo mismo les pasaba a las tripulaciones. El maldito mar Caspio era un error de la naturaleza.

La botella se iba quedando vacía. El polaco se tiraba del pelo y agitaba la cabeza con violencia. Si no fuera rojo se volvería a Polonia. No era comunista, pero era rojo y soñaba con una gran marina mercante roja. Pero se estaba pudriendo y oxidando en el maldito Caspio. ¿Cómo era posible que un gran navegante adquiriera experiencia en un mar del que no se podía salir?

La botella estaba vacía. El tártaro cerró su tenducho. Cuando le dejé, el polaco se marchó tambaleándose por la calle oscura, murmurando que quizá aquella maldita noche se mataría, pero antes tenía aún que echarse otro trago al colete.

Era completamente cierto que el mar Caspio olía como las sales de Epsom. Un remolcador nos llevó a bordo del vapor, andado muy lejos de las bajas tierras del delta del Volga. El buque estaba aún más oxidado de lo que el desesperado polaco me había hecho creer. Un viento del sur empezó a remover las aguas poco profundas. Los infelices pasajeros, amontonados en cubierta, empezaron inmediatamente –hombres, mujeres y niños– a vomitar en los orinales que habían traído con ese propósito. El sol quemaba y el aire era fétido.

En Makhatch-Kalá, en lugar de ir a nadar como había planeado, tuve que hacer cola durante horas, torturado por las moscas y el horrible calor, para conseguir un billete hasta Grozny. Me gustaría saber cuándo los ferrocarriles rusos concibieron la brillante idea de no despachar los billetes hasta que el tren estuviera en la estación.

En Grozny descubrí que la expedición con la que iba a reunirme había salido ya en dirección a las montañas de Sheshia. ¿Cómo podría alcanzarlos? Gracias a una feliz casualidad pude unirme a

un ingeniero ruso que hablaba francés –creo que estaba haciendo prospecciones petrolíferas– e iba en la misma dirección. Alquilamos un featón. Ya muy avanzada la noche encontré a mi *delegatzia* (todo grupo que viajaba era una delegación) acampada en una especie de *datcha* con ventanas a la francesa. En el momento en que cruzaba el mal iluminado umbral sufrí el ultraje de ser mordisqueado en el trasero por un perro. Al volverme, me encontré cara a cara con una criatura de larga pelambreira blanca del tamaño de un ternero. Le grité: «¡Quíteme las patas de encima, vergüenza debería darle!», con lo que se retiró. No sé por qué, los perros de montaña son siempre grandes, pero estos perros del Cáucaso oriental eran más grandes que los San Bernardo e incluso que los enormes perros pastores blancos de los Pirineos, con los que tienen un gran parecido.

La delegación de Narkompross trabajaba exactamente como el grupo de rusos con los que Gerald Murphy y yo colaboramos en París, ayudándoles a pintar los decorados de Goncharova. Estaban eligiendo emplazamientos para escuelas y escribían también informes sobre aquellas remotas regiones que estaban casi completamente olvidadas desde la revolución. Todo se hacía en medio de un continuo flujo de conversaciones de las que yo entendía bien poco. Nunca llegué a saber exactamente quién estaba al mando del grupo. Ni tampoco averigüé nunca a qué hora nos pondríamos en camino a la mañana siguiente.

Había entre ellos una mujer con aire de maestra de escuela, varios hombres de edad madura y un joven de mejillas encarnadas y gafas sujetadas tan sólo en la nariz, llamado Nikolai Semyonovich, a quien llegué a conocer muy bien. La actitud de todos era cordial, pero nadie se esforzaba demasiado por ayudar a un extranjero. Había que apañárselas solo lo mejor posible. La zona por la que avanzábamos cobró pronto unas características tan peculiares, que todos nos sentíamos igualmente extranjeros.

Descubrí con disgusto que había una americana en el grupo. En un viaje de esta especie, una compatriota es la última cosa que se desea.

Amia Louise Strong era una solterona corpulenta y pechugona que sólo pensaba en ella misma; procedía de uno de los estados montañosos. Se adivinaba que debía ser la hija única de una familia acomodada y que de pequeña la habían mimado hasta lo imposible. Vestía un traje de viaje de color verde, bien cortado, con una falda dividida para montar a caballo. No era una mujer muy interesante, pero lo compensaba todo con su entusiasmo, que me recordaba al de ciertos misioneros que he encontrado en rincones bien tristes del mundo; en el caso de Anna Louise el entusiasmo se había canalizado hacia el comunismo.

No pude dejar de admirar su valor porque el viaje resultó bastante penoso. ¡Pobre chica! Sus esfuerzos para procurarse un cierto confort sólo servían para irritarnos a los demás. Su colchón neumático lanzaba espantosos gemidos cuando lo hinchaba. Como a los rusos nunca se les hubiese ocurrido ayudarla, yo me encontraba, bien a mi pesar, en la absurda posición de servicial caballero.

Desde que dejamos Shattoi –todos estos nombres deben tener faltas de ortografía porque nunca pude encontrarlos en ningún mapa– empezamos a franquear una montaña después de otra. Los guías nunca llegaban con sus caballos más allá del valle siguiente, porque todos estaban habitados por pueblos diferentes que hablaban lenguas distintas. Los rusos se sentían tan desamparados como yo. Al final de cada etapa, al anochecer, había que encontrar nuevos intérpretes.

Las casas eran de piedra con porches encalados, parecidas a las casas que había visto en Persia, aunque mejores. El aspecto de los cultivos nos asombraba a todos. Con frecuencia se veían ruinas de torres, vigías a lo lejos. Como en los Pirineos, las laderas en la vertiente norte estaban, generalmente, cubiertas con árboles de hoja perenne.

En un sitio llamado Khoi encontramos un castillo feudal, construido, según nos dijeron, por gentes de Georgia; pero las inscripciones estaban en árabe. Las tierras altas eran pastizales para ovejas. Un pastor que encontramos en el camino nunca había oído hablar de América. Dormimos en el porche de una especie de edificio oficial, de hermosos bloques de piedra, construido hacía muchos años. Toda la noche grandes perros blancos de largas pelambreras merodearon, amenazadores, alrededor de nosotros.

Después de Khoi atravesamos un puerto antes de descender por una pendiente de un millar de pies hasta el fondo de un valle bien regado, cerrado hacia el sur por montañas nevadas. Las laderas estaban cultivadas en terrazas. En las tierras más bajas crecían árboles frutales. Los pueblos eran construcciones cubistas emplazadas sobre farallones, bajo los que se abrían gargantas de ruido ensordecedor. Aquello era el Daghestan. Creí ser Marco Polo.

Botlich, construido en una colina entre dos torrentes, resultó ser un pequeño Damasco. Había balcones que avanzaban sobre calles con arcadas. Era una ciudad musulmana. Los muezines salmodiaban desde lo alto de las truncadas torres de las mezquitas. El ganado ovino, con cuernos, que pastaba en las laderas parecía ser el resultado de un cruce con íbeces. La revolución soviética estaba representada por un nuevo Club para trabajadores y campesinos dotado con altavoces, un escenario y una pantalla para proyectar películas. Compramos las mejores peras que he comido en mi vida.

Pasamos dos días en Botlich negociando la adquisición de caballos de refresco. La segunda noche, cuando estábamos acostados en el tejado, los habitantes del pueblo organizaron repentinamente una fiesta en nuestro honor. El tambor, la tamborina y el acordeón empezaron a tocar en la habitación debajo de nosotros. Los rusos se levantaron en un abrir y cerrar de ojos.

La música parecía persa. Aparecieron muchachas altas, vestidas con trajes negros, que avanzaban y giraban casi sin tocar el suelo, como si se trasladaran sobre ruedas. Los hombres y las mujeres bailaban separados. Mis compañeros rusos bailaron, cantaron y tocaron palmas. Se sirvió ragú de cordero y vodka y se hicieron multitud de brindis. La fiesta duró toda la noche.

Ninguno de los rusos daba el menor signo de fatiga cuando montamos otra vez sobre nuestros caballos al amanecer del día siguiente. Pasamos junto a los pueblos que habían sido excavados en la tierra como las madrigueras de los conejos y donde la gente trabajaba en minas de sal; después descendimos al profundo cañón de un río. El agua de aquel río era tan salada como la del mar.

Aquella noche, mientras caía una fina llovizna dormimos en un repecho de una escarpada montaña, cerca de un asombroso puente suspendido a cientos de pies sobre el fondo de un estrecho cañón. Nuestras mantas de lana del país tenían tanta grasa que la lluvia no conseguía calarlas.

Al día siguiente marchamos entre barro. En el camino encontramos a un viejo de cabellos grises que nunca había oído hablar de Moscú. Vladykavkhass, sí; pero el nombre de Moscú no le hizo la menor impresión.

Por la tarde Nikolai Semyonovich casi perdió su caballo en unas arenas movedizas, mientras nos bañábamos en un lago de montaña. Era la primera vez que veía arenas movedizas. Me impresionaron mucho.

En Gounib, colgado sobre un roquedal, cerca de las nubes, dormimos en camas y pudimos comer ragú de cordero y chuletas en la Cooperativa. La única carne que se podía encontrar en el Cáucaso era de cordero; y estábamos contentos de poderla conseguir. Aunque empezaba el mes de septiembre, los melocotones por los que Gounib era famoso todavía no habían madurado. En una aldea del camino conseguí comprar albaricoques en lata que preparaban allí mismo, «para aplacar a Anna Louise», escribí con rabia en mi diario. «Muy malos, pero a ella le han gustado... Que el cielo nos libre de las mujeres con nombres demasiado largos.»

Desde Gounib subimos hasta un fantástico pueblo hecho de piedras, que se llamaba algo así como Rugdjá, y había sido judío durante el gran período del proselitismo –¿no fue en el siglo sexto?– convirtiéndose después al islamismo, haciéndose otra vez judío, más adelante, para volver a ser musulmanizado a la fuerza en época más reciente. En el mercado, una muchacha nos ofreció mazorcas de maíz hervidas al vapor. Los rusos no quisieron comerlas; dijeron que el maíz era comida de caballos, pero a mí me hicieron sentirme otra vez en casa.

Las viejas casas de piedra estaban unidas por soportales. Las entradas tenían bellas esculturas con motivos que parecían persas. A través de las puertas pudimos entrever aparadores y mesas extraordinariamente ornamentados. Vimos arados de madera y trilladoras hechas con piedras puntiagudas colocadas sobre una plancha de madera. Todos los utensilios tenían aspecto neolítico. De cada dos hombres, uno se llamaba Izrafel.

A través de todo el Daghestan nos sorprendió el alto nivel de cultura. No sé cómo, aquella región había escapado a los horrores de la guerra civil. Veíamos hermosos pueblos con casas de forma cúbica. En Chokh bebimos té en una habitación elegantemente decorada con bandas de color lila y rosa. Hoces y martillos delicadamente dibujados formaban un friso en lo alto de la habitación. Como los alimentos escaseaban, nos acordábamos, sobre todo, de las buenas comidas. En Burshi nos ofrecieron el acostumbrado cordero hervido con leche cuajada, pero nos lo presentaron en hermosos platos de cobre con pan caliente sin levadura y tomates maduros. A partir de entonces las sorpresas agradables fueron muy escasas.

Atravesamos con dificultad un puerto a mucha altura entre campos cubiertos de nieve, donde sorprendimos a un rebaño de íbices que desaparecieron inmediatamente, con los cuernos pegados a la espalda. La cuesta se hacía tan empinada que teníamos que tirar de nuestras monturas por la brida entre la nieve que se desmoronaba. Todavía algunos puertos más, después valles cubiertos de verdor, un trayecto en autobús, y ya estábamos en el tumulto de Tiflis.

No recuerdo dónde dije adiós a la *delegaría*. Sentí separarme de ellos. Habían resultado excelentes compañeros de viaje, llenos de energía y con una curiosidad casi fanática por los pueblos, las lenguas, la arquitectura y la historia; por todo lo que encontraban. Nikolai Semyonovich era el típico estudiante de todas las novelas rusas que había leído. Tuvimos una larga conversación en mal francés y peor alemán, aderezada con una frase en inglés o ruso de cuando en cuando. El pobre muchacho había trabajado con éxito en la universidad, obteniendo algo que equivalía a un doctorado, pero su carrera estaba en peligro porque sus antecedentes sociales no eran los que convenían. Sus padres eran comerciantes de Moscú o algo parecido. Un comité estaba investigando la clase social de todos los estudiantes. Cuando llegaran a él lo expulsarían y eso sería el fin.

No sé si sus temores eran reales o imaginarios, pero lo cierto es que Nikolai Semyonovich estaba al borde de una depresión. Cuando volví a Moscú alguien me dijo que se había suicidado para no tener que comparecer ante el comité.

A la mañana siguiente, cogí otro autobús, para atravesar el Cáucaso por la ruta de Grusinski y reunirme con Horsley Gantt, que venía en tren desde Moscú a lo que, como en las primeras historias de Tolstoi, todavía recibía el nombre de Vladykavkhass. Yo no me cansaba nunca de las montañas. Después de utilizar tantos diferentes medios de transporte, tenía ganas de andar. Decidimos que volveríamos hasta Kasbek, por donde yo acababa de pasar en autobús, para iniciar la marcha desde allí. Kasbek era un lugar de veraneo y tenía al parecer un hotel confortable.

Nos proponíamos atravesar la región que va desde la ruta de Grusinski hasta la de Ossetine. Calculábamos que podríamos hacerlo en unos dos días. Horsley había venido acompañado de algunos amigos de Leningrado: un americano llamado Brown, un joven ruso que se llamaba George y su hermana Serafima. Pusieron mala cara cuando hablamos de andar, y decidimos que ellos viajaran con nuestras mochilas y nuestras mantas en un tipo de vehículo llamado *lineiki*. Había que sentarse espalda contra espalda sobre planchas de madera sin desbastar, con las piernas colgando sobre el sendero de guijarros. Les confiamos una buena cantidad de pastas y pasteles de chocolate que habíamos conseguido comprar como raciones de reserva para nuestra excursión a pie.

Horsley había practicado la carrera de las dos millas en la universidad. Empezó a andar a un paso tan rápido que me dejó en seguida sin resuello a pesar de mi buena forma gracias a la travesía del Daghestan. A mitad de camino decidió que los zapatos no le iban bien, se los quitó y siguió descalzo. Aunque admitió que no lo había vuelto a hacer desde los tiempos de su niñez en Nelson County, marchaba a buena velocidad sobre los cantos del sendero. Para mí aquello era un fenómeno tan sorprendente como el puente que unía la cima de las montañas en el Daghestan. Cuando llegamos a Kasbek, después de haber deambulado al atardecer por un castillo del estilo de Georgia, conocido con el nombre de castillo de Támara, los pies de Horsley, que yo suponía convertidos en una pulpa sanguinolenta, apenas tenían un rasguño.

El hotel Francia nos decepcionó. Las camas estaban hechas con tablas. A Dios gracias teníamos nuestras mantas. El propietario, un sujeto muy servicial con una manera de mirar que no inspiraba

confianza, no cesó de quejarse del régimen comunista, pero nos sirvió unos impecables pinchos de *shashlik*.

Trepamos hasta el glaciar que desciende al valle desde las empinadas laderas nevadas del monte Kasbek y, al volver, cubiertos de sudor y con los pies deshechos, encontramos un pastorcillo que no quiso aceptar una propina por llevarnos a un manantial muy profundo de agua carbónica natural. Es el agua de Narzan que embotellan allí para mandarla a toda Rusia. El agua estaba fría. Las burbujas nos cosquilleaban la piel. Salimos sintiéndonos capaces de enfrentarnos con lo que se nos pusiera por delante.

Consultando el mapa, escogimos un lugar llamado Zaramag, hacia donde teníamos que dirigirnos para llegar a la ruta de Ossetine, pero nadie sabía decirnos a qué distancia estaba, ni en qué dirección iba la carretera, ni, incluso, si había una carretera. Finalmente, el encargado del hotel trajo un personaje de pobladas patillas que parecía una caricatura de un bandido albanés y aseguraba conocer el camino para Zaramag.

El bandido tenía otra de esas carretas sin muelles, tirada por dos caballitos de largas pelambreras. Tomamos la carretera en dirección a Tiflis; nuestros amigos se zarandeaban dentro del carro y Horsley y yo caminábamos delante. En Kobi, cerca de la línea de demarcación, nos detuvimos en una maravillosa casita de postas que parecía escapada de un libro de Gogol. Había un mantel en la mesa, un brillante samovar de latón y una tetera de porcelana con dibujo de flores. Una mujer muy agradable con una túnica muy limpia nos trajo mantequilla y unos bollitos muy parecidos a los *corn muffins* americanos. George y Serafima confesaron que se habían comido todos nuestros pasteles y dulces en el camino hacia Kasbek, de manera que guardé en mi mochila su ración de bollitos que, como era natural, no les apetecían en absoluto.

Más arriba de Kobi nuestro bandido torció hacia el oeste de la carretera de macadam por un sendero que seguía el curso de un arroyo de color amarillo sulfuroso, a través de un valle con manantiales de agua caliente que despedían vapor. Nos habían dicho que pasaríamos la noche en un lugar que se llamaba Tib. «¿Tib?», le preguntábamos a cada paso a nuestro bandido. Él asentía con la cabeza y señalaba al valle. Era casi de noche cuando llegamos a uno de aquellos pueblitos de casas cúbicas unidas unas a otras con muros y pequeñas torres que nos daban la impresión de volver al siglo XI. ¿Era Tib aquello?

Encontramos a un hombre corpulento que hablaba bien el ruso. Aquello no era Tib. Era algo que sonaba como Tjeb. ¿Estaba Zaramag muy lejos? «¡Ah, Zaramag!» Agitó la mano señalando vagamente en dirección a las montañas. Nos hizo entrar en una agradable habitación vacía, a excepción del suelo cubierto de alfombras. Se frotó las manos y nos hizo muchas inclinaciones de cabeza. Quería matar una oveja en nuestro honor. Haría que nos prepararan *shashlik*. Acucillados sobre las alfombras esperamos durante horas y horas. Era ya medianoche cuando nos trajeron un plato en el que estaban amontonados unos pedazos de carne de oveja tan duros que, a pesar de lo hambrientos que estábamos, no pudimos masticar y mucho menos tragar. Nos tumbamos y nos dormimos muertos de hambre.

Desde entonces, el problema de la comida no abandonó un solo momento nuestras mentes. Todo lo que teníamos eran los bollitos de maíz de Kobi y el paquete de té de Horsley. Nuestro huésped en Tjeb nos dijo que teníamos que cruzar un puerto para llegar a Zaramag. El guía anunció que no se atrevía a seguir adelante. George y Serafima decidieron volver atrás, a la carretera, donde podrían coger un autobús que les llevara a Tiflis. Horsley y yo alquilamos caballos al hijo del jefe del pueblo para que llevaran nuestros bultos, y seguimos adelante.

Las montañas eran como los Pirineos, pero más salvajes, más grandes. Cruzamos una sucesión de pueblos amurallados con pequeñas puertas ojivales. En las colinas había castillos con almenas. Los siglos parecían ir quedando uno tras otro a nuestras espaldas.

Atravesamos un empinado puerto pizarroso que nos descubrió un circo de enormes y silenciosos picos nevados, cuyos nombres ignorábamos por completo. Después de errar por un laberinto de desfiladeros, cruzamos otra línea de demarcación y al anochecer llegamos a un ancho curso de agua bordeado de árboles, senderos, rebaños y un pueblo. ¿Era aquello Zaramag?, preguntamos muy

excitados. Nuestro guía negó con la cabeza. ¿Era Tib? Volvió a negar con la cabeza. Nunca llegamos a saber el nombre del pueblo.

Dormimos en casa de una viuda que era pariente del guía. No había nada para comer. Cuando pedimos agua caliente para preparar el té, la viuda nos explicó cortésmente que sólo podía encender fuego una vez al día. Pero a la mañana siguiente nos indicaría el camino. Encontraríamos todo lo que quisiéramos en Zaramag.

Nuestro guía explicaba, mientras tanto, que no había estado nunca en Zaramag. Tenía que volver a casa aquella noche. Su padre le echaría de menos. Nos aseguró que comeríamos bien en Zaramag.

A la mañana siguiente, iniciamos la escalada de la montaña con las mochilas a la espalda. Masticamos los bollitos de maíz lo mejor que pudimos, pero se habían puesto tan duros que me rompí un diente con el último. No recuerdo cuántos días estuvimos caminando. Cuando finalmente llegamos a Zaramag, diluviaba. Zaramag resultó ser, para no usar una palabra más rotunda, una completa decepción.

El maestro abrió la escuela para que pudiéramos dormir. ¿Comida? No, no tenía comida, pero podía traernos un hornillo de gasolina con que hervir el agua del té. El pueblo no era sino un grupo de decrepitas casas de madera y algunos edificios de piedra que presentaban un lamentable aspecto bajo la lluvia. Recorrimos el lugar. En una tienda encontramos un paquete de dulces rancios y endurecidos y cinco huevos. Volvimos a la escuela a toda prisa para cocer los huevos. Cuando apenas habíamos terminado aquel suntuoso banquete, las autoridades del pueblo vinieron a visitarnos.

Creímos que quizá venían a invitarnos a cenar, pero lo que hicieron fue traernos literatura sobre la riqueza mineral de la región. Querían que se publicara información sobre Zaramag en los periódicos americanos. Cuando estuviera en marcha la explotación de las minas, nos aseguraron que habría buenos restaurantes en Zaramag. Nos fuimos a dormir con más hambre que nunca.

Pero estábamos, por fin, en una carretera importante. Al día siguiente hizo buen tiempo. Con nuestras mochilas en una carreta de dos ruedas, pasamos el puerto de Mamison con el estómago vacío. Junto a un manantial de agua mineral a un lado del camino encontramos un carretero que hablaba inglés. Era de Ossetine; se trataba de un individuo muy alegre que estuvo en Canadá durante la fiebre del oro en el Yukon. Pero había vuelto a casa y ahora conducía una carreta cargada de trigo hacia el otro lado del puerto, hacia Vladykavkhass. No, no había regresado con oro. Lo que no era una gran desgracia después de todo, si se tenía en cuenta la revolución. Era un gran tipo; me hubiera gustado hablar más con él, pero íbamos en direcciones contrarias.

En lo alto del puerto pudimos contemplar un hermosísimo panorama de los valles de Georgia y, lo que era aún más importante, encontramos comida. Antes de la última curva nos llegó el olor de algo que se cocinaba. En un edificio de piedra sin ventanas encontramos a una especie de viejo Dan Tucker removiendo un puchero de sopa que borboteaba sobre un hogar de carbones al rojo. Sí, no tenía inconveniente en vendernos un poco de sopa. Aquella casa era una especie de posada para los carreteros y los arrieros. Era sopa de cordero con cebada y estaba caliente. Jamás sopa alguna me ha sabido mejor.

A partir de entonces, la carretera fue toda cuesta abajo. Horsley recobró su interés científico por las sensaciones del hambre.

Tratamos de compaginar nuestras impresiones sobre el experimento comunista. La hostilidad de Pavlov contra el régimen, me dijo, nacía de que era hijo de un clérigo. Desaprobaba la persecución de que era objeto la iglesia. Reconocía que Lenin le había dado toda clase de facilidades para su trabajo, pero nunca había admitido que tuviera razón.

Horsley mismo no estaba interesado en la política. En los Estados Unidos nunca se había inscrito para las votaciones. Estuvo de acuerdo conmigo en que el comunismo era un experimento interesante sobre cómo organizar la humanidad: pero todas sus energías mentales eran para la ciencia. En su laboratorio podía llevar a cabo sus propios experimentos y dar a conocer los resultados. Otros podían repetir el experimento y comprobar los resultados. Allí al menos se pisaba terreno firme.

Insistí en que gran parte de mi simpatía por los soviets estaba basada en su política exterior pacifista. Las guerras eran la ruina de la civilización. La política de Lenin había sido una política de paz. Finalmente, avancé la teoría de que ni el comunismo ni el capitalismo tenían la respuesta. Desde el punto de vista del desarrollo de una civilización humana los dos se quedaban a mitad de camino.

El interés de Horsley había vuelto a concentrarse en las sensaciones del hambre.

Aquella noche nos acostamos otra vez sin cenar, en una casa de madera nueva, y dormimos sobre el suelo, temerosos de los ocupantes que pudiéramos encontrar en la cama que la familia puso amablemente a nuestra disposición. Teníamos los pies tan doloridos que apenas podíamos apoyarlos sobre el suelo. Al amanecer nos pusimos en marcha en un carro tirado por un caballo a lo largo de un río de aguas claras y saltarinas que tenía todo el aspecto de ser un río de truchas. A nuestro alrededor el terreno era muy boscoso y había cedros gigantes. Cuando llegamos a Oni, el autobús que esperábamos coger se había marchado ya. No habría otro hasta dos días después.

Oni era una ciudad con mercado. El hotel no estaba demasiado sucio. Había un restaurante de verdad, con un menú, donde figuraban distintas clases de *pilaff* y *shashlik*. También había buen vino de Georgia. Después de casi perecer de hambre durante ocho días, el tener la tripa llena producía una sensación muy particular. Hacía mucho calor. Nos bañamos en el río y nos tostamos al sol.

Kutaïs resultó ser una ciudad estucada con techos de tejas y unos cipreses de aspecto italiano. La gente parecía casi alegre. Vimos una banda tocando en un parque. Había representaciones, recitales, discursos y banderas rojas por todas partes. Nunca descubrimos exactamente de qué se trataba. Era una especie de fiesta, pero todo se hacía en el idioma de Georgia. El hotel tenía un bonito jardín y no habría estado mal del todo si no llega a ser porque era imposible escapar al olor de dos letrinas sin agua corriente colocadas en el centro.

Horsley salió para Batum y yo esperé al tren del día siguiente para Bakú. Ya, por la tarde, solo en un restaurante bastante sucio, traté de poner por escrito mis impresiones. Había viajado por todas partes sin que nadie me molestara. Nadie me pidió la documentación. Había estado expuesto durante tres meses a la vida soviética sin aderezo alguno y ¿qué era lo que había aprendido?

Detalles, muchos detalles; pero, ¿cómo generalizar a partir de ellos para formular un credo político? ¿Eran los habitantes de Georgia los mismos pequeños propietarios de todos los países o era simplemente ése el caso de los dos o tres hospederos con los que había mantenido conversaciones, inadecuadas por otra parte? ¿Eran los Ossetinos procomunistas por pobres o por inteligentes? ¿Era toda aquella hambre y pobreza necesaria para la edificación de la nueva sociedad socialista o el resultado de una opresión centralizada, ignorante y falta de flexibilidad? El camarero con un sucio delantal que acababa de traerme la cena, ¿era más feliz ahora de lo que hubiera sido bajo los zares? ¿Era mejor camarero, mejor ciudadano, tenía mejores oportunidades de estudiar idiomas –me había dicho que estaba tratando de aprender francés–, de jugar al ajedrez, de hacer el amor con su mujer y de criar limpios y saludables hijos de ojos brillantes?

Como si hubiera leído mis pensamientos, un individuo pálido de grandes ojos, oscuros y malévolos, trajo una botella de vino y se sentó en una silla frente a mí. Empezó a hacerme preguntas. ¿De dónde era? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué pensaba? Con la ayuda de unos cuantos vasos de vino tratamos de superar nuestra mutua incomprensión echando mano de mi diccionario ruso. Finalmente, nos pusimos de acuerdo con unas cuantas frases hechas. ¡Hurra por el poder soviético! Los americanos eran ricos, pero buenos. ¡Viva el proletariado internacional! El hombre pareció satisfecho.

Cuando, después de haber atravesado los perfumes mefíticos de las letrinas regresé a mi habitación, traté de anotar nuestra conversación. Incluso con la ayuda de las definiciones del diccionario era evidente que las palabras significaban cosas distintas para los dos. No es que fuera difícil entender los idiomas extranjeros: era difícil entenderse en cualquier idioma.

«Atengámonos a los hechos», escribí, «aunque, desgraciadamente, lo que es un hecho para un hombre puede ser ficción para otro. Un hecho tiene que significar lo mismo para un esquimal, para un banquero de Milwaukee o para un habitante de las islas Andaman. El hedor es un buen ejemplo. El hedor es un hecho. Cablegráfeme eso a su país, míster Amerikanski Peesatyel».

De regreso a Moscú en octubre, me costó trabajo encontrar alojamiento. Fadyeev y su mujer tuvieron la amabilidad de hospedarme en su espacioso apartamento. Fadyeev era un hombre todavía joven con el pelo cortado al cepillo y unos modales desenvueltos y cordiales que en los Estados Unidos habrían hecho pensar en el Oeste. Procedía del Este más remoto, de Siberia. Había escrito una novela de éxito y era un gran entusiasta del régimen. Su mujer ocupaba una posición muy elevada en la G. P. U. Tenían como criada a una *komsomolska* muy agradable y vivían con sencillez, pero cómodamente. Su apartamento estaba cerca del cuartel del Ejército Rojo. Yo me despertaba todas las mañanas oyendo las magníficas canciones que el regimiento entonaba mientras se dirigía a hacer la instrucción. En aquellos días los soldados rusos siempre cantaban al marchar.

Los amigos de Fadyeev hablaban con gran libertad de todos los temas. No había ningún peligro de que lo que dijera llegara a oídos de la G. P. U. Nosotros éramos la G. P. U. Tengo que confesar que Fadyeev me caía muy bien. Después de que yo me marchara de Rusia se convirtió en uno de los principales abogados del estalinismo en literatura. Cuando Jrushov denunció al monstruo y sacó su cuerpo de la tumba de Lenin, Fadyeev se suicidó.

Me gustaron mucho aquellas semanas de otoño en Moscú. La llovizna y el aguanieve empezaban a dejar paso a la nieve. Conseguí mantenerme abrigado gracias a que heredé varios juegos de magnífica ropa interior forrada de piel de cordero de un animado grupo de exploradores americanos que pasaron por allí de vuelta al hogar, después de haber cazado tigres siberianos para el Museo de Historia Natural.

Pasé muchos ratos con Sergei Alimov y Masha, su mujer. Alimov era un sujeto estupendo que había vivido en Australia y se había hecho famoso escribiendo algunas de las canciones favoritas del Ejército Rojo. Sus canciones le proporcionaban una cierta inmunidad. Podía decir cosas que nadie se atrevía a manifestar. Aunque era un ardiente patriota, saqué la impresión de que la ideología marxista le dejaba totalmente indiferente. En casa de los Alimov siempre había pescado ahumado, buen pan, vino y vodka, y se hablaba de todo lo divino y lo humano. Antes de que me marchara, Alimov y sus amigos me mantearon, cosa que, entre los rusos, como entre los esquimales, es considerado un gesto de amistad.

Mosca estaba en plena temporada. Había conciertos maravillosos. Aunque no la abrían al público, no era difícil conseguir ver la gran colección de impresionistas franceses que había reunido un comerciante de Moscú. Se estrenaban más obras de teatro de las que yo tenía tiempo de ver. Visité jardines de infancia, colegios, teatros del ejército, teatros de aficionados, teatros de fábricas, y hasta el teatro de la institución para la reeducación de las prostitutas.

Era difícil no participar del entusiasmo por el progreso social que se constataba en todas partes. Entre los partidarios del régimen el sentimiento de participación era total. Muchos de los defensores del partido eran personas ciegamente dedicadas a la causa. Me gustó lo que pude ver de los esfuerzos para disipar los prejuicios antijudíos, así como para dar autonomía cultural a las nacionalidades sometidas, como el grupo de Sheshian y los Ossetinos y toda la inimaginable variedad de grupos étnicos que había encontrado en mi travesía del Cáucaso. Y siempre existía el estímulo, a pesar de la extrema dificultad del idioma, del espíritu ruso. Yo tenía la impresión de que, a pesar de la destrucción de tantos talentos como habían desaparecido con la liquidación de la antigua clase dirigente, la Gran Rusia conservaba todavía uno de los mayores depósitos de cerebros del mundo.

Como la mayor parte de mis amigos occidentales que pasaron algún tiempo en la Unión Soviética, yo también tenía mis momentos de inquietud. Los días y las semanas se deslizan sin que uno sea consciente del terror, pero bruscamente el puño de hierro hace su aparición. Pasé una velada con un inglés casado con una rusa en un recargado apartamento lleno de *bibelots* y de muebles barnizados. Él había ido a Rusia para trabajar por la causa comunista. Ahora trataba desesperadamente de marcharse, y el marcharse se había convertido en una pesadilla. Nunca dejarían salir a su mujer. Sus orígenes sociales no eran los adecuados.

Me habló de cómo habían sofocado los comunistas la revuelta de los marineros de Kronstadt –la historia de Kronstadt me había dado escalofríos desde que llegó a mis oídos por primera vez–; de

cómo habían incorporado a la Checa lo peor de la antigua Okhrana. «No hay nada que iguale a la crueldad rusa, ni siquiera la china», decía el inglés.

Traté de discutir con él. Mi argumento era que el terror disminuía. La mayor parte de los antiguos chequistas habían sido fusilados. Le conté con cuánta libertad me había sido posible viajar, con qué facilidad hablaba la gente. Mi teoría de entonces era que la revolución rusa estaba entrando en una fase liberal. Tomaba como paralelo la Francia del Directorio y el Consulado. Napoleón gobernaba con mano de hierro, pero no se producían ya las matanzas de los tiempos de Robespierre.

Era muy lógico que yo hablara así, dijo el inglés; yo me podía marchar. El y su mujer estaban atrapados. Antes o después vendrían por ellos. Siempre llegaban de noche; nunca se veía hacer ninguna detención. Nadie se atrevía a hablar de ellas.

Me he preguntado muchas veces qué habrá sido de él. Bastaron cinco años para que Stalin demostrara que él tenía razón y que yo estaba equivocado.

Antes de marcharme de Moscú llegué a sentirme casi tan a disgusto como el inglés. El Departamento del Interior retrasaba un día y otro la devolución de mi pasaporte. A pesar de que yo parecía gozar de la aprobación de las publicaciones comunistas y era invitado a tal cantidad de fiestas de despedida que la cabeza me daba vueltas, me preguntaba si no habría dejado caer alguna observación desafortunada que había llegado a oídos de las autoridades.

Finalmente, llegó el pasaporte. Me conseguí un visado polaco y un billete de ferrocarril para Varsovia.

Mi amiga, la actriz del Art Theatre, se presentó en la estación con la compañía del Teatro de Propaganda Sanitaria que ella dirigía. Eran todos chicos y chicas de quince y dieciséis años, de ojos azules, cordiales y llenos de curiosidad. Daban la mano con mucha energía. Montaban y representaban en las fábricas piezas cortas sobre los peligros de la sífilis, sobre la limpieza de los dientes, sobre la comida apropiada para los niños. «Díganos», me pidió ella, cuando junto al coche-cama, agobiado por el calor de la estación, aguardaba con impaciencia la salida del tren, «¿está usted con nosotros o contra nosotros? Los chicos quieren saber lo que usted piensa realmente».

¿Cómo hubiera podido responder? El tren empezaba a moverse. Tuve que subirme en marcha.

¿Cómo hubiera podido responder a aquella pregunta? Quería y admiraba al pueblo ruso. Me había fascinado su país, enorme y variado, pero cuando a la mañana siguiente crucé la frontera polaca –Polonia no era comunista entonces– me sentí como si saliera de la cárcel.

BAJO LOS TRÓPICOS

Durante aquellos años, las temporadas con Hem y Pauline en Key West figuran entre los mejores recuerdos. Y en especial los últimos días de abril y el principio de mayo de 1929.

Cuando llegué –creo que tuvo que ser en el barco de Merchants and Miners– estaba completamente agotado. Casi me había vuelto loco tratando de trabajar con el *New Playwrights*. Un teatro no existe sin espíritu de cooperación. Especialmente, cuando se es el autor de la pieza representada, uno se siente responsable de un grupo de gente estupenda que, generosamente, ha consagrado todo su tiempo, día y noche, para conseguir una buena producción. Incluso en los teatros *off Broadway* hay que pagar a la compañía. Yo había llegado a la situación de usar mi dinero trabajosamente ganado para conseguir que la maldita obra siguiera dos semanas más en cartel.

Jack Lawson y Francis Faragoh, que tenían familias que mantener, habían cruzado el Rubicón y trabajaban para los estudios de Hollywood. La línea intransigente dominaba *The New Masses* y no tardaría en suceder lo mismo con los teatros experimentales. Había que mantener una lucha sin descanso para librarse de la camisa de fuerza. Pero lo que yo necesitaba no era tanto descansar como poder trabajar sin interrupción en unos relatos que estaba tratando de organizar. Cuando me embarqué en Nueva York ya había presentado mi dimisión al comité directivo. Me estaba sacudiendo el polvo del teatro.

Hem me había descrito, en cartas entusiásticas, los bancos de seriolas y caballas y sus festines a base de centollos y langostinos. Charles Thompson había pescado una aguja de mar de ocho pies. En las islas Marquesas abundaban las agachadizas. Me decía que la corriente del golfo estaba mucho mejor que durante mi visita de un año antes: que era «como en los buenos tiempos en que abundaban los bisontes».

Hem necesitaba pescar y cazar. Su padre, el doctor Hemingway, se había suicidado aquel invierno.

No recuerdo si fui yo quien le habló a Hem de Key West o si fue él quien lo descubrió. Pero sé que estuve cantando las excelencias de aquella zona a mis amigos desde que llegué allí por primera vez durante un viaje en auto-stop de un extremo a otro de la península de Florida. Agotado, sediento y con un calor horrible, había dado con mis huesos en una diminuta estación de ferrocarril. Apareció un tren. Le pregunté al revisor a dónde iba. Dijo que a Key West y yo dije, de acuerdo; y, de milagro, tenía dinero suficiente para pagar el billete. No olvidaré nunca el viaje de ensueño por el viaducto Old Flagler que une las islas entre sí.

Entonces Key West era realmente una isla. Debido a su calidad de centro minero había considerable tráfico de barcos en el puerto. El aire olía a la Corriente del Golfo. No se parecía a ningún otro sitio de Florida.

Desde Cayo Hueso, como lo llamaba la mitad de la gente, se podía ir a La Habana en el transbordador. Las fábricas de cigarros habían atraído a una población mitad cubana, mitad española. Era interesante hablar con los cigarreros, personas bien informadas que con frecuencia nos sorprendían con la extensión de sus lecturas. Hacer cigarros a mano era un trabajo delicado. Tenían la costumbre de pagar a alguien en cada una de las largas mesas en las que trabajaban para que les leyera. Escuchaban con avidez no sólo los periódicos socialistas, sino también los novelistas españoles del siglo XIX, así como traducciones de Dostoievski y Tolstoi. Eran gentes que tenían sus ideas propias sobre las cosas.

La población de lengua inglesa eran ferroviarios, viejos colonos de Florida, unos cuantos descendientes de los balleneros de Nueva Inglaterra que traían a la memoria el primitivo comercio del puerto, y pescadores venidos de colonias de población exclusivamente blanca, como Spanish Wells y las Bahamas. Su acento no revelaba la menor traza del habla gangosa que caracteriza a los blancos pobres del Sur. Uno recordaba entonces que, durante la guerra de Secesión, Key West había luchado con el Norte.

La isla contaba con un par de hoteles amodorrados en los que paraban ocasionalmente los pasajeros del tren, antes de seguir camino hacia Cuba u otras islas del Caribe. Había palmeras y pimenteros. Las calles con mucha sombra y las casas de madera sin pintar recordaban vagamente a

las de Nueva Inglaterra. Había pocos automóviles debido a la falta de una carretera que uniera la isla con el continente; no existía más que el viaducto con una única vía de ferrocarril. El astillero estaba cerrado. El guarda dejaba a la gente que se bañara en el agua de color azul intenso de la represa interior, a la que se llegaba por una escalera de piedra. Había que tener cuidado con las barracudas. Aparte de eso, era una verdadera delicia.

Los españoles tenían buenos restaurantes bien provistos de vino de Rioja. Se encontraban fácilmente agradables niñeras de color. Esto suponía una ventaja considerable porque Hem y Pauline ya habían producido dos niños para entonces: Patrick, bien pronto conocido bajo el nombre del Ratón Mejicano, y Gigi, a quien, sin motivo aparente, Hem había bautizado como el Judío Irlandés. Nadie parecía haber oído hablar de leyes sobre el juego ni de la prohibición. Era el paraíso soñado por Ernest.

Siempre había un grupo de gente alrededor de Hem. Recuerdo que no estaba solo cuando vino a recibirme al muelle aquella tarde soleada. Me dio justo tiempo de dejar mi maleta en el hotel Overseas y quitarme el traje que llevaba: había que salir a pescar el tarpon mientras durara la marea.

Charles Thompson, cuyos padres eran propietarios del almacén de quincallería y suministros navales más importante, nos llevaba en su lancha de motor. Nos acompañaban también su encantadora esposa, Lorine, y Waldo Pierce, con su barba, su cuaderno de apuntes y su caja de pinturas. Waldo había nacido en Bangor, en el estado de Maine. Era enorme y tenía unas patillas muy frondosas que le daban el aire de un Neptuno escapado de una de las barrocas fuentes de Roma. Era un discípulo de Jack Reed en Harvard. Se contaba de él una hazaña legendaria: volviendo de Europa en un barco con cargamento de ganado, poco después de terminar sus estudios en la universidad, se había tirado por la borda. Cuando estaba frente a Sandy Hook, Waldo decidió que no le gustaba la voz del tercer contramaestre, de manera que nadó hasta la playa; se compró un billete de primera clase y salió a recibir al buque mercante cuando echó la amarra al otro lado. Se contaba también que, a bordo, habían esposado a Jack Reed, acusándole de la desaparición de su camarada. Waldo era un pintor increíblemente fecundo. Tenía una paleta del estilo de Renoir. Nunca dejaba de pintar o de dibujar y también era incansable hablando.

Simpaticé con toda la gente que estaba a bordo, pero no tenía ojos más que para Katy. Katherine Smith había crecido con los Hemingway. Sus familias pasaban los veranos juntas en el norte de Michigan. Hem y Bill, el hermano más joven de Katy, habían sido inseparables de adolescentes. Katy llamaba a Hem Wemmage, y le trataba con el afecto condescendiente que siente una muchacha por su hermano más pequeño. Cuando Hem trabajaba en Chicago antes de ir a Italia con la Cruz Roja, había vivido como uno de la familia en una especie de apartamento comunal dirigido por el hermano mayor de Katy, Y. R. Katy había sido amiga de Hadley y conocido a Pauline y a su hermana Jinny en la universidad de Missouri. Formaban todos un grupo muy unido. Desde el primer momento, sólo pude pensar en sus ojos verdes.

En abril, cuando no soplan los alisios, hace calor en Key West. Pescábamos yendo y viniendo desde los muelles hasta un viejo vapor blanco que había naufragado durante un huracán, estrellándose contra los arrecifes. Había perdido la chimenea y se habían llevado las máquinas. Waldo pintó un cuadro que está todavía colgado en el vestíbulo del piso alto en Spence's Point. Cuando Charles llevó su motora a una ensenada lejos de la ciudad, desde los manglares nos llegaban los olores increíblemente dulces de las limas en flor así como nubes de mosquitos.

Hem había traído un par de botellas de champagne que colocó sobre el hielo que servía para mantener frescos a los cabezudos que usábamos como cebo. La regla era que no se podía beber hasta que alguien cogiera un pez. El sol se puso con gran despliegue de ocres y rosas chillones. Seguimos pescando a la luz de la luna. No estoy seguro de que cogiéramos ningún tarpon aquella noche, pero sí de que uno llegó a engancharse, porque recuerdo el arco plateado que se destacó sobre el resplandor de la luna en el agua cuando el pez saltó.

Al parecer el tarpon sólo picaba con marea baja y cuando el agua de los canales estaba templada. Cuando dejaron de picar y ya no quedaba champagne, Charles bostezó y dijo que tenía que estar en el almacén a las siete de la mañana y nos llevó al puerto.

No creo que sintiera volver con las manos vacías porque pescar tarpones siempre me ha parecido un derroche inútil. Me desagradaba ver a aquellos grandes monstruos plateados, inmóviles sobre el polvo del muelle. No sirven para comer. Sólo se les puede usar con fines decorativos. Algunas personas usan las escamas secas para hacer baratijas. La pesca del tarpon no es más que vanidad pura y simple.

Fuimos al restaurante del asturiano para comer algo antes de irnos a la cama. Seriolas bien fritas y bonito con tomate eran sus especialidades. Resultaba delicioso poder charlar amigablemente sobre todos los temas imaginables sin tropezar con la línea del partido. No había tabús. Todo el mundo decía lo que se le pasaba por la cabeza. Después de las rencillas ideológicas del teatro de Nueva York, Key West parecía el jardín del Edén.

Hem era el compañero más agradable del mundo cuando las cosas salían de acuerdo con sus deseos. Aquella primavera fue una temporada magnífica para el tarpon. Todas las noches salíamos a la mar con Charles y pescábamos y bebíamos y hablábamos y seguíamos hablando hasta muy tarde, en la noche bañada por la luna. Durante el día, en cuanto Hem y yo terminábamos nuestro trabajo –los dos nos levantábamos pronto– íbamos a los arrecifes con Bra.

Bra era un Conch: tal es el nombre que se les da a los blancos de Spanish Wells en las Bahamas. Su verdadero nombre era Sanders. Hem, que se había convertido en seguida en un Conch debido a su trato con él, persuadió al capitán Sanders para que nos llevara al mar. Nunca se habían alquilado botes para grupos. Quince dólares le pareció un precio razonable por todo el día. Tuvieran velas o no, los barcos de pesca eran simples queches. Todos llevaban un vivero en el centro. Key West tenía una fábrica de hielo, pero incluso en el mercado del muelle, cuando se compraban seriolas, las sacaban de una cisterna con una red. Otro depósito estaba lleno de tortugas verdes. El comercio de tortugas era una industria importante.

La infinita variedad de criaturas que se sacaban del agua junto a los arrecifes me fascinaba. Aunque nunca he sido un gran pescador, me gustaba ir con los demás para poder hallarme sobre las aguas multicolores. Yo repetía siempre que pescaba para la cazuela. Aunque a Hem le gustaba la competición tanto como a un caballo de carreras, no se había profesionalizado tanto como para estropearnos la diversión. Era tal mi entusiasmo por los grandes peces de aspecto lunático conocidos localmente con el nombre de corderos de mar, que Katy acabó por llamarme Corderodemar. Aquel apodo me duró una temporada.

Katy y yo nos casamos en agosto en Ellsworth, en el estado de Maine. Hem nos escribió una de las cartas más simpáticas que recibimos; pasaba el verano en España e iba a todas las corridas de toros. Decía que estaba muy contento de que los «ciudadanos» se hubieran casado. Yo le había escrito diciéndole que estaba terminando el primer volumen de lo que, para mi sorpresa y consternación, se había convertido en una trilogía. «Las trilogías son sin duda lo más perfecto – piensa en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo–, no parece fácil hacer algo más grande.»

Esta fue una de las pocas referencias a la religión en nuestra correspondencia. Ernest se había convertido al catolicismo para poder casarse con Pauline y se las había arreglado, Dios sabe cómo, para anular su matrimonio con Hadley.

Después hacía un resumen de las vidas de nuestros amigos: Don Stewart había cometido una terrible equivocación firmando un contrato de veinticinco mil dólares y relacionándose con los Whitney. «Confío en que tú evitarás una cosa así –no firmes nada–, dispara sin avisar cuando veas el blanco de los ojos de un Whitney.» John Bishop se había echado a perder casándose con una chica que tenía dinero. «Mantén a Katy lejos del dinero.» La eterna juventud había hundido a los Fitzgerald. «Hazte viejo, Passos. Haz envejecer a Kate.» Hem mismo había quedado destrozado por el suicidio de su padre. Yo tenía que poner las armas de fuego lejos del alcance del padre de Katherine.

Me hacía falta corregir las pruebas de *The 42nd Parallel* antes de salir para el viaje triunfal que había proyectado; quería enseñarle a Katy los rincones familiares de Europa y presentarla a mis viejos amigos. Le escribí a Hem que rezara por mí y mi batalla en favor de los tacos. Después de conseguir un empate en aquella pelea, nos embarcamos en un vapor francés, *Roussillon*, el 23 de noviembre.

Yo no había sido nunca tan feliz, pero la desgracia se cebaba en mis amigos. Canby Chambers había quedado inmovilizado por la parálisis infantil el verano precedente. Se recuperó pero perdió todo el movimiento de la mitad inferior del cuerpo para el resto de sus días. Antes de hacernos a la mar supimos que el pequeño Patrick Murphy tenía tuberculosis.

En París visitamos a los Fitzgerald que vivían cerca de Etoile. Era la primera vez que veíamos a Scottie. Era una adorable niñita muy despierta, lo que las amigas de mi madre solían llamar una niña modelo; se ocupaba de ella una institutriz inglesa que ponía la carne de gallina. Scott bebía mucho y Zelda no estaba en su sano juicio; le obsesionaba la idea de bailar con el Ballet Ruso. En una sala de baile su estilo era encantador, pero no cabía pensar que a su edad pudiera completar el aprendizaje necesario para una bailarina de ballet. Ver a los Fitzgerald en aquel estado resultaba desgarrador para cualquiera que sintiera afecto por ellos.

Katy y yo nos paseamos en los *bateaux-mouches* envueltos en la luz rojiza del sol invernal. Comimos en Sceau-Robinson, y recorrimos los cafés acompañados de Blaise Cendrars, cuya poesía era mi pasión de entonces, y de su perro esquimal de color blanco que nunca se separaba de él. Cendrars era tan divertido como sus libros, pero a medida que pasaban los años yo me iba sintiendo cada vez más lejos de la *vie littéraire*.

Jeanne Léger nos obsequió con la mejor *blanquette de veau* que pueda imaginarse. Jeanne era la modelo de éxito con la que Fernand se había casado en sus años juveniles. No vivían juntos porque Jeanne, aunque era una mujer muy atractiva y una cocinera extraordinaria, se encaprichaba de unos jovencitos horribles; pero ella y Fernand mantenían el resto de las obligaciones matrimoniales en un curioso estilo francés muy protocolario.

Hem, Pauline y Jinny Pfeiffer llegaron de España y nos fuimos todos juntos a los Alpes suizos, a Montana Vermala, cerca de Sierra, para pasar las Navidades con los Murphy. Gerald y Sara llevaban su desgracia con gran presencia de ánimo. La teoría de entonces era que si Patrick vivía a la altura conveniente tenía posibilidades de vencer la enfermedad. Los Murphy estaban decididos a que nadie sintiera lástima de ellos.

Dorothy Parker estaba allí, diciendo sus chistes de siempre con los ojos llenos de lágrimas. Esquiamos y, por las noches, delante del fuego, nos reíamos como locos mientras comíamos *fondue* de queso y bebíamos el espléndido vino blanco del país. Todos estábamos decididos a mantener la moral de los Murphy. La cosa salió bien durante algún tiempo.

Después de aquello, Katy y yo pasamos una semana con Cendrars en un albergue viejo y frío en Montpazier, una ciudad fortificada del macizo central. Preparaban los patos salvajes y los venados en una inmensa chimenea a la antigua usanza y todos los días comíamos tortillas de trufas para almorzar.

Cendrars había perdido una mano en la guerra. Se nos ponían los pelos de punta recorriendo con él las carreteras de montaña llenas de curvas. Conducía su cochecito francés con la mano que le quedaba y cambiaba de velocidades con el gancho. Visitamos Les Eyzies y todas las otras cuevas prehistóricas de la localidad. Cendrars siempre tomaba las curvas sobre dos ruedas.

Pero salimos con vida y nos pusimos en marcha hacia el sur: íbamos camino de España a través del Languedoc. Creo que fue en Cádiz donde nos embarcamos en un pequeño vapor español llamado *Antonio López*, que nos llevó, sin prisa, hasta La Habana pasando por las islas Canarias. Fue un viaje delicioso. Teníamos una cabina muy espaciosa que daba sobre cubierta. Yo me entretuve pintando acuarelas y traduciendo al inglés *Le Panama et Mes Sept Oncles*, de Cendrars.

El único pasajero de lengua inglesa era un tal Loomis, del Departamento de Estado. Mr. Loomis era un entendido en cuestiones africanas y un excelente narrador de historias; algunas de ellas, sobre los cultos sacrificiales de la república de Liberia, nos pusieron los pelos de punta. Se mostraba muy escéptico sobre las ventajas de las libertades cívicas en Liberia. Mr. Loomis despertó nuestro interés desde el primer momento porque cuando le preguntamos por qué había alquilado dos camarotes nos contestó: «Tengo que tener un sitio donde poner los zapatos, ¿no es cierto?»

Hacia mediados de abril estábamos de vuelta en Key West, usando la embarcación de Era para pescar delfines y lampreas con Hem en la Corriente del Golfo.

Aquel otoño fui con Hem a una cacería de alces cerca de Cooke, en el estado de Montana. El tío de Pauline, Gus, financió la expedición. Tío Gus, un hombrecillo melancólico, era el mandamás de Hudnut en Nueva York. Estaba podrido de dinero y como no tenía familia, se mostraba siempre muy generoso con sus adorables sobrinas. Ernest le fascinaba. La pesca, la caza, la literatura. Quería ayudarle para que hiciera todas las cosas que él no había podido hacer mientras amasaba su fortuna. Fue tío Gus quien financió los primeros safaris africanos.

Salimos de un rancho que estaba ya en terreno deshabitado y, a lomos de muías, rodeamos el parque Yellowstone. Durante el tiempo que estuve con ellos, los alces, que tienen un olfato extraordinariamente fino, detectaban en seguida nuestra presencia y se internaban en el parque, poniéndose a salvo. Como yo era demasiado miope para usar un rifle, pasaba el tiempo contemplando el paisaje, avistando osos, espiando a los castores en un estanque y observando a Hem en su papel de cazador. Nunca fumaba: también él tenía un olfato muy fino. Era capaz de oler un alce casi tan pronto como el alce le olía a él.

Hem se había metido en el bolsillo a todos los trabajadores del rancho. Le consideraban el tipo más formidable que habían conocido. No había duda de que poseía dotes de mando. Se me ocurrió que podría llegar a ser un jefe de guerrilleros de primera clase. A eso se añadía el sentido de la topografía que tienen los estrategas militares. Podía describir el aspecto del próximo valle antes de que su caballo llegara a la cresta del monte.

Volviendo hacia Billings, Hem, al volante de su Ford *roadster*, hizo que volcáramos en la cuneta. Era una carretera estrecha y le deslumbraron las luces de otro coche en dirección contraria. Todo el mundo me echó a mí la culpa debido a mi miopía, pero puedo jurar que era Hem el que conducía. También es cierto que habíamos bebido más whisky de la cuenta. El coche se detuvo boca abajo. Todos salimos arrastrándonos, pero Hem tenía una fractura múltiple en un brazo y estuvo en el hospital de Billings varias semanas. Un aspecto típico del carácter de Hem se puso de manifiesto en esta ocasión: cuando Archie MacLeish se tomó la molestia de viajar hasta allí para verle, Hem les dijo a otros amigos que Archie sólo había ido para verle morir.

Era la época de la gran depresión. A mí no me afectó mucho personalmente. Katy era la propietaria de la casa de Provincetown donde instalamos nuestro cuartel general, y yo ahorraba todo lo que podía para nuestros viajes. Solía decirle a la gente que antes de la quiebra de la Bolsa andaba tan mal de fondos como después. En cualquier caso, era bien difícil que mis libros se vendieran menos. Fue más bien el trastorno que presencié en las vidas de los demás lo que me hizo tomar conciencia del fracaso del capitalismo de la Nueva Era.

Mi teoría política de entonces era que el partido comunista americano tenía el papel de aguafiestas. Como yo era un independiente sin ningún interés personal, podía secundar aquellos de sus objetivos que me parecían justos, hasta que el público americano llegara a darse cuenta de las muchas injusticias cometidas en la tierra de los hombres libres. No cesaba de escribir a Hem y a otros amigos escépticos que estaba a punto de romper mis lazos con los radicales, pero siempre sucumbía a la tentación de embarcarme en alguna otra obra buena. Los comunistas son infatigables cuando tienen la impresión de haber atrapado a alguien.

En el otoño de 1931, los líderes comunistas que se ocupaban de materias laborales pusieron en marcha un comité de escritores para investigar los abusos cometidos contra los mineros del condado de Harlan, en la zona este de Kentucky, donde se explotaba el carbón bituminoso. Theodore Dreiser aceptó ser el presidente.

Desde muy joven yo sentía una gran admiración por Dreiser. Sus novelas habían sido otros tantos mazazos contra la delicada reticencia de la novela americana del siglo XIX, abriendo el camino a lo que, para mí gusto, era una certera descripción de la vida humana. Sin el camino abierto por Dreiser al naturalismo, ninguno de nosotros habría llegado a publicar.

La primera vez que le vi me hizo pensar en un elefante. Esta impresión tenía que ver con su nariz y con la disposición de las arrugas alrededor de sus ojos. Era paquidérmico y sin embargo sensitivo, distante, testarudo; de espíritu despierto, pero con mil recovecos y con repentinas oleadas de

comprensión en los momentos más inesperados. Se interesaba por mi trabajo. A veces me invitaba a comer con él en Nueva York, en su hotel en la esquina de Broadway con la calle 72.

No se le daban bien los diálogos de pura cortesía ni a mí tampoco. Como no almorzaba, se sentaba a mi lado en un salón bastante melancólico y me observaba mientras yo comía. Dreiser hablaba mucho más a gusto con las mujeres que con los hombres. Ninguno de los dos teníamos grandes cosas que decirnos. Incómodo, masticaba la insípida comida y me marchaba con el convencimiento de haber cumplido con los deberes que impone la veneración.

Resultó que el trayecto de ferrocarril más conveniente para llegar al condado de Harlan pasaba por Cincinnati. En el tren de Cincinnati a Pineville me encontré a Dreiser acompañado de una joven extraordinariamente atractiva. Sus maneras, su peinado, el corte impecable de su traje gris: todo denunciaba el especial estilo de Chicago que yo apreciaba tanto. Resultaba extraño, sin embargo, que Dreiser se presentara acompañado de una amiga en una expedición como aquella.

Por lo demás, su actuación fue soberbia. Se comportaba de manera tan similar a la de un senador en misión de encuesta, que la gente de la zona le tomaba por un senador. Nunca entendí del todo el significado de la palabra «depresión» hasta que empecé a curiosear por aquellas montañas. Los mineros vivían en la más abyecta de las miserias.

Los comunistas habían organizado una Unión Nacional de Mineros (en aquellos días «nacional» era la marca de fábrica de las organizaciones comunistas) y habían instigado a la huelga en docenas de pequeñas minas que, de hecho, eran apenas rentables. Dios sabe que existían motivos de sobra para ir a la huelga. Las autoridades locales replicaron con esquiroleros y policías voluntarios. Se produjeron sabotajes con dinamita y peleas a tiros muy al estilo de aquellas zonas montañosas. La situación se complicaba con el hecho de que algunos miembros de la *International Workers of the World* también participaban, así como algunos agentes de la *American Federation of Labor*. Fieles a sí mismos, los comunistas dedicaban tanto tiempo a torpedear los proyectos de sus rivales como a ayudar a los mineros.

A lo largo de la encuesta, Dreiser trató seriamente de escuchar todas las versiones de la historia. Su palabra favorita era «equidad». No se cansaba de explicar que estaba tratando de restablecer la equidad en el trato de los mineros. Las fuerzas del orden se negaron a cooperar o a prestar testimonio. Según su punto de vista, nosotros éramos agitadores extranjeros y podíamos irnos al infierno. Incluían también a los reporteros de los periódicos. El sheriff del condado de Harlan puso en marcha la maquinaria legal con una demanda de cincuenta mil dólares por difamación contra Bruce Crawford, debido a un artículo distribuido por una agencia de prensa.

El lenguaje de los mineros me divertía tanto como me apenaba su indignancia. Sus frases tenían las cadencias de la lírica isabelina. Los discursos recreaban todo el sabor de la campaña electoral que llevó a Andrew Jackson a la presidencia. Contemplando sus ojos y sus caras enjutas me parecía ver de nuevo a los Bedawi del desierto de Siria. El polvo de carbón en las pestañas y en las cejas conseguía una mirada tan brillante como la que el khol pone en los ojos de los árabes. Eran tipos estupendos; sentía enormes deseos de ayudarlos.

Todo lo que conseguimos fue un volumen de testimonios titulado *Harlan Miners Speak*. El esfuerzo de los comunistas se vino abajo. Un buen número de los dirigentes acabaron en la cárcel. Los comunistas, que poseían la mejor organización de defensa, no se decidían a ayudar a los tibios ni a los miembros de la *American Federation of Labor*: al final fueron los mineros quienes pagaron los vidrios rotos.

Los ayudantes del sheriff de Pineville le hicieron una sucia faena a Dreiser. Se habían dado cuenta de la presencia en el hotel de aquella atractiva joven que no era, ciertamente, la esposa del gran hombre. Una noche, después de que la muchacha entrara en la habitación de Dreiser, pusieron una fila de palillos contra la puerta. Por la mañana, al descubrir que ninguno de los palillos se había movido, le detuvieron a la hora del desayuno, acusándole de haber infringido una disposición local contra la fornicación. No presencié el juicio, pero me dijeron que Dreiser había desconcertado a todo el mundo en la sala de la audiencia declarando que era viejo e impotente. Nada inmoral podía haber sucedido. ¡Qué hombre tan extraño!

Mientras volvía a casa, estuve reflexionando sobre el sentido exacto que Dreiser daba a la palabra «equidad». Como sucedía también con otros términos suyos, aquello no era fácil de hacer. Años más tarde me preguntaba si no había sido la vaguedad de sus definiciones lo que le llevó al campo comunista al final de su vida. Equidad debió llegar a significar para él distribuir el dinero de los ricos entre los pobres. Pero, puesto que cualquiera que se tomara la molestia de estudiar la Unión Soviética podía llegar a la conclusión de que liquidar a los ricos no mejoraba en nada la situación de los pobres, nunca pude entender lo que el viejo y extraño paquidermo tenía en la cabeza.

Pocos días después de volver a Nueva York, las autoridades del condado de Harlan nos hicieron el honor de procesarnos por violación del estatuto sindical de Kentucky. Earl Browder, que presidía por entonces el Comité Central Comunista, trató de convencerme para que volviera allí y compareciera a juicio. No acepté.

No me gustó el tono sarcástico con que Browder pronunciaba la palabra «liberal». Por supuesto, en la jerga comunista de la época, «liberal» era un insulto. Aunque yo creía que los comunistas estaban haciendo una útil labor poniendo de manifiesto la miserable situación de los mineros de Harlan, me molestaba su manera condescendiente de tratar a los huelguistas encarcelados y a sus defensores «liberales». Browder no hacía ningún esfuerzo por ocultar la satisfacción que le producía tratarnos a todos como simples peones de su juego. Nunca simpatiqué con Earl Browder. Le dije que aguardaría tranquilamente en mi casa hasta que se presentaran con una orden de extradición. No sucedió nada.

Algunos años más tarde tuve ocasión, cuando me invitaron a hablar en un congreso de escritores en Nueva York, de extenderme sobre lo que había intentado explicarle a Earl Browder. Era la época del Frente Popular y de las ligas contra el fascismo y contra la guerra. La finalidad del congreso era agrupar a los escritores de la llamada literatura proletaria. Algunos profesores insistían en poner esa etiqueta en mis libros y yo trataba de elaborar una táctica para evadirme. Recordaba la réplica de Cézanne a Vollard que tanto le gustaba a Cummings. «*Écoutez un peu, Monsieur Vollard, je ne veux pas qu'on me mette le grappin dessus*»

Como consideraba que hablar en público era una tentación diabólica, mandé mi comunicación por correo para que fuera leída en la reunión. Por supuesto, nadie hizo el menor caso; siempre es inútil tratar de explicar las cosas. Malcolm Cowley expresó muy bien mi punto de vista cuando me atribuyó la siguiente frase: «Escritores del mundo, uníos; lo único que podéis perder es vuestra inteligencia.» Confío en haberlo dicho. *Si non è vero è ben trovato*.

Poco después de la toma de posesión de Franklin D. Roosevelt tuve otra crisis de fiebre reumática. El doctor Gantt, con quien trabé una sólida amistad a raíz de aquella excursión por el Cáucaso donde pasamos tanta hambre, había vuelto a la facultad de medicina de Johns Hopkins para fundar un laboratorio de acuerdo con las enseñanzas de Pavlov y para trabajar con Adolph Meyer, el psiquiatra suizo que dirigía Phipps. Yo había llevado a Katy a Baltimore para que la operaran de las amígdalas y tuve que ocupar su cama en el hospital en cuanto ella la dejó libre. No pude moverme durante unas cuantas penosas semanas que empleé en leer *A la recherche du temps perdu*. Proust es la lectura adecuada para cuando se está enfermo. Nunca había tenido paciencia suficiente mientras disfrutaba de buena salud.

Todos mis amigos se interesaron por mí. Ernest me envió mil dólares del dinero que tío Gus le había dado para su safari africano. Gerald y Sara me pagaron un pasaje en la Italian Line para que pudiera pasar mi convalecencia en Antibes. Horsley reunió a mi cabecera a todas las celebridades de la medicina.

Scott vivía en Baltimore porque Zelda estaba en tratamiento con Adolph Meyer. Solía venir y sentarse, inquieto y deprimido, junto a la cabecera de mi cama. Intentaba persuadirle de que no estaba acabado. De hecho, yo estaba tan convencido de que tenía aún que escribir lo mejor de su obra, que quise disuadirle de publicar *The Crack Up*. Lo que prueba qué fácil es dar malos consejos a los amigos; *The Crack Up* resultó ser uno de sus mejores libros.

En realidad, Scott luchaba contra la adversidad con una determinación que me parecía admirable. Estaba tratando de educar a Scottie, hacer todo lo posible por Zelda, moderarse en el uso del alcohol, y seguir enviando historias a las revistas para hacer frente a los enormes gastos que traía consigo la enfermedad de Zelda. Al mismo tiempo, estaba decidido a seguir escribiendo novelas de primera calidad. Con la edad y la experiencia sus criterios literarios se hacían más exigentes. Nunca he sentido tanta admiración por ningún hombre. Su situación era, sin duda, mucho más angustiosa que la mía y era yo, de hecho, quien debiera haberme sentado junto a la cabecera de su cama.

Durante los inviernos que siguieron, Katy y yo nos esforzamos por pasar todo el tiempo posible en Key West. No estábamos completamente bajo el trópico, pero sí muy cerca. No conozco otra prescripción médica más agradable de cumplir.

El ferrocarril había sido suprimido y ahora se llegaba en un transbordador desde un lugar en el continente al sur de Homestead. Había que tomar sucesivamente tres transbordadores y usar las carreteras de arena que atravesaban las islas cubiertas de vegetación. Se tardaba medio día y era un trayecto delicioso, con bandadas de pelícanos que remontaban el vuelo agitando mucho el agua, con grupos de rabihorcados que pasaban volando, con pájaros bobos sobre las boyas y cabezudos saltando en los bajíos de aguas lechosas.

Hem y yo hablábamos todo el tiempo de una expedición a Bimini, pero siempre teníamos que aplazarla por una razón u otra. La primera vez que nos pusimos en camino, casi antes de llegar a las aguas violetas de la Corriente del Golfo, el bueno de Hem se disparó un tiro en la pierna – afortunadamente no le interesó el hueso– cuando trataba de alcanzar a un tiburón que se acercaba a un pez aguja arrastrado por uno de nosotros hasta la borda para engancharlo con un garfio. Tuvimos que dar media vuelta y llevarle al hospital para que le echaran un remiendo. Katy estaba tan enfadada que no quería hablar con él.

Cuando apenas se le había curado la pierna llegó un paquete de Oak Park. Era de parte de su madre. Contenía una tarta de chocolate, unos lienzos de Mrs. Hemingway que representaban el Jardín de los Dioses (le sugería que los presentara en el Salón cuando volviera a París) y el fusil con el que su padre se había suicidado. Katy, que la conocía de antiguo, me había explicado que Mrs. Hemingway era una señora muy extraña. De todos los hombres que he conocido, Hem es el único que realmente odiaba a su madre.

Finalmente llegamos hasta las Bahamas en un barco de Hem, el primero de la serie *Pilar*. La lujosa reserva de pesca montada en Cat Kay había quebrado al desaparecer el impulso inicial de crecimiento en Florida y todavía seguía cerrada. Había unos cuantos propietarios de yates y algunos aficionados a la pesca, pero la isla de Bimini propiamente tal era como el fin del mundo. Había un embarcadero, unas cuantas cabañas indígenas a la sombra de los cocoteros, una tienda con una especie de bar donde bebíamos ron por la tarde y una playa magnífica del lado de la Corriente del Golfo. En lo alto de las dunas se alzaba una residencia oficial y unos cuantos bungalows abrasados por el sol y provistos de tupidas telas metálicas contra los mosquitos. Katy y yo nos instalamos en uno de ellos para que Hem tuviera más sitio en el *Pilar*.

Habíamos terminado por llamar a Hem el Maestro, ya que siempre era él quien dictaba las leyes; también le llamábamos Mahatma porque un día había aparecido en una barca de remos con una toalla liada a la cabeza a modo de turbante para protegerse del sol. Tenía más tendencia a enfadarse que en los viejos tiempos, pero cuando quería resultaba más divertido que nadie. La vida aún nos parecía a todos enormemente cómica. Nadie se enfurruñaba tanto como para no reír con los demás ante una broma de buena ley. Bebíamos mucho pero en un ambiente de alegría. Lo superábamos todo con grandes carcajadas.

Si no me equivoco, durante esta expedición a Bimini el Maestro intentó por primera vez la pesca del atún. Había estado leyendo el libro de Zane Grey sobre la pesca del atún en los siete mares (un libro sorprendentemente bien escrito) y quería superarle.

Al otro lado de la Corriente del Golfo, viniendo de Hawk Channel habíamos cogido algunos ranos pequeños y algunos delfines del color del arco iris. Estábamos en primavera y todos los augurios confirmaban que los atunes se habían puesto en movimiento.

A Katy y a mí nos encantaba la isla. Nunca nos cansábamos de andar por la playa y de ver el ir y venir de los cangrejos que corrían como trotones entre los cocos caídos. Nos bañábamos mucho, disfrutando de las olas en la playa más grande. Hem despreciaba nuestra colección de conchas.

Conseguimos los servicios de un negro muy agradable, gran narrador de historias, que nos llevaba de paseo en su diminuto velero a las aguas margosas del Great Bahama Bank o a pescar en los bajíos entre los bancos de coral. El Mahatma nos tomaba el pelo por nuestra afición a los paseos en barcas de remos: decía que esas cosas se hacen antes de casarse, no después.

Los negros de Bimini eran muy divertidos. Cada incidente de la jornada les inspiraba una canción. El trabajo más insignificante –remolcar una barca hasta la playa– se convertía en ocasión para un coro. Ninguno de nosotros había oído hasta entonces:

*Mi mama no quíe guisantes
ni arroz ni aceite de coco
lo que quíe es cognac y champagne
pa podé empiná el codo.*

En seguida inventaron canciones sobre el bueno de Hem. Siento no haber conservado la letra. Todos mis recuerdos de aquella semana tienen como fondo el ritmo de las canciones de Bimini.

En cualquier caso, mientras Katy y yo disfrutábamos sin recato del paisaje y del folklore y practicábamos la navegación a vela y a remo, actividades que los auténticos pescadores consideraban poco respetables, el Maestro navegaba por alta mar. Se había traído todo el equipo para la pesca del atún y lanzaba el aparejo con su característica obstinación.

Estábamos en tierra cuando el Maestro inició el combate con su primer gran atún. Muy de mañana el pez había picado el anzuelo de un individuo llamado Cook, un vigilante de Cat Kay. Tenía que ser un animal enorme porque hubo que darle todo el carrete. Cook tenía las manos destrozadas cuando le pasó la caña a Ernest, que se acercó con el *Pilar* a primera hora de la tarde. Hem siguió trabajándolo desde el barco de Cook y mandó el *Pilar* a por nosotros para que pudiéramos ver el espectáculo. No recuerdo quién llevaba el timón, pero sé que navegamos al lado de Hem mientras continuaba la pesca.

Entre los espectadores se encontraba el propietario de un yate blanco de grandes dimensiones llamado *Moana*. William B. Leeds, que pertenecía a una familia conocida en los medios cosmopolitas, había invitado al Maestro a tomar unas copas a bordo dos días antes. El Maestro volvió encantado de la hospitalidad de Bill Leeds, pero todavía más deslumbrado por el hecho de que Leeds poseía un fusil ametrallador. En aquel momento, un fusil ametrallador era lo que el Maestro más deseaba en el mundo.

Desde pequeño le gustaban las armas de fuego, pero ahora estaba especialmente interesado en utilizar un fusil ametrallador contra los tiburones. Aquella temporada, Bimini estaba infestado de tiburones. Nos molestaban incluso cuando nos bañábamos en la playa, pero lo más desesperante era su capacidad para llevarse los peces a dentelladas cuando estábamos a punto de subirlos a bordo. El Maestro había usado su rifle, pero si no se les acierta en el cerebro, un disparo de rifle no les hace mucha impresión. La noche anterior a la batalla con el atún, Hem, mientras trasegaba cócteles, ensayó todas las estrategias posibles para conseguir que Leeds se separara de su fusil ametrallador. Le ofreció sucesivamente jugárselo a cara o cruz, al póker, o al tiro con diana. Creo que incluso le ofreció comprárselo. Pero Leeds no aceptó; más tarde me explicó que era un regalo del hijo del inventor, buen amigo suyo.

La tarde estaba ya avanzada cuando Katy y yo llegamos a la escena de la batalla. Al anochecer, el atún empezó a dar señales de debilidad. El Maestro recogía hilo. Todos estábamos agotados, pero el atún seguía enganchado. Era fascinante poder asistir al final del drama. Se había formado un círculo de embarcaciones: también estaba Leeds, con su fusil ametrallador, en la chalupa del *Moana*.

Se hacía de noche. El viento había cesado, pero se estaba formando en el horizonte una borrasca de muy desagradable aspecto. Aprovechando las últimas luces del crepúsculo, Hem arrastró al pez

hasta el lado del barco. Nadie lo había visto todavía. Un hombre permanecía a la espera, empuñando el arpón. Los demás, amontonados en lo alto de la cabina del *Pilar*, iluminábamos el agua con nuestras linternas.

Todos lo vimos al mismo tiempo, oscuro, plateado e inmenso. Ochocientas libras, novecientas, mil libras; todo el mundo aventuraba a media voz cifras improbables. Yo sólo sabía que era un pez muy grande. Se movía con dificultad. Parecía acabado. El hombre con el arpón hizo un intento y falló. La ráfaga de plata desapareció. El carrete gimió mientras el pez volvía a ganar profundidad.

El Maestro juraba en voz baja.

El atún necesitó la mitad del carrete; después Hem empezó otra vez a tirar de él. Algo no funcionaba. Un espectador sugirió que quizá estaba muerto. Bill Leeds, que había mantenido a los tiburones a distancia con su fusil ametrallador, tuvo que renunciar por temor a los rebotes. El Maestro seguía recogiendo hilo.

Las nubes de tormenta, que dejaban escapar algunos relámpagos, cubrían un tercio del cielo estrellado. La mayor parte de los botes habían puesto proa a la playa.

Desde la chalupa, Leeds nos invitaba a refugiarnos en su yate, pero el Maestro seguía recogiendo hilo.

Por fin, envuelto en una explosión de espuma plateada, el atún salió a la superficie, a unas diez o quince yardas de la popa. Los tiburones no le habían tocado. Pudimos verle, brillante y majestuoso, en toda su longitud. El Maestro recogía hilo a toda velocidad. Entonces aparecieron de repente. Con las luces de nuestras linternas pudimos ver a los tiburones dibujando estrías en las oscuras aguas. Como torpedos. Como lanchas rápidas. Atacó el primero. Después otro. Y otro. El agua se enturbió con la sangre. Cuando izamos el atún sobre la popa sólo quedaba la cabeza, la espina central y la cola.

Conseguir que Katy y yo subiéramos al *Moana* fue una gran victoria para Hem. Había estado tratando de congraciarse con Leeds; a causa de su fusil ametrallador y también quizá porque le creía inmensamente rico. A Katy le cayó muy mal, y aseguraba que prefería morir antes que subir a bordo de su yate. Había en su grupo un español viejo, untuoso y de aire rufianesco a quien llamábamos Don Propina. No nos caía bien a ninguno de los dos. Pero Ernest acabó ganando. La borrasca era tan violenta que no nos quedó otro remedio que refugiarnos en su yate. Trepamos por la escalerilla mientras la lluvia nos azotaba en ráfagas horizontales, y nos sentamos tiritando cerca de las bocas de ventilación del salón. Como justo castigo a nuestros remilgos, los dos atrapamos un resfriado de cabeza.

Leeds nos ofreció hospitalidad para pasar la noche. Nos acostamos pronto, de manera que nunca supimos lo que sucedió exactamente; pero cuando desembarcamos a la mañana siguiente, disfrutando de la delicada luz de una límpida aurora, el Maestro llevaba amorosamente en los brazos su recién adquirido fusil ametrallador.

Debió ser un préstamo porque Bill Leeds me escribió más tarde que no se lo había regalado hasta un par de años después, cuando el Maestro pardo para la guerra civil española. Leeds estuvo de acuerdo en que habíamos presenciado un ensayo para *El viejo y el mar*, aunque las historias que el nativo de las Canarias le contó a Hem en La Habana también tuvieron su influencia. Nadie ha conseguido jamás precisar por completo los orígenes de una historia de pesca.

Nineteen Nineteen no se vendió mejor que *The 42nd Parallel*. Y debido a mis ataques de reumatismo y a mis viajes invernales por prescripción facultativa empezaba a acumular deudas. Cuando Joseph von Sternberg me ofreció trabajar con él en un film de ambiente español para Marlene Dietrich, acepté la aventura. Todos mis conocidos habían terminado aterrizando en Hollywood. Hasta Gerald Murphy había pasado un mes allí invitado por King Vidor. Yo también tenía que ir y ver cómo era aquello.

Por alguna oscura razón, para llegar a Los Ángeles había que cambiar de avión en Salí Lake City. La segunda etapa del viaje se hacía en un viejo trimotor Ford, que daba la impresión de mover las alas como un milano. Me encontraba bastante mal cuando bajé, tambaleante, del avión.

Von Sternberg era todo un personaje. Por supuesto, había nacido en Brooklyn y se llamaba Joe Stern, pero se desprendía de él un aura –apenas sugerida– de nobleza austriaca. Y resultaba tan convincente que no tardé en incorporarme al juego. Yo tampoco había estado nunca en Viena, pero pasamos tanto tiempo hablando del Ring, de los festivales del vino de tiempos pasados y de la escuela española de equitación, como discutiendo la frívola novela de Pierre Louys *La Femme et le Pantin*, que Sternberg trataba de adaptar para Marlene. Puesto que lo que hacía mejor era cantar baladas alemanas, estaba decidido a no dejarla cantar.

Fueron unas semanas muy instructivas. El asunto terminó en desastre. Cuando me puse enfermo (otra vez el reumatismo) y tuve que recluirme en el hotel, Marlene, que era la más encantadora *Hausfrau* del mundo, me mandó flores. Francis Faragoh insistió en llevarme a su casa. Mis antiguos compañeros del New Playwrights' Theatre se reunían por las noches para jugar al póker y apartaban un diezmo de sus ganancias para el partido, cosa que yo encontraba divertida: los guionistas de éxito habían convertido el comunismo en un solemne rito secreto.

Yo estaba en plena convalecencia y harto de Hollywood cuando Katy volvió de Columbia, en el estado de Missouri, de asistir al funeral de su padre y atravesar un período difícil. Quizá fue una suerte que mi contribución a *The Devil is a Woman* tuviera que hacerse desde el lecho del dolor, porque si hubiera sabido lo que en realidad filmaban habría tratado de impedirlo. Tomamos un barco de la *United Fruit* que nos llevó a La Habana cruzando el canal de Panamá y poco después nos instalábamos en una casa muy agradable, conocida como Brown Bungalow, que Pauline había alquilado para nosotros en Key West.

Fue probablemente la primavera siguiente cuando Hem, Waldo y yo alquilamos la embarcación de Bra para ir a las islas de la Tortuga. Estos islotes están situados en el extremo oeste del archipiélago de coral que constituye los Keys de Florida. Hicimos la travesía, que resultó bastante movida, a través de los bajíos, confiando en tropezamos con uno de los bancos de caballas reales que salen del golfo de México durante la primavera, camino del noroeste. Casi no habíamos cogido ningún pez grande.

Waldo instaló su caballete en una de las entradas de la vasta fortaleza de piedra y se puso a pintar. Yo me refugié con mi hamaca y mi bloc de notas en otro rincón sombreado. El sol calentaba, pero el viento alisio era refrescante. La isla era enorme y estaba completamente vacía. Nos imaginábamos que en cualquier momento veríamos salir al pobre doctor Mudd por uno de los túneles. No se oía más ruido que los chillidos de las golondrinas marinas. El agua era increíblemente transparente, deliciosa para nadar. No vimos tiburones ni barracudas, tan sólo los diferentes peces que viven entre las rocas: seriolas, pejes, doradas; toda la variedad de pequeñas criaturas, cuyos nombres no conocíamos y que se movían como joyas diminutas entre los arrecifes de coral. Pasaron unos días; fue una de las veces que entendí más a fondo el sentido de la palabra tranquilidad.

Ernest había venido con Arnold Gingrich, que estaba lanzando *Esquire*. Se hallaba como en trance, descubriendo un mundo que nunca había soñado. Le devoraban los mosquitos, estaba medio mareado, con quemaduras del sol, asombrado, y tan asustado como complacido. Ver a Hem lidiar con un redactor en jefe era tan interesante como verle luchar con un pez espada.

Gingrich no se cansaba de mirar a Hem. Hem recogía hilo, suavemente, dándole mucho carrete a su presa. El redactor en jefe había mordido bien el anzuelo. Publicaría cualquier cosa que Hemingway le mandara, a mil dólares la pieza. (En aquellos días no se nos ocurría que se pudiera pagar más. Vivíamos lejos del mundo de los agentes literarios y de las opíparas comidas de negocios de Nueva York.) Ernest estaba afinando los instrumentos que más tarde utilizaría en el mundo de la alta finanza literaria. Era tal su ascendiente sobre Gingrich que, para redondear el asunto, le vendió unas cuantas cosas más.

Mientras tanto, Era recogía veneras. Los turistas habían llegado a Key West. Bra había descubierto con asombro que compraban las grandes conchas estriadas de color rosado. Bra fue amontonándolas en la proa hasta llenarla. La noche antes de ponernos en camino para Key West nos hizo una de las mejores sopas de mariscos que he comido. Después tomamos seriolas fritas,

sazonadas con una mezcla de salmuera y limas que Bra llamaba *Old Sour*; el resultado fue un festín regio, que ayudamos a bajar quizá con un poco más ron Bacardi del estrictamente necesario.

Estábamos anclados en un muelle situado al otro lado del fuerte. Mientras comíamos y bebíamos se acercaron dos o tres botes de pesca cubanos que habían salido a pescar pejes en aguas profundas. Era un grupo de individuos bronceados, andrajosos y cordiales. Les invitamos a beber ron. Al poco tiempo Hem hablaba castellano con gran soltura. De la barba de Waldo salía una mezcla de francés, italiano y castellano deformado, con la que se había defendido durante años en los países del Mediterráneo. Bra, que despreciaba los idiomas extranjeros, manifestaba sus sentimientos amistosos con movimientos de hombros y gruñidos. Gingrich permaneció sentado sin abrir la boca y con ojos redondos como platos, mientras los demás saltábamos de un bote a otro, tan parlanchines como una bandada de monos.

Se hicieron demostraciones de fuerza, se contaron historias de gigantes peces espada enganchados y perdidos, de cocodrilos avistados en el Golfo y de serpientes de cascabel de veinte pies de largo nadando hacia el mar. Al caer la noche el viento cesó por completo. No había luna. Nuestros amigos se alejaron unos cientos de metros, echaron el ancla y se fueron a dormir. También nosotros nos apartamos del muelle en busca de algo de brisa. Las estrellas amontonadas en el cielo se reflejaban en el agua y parecían tan grandes como las luces de un árbol de Navidad. Los tres barquitos daban la impresión de estar suspendidos sobre una gran esfera de color índigo esmaltada de estrellas.

Dentro de la cabina hacía calor. Abrumados por el bochorno y el ron sudamos, inmóviles, en nuestras estrechas literas. Nos dormimos envueltos en un halo tórrido.

Nos despertaron unos golpes en el puente. Era el patrón de uno de los barcos, un hombre de edad con cabellos grises. «*Amigos, para despedirnos*». Con los ojos enrojecidos y la cabeza pesándonos como plomo, subimos al puente.

Nos indicó algo con el brazo. Destacándose contra las primeras estrías de luz violeta hacia el este, vimos la silueta de un hombre en la proa de uno de los barcos agitando una garrafa llena de líquido. Iban a salir camino de La Habana con la primera brisa. Antes de marchar, querían obsequiarnos con unos vasos de despedida.

Nos reunimos todos en la estrecha pasarela de madera que había en el muelle. No teníamos hielo, por supuesto. Era un ponche preparado con aguardiente barato que olía como alcohol de madera. Trajimos obedientemente nuestros vasos de estaño. Nos dolía la cabeza y teníamos el estómago revuelto. Sentíamos ganas de vomitar. Pero no podíamos insultar a nuestros amigos. Teníamos miedo de morirnos, pero eran nuestros amigos y nos bebimos su ponche.

Fue entonces cuando Ernest sacó su rifle y empezó a disparar. Para entonces la luz era ya plateada. Se sentía el calor del sol tras el horizonte. Disparó contra una lata de judías que flotaba cerca de la orilla. Tiramos otras latas después. Disparó sobre trozos de papel que los cubanos colocaban sobre astillas que arrancaban de sus esquifes. Mató varias golondrinas marinas. Atravesó un poste al extremo del muelle. Acertaba dondequiera que le señalábamos. Disparó sentado. Disparó de pie. Disparó tumbado, boca abajo o hacia atrás, con el rifle entre las piernas.

Hasta donde podíamos juzgar no falló nunca. Finalmente, se quedó sin munición. Bebimos lo que quedaba del ponche. Los *amigos* nos estrecharon la mano. Más tarde agitaron los brazos en gesto de despedida. Izaron el ancla, desplegaron sus velas negruzcas y partieron hacia el este ciñéndose al viento, aprovechando las primeras ráfagas de los alisios que removían la pesada atmósfera.

Nosotros pusimos proa a Key West. Camino de vuelta nos encontramos con una calma chicha al cruzar los bajíos. El poco viento que había soplaba detrás de nosotros. Las veneras de Bra habían empezado a pudrirse y el olor era insoportable. El ponche nos había sentado muy mal. Nuestros rostros tenían un color verdoso y sentíamos frío en los labios. Nadie llegó a vomitar, pero debimos presentar un aspecto bien lamentable hasta ponernos al socaire de los primeros grupos de mangles que protegen las cercanías de Key West.

Los problemas que surgen entre un hombre y sus amigos no son con frecuencia más que el resultado de hacerse viejo. Las personas que continúan siendo felices juntas, un hombre y una mujer, por ejemplo, consiguen cultivar entre los dos una zona privada de infancia perpetua. Envejecer significa renunciar a muchas cosas. Considerad vuestro trabajo. Muy pocas personas escogen su profesión. Sería más exacto decir que su profesión les elige. Una profesión significa renunciar a otras muchas carreras maravillosas que podrían haberse seguido.

La jovialidad desaparece. Lo que se inventa y se descubre en la edad madura es casi siempre resultado de las intuiciones y de las aptitudes desarrolladas durante los juegos de la infancia. Las gentes que llegan a obtener éxitos en el mundo han conseguido conservar vivo, de una manera u otra, el sentido infantil del juego; pero para la mayor parte de nosotros, ese sentido del juego sobrevive, si es que llega a hacerlo, dentro de un caparazón erizado de espinas.

A medida que un hombre llega a la edad madura, pierde posibilidades con cada año que pasa. Y de la misma manera pierde amistades. En una época como la nuestra, en la que los credos políticos empujan a los hombres a la matanza y a la inmólación, las opiniones políticas se convierten en materia de vida o muerte. Las diferencias que, a los veinte años, se podían discutir sin rencor y hasta con agrado, se convierten a los treinta en motivo de recriminaciones y amargura.

En una época en la que las consignas políticas cambian radicalmente de sentido en pocos años, cualquiera que trate de seguir haciéndose preguntas, que trate de comparar cada consigna con su aplicación en la vida real, y cada etiqueta con la cosa misma, tiene que acostumbrarse a la idea de que los viejos amigos dejen de serlo e incluso a que se conviertan en enemigos.

Añádase a eso las especiales cualidades del *genus irritabile vatum*. Los hombres de letras son más susceptibles que los demás. Son una pandilla de egotistas. Las amistades entre ellos son siempre precarias. En eso, se parecen un poco a los toros. El toro que era juguetón y cariñoso de becerro, os dará una cornada mortal por un quítame allá esas pajas en la edad adulta.

Ernest y Pauline se compraron en Key West una hermosa casa con fachada de estuco y techos muy altos. Pauline seguía tan divertida como siempre; Gigi y el Ratón Mejicano, tan deliciosos como pudiera desearse; pero mis relaciones con Ernest se hicieron más difíciles y teníamos más roces que en el pasado. Quizá la culpa fuera tan mía como suya. Katy y yo lo atribuíamos a los turiferarios de la literatura. El famoso autor, el gran pescador, el extraordinario cazador africano: tratábamos de servir de contrapeso gastándole bromas, sobre todo en las noches en que tenía irritada la garganta y se iba a la cama antes de cenar: le llevábamos algo de beber y cenábamos con bandejas en su dormitorio. A su cama la llamábamos el *lit royale*. Nunca he conocido ninguna persona de constitución tan atlética que se pasara tanto tiempo en la cama.

Había momentos en que las nubes desaparecían y las cosas volvían a ser como antes. Por ejemplo, las comidas bien rociadas con vino, en compañía de Claude Bowers en el restaurante «Botín», de Madrid.

Conocí a Claude Bowers en las maravillosas cenas de Sheila Hibben en Nueva York. Era un amigo de la infancia de Pax Hibben. Para entonces Claude era embajador y político profesional y representaba todas las cosas que Hem y yo mirábamos con desconfianza; pero era también un historiador de talento y un amigo sincero de mentalidad abierta. Le gustaba escaparse de la palabrería diplomática, desaparecer de la embajada y reunirse con nosotros en «Botín», un viejo restaurante de Madrid, que los americanos no habían descubierto todavía.

Claude entendía mucho de política española —y de vinos españoles—, pero nunca consiguió aprender el idioma. Las pinturas de Goya seguían siendo «goyos» para él. Hem se extendía sobre los toros, la pintura y el carácter de los españoles. Yo echaba mano de mis conocimientos de la política. Eran los primeros momentos de la Segunda República. Todos mis amigos eran republicanos. Toda mi esperanza estaba puesta en el florecimiento del idealismo español del siglo XIX que tanto me había conmovido durante mi primera visita a Madrid. Nunca conseguimos enseñarle los verbos a Claude, pero sus comentarios sobre los políticos demostraban penetración y lucidez. Hem no tomaba partido. Lo que a él le interesaban eran los toreros. Fue durante aquellas comidas cuando Hem y yo discutimos por última vez sobre España sin enfadarnos.

Katy y yo llegamos a Key West un hermoso día y descubrimos que un estúpido escultor había hecho un busto de Ernest. Un molde en escayola de la escultura presidía el vestíbulo. Era un busto horrible. Parecía estar hecho de jabón. Soltamos la carcajada nada más verlo. No nos cabía en la imaginación que Ernest se lo tomara en serio. Aquel invierno adquirí la costumbre de intentar acertarle con mi panamá desde la puerta cada vez que entraba. Ernest me sorprendió un día, y después de lanzarme una mirada de pocos amigos, retiró el sombrero de la cabeza del busto. Estuvo enfadado el resto del día. Nadie hizo ningún comentario, pero desde entonces las cosas no volvieron a ser como antes.

LA CUCARACHITA

Durante una breve visita a Madrid en los años veinte, Pepe Giner me llevó al palacio real para ver una de las ceremonias de la corte; ceremonia que, por cierto, iba a celebrarse escandalosamente pronto. Nos reunimos a las seis y media de la mañana en un café de la plaza de Oriente. Pepe tenía invitaciones especiales. Llegábamos tarde; pasamos a toda prisa frente a los guardias a caballo en el patio. Un conserje uniformado, con una cadena de plata cruzándole el chaleco, nos hizo subir precipitadamente por una escalerita de caracol para incorporarnos a una fila de personas que permanecían de pie, la espalda contra la pared, en un estrecho corredor adornado con tapices. La dura luz de la mañana castellana entraba a raudales por una ventana frente a nosotros.

Estábamos aún jadeantes cuando el cortejo llegó a nuestra altura. Alfonso XIII andaba de prisa, destacado de la masa de uniformes, medallas, bandas de colores, espadas repujadas, monóculos y bigotes de los grandes de España y de los collares, las joyas y los pendientes de las damas de la corte. Todos tenían la horrible expresión de quien se ha visto forzado a levantarse demasiado pronto. Don Alfonso pasó tan cerca que su charretera casi rozó nuestros pechos, mientras hundíamos los hombros en el tapiz de detrás para hacerle sitio.

En aquella luz, los trazos del rostro del monarca se destacaron con gran claridad; pude ver la nariz pálida y delicada, los ojos muertos y la barbilla desmesurada que caracteriza a los Austrias en los retratos de Velázquez. No eran las facciones serenas y altivas de Felipe IV; era más bien la expresión de pobre de espíritu que Velázquez había captado en el rostro de Carlos II, «el Hechizado»; el rey que terminó tan lamentablemente la gran estirpe de la Casa de Austria y dejó el trono vacante para los Borbones franceses.

Alfonso tenía mucho de *playboy* internacional en sus costumbres: era lo que los españoles llaman un «señorito». Su aspecto céreo se debía quizá a la resaca de la noche anterior; muy posiblemente no habría podido acostarse. No cabía duda de que tenía prisa por acabar con aquella aburrida ceremonia. Su rostro desapareció inmediatamente, pero la imagen quedó grabada en mi memoria. De no haberme pasado tanto tiempo estudiando los retratos de Velázquez no creo que lo hubiera visto de aquella manera.

Cuando Katy y yo llegamos a Madrid en uno de mis viajes de convalecencia, nos encontramos con que Pepe Giner se había convertido en uno de los conservadores de aquel palacio. Bajo la república había que llamarlo el palacio nacional.

Nadie mejor cualificado que él. Nos condujo por la gran escalera de mármol hasta el salón del trono, con sus leones dorados y su profusión de bustos negros de emperadores romanos. Todo aquello era obra de los Borbones. Pepe nos enseñó el techo que Tiépolo había pintado para Felipe V. Se mostraba tan entusiasmado que, finalmente, empecé a apreciar la magnificencia de aquellas nebulosas abstracciones de gobierno y poder, bañadas en la fría luz de las esferas celestiales. Hasta entonces, apenas me había dignado mirar a los últimos representantes de la escuela veneciana.

Aquel día, Tiépolo venía bien con nuestro estado de ánimo. Teníamos grandes esperanzas de que el nuevo poder republicano en España avanzara envuelto en la clara luz de la razón. El resto de Europa estaba hundida hasta el cuello en una locura de poder que la sofocaba. En los periódicos de la mañana habíamos leído las noticias sobre la purga de Stalin. En Berlín, Hitler proclamaba un milenio de nacional socialismo, mientras Mussolini peroraba sobre la gloria militar de un extremo a otro de la península italiana y la turbamulta nazi amenazaba las instituciones liberales que parecían tan firmemente establecidas en Viena.

En el palacio nacional reinaba la calma. Nosotros éramos los únicos visitantes. Mientras nos enseñaba el similar, los tapices y los relojes antiguos. Pepe, con su manera humorística habitual y como quitándole importancia, nos describió la marcha del último de los Borbones.

Don Alfonso había pasado un cuarto de hora muy desagradable cuando, después de un período de disturbios y huelgas generales contra la monarquía, los aviones de Ramón Franco sobrevolaron Palacio. Ramón Franco era un joven oficial al frente del movimiento de protesta contra la ineficiencia y corrupción que habían causado los desastres militares de Marruecos. Ramón era el más popular entre los aviadores españoles, el ídolo de las fuerzas aéreas. Los aviones se contentaron

con volar por encima de Palacio. Cuando llegó el momento de arrojar las bombas, a Ramón Franco le faltó coraje. Fue el ver a los niños jugando en la Plaza, les dijo Ramón a los simpatizantes portugueses que le internaron cuando se refugió en Lisboa; su intención había sido destruir el palacio y acabar para siempre con los Borbones.

A don Alfonso aquello le afectó profundamente. Aunque se sentía más a gusto ante una mesa de ruleta que frente a los problemas de gobierno, no era mala persona. Trató sinceramente de promover el desarrollo de una monarquía más constitucional al estilo inglés, pero cuando se hicieron unas elecciones más representativas los españoles votaron abrumadoramente por la república. Los estudiantes empezaron a gritar «Muera el rey, viva la república», mientras escapaban de los sables de la Guardia Civil por las calles adoquinadas de Madrid.

Una hermosa mañana de abril, don Alfonso decidió de repente que ya estaba bien. Quizá se cansó de que todo el mundo le dijera lo que tenía que hacer. Aquella tarde quemó una serie de documentos en su despacho y cruzó el palacio hasta llegar a la habitación donde su mujer, la inglesa, tomaba el té. En términos que no dejaban lugar a dudas le dijo que aquello era el fin. Salía para Francia. La reina tendría tiempo de hacer el equipaje y seguirle por tren con sus hijos. El se marchaba en automóvil a Cartagena aquella misma noche. Un buque de guerra le esperaba. Entre los oficiales de la marina tenía amigos en los que podía confiar. La reina se reuniría con él en Biarritz. Y de esta manera, aprovechando la oscuridad, don Alfonso se marchó de Palacio tan furtivamente como el cajero de un banco que ha cometido un desfalco.

El pueblo de Madrid, al despertar a la mañana siguiente, se encontró, para su gran sorpresa, constituido en república. El único acto de violencia incontrolada que cometieron fue derribar la hermosa estatua ecuestre de Felipe III en la Plaza Mayor: una estatua que Pepe y yo admirábamos siempre cuando íbamos a «Botín». Mientras hacía el inventario de los bienes reales, Pepe se encontró por casualidad con la corona de España en una bolsa de tela verde, escondida en un viejo armario ropero.

Mientras nos contaba los sucesos, iba enseñándonos las habitaciones donde habían ocurrido los distintos episodios. Tuvimos la sensación de haberlos presenciado.

Yo pagaba los gastos de nuestro viaje escribiendo algunos artículos sobre la segunda república; «La República de los Hombres Honrados», como la llamaba la prensa liberal. Conseguí una entrevista con Manuel Azaña, el Primer Ministro, a quien se señalaba ya como sucesor de Alcalá Zamora para cuando éste se retirara de la presidencia.

Durante mis primeros tiempos en Madrid, Azaña era el presidente del Ateneo. El Ateneo era una de esas viejas instituciones que florecieron en los principios del siglo XIX, fruto del entusiasmo por las artes y las ciencias. Tenía una biblioteca muy buena y yo solía trabajar en la sala de lectura en los días en que hacía demasiado frío en mi habitación de la pensión «Boston». Una ventaja sobre otras bibliotecas era que se podía fumar. Había un camarero que traía café e iba incluso a buscar bocadillos si se le pedían.

Puesto que todo el entusiasmo por la nueva república había nacido de las conversaciones privadas entre los catedráticos, los médicos, los abogados y los periodistas que constituían la clientela del Ateneo, resultaba muy apropiado que el presidente del Ateneo se convirtiera en el presidente del Consejo de ministros.

El despacho de Azaña se encontraba en un hermoso edificio de estilo *Beaux Arts* cerca de la fuente de la Cibeles, en la Castellana. Mientras esperaba en un vestíbulo profusamente decorado, me sentí oprimido por la atmósfera de oficina gubernamental, por la sensación de aislamiento con respecto al mundo real, donde hombres y mujeres trabajaban, sufrían y se divertían. *El señor presidente* –del Consejo de ministros– no pudo mostrarse más amable. Habló modestamente y con sencillez; poseía un excelente sentido de la historia.

España había terminado la guerra europea con una situación próspera en conjunto y con unas magníficas reservas en oro; la misión de la república iba a ser repartir aquella prosperidad entre todas las clases sociales. Educación, hospitales, oportunidades para mejorar de posición. «No queremos que los españoles tengan que seguir emigrando a América».

En aquel momento, un conserje de edad avanzada con un llamativo uniforme trajo una bandeja con vasos y una jarra de cristal tallado. En un plato, al lado de cada vaso, había un *azucarillo*. Los azucarillos se usan en España desde el siglo XVIII para que el agua resulte un poco menos sosa. Hay que ponerlo en el vaso, verter el agua y contemplar cómo se disuelve. Aunque agua endulzada no es una cosa que me guste beber, acepté hacerlo para cumplir con la ceremonia.

Cuando Azaña terminó su discursito, mencioné a Stalin y a Hitler, así como los movimientos fascistas en Francia. ¿Constituirían los Pirineos una barrera eficaz contra el vendaval de odio que estaba barriendo Europa como lo habían constituido contra el razonable liberalismo del siglo XIX? Declaró que, personalmente, tenía gran confianza en ello; España había escapado a la influencia de la guerra, contraria a la civilización; quizá el ser un país subdesarrollado tenía algunas ventajas.

Le dejé, sintiéndome invadido por un profundo malestar. Aquella tarde nos paseamos por los barrios obreros de detrás de la Plaza Mayor. El partido socialista estaba celebrando una feria. Distribuían literatura en casetas agradablemente decoradas. Había puestos de comidas y barracas con juguetes de fabricación casera en las que se vendían caricaturas de los diferentes *políticos* en forma de títeres. Era todo muy inocente y muy divertido. Una de las casetas exhibía este anuncio: *Limonada socialista*.

Unamuno se moría de risa cuando se lo conté. Fue la última vez que vi a don Miguel. Con su piel apergaminada y su frente estrecha y abombada cada vez se parecía más a don Quijote. No pude conseguir que hablara de la república, a cuya venida tanto había contribuido. Sólo preguntó quejumbrosamente: «¿Dónde están los grandes hombres?»

Después se puso a tomarme el pelo por mi ignorancia del portugués. Admiraba mucho la literatura portuguesa. Su aprendizaje intelectual se había basado tanto en Camoens, especialmente sus sonetos, como en Cervantes. Esto me sorprendió, ya que consideraba al autor de *El Sentimiento Trágico de la Vida* como el más castellano de los escritores.

Antes de marcharme, contó una historia muy divertida sobre mendigos. Don Miguel sentía un gran respeto por las técnicas de los mendigos españoles. A un anciano que veía todos los días a la puerta de una iglesia que frecuentaba, le había preguntado por qué usaba siempre la misma muletilla salmodiada. «Por supuesto», replicó el viejo mendigo, «hay otras escuelas; quizá usted prefiere *los naturalistas*».

En aquella ocasión queríamos ver España por carretera. Como, al parecer, no había manera de alquilar un automóvil, compramos un diminuto Fiat de segunda mano al que llamamos «la Cucaracha». El campo nunca nos había parecido tan hermoso como en aquel viaje. En El Escorial pasamos mucho tiempo en las habitaciones privadas de Felipe II. Se conservan tal como él las dejó. De aquellas habitaciones con desnudas paredes de yeso, amuebladas, con elegancia, pero con modestia, para un personaje real de la época, se sale saturado de la personalidad de aquel hombre rígidamente devoto, trabajador infatigable e inventor del sistema burocrático que mantuvo unido el imperio español en Europa y América durante dos siglos. Y, por supuesto, sus intenciones eran buenas. Cuando se gloriaba de quemar a los herejes creía estar sirviendo a Dios y a los hombres. Me fue imposible dejar de considerar todo el mal que pueden hacer los que trabajan por el triunfo del bien.

Paseamos por Segovia, también esta vez con luz de luna. En Ávila era como si Santa Teresa, otra de las grandes personalidades españolas, estuviera todavía viviendo allí. Descubrimos el magnífico valle del Ebro, donde las colinas y las quebradas son de unas dimensiones tales que rivalizan con las Montañas Rocosas en Colorado. Nos sentimos desbordados por la abundancia de edificios y esculturas que merecían verse en Santiago de Compostela. En Pontevedra asistimos a las fiestas. Nunca he visto unos fuegos artificiales tan espectaculares, fabricados por el *pirotécnico* local, ni un tal desprecio por las vidas y la integridad física de los espectadores al encenderse las decoraciones rojas, violetas y amarillas –los colores de la república– colocadas en guirnaldas alrededor de la plaza en una orgía de flores que estallaban y de ruedas giratorias.

En Santander, camino de vuelta, escuchamos al primo de Pepe Giner, Fernando de los Ríos, que era diputado en las Cortes por Granada, cuando pronunció un discurso en un mitin socialista en la

plaza de toros. Fue un gran acontecimiento. Los miembros de los sindicatos se presentaron con sus banderas con letras rojas y doradas, con sus mujeres, con sus hijos, con las cestas de la comida y con botellas de vino. Niñas de las escuelas, con trajes blancos y lazos rojos, cantaron la Internacional. Escuchando el discurso de don Fernando, era un placer poder apreciar su dominio del condicional y del futuro de subjuntivo, pero bien poco de todo aquello debía resultar de interés práctico a los atentos mineros, mecánicos y agricultores que habían venido de todo el norte de España para oírle, en autobuses, en carros tirados por muías, en bicicletas o a pie.

Fue recibido con gritos de «Vivan los hombres honrados». Alguien soltó palomas blancas con lazos rojos en el cuello. Teóricamente tenían que volar hacia las esferas celestes para simbolizar el reino de paz y buena voluntad que se aproximaba, pero hacía mucho calor y las pobres palomas debían de haber pasado demasiado tiempo encerradas. Durante todo el discurso de don Fernando, una de ellas revoloteó trabajosamente por el centro del redondel. Durante aquel verano no hice otra cosa que ver signos y presagios por todas partes.

Un signo y un presagio que no era en absoluto imaginario fue el odio en los rostros de las gentes elegantemente vestidas, sentadas en las mesas de los cafés de la calle más importante de Santander, mientras contemplaban a los sudorosos socialistas volviendo de la plaza de toros con sus hijos y sus cestas y sus banderolas. Si los ojos fueran ametralladoras, ni uno solo hubiera sobrevivido aquel día. En mi bloc de notas apunté: Socialistas tan inocentes como un rebaño de ovejas en un país de lobos.

Estaba enumerándole a Katy las virtudes del pequeño Fiat y congratulándome por mis éxitos al corregir dificultades poco importantes en el funcionamiento del motor cuando –afortunadamente mientras atravesábamos una de las pocas zonas llanas de todo el viaje– se soltó un perno de la dirección y fuimos a parar a un prado. No nos pasó nada, pero tengo que admitir que nos asustamos.

Dos robustos asturianos que pasaban por allí recogieron amablemente la Cucarachita, la subieron a su camión y nos depositaron en un garaje de la ciudad más próxima. Cuando traté de pagarles se negaron a aceptar nada. Nosotros hubiéramos hecho lo mismo por ellos, dijeron. Pero su camión no hubiera cabido en nuestro Fiat. Les hice reír a costa de la diferencia de tamaños y conseguí que aceptaran unas pesetas para compensarla.

Los mecánicos eran las personas más simpáticas del mundo, pero les llevó muchísimo tiempo – varios días, de hecho– arreglar el problema de la dirección. Tuvimos que recortar nuestro viaje y, además, el pequeño Fiat había dejado de inspirarnos confianza suficiente como para enfrentarnos otra vez con las cerradísimas curvas de montaña que ya conocíamos.

Llegamos al hotel Alfonso de Madrid muy pocos días antes de que saliera de Gibraltar el barco italiano que tenía que llevarnos a casa. Para empeorar las cosas, tuve que meterme en la cama con una recaída de las fiebres reumáticas de la primavera anterior. Pusimos un anuncio en los periódicos. «*Cohecito a vender*». Soñaba con recuperar casi todo lo que había tenido que pagar por la desdichada Cucaracha. Llegaron varios posibles compradores y hablé con ellos desde mi lecho de enfermo, mientras Katy les hacía los honores con una copa de jerez.

Todos se echaron atrás al oír el precio, hasta que apareció un joven oficial del ejército, resplandeciente en su uniforme rojo y azul. *Qué muchacho más simpático*. El *cohecito* le gustaba. El precio estaba muy bien. Presentó sus credenciales. Todo lo que pedía era que se le dejara probar el cohecito en la carretera. Estaría de vuelta en una hora. ¿No era una cosa muy razonable? Le hice una nota para el garaje. Se retiró después de desearme, con gran elocuencia, una rápida mejoría.

Pasó una hora. Pasó un día. El teniente no aparecía. Llamamos al garaje. El *cohecito* tampoco aparecía. Llamamos a algunos amigos. Llamamos a la policía. La policía envió a un muchacho vestido de paisano con quien mantuve una larga conversación sobre el barroco en la poesía, Góngora para ser más exacto. Apuntó todos los detalles con gran esmero en su bloc de notas y se marchó después de varias copas de jerez. Nunca he tenido una impresión más clara de ser un perfecto imbécil.

Pasó otro día sin noticias. Después, el entendido en Góngora me telefoneó: buenas noticias. La policía había recuperado el *cohecito*. En este mismo momento reposa en el patio de *Gobernación*, en la Puerta del Sol. Bravo. No me mostré tacaño en expresiones de gratitud y felicitaciones. Qué estupenda policía había en aquel Madrid republicano.

Apenas había colgado el teléfono cuando hicieron pasar a mi habitación a otro oficial del ejército, un capitán esta vez. Me hizo saber que estaba muy avergonzado. El teniente era su hermano. Tenía que disculparle. Su hermano estaba un poco loco. Su manía era llevarse coches para probarlos y luego no los devolvía. El capitán me pedía respetuosamente que me abstuviera de presentar la denuncia. Su hermano había sido ya internado en una casa de salud. ¿Qué podía hacer yo? El coche había sido recuperado. Servimos más jerez y el capitán nos prometió eternos sentimientos de fraternidad.

Tan pronto como pude tenerme en pie, me trasladé a Gobernación para hablar con la policía. Habíamos encontrado otro comprador, a mitad de precio. Queríamos el coche. La policía se mostró extraordinariamente cortés. El *cochecito* estaba perfectamente seguro. Me llevaron a verlo a un patio trasero. Le habían puesto una alambrada alrededor para que nadie pudiera tocarlo.

¿Podía llevarme el coche? Tenía un comprador. Salía para Gibraltar al día siguiente. El inspector jefe se mostró muy afligido al saber estas noticias, pero el coche tenía que quedarse allí como evidencia, hasta que se capturara al teniente que lo había robado. *No hay remedio. Es la ley.* De vuelta al hotel llamamos a más amigos. El entendido en Góngora se presentó y tuvimos otra agradable conversación. Al teniente no se le encontrabas por ningún sitio. Y sin teniente no había *cochecito*. Aquella estúpida serie de incidentes empezó a parecerme tan ilustrativa de la condición humana como las aventuras del Caballero de la Triste Figura se lo parecían a Unamuno.

Tomamos el tren de la noche para Gibraltar. La última vez que vimos a la Cucaracha estaba todavía rodeada de tela metálica en el patio trasero de Gobernación.